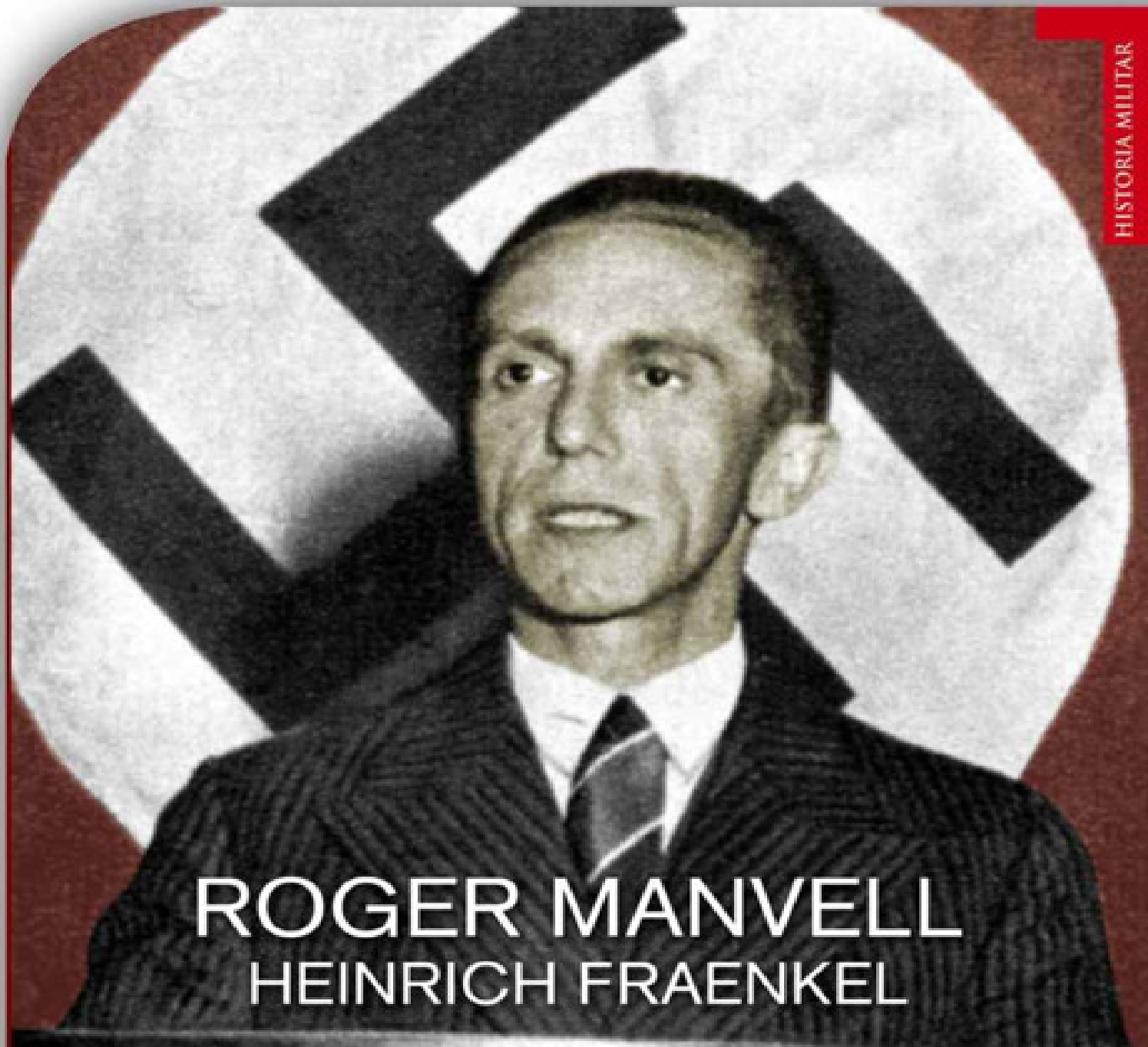


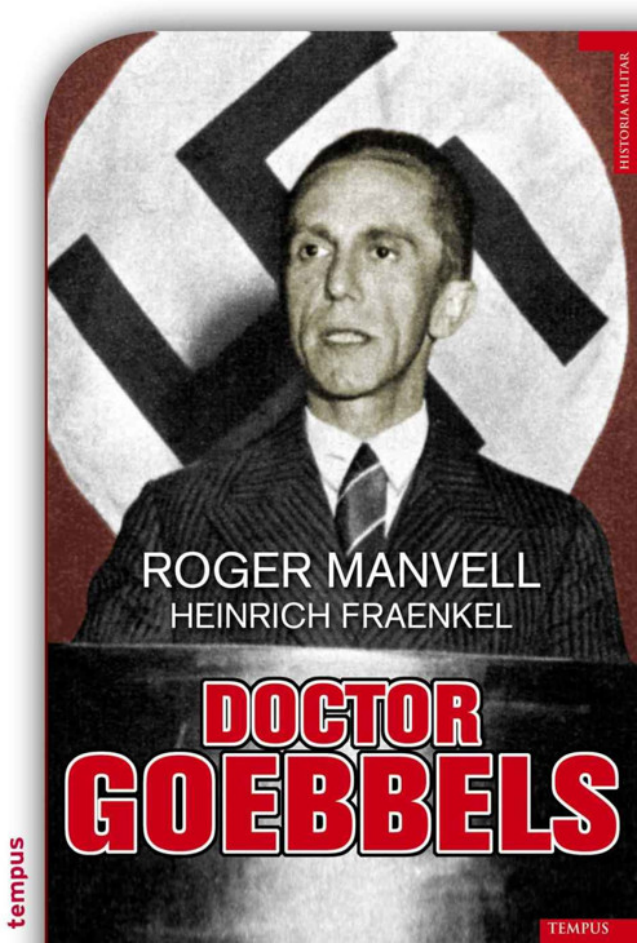
HISTORIA MILITAR

ROGER MANVELL
HEINRICH FRAENKEL

DOCTOR GOEBBELS

tempus

TEMPUS


HISTORIA MILITAR
ROGER MANVELL
HEINRICH FRAENKEL
DOCTOR
GOEBBELS
TEMPUS
tempus

Doctor Goebbels
Su vida y su muerte

Roger Manvell
Heinrich Fraenkel

Traducción de Xavier Riesco

Rocaeditorial

Título original: *Doctor Goebbels*

© Roger Manvell and Heinrich Fraenkel 1960

Primera edición en este formato: abril de 2014

© de la traducción: Xavier Riesco
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona.
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-92567-48-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

DOCTOR GOEBBELS
Su vida y su muerte

Roger Manvell - Heinrich Fraenkel

La biografía definitiva del líder de la publicidad nazi.

El Tercer Reich no se puede entender sin la decisiva aportación de Joseph Goebbels. Al frente del Ministerio de Propaganda, fue terriblemente hábil en su objetivo de inocular el odio contra los judíos en la sociedad alemana, con las espantosas consecuencias por todos conocidas.

En esta esclarecedora biografía, Goebbels aparece como un ser contradictorio; acomplejado, fanático, engreído y mordaz, pero a la vez infatigable, culto, agradable en el trato y, por encima de todo, un genio de la propaganda. Sus eficaces técnicas de manipulación y control social, basadas en su principio de que «una mentira repetida cien veces se convierte en una verdad», no han sido aún superadas.

ACERCA DE LOS AUTORES

El británico **Roger Manvell** (1909-1987) y el alemán **Heinrich Fraenkel** (1887-1986) compartieron su pasión por el cine, escribiendo guiones de películas y libros sobre el séptimo arte. Su otro objeto de estudio fue la Alemania nazi, sobre la que publicaron varias obras conjuntas, destacando sus biografías de Hermann Goering, Heinrich Himmler o Joseph Goebbels.

Manvell trabajó para el Ministerio de Información británico durante la Segunda Guerra Mundial, participando en la filmación de películas de propaganda. Tras la guerra, impartió clases de Historia del Cine en decenas de universidades.

Heinrich Fraenkel, antes de dedicarse a la investigación histórica junto a Manvell, fue guionista de varias películas alemanas durante la década de los treinta, hasta que escapó a Gran Bretaña huyendo del nazismo.

ACERCA DE LA OBRA

«Una minuciosa y avezada biografía de un verdadero monstruo.»
NEWSWEEK

Nuestras transmisiones radiofónicas en inglés son muy efectivas después de todo. Sin embargo, un tono de superioridad, agresivo e insultante no nos conduce a nada. A menudo se lo he dicho a nuestros diversos departamentos. Sólo podemos llegar a algo con los ingleses hablándoles de manera amistosa y con modestia. El locutor inglés, Lord HawHaw, es especialmente bueno en la crítica mordaz, pero en mi opinión, el tiempo del debate apasionado ya ha pasado… el tercer año de una guerra hay que librarla de manera muy diferente a la del primer año… hoy en día no quieren más que hechos. Por tanto, cuanto más inteligente sea la manera en que hilvanemos los hechos y cuanto más adecuadamente sean presentados en conjunto a la audiencia con psicología y sensibilidad, mayor será su impacto.

Dr. Joseph Goebbels

El «pequeño doctor» era probablemente el más inteligente de los jerarcas nazis desde un punto de vista cerebral. Nunca peroraba; siempre se ceñía al tema sin divagar ni perder de vista su argumentación; era un interlocutor capaz, y cuando conversaba en privado era sorprendentemente ecuánime y razonable.

Sir Nevile Henderson
Embajador británico en Alemania, 1937-1939

Introducción

La búsqueda de los hechos

Hay muchas razones para que Joseph Goebbels pueda ser considerado el más interesante de los líderes nazis aparte del propio Hitler. Pero su lugar en la historia temprana del movimiento nazi queda frecuentemente oscurecido por las leyendas que él mismo era responsable de inventar o fomentar, principalmente para que pareciera que se unió al movimiento mucho antes de lo que lo hizo en realidad.

Cuando iniciamos la investigación sobre la personalidad de Goebbels y de su singular trayectoria como agitador y propagandista profesional, ni Heinrich Fraenkel ni yo nos dimos perfecta cuenta del extraordinario personaje que llegaríamos a descubrir. El autorretrato que Goebbels estaba en inmejorable posición de crear una vez llegado al poder ha sido ampliamente aceptado por aquellos que escriben sobre él, ya sea en la forma de estudios sobre su persona como sobre el movimiento nazi en su conjunto.

Mucho antes de que planeáramos escribir juntos este libro, Heinrich Fraenkel ya había recopilado suficiente información, historias y testimonios inéditos para percatarse de que la vida y la

personalidad de Goebbels merecían una investigación mucho más detallada. El propio Fraenkel consiguió escapar de Alemania justo a tiempo de evitar ser arrestado la noche del incendio del Reichstag, y posteriormente tomaría parte en la fundación del movimiento Alemania Libre en Inglaterra. También ayudó en las investigaciones legales independientes sobre las causas del incendio que llevaron a cabo en Inglaterra sir Stafford Cripps y otros abogados de fama mundial, y ha escrito varios libros y artículos sobre Alemania bajo el poder de los nazis.

Cuando acabó la guerra, Heinrich Fraenkel estuvo presente en los Juicios de Nuremberg, y pudo obtener información de primera mano de muchos de aquéllos que estuvieron directamente asociados con Hitler y Goebbels, incluyendo a Von Papen, Otto Strasser, Hans Fritzsche, Max Winckler, Hjalmar Schacht, Walther Funk y Karl Kaufmann. También estaba profesionalmente familiarizado con el mundo de la cinematografía nazi, y ha hecho un estudio especial del efecto que el régimen nazi tuvo en la industria cinematográfica y en aquéllos que permanecieron en Alemania y trabajaron bajo la supervisión de Goebbels en la producción de películas.

Sin embargo, quedaba mucho por explicar acerca del carácter y la carrera de Goebbels. Es cierto que ha sido objeto de mucho periodismo popular, de diarios y biografías escritas principalmente bajo la influencia del nazismo y de comentarios secundarios en innumerables libros dedicados a la historia del Tercer Reich y a la enigmática carrera del Führer. En todos esos escritos, buenos o malos, Goebbels parece ser aceptado tal y como parecía a simple vista: un hombre que en gran medida sólo era interesante por su cercanía a Hitler. Sólo uno de sus biógrafos, Curt Riess, empezó en un libro publicado diez años antes que éste[1] la fascinante labor de descubrir la que es la fase más importante en la vida de Goebbels para entender su naturaleza y su ascensión al poder. Esa fase es el

difícil periodo de su juventud hasta la edad de veintisiete años, antes de que descubriera a los nazis y los nazis lo descubrieran a él.

Ahí fue donde tuvimos muchísima suerte. Heinrich Fraenkel viajó a Alemania y con la ayuda de la hermana de Goebbels, Maria Kimmich, obtuvo las conexiones necesarias que al final le permitirían conocer a un cierto número de personas que habían conocido a Goebbels tanto de niño como de joven en Rheydt, su ciudad natal. Allí entre otros muchos, encontró a uno de los maestros de escuela de Goebbels, el prelado Mollen, a su mejor amigo de los tiempos de la escuela, Fritz Prang (que a su vez lo introdujo en el partido nazi) y a Alma, que era una joven maestra que había conocido a Goebbels y le había presentado a Else, la muchacha con la que estuvo prometido durante unos cuantos años en el periodo crucial de su juventud, de 1922 a 1926. A través de Alma, Heinrich Fraenkel conoció a Else en persona, que ahora era una mujer felizmente casada que vivía en Berlín. A partir de todos esos amigos íntimos y observadores de Goebbels obtuvo información detallada sobre Goebbels como colegial, estudiante, aspirante a escritor y, finalmente como aprendiz de agitador político. Nos han concedido generosamente permiso para reproducir pasajes de las numerosas cartas de Goebbels que arrojan una luz única sobre su mente y su personalidad en estos tiempos. Por añadidura, la Sociedad Alberto Magno, la organización católica de caridad de Colonia que le ayudó en su educación universitaria, nos abrió sus archivos. Esos archivos contenían muchas cartas importantes e informes escritos por Goebbels mientras estudiaba en la universidad. Toda esa información ha sido complementada por la hermana de Goebbels, Maria.

También contamos con la ventaja de poder estudiar en detalle el diario inédito de Goebbels, escrito de su puño y letra desde 1925 a 1926: el periodo de su servicio como agente del Partido Nacionalsocialista en el distrito de Renania-Westfalia y de su decisión, finalmente, de trabajar para Hitler en vez de para la

facción de los Strasser, que fueron sus primeros patrones. El diario nunca antes había sido analizado en profundidad, y hemos contraido una gran deuda con la Hoover Institution on War, Revolution and Peace de la Universidad de Stanford, California, de la cual obtuvimos en préstamo un microfilm del diario.

Una vez que Goebbels llegó al poder junto a Hitler, su historia personal está íntimamente ligada a la historia del Tercer Reich al que consagró todo su trabajo. No es nuestra intención, por supuesto, volver a contar la larga y compleja historia del ascenso al poder de Hitler y la de Alemania bajo su gobierno. Eso ya lo han hecho otros con anterioridad y bien, especialmente el Dr. Allan Bullock en su detallada y erudita biografía de Hitler. Nuestro libro es el retrato de un solo hombre, Joseph Goebbels, quien tuvo un papel principal en esta fase tan significativa de nuestra historia contemporánea, y de los métodos de propaganda que diseñó para ayudar a Hitler a conseguir el poder y mantenerse en él. El relato que hacemos de la historia del movimiento nazi tiene el propósito único de dejar claras las razones que respaldaban las opiniones y acciones de Goebbels.

En nuestro estudio del personaje como Reichsminister también hemos sido afortunados al contar con la ayuda de Karl Kaufmann, que se convirtió en el Gauleiter[2] nazi de Hamburgo, y de Werner Naumann, que se convirtió en el Subsecretario de Estado de Goebbels en el Ministerio de Propaganda, y que estaba con él en el Führerbunker en el momento de su muerte. Las narraciones personales que nos proporcionaron esos hombres y muchos otros que trabajaron con Goebbels, ya como superiores o como subordinados, han servido para complementar testimonios tan importantes como los que se pueden encontrar en los poco conocidos diarios de sus asistentes, Wilfred von Oven y Rudolf Semmler. Este último ha sido de gran ayuda al añadir sus comentarios personales a lo que se ha publicado. También le estamos profundamente agradecidos a *Frau* Lída Baarová por su

ayuda a la hora de hacer posible la publicación por primera vez de la auténtica historia de su relación con Goebbels. El importantísimo trabajo de investigación realizado por Karl Lochner al haber editado otros fragmentos supervivientes de los diarios posteriores de Goebbels hace que todo estudioso del hombre y del periodo esté en deuda con él. Durante toda su carrera, Goebbels no dejó de comentar, casi diariamente, sus experiencias y de consignar al papel con formidable extensión sus opiniones sobre acontecimientos y personajes contemporáneos, incluyendo a los demás líderes nazis, a la mayoría de los cuales detestaba. Hay pruebas de que los microfilmes de sus diarios que ordenó realizar durante los últimos meses de la guerra están ahora en manos rusas, pero, aparte de los fragmentos escritos a máquina y a mano que se conservan en Stanford, siguen sin ser publicados. Esperemos que esos millones de palabras estén disponibles algún día para su estudio. Nuestros esfuerzos para obtener información sobre la supervivencia de esos documentos en la Unión Soviética no han tenido éxito hasta la fecha.

La historia completa de Goebbels como hombre y propagandista genial posee un enorme interés psicológico; tanto su vida pública como la privada estuvieron llenas de dificultades principalmente causadas por él mismo a causa de su vanidad patológica. Goebbels ha sido considerado a menudo como una persona que encajaba más bien poco con el resto de personalidades prominentes de la cúpula nazi, y sin embargo sólo Hitler le superaba a la hora de entender cómo explotar el poder. Sin él, puede que el movimiento jamás hubiera obtenido el predominio que tuvo en Alemania durante los cruciales años de 1932 y 1933. Se puede argumentar que sólo Hitler y Goebbels demostraron tener el conocimiento práctico e intuitivo de cómo establecer ese poder en Alemania. Goebbels tenía una capacidad de fanático para el trabajo duro, para el discurso público constante y la agitación a través de la prensa y la radio, así como para ocuparse de los detalles de organización y administración.

Cuando llegó la crisis en 1944-45, sólo él entre el grupo de dirigentes nazis original se mantuvo leal a Hitler y al mito del poderío racial que habían creado. Murieron juntos para preservar este mito en la mente del pueblo alemán en desintegración, pueblo que ellos mismos habían sacrificado en su búsqueda de la guerra total. Una vez muerto Hitler, Goebbels mismo fue, durante las pocas horas de vida que le restaban, Canciller del Reich, jefe de un Estado que había quedado reducido a unas cuantas calles ruinosas. Y entonces se subió a la pira funeraria nazi, llevándose con él a su esposa y a sus seis hijos.

La carrera de Goebbels carece de precedentes en la historia. De hecho, habría sido imposible sin los instrumentos modernos de propaganda política: la prensa popular, la radio, las películas, los micrófonos y toda la compleja maquinaria que subyacía detrás de la organización, puesta en marcha y filmación de manifestaciones multitudinarias. Si ahora somos más sabios sobre ese tipo de cosas, algo que en realidad es discutible, es debido a que Goebbels nos enseñó cómo se podían hacer en manos de un maestro en tales técnicas de propaganda. Tanto la radio como las películas sonoras estaban en su infancia cuando Goebbels las adoptó para ayudarle a conseguir que el pueblo alemán estuviera lo suficientemente engañado o lo suficientemente histérico como para otorgarle al régimen de Hitler el grado de poder necesario para dar el último paso y someter el estado alemán a su voluntad y conducirlo finalmente a la guerra más destructiva que el mundo haya conocido. Para comprender cómo se logró todo esto en tan pocos años es necesario comprender no sólo a Hitler, sino a la curiosa, repelente, peligrosa y sin embargo fascinante personalidad de Joseph Goebbels.

Roger Manvell

1. La fecha de la primera edición de este libro es de 1960, lo que sitúa la obra de Riess en 1950 *(N. del T.)*

2. «Líder de zona»; líder de una rama regional del partido nazi. *(N. del T.)*

Capítulo Uno

Los primeros años

Hay una casa en el pequeño pueblo de Rheydt, dedicado principalmente a la industria textil, que consiguió sobrevivir al implacable bombardeo de la Renania industrial durante la Segunda Guerra Mundial. Es el número 156 de la calle Dahlener. La puerta principal, que da directamente a la calle, se asienta encajada entre las dos estrechas ventanas de la planta baja, cuyas cortinas están corridas en prevención de la mirada de los transeúntes. Es una estructura austera pero sólida, y las ventanas de la planta baja permiten ver el patio de un picapedrero donde hay ordenadas pilas de cruces funerarias. Entre las tejas del techo de abrupta inclinación se recortan dos tragaluces que, a menos que uno pegue la nariz contra los pequeños rectángulos de cristal, sólo permiten ver el sol, las nubes y la lluvia.

Fue en esta casa donde Joseph Goebbels pasó su juventud. Nació el 29 de octubre de 1897 en la calle Odenkirchener, pero su familia se mudó a la calle Dahlener durante su infancia. Como la mayoría de las familias en el Ruhr, los Goebbels eran católicos. Su padre, Friedrich Goebbels, era el hijo de un obrero que pasó toda su vida en una firma de fabricantes de camisas incandescentes para iluminación a gas, la

compañía W. H. Lennartz de Rheydt. Había empezado como chico de los recados y durante la infancia y adolescencia de sus hijos ascendió a varios cargos administrativos dentro de la empresa hasta que fue recompensado con el puesto directivo menor de apoderado. Era, de hecho, un pequeñoburgués que se esforzaba por mantener limpios los puños de su camisa en el sucio entorno de la fábrica donde trabajaba, pero sin ganar más que los trabajadores que no mostraban ninguna de sus pretensiones de clase media-baja. Sus ingresos rondaban los 2.400 marcos anuales cuando sus hijos aún eran niños; en ese periodo esa suma equivalía al sueldo anual de un obrero no especializado. Los Goebbels, como sus vecinos, estaban permanentemente preocupados por mantener las apariencias.

Un día, cuando Joseph tenía cuatro años, estaba sentado en el sofá del *gute Stube*, el salón del primer piso de la casa. De repente empezó a llorar de manera tan inexplicable que al final llamaron al doctor para que lo examinara. El médico ordenó una operación de inmediato. Joseph tenía poliomielitis.

Herr Goebbels era un hombre severo y devoto cuyos modales austeros eran mitigados en cierta medida por un cierto sentido del humor. Tenía puestas sus esperanzas en que sus hijos impulsaran la fortuna de la familia hacia el estatus ideal de próspera clase media. Se afligió ante el espectáculo del cuerpo hundido y hombros encorvados de Joseph, cuyo crecimiento se vio retardado por la parálisis que afectó de manera permanente a su pie después de que la operación lo dejara cojo.

Joseph no era el único niño en la casa. Tenía dos hermanos mayores, Hans y Konrad, y una hermana mayor, Elizabeth, que murió en la infancia. Su hermana menor, Maria, a quien posteriormente estaría muy apegado, nació cuando Joseph tenía doce años.

Frau Katherina Goebbels era una mujer sencilla, de poca educación; era de origen holandés, y se había convertido en ciudadana alemana naturalizada antes de su matrimonio, aunque Goebbels siempre ocultó ese hecho (1). Hablaba alemán con un pronunciado acento renano.

Antes de su matrimonio era Katherina Maria Odenhausen, hija de un herrero. Era una mujer de gran fortaleza de carácter. Cuando su hijo se convirtió en Reichsminister, a éste le gustaba que se creyera que todavía tenía un gran respeto por ella. Su madre representaba, según sus diarios, «la voz del pueblo» con la que siempre quería estar en contacto. Era aficionado a contar una historia (que puede que fuera en realidad una invención suya) acerca de cómo había reunido a sus hijos alrededor del lecho de su marido cuando estaba gravemente enfermo de neumonía y les había hecho cogerse de las manos, rezando y cantando, y cómo su padre se había recuperado casi milagrosamente. Aunque su marido, que en años posteriores se pelearía con Joseph, murió en 1929, ella sobreviviría a su hijo.

Entonces, sin embargo, en la infancia de Joseph, no parecía que hubiera nada que pudiera hacer excepto rezar. Llevándolo de la mano, lo conducía constantemente hasta la iglesia y, arrodillándose a su lado, imploraba al Padre Celestial que le diera fuerzas a su hijo para sobrellevar su debilidad física y su cuerpo atrofiado.

Por tanto, los primeros recuerdos de Joseph eran de infelicidad y anormalidad. Para él era obvio que su condición era una preocupación constante para sus padres, y desde la más temprana infancia hubo una semilla de inseguridad depositada en lo más profundo de su naturaleza. Se encerró en su altillo de techo inclinado con su única ventana que daba a las nubes o, si se acercaba a ella, al patio lúgubre y descuidado que había en la parte de atrás de la casa. Fue un mal comienzo en la vida, particularmente para un hombre que llegaría a ser tan poderoso.

Como otros niños que por una razón u otra no pueden llevar la vida activa y gregaria de otros niños de su edad, se volcó en la lectura desde muy temprano. Ahí era independiente. A nadie le importaba qué leía, y en lo que concernía al resto de su familia su aislamiento era bienvenido ya que ojos que no ven, corazón que no siente. Una nueva fuerza nació en su interior, la fuerza de leer, voraz y precozmente. Ni sus padres ni sus profesores le ofrecieron mucha

orientación. Tan pronto como acababa la escuela y llegaba a casa, se encerraba en su habitación a leer. Entre sus libros se contaba una barata enciclopedia familiar que a esas alturas ya estaba obsoleta, la *Konversationslexikon* de Meyer, una versión resumida de una obra divulgativa popular en aquel entonces. Ese libro se convirtió en su principal fuente de información sobre el mundo y le proporcionó su primer indicio del poder que el conocimiento y el intelecto pueden lograr.

Según Joseph se hacía mayor, su autoconfianza se desarrollaba a la par. Su gran cabeza dejó de parecer tan desproporcionada cuando sus hombros crecieron, y sus demostraciones de conocimientos y memoria, gracias a sus años de lecturas, empezaron a impresionar incluso a su padre. La predilección de Joseph por los libros parecía dar una solución al problema de qué hacer con él. ¿Merecía la pena darle la educación superior que ofrecía el Gymnasium? ¿Podía el precario presupuesto familiar soportar el esfuerzo de ahorro y estrecheces que harían falta para enviarlo a una escuela en la que permanecería hasta los dieciocho años? ¿Y quizás entonces podría obtener una beca para la universidad? *Herr* Goebbels debió pensar con orgullo en la oportunidad de que algún día podría referirse a su hijo como *Herr Doktor*. Y no se podía negar que el estatus social que tanto deseaba para sus hijos se alcanzaría con un título así.

Así que la decisión estaba tomada, y Joseph fue al Gymnasium en Rheydt.

El Gymnasium, el equivalente alemán de una escuela de educación secundaria, ofrecía unas enseñanzas que apenas habían cambiado nada en un siglo, preparando a los muchachos para el obstáculo final del Abitur, el examen que concedía el derecho a aquéllos que lo aprobaban a entrar en la universidad. Los muchachos normalmente tenían dieciocho años y estaban en el Ober-Prima (o Sexto Superior) cuando hacían ese examen.

Joseph no fue popular en la escuela. Ya había aprendido a compensar su falta de energía física adolescente haciendo gala de sus

conocimientos. Era un buen estudiante y a menudo de los primeros de su curso, pero había poca gente a la que le cayera bien, ni siquiera entre aquéllos cuyo trabajo era enseñarle. Uno de los recuerdos más antiguos de su amigo de infancia, Fritz Prang, que también era estudiante en el Gymnasium, era que Joseph siempre estaba ansioso por impresionar a sus profesores y que a veces estaba dispuesto a ser un chivato. Prang recordaba una ocasión en particular en que Joseph reveló al padre Mollen, el profesor de religión, que uno de sus amigos estaba haciendo novillos. Si Joseph no hubiera sido un lisiado, según confesó Prang, se hubiera unido a los otros muchachos para darle una buena paliza. Le pusieron el mote de Ulex por Ulises el astuto. A Goebbels evidentemente le gustó el apodo, que conservó durante su adolescencia.

Goebbels desarrolló otra afición temprana aparte de la lectura: la música. Su padre tomó debida nota. Más de treinta años después, Goebbels recordaría en una conversación con su ayudante Von Oven que cuando tenía catorce años su padre lo llamó para hablar:

> Quería comprarme un piano. Estábamos tan poco acostumbrados a que nos hicieran regalos que al principio no me hacía a la idea. Pero fuimos a echarle un vistazo; costaba unos 300 marcos. Obviamente era de segunda mano… encajaba bien entre todos los chismes de la sala, y se me permitía practicar todos los días… Era una etapa del plan de vida que habían trazado para mí (2).

Goebbels se pasó el invierno en la *gute Stube* sin calefacción, con el abrigo puesto, y a veces tocaba el piano para la familia reunida. El dinero para su piano había sido ahorrado durante muchos años, pfenning a pfenning.

Cuando Goebbels se convirtió en Reichsminister sus biógrafos oficiales, como Bade y Krause, recibieron material para publicar que Goebbels creía que le era favorable. Afirmaba ser de origen campesino porque su abuelo materno, carpintero, se había casado con la hija de un granjero que vivía cerca de Dusseldorf. Esas medias verdades y

leyendas sobre su juventud y las primeras fases de su carrera son ahora difíciles de desmentir o demostrar en determinados casos, y han llegado a ser aceptadas, gracias a la constante repetición, incluso por los que han escrito sobre él de manera independiente. Por lo que parece, sin embargo, hay pocas dudas de que estaba profundamente disgustado por haber sido rechazado por el ejército debido a su inferioridad física.

Cuando empezó la guerra en 1914, Joseph estaba a punto de cumplir diecisiete años y estaba en el sexto curso de su escuela. El entusiasmo era intenso y los muchachos (que se consideraban a sí mismos hombres jóvenes) se desafiaban los unos a los otros a alistarse en el ejército. Joseph se contaba entre los que hicieron cola como voluntarios, con la esperanza de que su animosa respuesta ante la emergencia fuera admirada. Sin duda los demás se rieron de la idea. De hecho, el médico militar simplemente le echó un vistazo al diminuto y encorvado cuerpecillo que tenía delante y rechazó directamente a Joseph para el servicio militar sin molestarse en examinarle. El muchacho regresó a casa y se encerró en su cuarto. Se pasó un día y una noche sollozando como un niño pequeño. Su madre no pudo hacer nada con él. Se pasó dos días sin hablarle a nadie. Quizás fuera una actuación, porque es inconcebible que un muchacho de su inteligencia soñara siquiera con que el ejército lo aceptara.

Una vez más, entonces, Joseph se vio reducido a su intelecto y su familia tuvo que plantearse seriamente el problema del futuro. Estaba claro que jamás sería llamado a filas para combatir y que si era posible debería tener la oportunidad de una educación universitaria. La situación bélica, de hecho, podía ser una ventaja para él en un momento en que la mayoría de los jóvenes se veían obligados a dejar incompletos sus estudios. Sus dos hermanos acabaron sirviendo en el ejército mientras él seguiría en la escuela hasta cumplir dieciocho años. Posteriormente, tanto como agitador político y como dirigente nazi, demostraría a menudo una valentía física excepcional, como si desafiara a los matones que le rodeaban a llamarle cobarde. Como

Reichsminister, siempre estaba dispuesto a criticar al ejército y sus generales.

Ahora ya no había dudas en las mentes de sus padres de que Joseph debía convertirse en sacerdote católico. El prelado Mollen recuerda que su alumno parecía muy interesado en la religión desde muy temprana edad. Sus padres habían hecho todo lo que podían por su extraño e inteligente hijo al permitirle seguir en la escuela hasta que cumplió los diecinueve años. Ahí Goebbels consiguió establecer mejores relaciones tan pronto como obtuvo la dignidad del aprobado en el sexto curso. Ya no le era tan necesario reafirmarse continuamente para compensar su inferioridad física. Podía destacar intelectualmente sin ofender a los demás muchachos; su lengua afilada encontró mucho que hacer en la escuela y su voz empezó a encontrar su fluidez cuando se convirtió en orador de la clase los días de entregas de premios. También se distinguió como actor aficionado en las obras de la escuela. Cuando finalmente se examinó en 1917 los resultados de sus exámenes fueron los mejores de su promoción, y fue invitado por el director de la escuela a pronunciar el discurso de despedida en representación de la promoción que dejaba la escuela. Prang recuerda que ese discurso fue muy envarado y pomposo, y el director, al que no le caía bien Goebbels debido a sus modales desdeñosos en la escuela, comentó posteriormente que al menos había una cosa segura: ¡Joseph Goebbels nunca sería un buen orador!

En principio parece que Goebbels no parecía particularmente adverso a la idea de entrar en el sacerdocio. De hecho, posiblemente le pareció la oportunidad que tenía más a mano de lograr aquello que realmente quería: una posición en el mundo. Es muy improbable que su mente joven e impresionable no fuera consciente de la importancia que tenía incluso el más humilde sacerdote en la devota comunidad católica en la que se había criado, y sin duda ya empezaba a responder a las visiones del poder que un sacerdote tendría sobre los otros hombres.

Pese a su pobreza, Goebbels consiguió matricularse en 1917 por un único trimestre en la Universidad de Bonn, la primera de varias universidades a las que asistiría antes de obtener su título en Heidelberg en 1921 a la edad de veinticuatro años. Después de ese trimestre inicial en Bonn, su educación posterior dependió de una beca universitaria otorgada por una importante institución benéfica católica, la Sociedad Alberto Magno. Fue en relación con esta institución que apareció una de las primeras y más interesantes leyendas asociadas con Goebbels.

Sabiendo que tenía que presentarse ante un sacerdote para la entrevista, se dice que Joseph hizo todo lo que pudo para impresionar. El sacerdote vio que el muchacho estaba preparado para demostrar toda su erudición, así que llevó la entrevista por los derroteros de una discusión sobre asuntos más mundanos. Lo que descubrió durante su conversación con Joseph le impresionó, pero no de la forma que Joseph o sus padres hubieran previsto. Se dice que el sacerdote le dijo: «Joven, usted no cree en Dios. Bajo ningún concepto debe ser ordenado sacerdote».

Es una lástima que no haya nada de verdad en esta historia tan repetida, con su toque de drama fáustico. El primer acercamiento a la Sociedad Alberto Magno en realidad no tuvo lugar hasta septiembre de 1917, cuando Goebbels tenía casi veinte años. Se puso en contacto con la institución directamente, no a través de sus padres actuando en su nombre. La correspondencia permanece en los archivos de la Sociedad, escrita en la caligrafía pulcra y erudita de Goebbels que pronto degeneraría en un garabato anguloso y entrecruzado que seguía teniendo un aspecto ordenado pero que en realidad era notoriamente ilegible. Las cartas revelan que ya había empezado sus estudios universitarios y que sus padres habían descubierto que el coste era prohibitivo. La primera carta está fechada el 5 de septiembre.

> Por la presente ruego muy humildemente (untertänigst) al Comité Diocesano de la Sociedad Alberto Magno en busca de algún

apoyo financiero para el trimestre de invierno de 1917-18. Aprobé mis exámenes de acceso en el Gymnasium de Rheydt (adjunto informe) y acudí a la universidad de Bonn a estudiar Filología (alemán y latín) e Historia. Durante este trimestre he conseguido arreglármelas con algunos ahorros que tuve la suerte de obtener dando clases particulares a niños más pequeños mientras estaba en la escuela. Sin embargo, he tenido que interrumpir mis estudios prematuramente ya que mis medios eran escasos y pronto se agotaron.

Mi padre trabaja de oficinista, y lo poco que queda de su salario en vista del aumento del coste de la vida debe usarse para sostener a mis dos hermanos, de los cuales el mayor está en el Frente Occidental, mientras que el otro es prisionero de guerra en Francia.

Desafortunadamente, las vacaciones no me concedieron demasiadas oportunidades de ganar dinero, y todos mis esfuerzos para obtener un empleo de corta duración han sido en vano. Debido a la minusvalía de mi pierna estoy exento del servicio militar y me gustaría muchísimo poder continuar mis estudios durante el próximo trimestre. Esto, sin embargo, depende enteramente de la caridad de mis correligionarios católicos.

Les pido humildemente que escuchen mi petición sincera, y espero ansiosamente su respuesta.

Tengo confianza en que mi anterior profesor de religión, Herr Oberlehrer[3] Johannes Mollen, confirmará todas mis afirmaciones.

Devota y respetuosamente,

Josef Goebbels (Stud. Phil) (3)

A esa siguió una segunda carta fechada el 14 de septiembre, y que era incluso más formal en su petición:

Tal y como les informaba en mi anterior carta, no he sido capaz, debido a dificultades económicas, de completar el último trimestre de estudios. Además, hacia finales de junio, fui reclutado por el ejército para tareas de oficina, pero ahora me hallo libre de tales

deberes. En estas circunstancias, no estoy en posición de proporcionar testimonio de mi diligencia en lo referente al primer trimestre. ¿Tendrían ustedes la amabilidad de hacerme saber si, en las presentes circunstancias, puedo continuar sin presentarlo? Ya que sin su amable y misericordiosa ayuda tendría que abandonar incluso mis estudios.

Les adjunto el cuestionario, y tan pronto como tenga su amable respuesta, les enviaré los demás documentos.

En otra carta posterior, fechada el 18 de septiembre, Goebbels es más explícito. El estilo sigue siendo muy formal, y se refiere a sí mismo en tercera persona:

El padre del solicitante abajo firmante es un administrativo empleado por la firma W. H. Lennartz en Rheydt. Sus ingresos ascienden a una cantidad entre los 3.800 y los 4.000 marcos anuales. No hay ahorros ni fondos apreciables. La madre del solicitante sigue viva. De los tres hijos varones, el solicitante es el más joven. Su hermano mayor (24 años) es artillero en el Frente Occidental. El otro hermano (22 años) es un prisionero de guerra en Francia. La única hermana superviviente tiene ocho años de edad.

En vista del aumento del coste de la vida y de la necesidad de sostener a los otros dos hijos varones (prioridad debida al hecho de que son soldados), los padres no están en posición de proporcionar apoyo económico para los estudios del solicitante.

En la misma hoja de papel hay un notable encomio de Goebbels hecho por el prelado Mollen:

Los padres de Herr Goebbels son personas católicas y decentes y éste puede ser recomendado a causa de su actitud religiosa y de su conducta moral general.

Otros dos maestros añadían también sus recomendaciones para el candidato.

La solicitud de ayuda que Goebbels hizo a la Sociedad venía acompañada de un informe escolar sobre sus progresos y estudios, su conducta y su carácter. Lo presentaba como un alumno excepcional. Su comportamiento, asistencia, pulcritud, diligencia y caligrafía tenían las máximas puntuaciones, «muy bien», y sus asignaturas de griego, francés, historia, geografía, matemáticas y física estaban calificadas de «buenas». La solicitud de Goebbels tuvo éxito. La Sociedad decidió concederle una subvención bajo la forma de una serie de préstamos libres de intereses. Tras una tercera solicitud, fechada el 8 de octubre, en la que solicitaba respetuosamente un pago inmediato para ayudarle con los costes de libros y tasas de matriculación, recibió su primer préstamo de 185 marcos (el marco alemán empezaría a declinar hacia 1920 en preparación de la catastrófica inflación de los años 1921-23). En total, entre 1917 y 1920 la Sociedad Alberto Magno prestó a Goebbels un total exacto de 964 marcos. Si hubieran sabido de antemano las dificultades que tendrían para obtener el pago de la deuda de Goebbels, sin duda jamás le hubieran dado un solo marco. Al final tuvieron que recurrir a medidas legales y no consiguieron una liquidación final de la deuda hasta 1930, cuando Goebbels ya era miembro del Reichstag y un notorio anticatólico. La documentación completa de este largo enfrentamiento permanece en los archivos de la Sociedad (4). Además de esos préstamos, su padre le concedía cincuenta marcos mensuales y a veces su madre podía enviarle pequeños regalos en efectivo.

Las universidades alemanas de principios de siglo sólo tenían cuatro facultades, a saber: Teología, Medicina, Derecho y Filosofía. La Filosofía era una especie de cajón de sastre académico que incorporaba cualquier otra disciplina que no estuviera incluida como parte de las tres primeras facultades. Incluía asignaturas tan diversas como literatura, matemáticas, ciencias políticas, economía e historia del arte. Era la facultad adecuada para el estudiante que quisiera

convertirse en un profesor plenamente cualificado. Los estudiantes de la Facultad de Filosofía hacían un *Staatsexamen* o examen final que les concedía el derecho de convertirse en maestros de Gymnasium. Hacer un doctorado no era obligatorio, pero la mayoría de los estudiantes lo hacían por el prestigio que el título traía consigo. A la mayoría de los alemanes con estudios superiores les gustaba tener el título de *Herr Doktor*. El doctorado requería unos tres años de estudio en la universidad, tras lo cual se presentaba una tesis o disertación breve sobre un tema escogido por su profesor, seguido de un examen oral.

En Bonn, Goebbels estudiaba historia y literatura y se especializaba en esa temprana etapa de su carrera académica en el estudio de la obra dramática de Goethe. Se había unido al sindicato católico estudiantil conocido como Unitas, al que las autoridades católicas recomendaban pertenecer, y a juzgar por los registros de la Sociedad Alberto Magno, Goebbels parecía ser un buen estudiante. Entonces comienza el desestabilizador peregrinaje de un centro universitario a otro. Aunque era costumbre que los estudiantes se formaran en dos o tres universidades, la carrera nómada de Goebbels muestra una inquietud poco habitual. Durante el trimestre de verano de 1918 acudió a la Universidad de Friburgo, donde se le dispensó del pago de matrícula alguna y estudió los escritos de Winckelmann, el arqueólogo católico del siglo XVIII y estudioso del arte clásico, y la influencia de Roma y Grecia en la Edad Media. En invierno se trasladó a la Universidad de Wurzburgo, donde continuó sus estudios de historia antigua y contemporánea.

Han sobrevivido algunas de las cartas escritas por Goebbels en octubre y noviembre de 1918 a su amigo de escuela Fritz Prang en Rheydt y a la familia Prang en general. Son particularmente reveladoras en cuanto a la evolución de su carácter cuando estaba plenamente instalado como estudiante y viviendo en una habitación propia lejos de su familia. Están escritas desde Wurzburgo. La primera de ellas, fechada el 2 de octubre y dirigida a Fritz es un interesante comentario sobre las condiciones que afectaban a la asistencia a clase

de los estudiantes en las universidades alemanas durante los últimos meses y semanas de la guerra. Goebbels se veía obligado a asistir a aquella universidad que estuviera en una población donde pudiera encontrar alojamiento en vez de acudir a la universidad de su elección:

> Querido Fritz:
> En primer lugar acepta mis sinceros saludos, así como mi considerable disgusto al tener que decirte directamente que mi sueño largamente acariciado no se ha hecho realidad: durante este trimestre, ay, tendré que volver a olvidarme de Múnich. En toda la ciudad no hay una sola habitación libre, y la situación alimentaria también parece mala. No, no permanecí sentado frente a la estación llorando hasta que me quedé sin lágrimas. Simplemente hice la maleta y puse en práctica lo que llamarías una retirada estratégica. La verdad es que en Wurzburgo he tenido suerte. Una habitación maravillosa justo al lado del río. Comida muy buena y… bueno, ¿qué más se puede esperar en estos días? En cuanto a Múnich, espero tener otra oportunidad en Navidades.

A partir de ahí se dedica a glosar las bellezas de la antigua ciudad de Wurzburgo en los términos floridos de una guía de viaje, con el apoyo de citas literarias y una referencia a su propia persona como «joven hijo de las musas»:

> Es una buena universidad. Para este trimestre me centraré de nuevo en historia del arte y literatura alemana reciente. Este invierno espero realizar un buen avance en *artibus liberalibus*. ¿Y tú, mi querido amigo? Bueno, espero que en el transcurso de los próximos meses encuentres tu camino hasta esta hermosa sede de las Musas. Te aseguro que nunca te arrepentirás. ¿Qué tal si interrumpes tus actuales ocupaciones para hacer una visita corta por aquí? Me encantaría que pudieras. Esta noche tengo intención de leerme «El Jardinero» de Rabindranath Tagore, una maravillosa

colección de poemas amorosos que te recomiendo de todo corazón. No te olvides, por favor, de enviarme lo antes posible el pequeño boceto para las Navidades. Y dale recuerdos míos, por favor, a tu muy estimada señora madre y a tu señor padre, y acepta los más sinceros saludos de tu ULEX.

Para ese entonces estaba claro que Goebbels se tenía a sí mismo por un literato, y estaba preparado para usar sus cartas a sus amigos como oportunidades para hacer demostraciones estilísticas. Esta tendencia llegó a su cúspide cuando supo al mes siguiente de la muerte del hermano de Fritz, Hans, en los últimos días de la guerra. Le escribió una nota fríamente formal el 13 de octubre en la que intentaba compaginar el decoro de sentimientos con un estilo apropiadamente heroico.

Acabo de saber gracias a Fritz la espantosa noticia de la muerte de vuestro querido hijo y hermano, Hans, y siento el impulso de ofrecer mis más sinceras condolencias en vuestro pesar por esta triste pérdida. Considerando que durante un tiempo estuve cerca de Hans y que he compartido muchas horas silenciosas con él, permitidme dedicar unas pocas palabras de recuerdo al joven héroe.

Hans era un camarada honesto y leal. Lo que me atrajo particularmente de él y que siempre me hará sentirme orgulloso de haberle conocido era su carácter puro y sin mácula, su nobilísima actitud, y su forma de vivir con naturalidad, aunque a su manera contenida pero viril no era del tipo que conquista los corazones de los demás en un instante. Pero hacía algo mucho más valioso: sabía ganarse los corazones de sus amigos para siempre en horas de silenciosa comunión… creo que vosotros, verehrte[4] familia Prang, encontraréis algo de solaz en estos pensamientos. Si en verdad es el destino de aquellos a los que los dioses aman morir jóvenes, entonces debéis saber que Hans se contaba entre esos pocos elegidos.

Cerca de un mes después, el 11 de noviembre de 1918, se firmó el Armisticio en el vagón de tren privado del mariscal Foch, que Goebbels un día traería de vuelta a Compiègne cuando Alemania fuera capaz de celebrar su triunfo sobre Francia. La compleja situación política en Alemania que había conducido al Armisticio excitó naturalmente a los estudiantes, así como al resto de Alemania. El Alto Mando, en un principio a favor del Armisticio, se volvió en contra en el último momento y así también, por tanto, la responsabilidad de proceder a la aceptación de los términos de paz recayó solamente sobre los hombros del gobierno civil. Ludendorff, que posteriormente respaldaría a Hitler, había dimitido de su puesto del Alto Mando a finales de octubre, y había huido al extranjero al caer en desgracia; al saber que la derrota de Alemania estaba siendo admitida, soldados, marineros y obreros empezaron a amotinarse por todo el país exigiendo la paz, y el Primer Gobierno Republicano se formó en Baviera el 8 de Noviembre. El Kaiser se vio obligado a huir a Holanda tan pronto como fue evidente que ni él ni el Alto Mando podían seguir contando con la lealtad del ejército. El 10 de noviembre se proclamó una revolución socialista en las grandes ciudades y se creó un Gobierno de la República.

En una carta fechada el 13 de noviembre, unos pocos días después de la revolución, y dirigida a Fritz Prang, Goebbels le hace unos comentarios como universitario sobre esos acontecimientos. Contrastan sorprendentemente con su pensamiento una vez que se convirtió en nacionalsocialista, particularmente en su completa aceptación de la derrota de Alemania:

> Hace unos días en el Auditorium Maximum de aquí tuvimos una gran reunión de casi todos los estudiantes de Wurzburgo que deseaban saber en qué posición estaban frente a la candente cuestión de nuestra nueva situación política. Y en el transcurso del debate, se dijo algo que quiero hacerte llegar en respuesta a tus palabras de amigo. Se planteó la cuestión de cómo debían posicionarse los estudiantes alemanes frente a los nuevos poderes

fácticos, y uno de los estudiantes mayores (herido en la guerra) dijo lo que pensaba al respecto: «Creo que en las circunstancias presentes, la línea de acción más decente que podemos emprender es observar las aguas con calma. Ahora mismo parece que las masas ciegas e ignorantes están al mando. Pero quizás vuelva el momento en que sientan la necesidad de un liderazgo más inteligente, y entonces será nuestro momento de dar el paso y emplearnos con todas nuestras fuerzas».

¿No tienes también tú la sensación de que volverán tiempos en los que la gente anhelará valores intelectuales y espirituales en vez del brutal discurso populista? Aguardemos ese momento y mientras tanto perseveremos en preparar nuestras mentes para las tareas que nos esperan. Ya es suficientemente amargo haber vivido estas horas oscuras de nuestra patria, pero quién sabe si después de todo algún día todo esto no nos beneficiará. Tal y como lo veo, Alemania ha perdido la guerra, desde luego, pero nuestra patria resultará la vencedora.

Tras más condolencias por la muerte de Hans, ¡termina su carta citando a Horacio!

Durante el trimestre de verano de 1919, Goebbels volvió a Friburgo. Aunque se le había condonado el pago de las tasas y recibía más préstamos de la Sociedad Alberto Magno, su devoción por el catolicismo había empezado a desvanecerse, ya que para ese entonces no aparece registrado como miembro de Unitas.

Durante el trimestre de invierno de 1919, se trasladó a la Universidad de Múnich, donde recibiría el último de los préstamos que obtendría de la Sociedad Alberto Magno. Después de eso, no los mantuvo informados de sus movimientos ni les envió ningún informe de sus progresos en los estudios, aunque debería haberlo hecho anualmente en atención al apoyo económico que le habían prestado durante los dos primeros años de su carrera académica. Hay pocas dudas de que para entonces ya estaba cortando todos los lazos con la Iglesia Católica; en cualquier caso, estaba a punto de caer bajo una

influencia mayor que encendería sus ambiciones literarias y le convencería de que podía llegar a ser un escritor profesional. Retendría esta ambición durante el resto de su vida, si contamos los enormes honorarios y derechos que cobraba por sus artículos publicados, discursos y diarios durante el periodo de su poderío político, como una indicación de su éxito literario.

Una carta de gran interés, escrita a Goebbels por su padre, fue publicada poco después de la guerra en un periódico católico (5). Está fechada el 7 de noviembre, momento en el que Goebbels ya se encontraba en Múnich. La carta deja claro, particularmente en la última parte, que Goebbels ya estaba desarrollando su tendencia a dramatizar sobre su propia persona como «el hijo pródigo», cosa que sería algo característico de él durante toda su vida. No se contenta con perder su fe calladamente, debe provocar revuelo emocional al respecto, no sólo en sí mismo, sino también entre sus seres queridos. Hay una cierta nobleza en su carta que habla bien de *Herr* Goebbels y revela lo profundo de su afecto y disposición para con el hijo cuya vida futura tanto lo decepcionaría y preocuparía.

> Querido Joseph,
>
> Mi carta de antes de ayer debería haberte llegado ya. Pero quiero volver brevemente a tus palabras del 31 del mes pasado. Decían muchas cosas que me agradaban, pero también otras que me causan dolor. Creo, sin embargo, que con algo de buena voluntad por ambas partes nuestra antigua relación de completa confianza puede verse restaurada rápidamente. Obviamente esto no se podrá lograr a menos que seas absolutamente sincero y franco con tu padre.
>
> Siempre he estado convencido de que no has demostrado jamás falta de diligencia en tus estudios, y has logrado así éxitos que otros estudiantes universitarios envidiarían. Me complace particularmente el que hayas mantenido tus principios morales, y lo que decías al respecto ha sido en verdad un bálsamo para el corazón de un padre.

Sin embargo, entonces prosigues: «Pero si perdiera mi fe…». Asumo que eso implica que todavía no la has perdido, y que simplemente te atormentan las dudas. En ese caso debo asegurarte que no conozco a persona alguna, particularmente si es joven, que esté libre de tales dudas; y que, de hecho, aquellos que sufren esas dudas puede que se conviertan en mejores cristianos precisamente por ello. Aquí tampoco hay victoria sin batalla. Por tanto, hacer de esto una razón para mantenerte apartado de las Santos Sacramentos es un grave error, ¿porque quién puede afirmar que se ha acercado a la mesa del Señor en toda ocasión con el corazón puro y cándido de un niño en su primera comunión?

Ahora debo hacerte unas cuantas preguntas, ya que si nuestra relación quiere volver a nuestra confianza anterior —y nadie lo desea más fervientemente que yo— no debo tener duda alguna sobre tus respuestas a estas preguntas:

1. ¿Has escrito o tienes intención de escribir cualquier cosa que no sea compatible con la religión católica?

2. ¿Estás pensando en tomar una profesión que no sea apropiada para un buen católico?

Si aún así respondes a ambas preguntas con una negación, y si tus dudas son de una naturaleza enteramente diferente, sólo puedo responderte una cosa: reza y sigue rezando, y yo también rezaré a nuestro Señor para que te ayude a que todo sea para bien al final.

Si entonces te sigues considerando en peligro de perder tu fe, me gustaría que volvieras tu mente al año 1915, cuando, temprano por la mañana, te arrodillaste junto a mí en el lecho de muerte de nuestra querida Elizabeth y cuando rezaste conmigo por el alma de nuestro angelito que nos fue arrebatada tan pronto. ¿Qué fue entonces el único consuelo a nuestro dolor? Fue simplemente éste, que esa alma amada había recibido apropiadamente la extremaunción de nuestra Santa Iglesia y que podíamos rezar por ella juntos.

Sea lo que sea que sientes en lo más profundo de tu corazón, aunque sea peor de lo que puedo imaginar, estoy seguro de que si

muestras algo de entereza recuperarás tu paz de espíritu; y si sigues pensando que no es posible, entonces vuelve a casa, hijo mío, y háblalo con nosotros. Te pagaré el viaje de vuelta en cuanto me lo pidas…

Dices en tu carta: ¿Por qué no me dices que me maldices como al hijo pródigo que ha abandonado a sus padres y huido al páramo?

Y luego escribes también: Si crees que ya no puedo ser tu hijo…

Bueno, al ser un padre católico, no hago ni una cosa ni otra. Simplemente seguiré rezando por ti tal y como he rezado tan a menudo.

No tienes que apresurarte a responder esta carta, pero continúa tu correspondencia con nosotros en casa. He oído que el envío de paquetes ya no estará restringido, así que un día de estos te enviaré un paquete de comida.

Tu madre te envía recuerdos, así como tu hermana y tus hermanos, y yo sigo siendo tu amante padre.

Es interesante ver reflejado en esta carta el deseo de Goebbels de asumir tanto para él mismo como ante los demás el dramático papel del apóstata.

En 1920 Goebbels se trasladó a la Universidad de Heidelberg, donde se graduaría al año siguiente. La influencia bajo la que se encontraría entonces sería la del célebre profesor de Literatura de origen judío Friedrich Gundolf, que era el más famoso historiador de la literatura de Alemania en aquel entonces y autor de la que sigue siendo la biografía de Goethe más conocida. Gundolf era un hombre muy distinguido no sólo académicamente, sino que tenía a su alrededor una cierta aura de *glamour* a la que no podía escaparse ningún joven estudiante, ya que estaba estrechamente relacionado con Stefan George, el poeta más adelantado y esotérico de la literatura alemana de principios de siglo. Gundolf era una figura importante en el círculo que rodeaba a ese famoso autor, y ser un estudiante que trabajaba con Gundolf implicaba ser partícipe por cercanía del centro de la vanguardia literaria de moda y del buen gusto intelectual. Sin

duda, el joven estudiante provinciano de Rheydt tenía la sensación de haber encontrado su sitio y estaba desmesuradamente orgulloso de ser un estudiante en el departamento del profesor judío en la universidad. En ese momento tenía veintitrés años y sus estudios en Heidelberg incluían Historia, Filología, Arte y Literatura.

Empezó a trabajar en la tesis para su doctorado. Su tema era un examen de la obra de Wilhelm von Schütz, subtitulado «Una Contribución a la Historia del Drama Romántico». Goebbels más tarde retiraría la tesis de los archivos de la universidad y la rebautizaría como «Contextos Espirituales y Políticos de los Primeros Románticos» (6). Eso, por supuesto, sucedió cuando era ministro del Reich y quiso demostrar implícitamente sus supuestos intereses políticos cuando estaba en la universidad. En realidad, sus intereses eran principalmente estéticos. La política todavía estaba por aparecer.

Es necesario entender la forma en que se moldeó la extraordinaria personalidad de Goebbels durante ese importante periodo de su adolescencia y juventud. Nadie niega su inteligencia, pero hay indicios en su relación con la Sociedad Alberto Magno de que ya estaba desarrollando el oportunismo egotista que sería una parte tan importante de su naturaleza. Estaba claro que ya se estaba independizando tanto como podía de su familia y su origen. Es difícil pensar en él como un joven y pobre estudiante que pedía míseros préstamos y que se mudaba cada pocos meses de un lado a otro durante la mayor parte de su carrera académica. Vivió en una serie de habitaciones de alquiler desde las cuales escribía sus numerosas peticiones de dinero a la Sociedad Alberto Magno o sus informes de progreso: el nº 18 de Portstrasse en Bonn; el cuarto piso del nº 2 de Breisacherstrasse en Friburgo; el cuarto piso del nº 8 de Blumenstrasse en Wurzburgo; de vuelta a Friburgo en el nº 8 de la Goethestrasse; fue inquilino de una familia llamada Vigier en la Romanstrasse, Múnich. Sólo en Heidelberg, cuando era un hombre joven de veintitrés años, empezamos a encontrar indicios de que estaba descubriendo sus

ambiciones y desarrollando conscientemente su seguridad en sí mismo entremezclada con una considerable dosis de vanidad.

Friedrich Goebbels y Maria Katherina Goebbels.

La casa de los Goebbels en Rhyedt.

Gymmasium de Rheydt, 1916; *izquierda*, representación de *Die Quitzows* de Wildenbruch; *derecha*, con miembros del Sexto Curso.

Con Elsa y Alma, que lleva sombrero.

Tenía muchas razones para que sintiera apasionadamente la necesidad de afirmar su propio yo. Su padre y su madre eran, en el fondo, gente de clase trabajadora que hablaban con un acento local fuertemente marcado, aunque sin duda ellos se veían a sí mismos como clase media-baja. De adolescente y como estudiante había

dejado atrás su pueblo natal e incluso la Renania para trabajar brevemente en universidades tan alejadas como Múnich y Heidelberg. En cada una de esas universidades estuvo en constante contacto con gente de educación. Su acento renano se volvió más claro y culto, aunque retuvo rastros de ese origen en su magnífica voz hasta el final de sus días. Pero durante todo este tiempo fue pobre, viviendo gracias a las escasas aportaciones de su familia (especialmente de su madre), al dinero de sus becas y a las pequeñas cantidades que pudiera ganar como profesor particular y secretario a tiempo parcial. Como hemos visto, en la mayoría de las universidades se le dispensó de pagar las matrículas, pero un joven tan orgulloso, por no decir vanidoso, debió sentir amargamente el estigma social de la pobreza.

También tuvo que aprender a sobrellevar sus dolencias físicas. Era de constitución muy ligera y muy cargado de espaldas. Apenas medía más de metro y medio y pesaba alrededor de cuarenta y cinco kilos. Caminaba con una cojera inconfundible, pero se había convertido en un experto en disimularlo. Tenía poco dinero para comida o ropa, así que tuvo que potenciar sus recursos sociales mediante el desarrollo de su personalidad. Tenía dos grandes ventajas que comenzó a explotar desde muy temprano en su vida: su voz, que podía ser tan acariciadora o potente como quisiera, y un cierto magnetismo personal.

Tenía el rostro delgado y ovalado, la nariz pronunciada y larga y pómulos altos. Poseía una boca ancha y volátil, de sonrisa encantadora que usaba a menudo. Sus ojos eran de un color castaño oscuro y respondían prontamente ante las emociones, pero también podían ser penetrantes cuando se fijaban en alguien. Tenía manos hermosas, esbeltas y gráciles, que también aprendió a usar como parte de su expresión personal. Junto con su inteligencia despierta, esos factores positivos en su apariencia eran de gran importancia para él. Posteriormente, como veremos, muchos observadores perspicaces intentaron describir su personalidad. Bajo ningún concepto era Goebbels, por apariencia o mentalidad, la encarnación de la

concepción popular del «ario» alemán. Era más bien céltico en su apariencia. Parecía latino antes que sajón tanto en temperamento como mentalidad, como ha dicho el profesor Trevor Roper (7). Sir Nevile Henderson lo comparó con un agitador irlandés de temperamento céltico (8).

Uno de sus primeros escritos fue una novela corta titulada *Michael*, que escribió en 1921 poco después de su graduación, pero que fue rechazada por editores como Ullstein y Mosse a los que Goebbels la envió, hasta que en 1929 la Eher Verlag, la casa editorial nazi, decidió que era buena política publicarla (9). Posteriormente la Eher Verlag la reeditó unas cuantas veces en pequeñas tiradas. Es una novela extraordinaria desde el punto de vista literario y, sin duda, revela hasta cierto punto la actitud de Goebbels durante su periodo como estudiante.

Cuando *Michael* fue finalmente publicada, Goebbels escribió una florida dedicatoria a su amigo de la universidad Richard Flisges, que había muerto seis años antes:

1918

Todavía tienes el brazo herido en cabestrillo, el casco gris en la cabeza y el pecho recubierto de medallas: así te enfrentaste a esos estirados probos ciudadanos para pasar tu examen de acceso. Te suspendieron porque no te sabías una u otra cifra. Te dijeron que todavía no estabas lo suficientemente maduro.

NUESTRA RESPUESTA FUE: ¡REVOLUCIÓN!

1920

Ambos estábamos a punto de sufrir una crisis espiritual y rendirnos. Pero nos ayudamos mutuamente y apenas flaqueamos.

MI RESPUESTA FUE: ¡ODIO!

1923

Desafiaste al destino. ¡Hazlo o muere! Pero todavía no era el momento y necesitabas ser una víctima.

TU RESPUESTA FUE: ¡MUERTE!

1927

Estuve ante tu tumba. Bajo la resplandeciente luz del sol en una colina verde. Todo decía Mortalidad.

MI RESPUESTA FUE: ¡RESURRECCIÓN!

Flisges es hasta cierto punto una influencia misteriosa en la vida de Goebbels. Era un hombre enfermo que había resultado malherido en la guerra y condecorado por su valor. Y sin embargo emergió de la guerra como un anarquista incapaz de encontrar una forma de vida satisfactoria para él. Como demuestra la dedicatoria de *Michael*, fracasó en el examen de acceso a la universidad en 1918. Se volvió hacia Marx y Engels, al comunismo, al pacifismo, a toda forma de crítica contra el gobierno liberal de la Alemania de posguerra que pudiera servir de conducto para su odio y sus frustraciones. No sólo introdujo a Goebbels en los teóricos del comunismo, sino también en las obras de Walther Rathenau, el hombre de estado y filósofo alemán (10).

Goebbels descubrió a Dostoievski a través de Flisges. Está claro que esos dos jóvenes leían y debatían libros que parecían ofrecerles algún tipo de análisis o solución a sus problemas espirituales y sociales. El final de su adolescencia transcurrió en la atmósfera difícil y destructiva de la Alemania de posguerra, un tiempo cruel para que cualquier joven intelectual intentara lograr una visión equilibrada tanto de la sociedad como de su conducta personal. Goebbels seguía atraído por determinados elementos de la cristiandad, y el misticismo emocional de Dostoievski alimentó lo que quedaba de su imaginación religiosa. Al poco, además de *Michael*, Goebbels escribiría una obra de teatro en verso llamada *El Vagabundo* (11). Trata sobre Cristo. Jamás fue publicada.

Goebbels, por tanto, en compañía de su amigo, pasó por una fase de nihilismo que dejó un elemento adolescente destructivo en su

naturaleza que nunca consiguió superar. Posteriormente en su vida, actuaría a menudo con la crueldad arrogante de un hombre determinado a vengarse de toda una sociedad que le parecía demasiado imperfecta para su gusto. Se consideraba a sí mismo un revolucionario maduro. Sólo que con demasiada frecuencia parecía que se vengaba de las humillaciones de aquellos primeros días en los que sus artículos para el *Berliner Tageblatt* eran rechazados por su editor judío, Theodor Wolff, y Richard Flisges le presionaba para que leyera las obras de escritores judíos, Marx y Rathenau.

Flisges, inseguro todavía acerca de su propio lugar en la sociedad, se convirtió en trabajador sin cualificación y murió en un accidente de minería en julio de 1923. Para entonces el contacto entre él y Goebbels parece haber terminado. Pero el joven nihilista aún seguía presente en los pensamientos de Goebbels, un mártir para la perversidad del sistema social alemán. Fusionando su propia persona y la de Flisges en una figura romántica compuesta, un guerrero byroniano, Goebbels escribió su novela corta *Michael* mientras aún era un joven bajo la influencia directa de esta amistad.

Michael tiene una extensión de apenas treinta mil palabras, y por tanto es a todos los efectos una novela corta. Goebbels escribe en primera persona y, usando su forma literaria favorita, en forma de diario. Había llevado un diario personal desde los doce años, y es evidente por su estilo de escritura que durante la adolescencia se había vuelto la clase de persona a la que le gustaba verse en el papel escrito, escribiendo en un estilo narcisista y pomposo como un joven que pusiera expresiones heroicas ante un espejo o haciendo poses. Mantener un diario que es un registro de cosas hechas, gente a la que se conoce o incluso experiencias más íntimas es una cosa, pero verter descripciones de pensamientos propios privados, largas cadenas de tímidas exclamaciones y exuberantes emociones, todo ello escrito como si fuera verso libre, es otra cosa bastante diferente. Goebbels toqueteaba sus emociones literarias como un avaro que acariciara su oro.

Michael, es el diario de un héroe que combina las ocupaciones de un soldado, un obrero, un poeta, un amante, un patriota y un revolucionario. Aquí está el comienzo:

> El corcel ya no relincha bajo mis muslos; ya no estoy agazapado sobre un cañón o avanzando pesadamente a través del barro arcilloso de trincheras abandonadas.
>
> ¡Cuánto tiempo hace desde que caminara por la vasta planicie rusa o los campos plagados de obuses de Francia!
>
> ¡Ya es cosa del pasado!
>
> Como un fénix renaciendo de las cenizas de la guerra y la destrucción. ¡Paz!
>
> La palabra misma es como un bálsamo en una herida aún temblorosa y sangrante. Me parece que me aferro a la bendición de esa palabra con ambas manos.
>
> Cuando miro por la ventana veo tierra alemana: pueblos, aldeas, campos, bosques…
>
> ¡Mi patria! ¡Alemania!

Michael deja atrás los deseos de autodestrucción de la guerra y se convierte en un estudiante, «ansioso por aferrarme a la vida con todas las fibras de mi ser». Vive en habitaciones de alquiler; es su propio dueño. Se encuentra con un amigo del colegio que le pregunta qué está estudiando en la universidad. Esta es su reflexión:

> 12 de mayo
>
> ¿Qué es lo que estudio, de verdad?
>
> Todo y nada. Soy demasiado vago, y puede que demasiado estúpido, para las ciencias exactas.
>
> Quiero ser un hombre. Con una imagen propia.
>
> ¡Una personalidad! ¡En el camino hacia una nueva Alemania!

17 de mayo

Me he preguntado durante largo tiempo si eso es lo que me hace beber de la vida tan copiosamente.

Es porque estoy plantado con ambos pies sobre la dura tierra de mi patria. El olor de esa tierra me rodea. Y en mis venas la sangre de campesino se anima saludablemente.

Armado con la amistad de Flisges, Goebbels podía permitirse esos sueños de feudalismo y caballerosidad de antaño en la persona de Michael. Ya no era cojo, ya no era el hijo de un oficinista, ya no había sido rechazado por el ejército; estaba fusionado con el cuerpo y el espíritu de su amigo escribiendo un diario ficticio junto con el suyo personal.

En la universidad, Michael conoce a una muchacha llamada Hertha Holk de quien se convierte en íntimo. Dan largos paseos y disfrutan de profundas conversaciones. Ante ella, Michael proclama su patriotismo: «En estos días, un joven alemán sólo puede hacer una cosa: ¡Alzarse por la patria!». Cuando no está con ella se queja (y aquí sí que parece que cita su propio diario) de lo mal que anda de dinero: «¡El dinero es basura, pero la basura no es dinero!». Junto a ella, declara disfrutar de los deleites de la música y los deleites del amor:

Un millar de insectos zumbando. La hierba era indescriptiblemente verde. Beso a Hertha Holk en su suave boca anhelante. Ambos nos sentimos muy avergonzados.

Una tranquila, tranquila tarde de verano…

En la calle nos separamos…

Llevo mi felicidad como una dulce, dulce carga.

¡Noche!

Vuelvo a la ciudad y cojo unas rosas de los muros de los jardines.

Más y más rosas rojas.

Estoy frente a la ventana de Hertha Holk…
Dejo un ramillete de rosas rojas en su alféizar.
Soy feliz, feliz mientras vuelvo a casa.
¡Bendita la hora!

«Hertha Holk», dice (siempre usa la afectación de citar los nombres completos), «me da alternativamente alegría y fuerzas. No puedo agradecérselo lo suficiente». Le inspira a escribir.

Mientras tanto, otra figura emerge, otra imagen más procedente del empañado espejo de la relación de Goebbels con Flisges. Se trata de Ivan Wienurovsky, un nebuloso estudiante ruso que le presta a Michael la primera novela de Dostoievski, *El Idiota*. Ese libro le afecta profundamente:

El espíritu de Dostoievski parece estar suspendido sobre esa tierra tranquila y somnolienta. Cuando Rusia despierte, el mundo será testigo de un milagro nacionalista.

¿Un milagro nacionalista? ¡Sí, eso es! Así son los milagros políticos. La Internacional es simplemente un dogma, pero los milagros de una nación no son producidos nunca por el intelecto, son cosa de la sangre. Pero tienen la voluntad de ese hombre, Lenin, sin Lenin, no hay bolcheviques.

Una vez más, son los hombres los que hacen historia. Incluso cuando se trata de mala historia.

Y hablando con Hertha un poco más adelante dice:

Pienso y actúo como tengo que actuar y pensar. En nosotros hay un demonio que nos guía hacia nuestro destino. No hay nada que se pueda hacer para evitarlo.

A la imagen de Goebbels dentro del personaje de Michael le sobreviene el deseo de escribir, inspirado tanto por Hertha como por Ivan y el espíritu de Dostoievski. Escoge como tema a Jesucristo:

Le hablo a Cristo. Creía que Le había derrotado, pero Lo había confundido con Sus falsos sacerdotes.

Cristo es cruel e inexorable.

Saca a latigazos a los cambistas judíos de Su templo.

Una declaración de guerra al Dinero.

Y sin embargo, si alguien dijera eso hoy en día, lo meterían en una cárcel o un manicomio.

Todos estamos enfermos.

La hipocresía es la característica de una época burguesa decadente.

La clase dirigente está cansada y ya no tiene coraje para nuevas aventuras.

El Intelecto ha envenenado a nuestro pueblo.

Y entonces añade:

Hertha me mira y sacude la cabeza.

Como Dostoievski, se ve poseído, «entregado a fantasmagorías», sufriendo de «soledad creativa». Entonces acaban las clases, Hertha regresa a su casa y Michael viaja a las Islas Frisias a escribir su obra mesiánica. «Yazgo en las profundidades esperando una palabra procedente de la boca de Dios». Allí recibe una carta de Hertha que nos da una idea de la imagen que al propio Goebbels le hubiera gustado que las mujeres tuvieran de él:

… a veces dudo de tu amor, y entonces lloro hasta que mis ojos se quedan sin lágrimas. ¡Perdóname! A veces me paso toda la noche despierta en la cama, añorando tu feroz orgullo… Sé que encontrarás tu camino, porque eres fuerte. Pero deberías tomarte la vida como es. No hay mucho que uno pueda cambiar, de todas formas. Deberías saltarte todos esos desvíos. Sé que me responderás que puede que los desvíos sean la mejor parte del camino. Pero el camino recto no te hará perderte.

Tu Hertha Holk

«Una mujer de verdad», escribe, «ama al águila». Y entonces repentinamente aparece un imprevisible estallido virulento:

> No hay judíos aquí, lo que es toda una bendición. Los judíos me enferman, físicamente, con sólo verlos. Ni siquiera puedo odiar al judío. Sólo puedo despreciarlo. Ha violado a nuestro pueblo, mancillado nuestros ideales, debilitado la fuerza de la nación, corrompido nuestra moral. Es el eczema venenoso en el cuerpo de nuestra nación enferma. Esto no tiene nada que ver con la religión. O nos destruye o lo destruimos nosotros…
>
> Cristo no podía ser judío. No necesito buscar ninguna prueba científica de ello. ¡Así tiene que ser!

Un párrafo que no viene a cuento, violento e indecente, pero que no podemos asegurar que no fuera un añadido posterior realizado cuando Goebbels preparaba su novela para la imprenta ocho años después. Sólo un vistazo al manuscrito original nos mostraría cuánto consideró adecuado añadir a su libro una vez convertido en agitador profesional para el partido nazi y en uno de sus elementos más violentamente antijudíos. Aquí ese estallido furibundo sólo sirve para presentar la idea de que Cristo no podía haber sido judío.

Los hombres y mujeres de la isla le inspiran («Me gustaría ser sacerdote en esta isla, para explicarle a estas gentes sencillas el Sermón de la Montaña»). Los describe como «orgullosos y fuertes». Las mujeres son de apariencia sana y hermosa y «el mar eterno se refleja en sus ojos».

El revolucionario en él despierta. En sus charlas con Hertha ya había expresado su odio a la cobarde burguesía amante de propiedades, la ofensiva de la edad anciana contra la obstinada libertad de la juventud. Entonces escribe:

> Una clase ha completado su misión histórica y está a punto de ceder ante otra. La burguesía tiene que ceder ante la clase trabajadora… Hay que apoyar lo que esté a punto de ocurrir. Todos

somos soldados de la revolución. Queremos la victoria de los trabajadores por encima del lucro obsceno. Eso es socialismo.

Así que es un socialista, admirador de una raza superior mítica y de un Cristo que era antijudío. Ivan le escribe diciéndole que debe venir a Múnich porque es la ciudad más interesante de Alemania. Entonces Hertha le escribe para decirle que ha alquilado habitaciones en Schabing, en el barrio latino de Múnich, donde pasarán el trimestre de invierno.

Mientras tanto, su relación con Hertha se vuelve más profunda y complicada. Su vanidad parece exigir que su amor tenga que ser un asunto complejo. Ella es «tormento y liberación». «En mis días malos apenas si puedo vivir sin ella… hago sufrir muchísimo a Hertha Holk». Pasan juntos las Navidades en las montañas. «Le doy las gracias por ser mi solaz y mi fuerza… Nos hacemos daño mutuamente en discusiones mezquinas… ¡Oh, montañas! ¡Oh altísimas montañas! Nuestra vida es una cadena de crimen y castigo bajo la guía de un destino inescrutable». En el momento en que nace el Año Nuevo, Hertha le dice: «Serás un hombre que dejará su marca en nombre de la Patria».

El resto del invierno es un tormento mientras trabaja laboriosamente en su drama en verso. La influencia de Ivan es fuerte. Michael se refiere a él como su «demonio». Hertha lo odia y desconfía de él; no «puede comprender mi tormento»; de hecho, lo empeora. Por detrás de las relaciones personales, el discurso sobre política revolucionaria continúa sin parar.

Nuestro pueblo está bajo un yugo. La raza suprema del mundo (Herrenvolk) ha quedado reducida a mano de obra esclava, de lo más alto a lo más bajo y de lo más bajo a lo más alto.

Pero no lo conseguiremos con discursos y resoluciones. Necesitamos una tormenta sagrada.

Larga vida a la República, eso es lo que gritan en las calles. ¿Pero qué es la República para nosotros? ¡Larga vida a Alemania!

Más tarde dice, sin ninguna intención humorística: «quiero ser un poste de señales. Quiero servir a la patria».

Una vez más, no se puede decir con seguridad cuánto decidió insertar Goebbels en su novela de juventud para reflejar con más exactitud sus pensamientos posteriores en el momento de su publicación en 1929. Aunque el libro entero parece ser una mezcolanza de lo místico y lo nihilista todo junto con un cierto deseo por un héroe nietzscheano que se adelanta a la futura actitud pública de Goebbels hacia Hitler, los párrafos sobre antisemitismo y aquellos referidos a un orador mesiánico que citaremos más adelante tienen un tono mucho más feroz que el resto. Son, por ejemplo, muy diferentes del diálogo vagamente demoníaco entre Michael e Ivan.

-Ivan Wienurovsky, quieres arrebatarme mi patria. Me estás convirtiendo en un mendigo.

-Son simples dolores de crecimiento. Quiero educarte, darte valentía.

-Me embarga la desesperación.

-Así es como es el mundo.

-Eres un diablo.

-El diablo es simplemente un ángel caído.

-¡Te odio!

-No importa. ¡No permitiré que te vayas, Michael!

-¿Así que quieres que sea tu esclavo?

-Sí, eso quiero.

Me levanté y le abofeteé en la cara.

Pero en marzo recibe una carta de Hertha que dice: «Sufro por tu culpa. ¿Por qué no podemos comprendernos el uno al otro? Te amo desmedidamente. Por eso sufro tanto. Si te aflige la desesperación, a mí también debe afligirme y no tendré nada a lo que aferrarme…»

Al llegar abril, Michael ha vuelto a las montañas, pero a su regreso encuentra otra carta de Hertha en la que dice que lo deja.

Desesperado, va a su casa, pero ella se ha marchado y nadie sabe dónde se encuentra.

Pero diez días después llega la gran revelación. El 27 de abril acude a un mitin político donde oye un discurso dicho por un orador innominado de extraordinario magnetismo y poder:

> … estoy en una sala en la que nunca había estado. Entre completos desconocidos. Pobres y desposeídos en su mayoría. Trabajadores, soldados, oficiales, estudiantes. Apenas si me percato de que el hombre que está en lo alto empieza a hablar, lentamente, con vacilación al principio.
>
> Pero de repente, se desencadena el flujo de sus palabras. Es como una luz que brillara sobre él. Escucho. Estoy embelesado. ¡Honor! ¡Trabajo! ¡La bandera! ¿Existen todavía tales cosas en este pueblo del que Dios ha retirado las bendiciones de su mano?
>
> La audiencia se inflama. La esperanza brilla en los rostros grises. Alguien cierra el puño. Alguien se limpia el sudor de la frente. Un viejo militar solloza como un niño.
>
> Me siento caliente y frío. No sé qué es lo que me ocurre. Me parece oír el tronar de cañones. Unos pocos soldados se ponen en pie y gritan «¡Hurra!» y nadie se da cuenta.
>
> Y el hombre en lo alto habla y habla, y aquello que estaba creándose en mi interior toma forma al fin.
>
> ¡Un milagro!
>
> Entre las ruinas hay alguien que nos muestra la bandera.
>
> Los que me rodean ya no son desconocidos. Son mis hermanos. Me acerco a la tribuna y miro al hombre a la cara.
>
> ¡No es un orador! ¡Es un profeta!
>
> El sudor le corre por el rostro. Un par de ojos resplandecen en su cara pálida. Tiene los puños apretados.
>
> Y como si fuera el Juicio Final, hace tronar palabra tras palabra, y frase tras frase.
>
> No sé qué hacer. Parezco un demente.
>
> Grito «Hurra». Y nadie parece asombrarse.

El que está en la tribuna me mira durante un momento. Esos dos ojos azules me queman como llamas. ¡Es una orden!

Me siento como si acabara de nacer.

No sé adónde me conduce mi camino. El camino de la madurez. Siento como si estuviera ebrio.

Todo lo que recuerdo es la mano del hombre agarrando la mía. Un voto de por vida.

Y mis ojos se encuentran con dos grandes estrellas azules.

Tan sobrecogido queda por esta experiencia transcendente que decide irse de Múnich sin decirle una palabra a nadie. Va a Heidelberg donde permanece ocioso, leyendo libros y periódicos, o quedándose sentado sin hacer nada «durante horas, inmóvil e insensible a todo». Que el Gran Orador innominado haya tenido tal efecto sobre él es, como mínimo, extraño. Parece como si Goebbels sintiera que el nihilismo intelectual de Michael hubiera sido derruido por este contacto dinámico inicial con el Mesías. Sin embargo, es cierto que Goebbels oyó hablar por primera vez a Hitler en junio de 1922 (es decir, más o menos por la misma época en que escribía su novela), y puede que tuviera ese efecto devastador en él. Por otro lado este fragmento y el que describe cuando oye al mismo Orador por segunda vez puede que fueran añadidos posteriores.

Michael, sin embargo, no sabe qué hacer. Al final decide:

La vida sólo puede mantenerse cuando uno está dispuesto a morir por ella. La clase trabajadora tiene una misión en Alemania. Salvar a Alemania es una misión de importancia mundial. Porque si Alemania perece, la luz se apagará en el mundo.

Entonces la personalidad de Michael asume su otra faceta, la de Richard Flisges. Deja la universidad para convertirse en minero; se va a vivir con una familia de mineros en una habitación despojada de todo excepto una cama, una silla y una mesa. Sólo tiene dos libros con él, la Biblia y *Fausto*. Ahora se gana la vida con el sudor de su frente.

Es orgulloso y solitario. Sigue enamorado de Hertha: «he amado a Hertha Holk, y probablemente la amaré para siempre. Pero no es la camarada que puede comprenderme de verdad». Posteriormente se traslada a una mina de Baviera, donde una vez más volvería a oír al Orador innominado:

> Esa noche me senté en una gran sala con un millar de personas más para verle de nuevo, para oír de nuevo al que me despertó.
>
> Ahora está en medio de una congregación leal. Parece haber crecido en estatura. Hay tanta fuerza en él, y un mar de luz destella desde esos enormes ojos azules.
>
> Me siento entre otros, y parece como si me hablara a mí personalmente.
>
> ¡Sobre las bendiciones del trabajo! Todo aquello que meramente he sentido o intuido, él lo pone en palabras. Mi confesión y mi fe: aquí es donde toman forma.
>
> Siento su fuerza llenando mi alma. He ahí a la joven Alemania y a los que trabajan en la forja del nuevo Reich. Yunque por ahora, pero martillo dentro de no mucho.
>
> Aquí está mi lugar.
>
> Me rodean personas a las que nunca he visto y me siento como un niño mientras las lágrimas anegan mis ojos.

En octubre le llegan noticias de que Ivan, que había vuelto a San Petersburgo, ha sido víctima de un asesinato político.

La última entrada en el breve diario de Michael es la del 29 de enero. Su casera le implora que no vaya a la mina al día siguiente. Ha soñado que muere por un desprendimiento. Se ríe del asunto. Pero como Flisges, muere en un accidente y el libro concluye con una carta escrita por un minero dirigida a Hertha Holk contándole que Michael había muerto con una sonrisa y que en su ejemplar del *Zaratustra* de Nietzsche había subrayado el siguiente fragmento: «Muchos mueren demasiado tarde y algunos demasiado temprano. Extraña sigue sonando la lección: ¡Muere en el momento apropiado!».

Michael fue publicado por primera vez en 1929, unos siete años después de que fuera escrita. En ese momento Goebbels era Gauleiter de Berlín, diputado del Reichstag y Director de Propaganda para el partido nazi. Tendría, por tanto, todo tipo de razones para añadir secciones a su novela para dejar implícito que ya había visto la luz en su juventud y proclamado la llegada del Mesías. Como ya veremos, fueron los ojos azules de Hitler lo que le impresionó cuando vio por primera vez a su futuro líder, de la misma manera que los ojos azules del orador impresionaron a Michael en la novela.

Es algo bien sabido que la moralidad en Alemania durante los años siguientes a la derrota de 1918 degeneró en dirección a la anarquía. Las jóvenes muchachas, incluso de buenas y respetables familias, consideraban pasado de moda el seguir vírgenes, y el libertinaje sexual se extendió por la capital y las principales ciudades y se liberó del control de las iglesias, tanto la católica como las protestantes, y de las estrictas tradiciones de las familias burguesas alemanas. Aunque hubo algún intento a mediados de los veinte por restablecer los antiguos códigos de comportamiento respetable entre la clase media alemana, el periodo durante el que Joseph Goebbels creció hasta la edad adulta fue un periodo de gran laxitud moral así como también de mayor inestabilidad económica, ya que el marco se había devaluado completamente en 1923. Si hemos de creer lo que dicen los diarios de Goebbels de 1925-26, estaba tan orgulloso de su destreza como amante como obsesionado por su pobreza.

El primer registro que hay de un *affaire* serio en la vida de Goebbels es su relación con una muchacha llamada Anka Stahlhern (12). No fue una relación feliz, y parece que fue fielmente reflejada, a juzgar por las relaciones entre Michael y Hertha, en la novela de Goebbels. Puede que la relación durara desde 1918 hasta finales de 1922. Prang recuerda que la muchacha era rubia, vivaz y bien parecida; era de buena familia y más alta que Goebbels. La familia de Anka se oponía a esos amoríos y al final consiguieron romper la relación de la pareja, aunque es evidente, por un cierto número de

cartas que permanecen en una colección privada de documentos familiares, que Joseph y Anka se habían hecho mutuamente muy infelices (13). Este grupo particular de cartas supervivientes (del periodo 1918-1920) también muestra la desilusión gradual de Goebbels con la Iglesia Católica. También hay una carta entre los papeles en la que una de las tías de Anka se queja amargamente del comportamiento de Goebbels con su sobrina, quien ha sido vista saliendo de sus habitaciones a altas horas de la noche. Le enfurece que exista una relación así entre su nieta y un estudiante pobre incapaz de mantener una esposa.

Hay indicios de una cierta crisis en ese momento a resultas del emocionalismo adolescente de Goebbels resumidos en el documento que se conserva y que se titula «Última Voluntad y Testamento» fechado el 1 de octubre de 1920 (14). Fue escrito en el mismo momento en que se había peleado con Anka y quería «abandonar esta vida que se había convertido en un infierno para él», y nombraba a su hermano Hans como «albacea de su producción literaria» (*literarischer Nachlassverwalter*) tras su suicidio. Ese término rimbombante, apropiado quizás para un escritor establecido cuyas obras fueran propiedades valiosas, fue escogido por Goebbels para describir su ingente cantidad de borradores de obras de teatro inacabadas, poemas y otros escritos misceláneos de los cuales, aunque hubieran sido rechazados, estaba desmesuradamente orgulloso. La supervivencia de este testamento entre los documentos familiares no hubiera pasado de ser una curiosidad de no haberse convertido en la base de una prolongada batalla legal sobre los derechos de la obra de Goebbels. Hans, en su lecho de muerte, fue convencido por su enfermera para que le dejara a ella guardar los documentos intactos después de que su hermano le ordenara destruirlos durante las últimas semanas de la guerra.

Anka reaparecería más tarde en la vida de Goebbels; acudió a él en busca de trabajo durante su primer año como ministro. Goebbels la ayudó consiguiéndole un puesto en la redacción de *Die Dame*, ¡pero se

enfureció cuando oyó que tenía por costumbre mostrar un ejemplar de los poemas de amor del poeta judío Heine que una vez le había regalado él y de jactarse acerca de la florida dedicatoria que el ministro le había escrito en su juventud! Por supuesto, estaba más avergonzado de ser descubierto como antiguo admirador de Heine, cuya obra él mismo había sido responsable de suprimir y quemar, que como admirador de una muchacha bonita. Anka moriría pocos años después de finalizar la guerra.

Tras el fracaso de su relación con Anka, Goebbels no perdió el tiempo en establecer una amistad íntima con otra muchacha, Else. Fritz Prang, que afirma que la pose de Goebbels como joven mujeriego se debía en gran medida a su deseo de reafirmarse y jactarse, también había entablado amistad con una joven maestra en Rheydt llamada Alma, y fue por mediación de ésta que Goebbels conoció a Else. Prang había vuelto a residir en Rheydt. Había terminado su educación formal y su primera preocupación era encontrar una ocupación de su gusto que le permitiera vivir mientras intentaba todos sus vagos planes de convertirse en hombre de letras o del teatro. Else, como Alma, era maestra de escuela en Rheydt aunque su familia vivía en Duisburgo. Le enseñaba costura y entrenamiento físico a la pequeña Maria. Se convirtió en amiga de la familia Goebbels y por tanto visitaba frecuentemente la casa familiar, donde llegó a conocer a Joseph muy bien. Gradualmente se fue enamorando de aquel joven brillante, enérgico y desarraigado, recuerda que lo primero que la impresionó de él fueron sus ojos, hermosos y expresivos; era «todo ojos», dice ella. Fritz, Alma, Joseph y Else formaron durante un tiempo un feliz grupo de jóvenes que iban juntos a todas partes, a navegar, pasear (ya que Goebbels ahora restaba importancia a su cojera), a flirtear en los cafés, a filosofar o disfrutar de los lujos de visitar el hogar acomodado de los Prang. Prang se estaba interesando por la política; ya se había unido al partido nazi en fecha tan temprana como 1922. Pero en esa etapa, Goebbels no pensaba en otra cosa que no fuera la literatura y el periodismo. Una cosa sí que inculcó a Else: su creencia absoluta en su propio genio como escritor.

Flisges también era miembro del grupo, añadiendo su propio nihilismo político y su amor por Dostoievski al debate. Else lo recuerda como un muchacho guapo con temperamento idealista y soñador.

Goebbels estaba decidido a no convertirse nunca en maestro. Todo el mundo intentaba persuadirle de que tomara lo que parecía la profesión obvia para un joven tan altamente cualificado que vivía en casa de sus padres sin dinero. No le importaban los trabajos ocasionales que desempeñaba por dinero, pero se negaba a atarse a una profesión fija convirtiéndose en maestro de escuela. Sus ambiciones eran mayores y más elevadas, y mantuvo ocupadas tanto a Alma como a Else copiando los manuscritos de sus obras en verso, poemas, novelas y artículos, porque su caligrafía, por elegante y meticulosa que pareciera a primera vista, era notoriamente ilegible. Pero no tuvo éxito con su trabajo. Todo lo que escribió fue rechazado por las editoriales, incluyendo su novela *Michael*. Vivía en la casa familiar y contribuía a su manutención aceptando cualquier oportunidad de dar clases particulares o de llevar libros de contabilidad que encontrara. Mientras, continuaba escribiendo frenéticamente.

Fue Else la que finalmente le proporcionó lo que parecía un trabajo más estable cuando lo descubrió al borde del suicidio. Su familia conocía a uno de los subdirectores de la filial de Colonia del Dresdener Bank, y a través de él se le ofreció a Goebbels un puesto de oficinista de baja categoría. Goebbels despreciaba ese trabajo con todo su corazón, y no fue una gran fuente de satisfacciones para sus empleadores. Pese a todo, permaneció en el banco ocho o nueve meses. Entonces fue Prang el que acudió al rescate; le encontró a Goebbels un trabajo recitando en voz alta la posición de las acciones en la Bolsa de Valores de Colonia. El primer uso profesional de la hermosa voz de Goebbels no fue haciendo discursos políticos idealistas, como haría posteriormente, sino gritando los últimos precios de compañías como I. G. Farben, Krupp y la Vereinigte

Stahlwerke. No tenía ningún contacto en absoluto con el movimiento de la Resistencia del Ruhr contra las fuerzas de ocupación francesas, y fue su amigo Prang, y no él, el que le consiguió un número bajo de afiliado al partido nazi en los días en que era fácil hacerse con uno. En tiempos posteriores, cuando un número de tres o cuatro cifras era prueba de una afiliación temprana al partido, esos números sólo se encontraban en el mercado negro. A Goebbels le gustaba que se creyera que ya era miembro del partido en 1922, tras haber oído a Hitler en Múnich (como Michael en la novela) y haberse afiliado inmediatamente después, recibiendo la insignia con el número 8762. Sin embargo, es poco probable que en realidad hubiera oído hablar a Hitler en 1922; puede asegurarse también que jamás le envió la legendaria carta a Hitler mientras estuvo internado en la prisión de Landsberg, y desde luego no hizo ningún trabajo de propaganda en absoluto durante 1923 mientras trabajaba en la Bolsa de Valores. De hecho, en realidad no conocería a Hitler hasta finales de 1925.

Se estaban sembrando las semillas de la radicalización de Goebbels y de su violento antisemitismo. Hasta entonces había poco o nada de antijudío en su persona. Su profesor favorito había sido un judío; el abogado de la familia, el Doctor Joseph, era un judío de ciertas inclinaciones intelectuales y a Goebbels le gustaba hablar con él; además, la madre de la propia Else era judía. Según las editoriales iban rechazando uno tras otro los manuscritos Goebbels se convencía cada vez más, que a menos que fuera judío, «uno de los muchachos» según se lo expresó a Else, no podías llegar a ningún lado en literatura, el teatro, el cine o el periodismo. Else fue testigo de cómo crecía su antisemitismo. Los judíos, según Goebbels, controlaban la cultura de Alemania y por tanto rechazaban sus magníficas obras por principio. La célebre editorial Ullstein se contaba entre las que habían rechazado *Michael*.

En diciembre de 1922 Goebbels le escribió una carta a Else por Navidades en la que se lamentaba con la prosa más grandilocuente, a la manera de *Michael*, de la ruina de su joven vida y su posición

desesperada de ser un genio rechazado por un mundo materialista. Para entonces el marco se había devaluado tanto que nadie sabía si los millones de marcos que tenían en su posesión bastarían para salir adelante de semana en semana:

> Te escribo unas pocas líneas por Navidad. Bien sé que no puedo darte ni lecciones sobre las Escrituras ni buenas noticias…
>
> El mundo se ha convertido en un manicomio, e incluso algunos de los mejores están preparados para unirse al baile obsceno alrededor del becerro de oro. Y lo peor de todo, no lo admitirán, simplemente lo intentarán explicar. Los tiempos nuevos, dicen, exigen hombres nuevos, y uno debe adaptarse a las nuevas circunstancias…
>
> No puedo unirme a ellos. No veo paz en este mundo ni en mi propia alma… Allí donde solían reinar los valores espirituales y triunfaba el Amor, ahora hay un montón de mundana vulgaridad. La gente lo llama ir con los tiempos. Oh, Gran Sino, ¿cómo puedo oponerme a ti? Ya no puedo ser tu fiel servidor. Todos han desertado, han renunciado a tu bandera y han ido al mundo. Y ahora es mi turno. Yo también debo ir. ¿Cómo puedo entonces hablar de paz en tales tiempos? Debo abandonar mi hogar y escapar al mundo.
>
> Ein Tor zu tausend Wüsten, stumm und kalt-
> Wer verlor, was Du verlorst, macht nirgends halt.
> Flieg, Vogel, schnarr Dein Lied im Wüstenvogelton,
> Versteck, Du Narr, Dein blutend Herz in Eis und Holh
> Die Krähen schrein und ziehen schwirren Flugs zur Stadt.
> Bald wird es schnein; weh dem, der keine Heimat hat.
>
> Una puerta a mil desiertos mudos y fríos-
> Aquel que ha perdido lo que tú no tiene donde descansar.
> Vuela, pájaro, y grazna tu canción, tu canción del desierto

Esconde, oh necio, tu sangrante corazón en hielo y burlas.

Los cuervos graznan mientras avanzan batiendo alas hacia el pueblo.

Pronto nevará. ¡Ay de aquel que no tiene hogar![5]

Querida, ¿es este poema de soledad desesperada mi única «felicitación» para ti este año? ¿No hay solaz en este mundo de caos y locura? ¿Por qué debo sufrir tanto entonces? ¿Por qué esperaba demasiado de este mundo?

¿Qué hay en mí que me hace sufrir tan inconcebiblemente? No es que tenga que ir al otro mundo, es que mi propio mundo ha llegado a su fin y yo mismo debo destrozarlo.

¿Pero por qué lo he hecho? ¿Me vi obligado a hacerlo? Sí, tuve que destruirlo, porque por hermoso y celestial que fuera, era una mera farsa a los pies del Olimpo. Sólo en lo alto podemos encontrar el reino del espíritu, el reino de la paz, el reino del amor. Aquí abajo nada tiene sentido…

E incluso aunque ahí fuera los cambistas se rían y burlen del amor verdadero, ¿no debería nuestro amor, mi queridísima, nuestro gran y perdurable amor ser el ornato de nuestras vidas?

Esa es mi única esperanza, y esa esperanza es la que me da fuerzas en estos momentos para salir al mundo con valentía y resolución.

Te ruego solemnemente, querida, que me ayudes a mantener y resguardar este amor nuestro, un amor tan grande que lo sacrificaría todo voluntariamente por él, aunque sólo fuera por la recompensa de compartirlo contigo en las benditas horas del espíritu, la paz y el amor.

Else contempló cómo Goebbels se volvía taciturno y cínico. Empezó otra vez a hablar de suicidio. Esos ataques de depresión extrema se alternaban con la alegría que le procuraba la compañía de sus amigos

íntimos. Alma dice que jamás había conocido a nadie que riera con tantas ganas a la mínima ocasión. Como en muchas otras cosas en la personalidad de Goebbels, es difícil decir dónde terminaba la melancolía y empezaba la pose deliberada.

Else pasaba cada vez más tiempo con Goebbels. Era despierta, divertida, inteligente, femenina y muy bien parecida. Como el resto de sus amigos, llamaba «Ulex» a Goebbels, pero también tenía su nombre especial privado para él: Stropp. Se acompañaban a casa el uno al otro, haciendo el camino en un sentido y luego en otro durante la noche, paseando, hablando y cortejándose, pasando de la casa de él a la de ella y después de vuelta. Cuando Goebbels trabajaba en Colonia, a sólo cincuenta kilómetros de Rheydt, se escribían interminables cartas de amor aunque se vieran como mínimo dos veces por semana. Else confiesa que se consideraba a sí misma prometida a su amante desde 1922, eso es antes de que Goebbels dejara Rheydt para trabajar en Colonia. Cuando iban juntos a pasar unas vacaciones en la costa, normalmente era Else la que pagaba las cuentas. Goebbels no tenía dinero mientras que ella disponía de su sueldo de maestra y su familia era acomodada. Seguirían teniendo una íntima amistad durante cinco años.

Else pensaba que algún día se casaría con ese hombre brillante, incierto y de humor cambiante, de ojos, manos y voz hermosos. Incluso recuerda debatir con Alma si un hombre de pie deforme sería un buen padre para sus hijos; llegaron a la conclusión de que su minusvalía no debía ser congénita, ya que se debía en gran medida a una operación quirúrgica a la que se sometió cuando era niño. Su cuerpo era tan delgado que cuando Else lo veía por detrás pensaba que parecía un niño de doce años.

Pese a todo su amor por él, Else siempre fue consciente de las dificultades de la situación. Goebbels era todo orgullo y nada de dinero. A veces le pedía un préstamo en metálico. También tenía que soportar sus bruscos cambios de ánimo. En un momento se mostraba despreocupado y exuberante, un compañero encantador e ingenioso.

Repentinamente cambiaba y se veía poseído por una depresión suicida. Era en esos periodos cuando se peleaban. El compromiso fue roto y restaurado incontables veces con desesperadas súplicas y reiteradas cartas. La actitud afectada de Goebbels hacia el amor y su vanidad innata emergen en esta carta dirigida a Else y fechada el 5 de junio de 1923, escrita en Colonia:

> Mi querida niña,
>
> No debes enfadarte porque no te escriba con tinta; durante mis vacaciones se me secó el tintero y considero que preferirás tener este tipo de carta a ninguna en absoluto…
>
> Me acabo de volver a instalar con todas mis pertenencias, y al estar entre mis propias cuatro paredes me encuentro bastante bien. Tus rosas han encontrado un sitio justo frente a tu cuadro, y huelen magníficamente, una incluso mejor que la otra. Nada parece haber cambiado en el banco, y la única cosa que me interesaba de verdad no ocurrió al final. No habrá dinero antes del 15. Eso significa que tendrás que esperar otra semana.
>
> Hoy, después del trabajo, di un paseo por la ciudad y vi unas cuantas cosas bonitas. Qué lástima que los puñeteros trenes no estén funcionando y no podamos verlas juntos. ¿Y en cuanto al dinero? Bueno, de alguna manera lo conseguiremos. (¿Tú tienes algo? ¿¿No?? ¡Yo tampoco!).
>
> Ya va siendo hora de que los dos estemos juntos. Cuando estoy lejos de ti te añoro y no encuentro alivio ni en el trabajo ni en mi tiempo de ocio. Me parece como si hiciera semanas y semanas que no nos vemos, y sin embargo cuento con los dedos de las manos las horas que han pasado desde que nos separamos. ¿Por qué habremos nacido nosotros dos, que tanto nos amamos, en tiempos tan malos? A menudo me avergüenzo de sentirme tan angustiado y deprimido…
>
> ¿Es que no es posible, e incluso justificable, el poder disculpar a una persona en estos días por sufrir de debilidad e indecisión ocasionales? ¿Por qué hay tantos que me dan por un caso perdido y

me consideran vago, insensato y poco moderno? Y sin embargo siento que mi vagancia, mi insensatez y mis tendencias anticuadas son lo mejor de mí…

Estoy firmemente convencido de que llegará el momento en que haré uso de mi verdadera fuerza. Sólo quiero conservarla en mi corazón y consciencia por una causa mejor. No son los magnates industriales o los directores de banco los que traerán el nuevo milenio. Lo construirán aquellos pocos que han permanecido leales a sí mismos y que no han mancillado sus vidas con el así llamado tesoro del mundo que ha perdido a sus dioses. Espero una nueva época para hacer lo que hoy no puedo. Y si esa nueva época llegara demasiado tarde para mí, pues muy bien, es encomiable también ser un adelantado de una nueva y gran época…

Santo Dios, el reloj está dando las doce y te he prometido irme temprano a la cama, ¿no es así? Si pudiera quedarme más tiempo levantado, llenaría otras diez páginas. Pero así es como lo quieres. Por tanto, buenas noches. Tu ULEX.

Si Flisges fue el primero que aportó un elemento nihilista en el idealismo de Goebbels, Prang fue el que lo introdujo en la política de verdad. Sus ideas, hablando en general, eran izquierdistas, y cuando terminó su trabajo en el banco empezó la larga búsqueda de empleo fijo que al final lo conduciría a la política.

El 23 de enero de 1924 envió una carta de solicitud de trabajo al *Berliner Tageblatt*, conteniendo una larga nota descriptiva de su carrera hasta la fecha. Afirmaba haber trabajado en la empresa de su hermano, que en realidad no existía. Pedía un sueldo de 250 marcos mensuales, y un trabajo de redactor. No tuvo suerte. También tenía ambiciones en el teatro. Joachim von Ostau (15) recuerda cómo un amigo suyo, un productor teatral en Renania, le contó mucho después, cuando Goebbels ya era famoso, que en esa época un joven había ido a verle a su despacho, pobremente vestido pero limpio, de ojos ardientes y rostro hundido y cojeando como si tuviera una pata de palo, pare pedirle trabajo como asistente de producción, o cualquier

trabajo relacionado con los escenarios. Dijo que intentaba escribir obras y que quería llegar a ser productor, o al menos ayudar en la producción teatral, que su nombre era Goebbels y que no tenía experiencia previa en el teatro. Qué oportunidad perdida, admitió el productor a Ostau. ¡Ahí hubiera tenido un genio para producir escenas de masas! Una vez más, Goebbels se vio apartado de sus ambiciones y quedó libre para volcar su talento en la agitación política. Else recuerda la amargura de su decepción cuando fracasó en hacerse un hueco en el mundo del teatro.

Durante 1924 Goebbels comenzó su carrera política. Prang, como hemos visto, era un converso temprano al nazismo. Aunque su familia era rica y se oponía frontalmente a que su hijo se involucrara en ese tipo de actividad política violenta, Prang se empeñó. Fue a Múnich a oír hablar a Hitler; se trajo a casa algunos ejemplares de los panfletos y diarios nazis y se los dio a Goebbels, que los leyó con excitación creciente. Un día se llevó con él a otros amigos a un mitin organizado por un grupo socialista; Prang y el resto desafiaron a Goebbels a subirse a la tarima y hablar en el debate. Eso hizo, según recuerda Prang, con su aspecto escuálido y algo desaliñado en una chaqueta que le quedaba demasiado grande. El público le abucheó. Cuando se restauró algo de orden, empezó a hablar.

—*Meine lieben Deutschen Volksgenossen* (Mis queridos camaradas alemanes) —dijo.

Eso era una expresión de la más pura derecha y una completa provocación: hubo gritos, mofas y risas. Goebbels se quedó allí de pie incapaz de hacer nada. Alguien le gritó:

—¡Explotador capitalista! —entonces estalló su ira. ¿Qué tenía en sus bolsillos que justificara ese insulto? Repentinamente un instinto le impulsó a actuar. De alguna manera, parecía saber qué tenía que hacer para derrotar a un alborotador de baja estofa. Le gritó al público:

—¿Querría el hombre que me acaba de llamar explotador capitalista subirse a esta tarima y vaciar sus bolsillos? Yo haré lo

mismo, sólo para demostrar quién tiene más dinero.

Desparramó sus pocas monedas sobre la mesa. Se ganó al público con ese gesto instintivo; fue el bautismo de fuego de un agitador político. Había dado su primer paso.

Según crecía su interés en la política durante el invierno de 1923-24 acudió a más mítines con Prang, y en una ocasión acudió con sus amigos a un congreso en Weimar donde los discursos nacionalistas que oyó le estimularon tanto que no pudo dejar de hablar de política ya una vez acabados los parlamentos, cuando tuvo oportunidad de comer y beber a costa de Prang con una hermosa muchacha, la hija de un rico terrateniente que asistía a la conferencia. La joven estaba mucho más interesada en las posibilidades sociales de la velada que en el entusiasmo político de Goebbels. Al final Prang consiguió librarse de Goebbels y dejó a un lado la política para centrarse más plenamente en las oportunidades que ofrecía la muchacha.

Entre los trabajos esporádicos que Goebbels siempre estaba dispuesto a hacer, hubo uno que lo llevó directamente a la política. Se convirtió en secretario por cien marcos mensuales de Franz von Wiegershaus, diputado del Reichstag por el Völkische Freiheitspartei, uno de los muchos grupos de derechas que compartían puntos de vista básicamente similares a los que los nazis defendían tan agresivamente en Múnich. Wiegershaus vivía en Elberfeld y editaba allí el periódico que pertenecía a su movimiento, el *Völkische Freiheit* (Libertad Popular). Los deberes de Goebbels incluían ayudarle en la edición de su periódico y éste pronto descubrió que también se esperaba que hablara en las reuniones públicas. Fue en esas reuniones del *Freiheitspartei* donde entró en contacto con miembros del movimiento nazi, al cual parecía oponerse con fuerza en un principio. Hacia finales de año, sin embargo, abordó a Karl Kaufmann, que en ese momento era Gauleiter del partido nazi para el distrito del Rin-Ruhr, y le ofreció sus servicios. Kaufmann habló del asunto con George Strasser, que era la principal figura del movimiento en el norte de Alemania y que estaba pensando en aquellos momentos en producir

un pequeño semanario que fuera lo que los Strasser llamaban de forma rimbombante el *Geistiges Führungsorgan* (órgano de dirección espiritual) del partido. Gregor sería el editor y Otto el redactor, y necesitaban un ayudante de redacción. Al oír hablar de Goebbels a través de Kaufmann, se preguntaron si sería adecuado para ese puesto con un sueldo de doscientos marcos al mes, el doble de lo que le pagaba Wiegershaus.

Otto Strasser hizo que Kaufmann entrevistara a Goebbels. Kauffmann describió al joven como «*sehr gescheit aber sehr wendig*», (muy inteligente pero muy poco fiable).

Tanto Kaufmann como Otto Strasser confirman este relato de la entrada de Goebbels en el movimiento nazi. Otto Strasser contó lo mucho que le sorprendió la apariencia personal de Goebbels en su primer encuentro. Tuvo la impresión de que cualquier rival político lo hubiera derribado con una sola mano. Llevaba un traje gris, raído pero limpio, y pese a que estaban a finales de otoño, iba sin abrigo. Aunque la oportunidad de trabajar con un hombre tan importante como Strasser debió significar mucho para Goebbels, no mostró ningún servilismo. De hecho, casi parecía altivo mientras miraba a Strasser, que recordó hasta el fin de sus días el efecto de sus grandes y penetrantes ojos castaños. Hablaba muy lentamente y con precisión con una voz de gran belleza. Dijo que en su opinión el *Völkische Freiheitspartei* no tenía futuro alguno:

—Los líderes no saben nada acerca del pueblo —dijo Goebbels según lo recuerda Strasser en la reunión—. Tienen miedo al socialismo, pero estoy convencido de que sólo una combinación de socialismo y nacionalismo puede salvar a Alemania. No me importa admitir que fue su hermano Gregor el que me ayudó a entender esas ideas. Es un genuino socialista, y su síntesis de ideas socialistas y emociones nacionalistas es la que nosotros los nacionalsocialistas debemos seguir sin equivocación.

Strasser se percató de la forma en que había dicho «nosotros» como si ya fuera parte del personal del partido. Goebbels continuó

hablando:

—Vamos a ganarnos a los trabajadores alemanes para la causa del nacionalsocialismo. ¡Vamos a destruir el marxismo!

Sus ojos brillaban según hablaba. Entonces alzó sus hermosas manos en un gesto apasionado mientras concluía su elocuente intento de convencer a Strasser de que era el hombre adecuado para el trabajo.

—Y en cuanto a los residuos burgueses —dijo Goebbels—, ¡los barreremos a la basura!

Strasser se quedó impresionado. Lo que más le impactó fue la hermosa voz del joven, que usaba como un violinista usa su instrumento.

Decidieron contratarle para labores de secretariado para la organización del Partido del Norte y como ayudante de redacción de la futura publicación. Goebbels, de hecho, ocupó la plaza que había dejado vacante otro joven, Heinrich Himmler, que los Strasser habían despedido por ineficaz. Himmler volvió a su ocupación original de criador de pollos. Su hora aún estaba por llegar.

---

3. Título de dignidad para determinados maestros de escuela primaria. *(N. del T.)*

4. «Distinguida». *(N. del T.)*

5. Extracto del poema de Nietzsche «Vereinsamt» («Soledad», en traducción libre). *(N. del T.)*

Capítulo Dos

«Hijos de la Historia»

Durante los dos años siguientes, Goebbels se asentaría dentro del Partido Nacionalsocialista. Para cuando entró a trabajar para los Strasser en 1925, los nacionalsocialistas se estaban reorganizando ya después del fracasado *putsch* de 1923 y habían emprendido la tarea de extender su influencia por toda Alemania. Sus centros principales eran Berlín en el norte, donde George Strasser (un farmacéutico acomodado y con grandes aspiraciones políticas) estaba en auge, y Múnich al sur, donde Adolf Hitler había vuelto al poder en el partido. Ambos eran hombres ambiciosos, pero su lucha personal por el poder no había estallado todavía.

Alemania estaba en un estado de inquietud tras el periodo de inflación y resistencia pasiva contra los franceses y belgas. Independientemente del resto de los Aliados, Francia y Bélgica habían ocupado el Ruhr en enero de 1923 y empezaron a incautar sistemáticamente su carbón. El gobierno de Stresemann había estabilizado la moneda a costa de la clase media y la trabajadora, y en muchas partes de Alemania había combates abiertos entre las fuerzas combinadas del ejército y la policía y los trabajadores, que protagonizaban revueltas en las principales ciudades alemanas. La

sangre corría por las calles, y muchos murieron en las salvajes sublevaciones. Los Gobiernos Estatales de Sajonia y Turingia, que contenían fuertes elementos socialistas y comunistas, fueron suprimidos a la fuerza a instancias del gobierno del Reich.

En esta atmósfera de tensiones sociales y políticas el Partido Nacionalsocialista empezó a florecer. El partido se había originado como el *Deutsche Arbeiter-Partei*, el Partido de los Trabajadores Alemanes, cuando Hitler lo descubrió en Múnich en 1919 y se convirtió en su séptimo miembro. Sus fondos de aquel entonces sumaban la cantidad de 7,50 marcos. Era violentamente revolucionario y antisemítico. En abril de 1920, Hitler dejó el ejército para dedicarse por completo a la política; él y Feder diseñaron un programa de veinticinco puntos que ya en aquel entonces exigía la autodeterminación de Alemania, la abolición del Tratado de Versalles, la exclusión de los judíos de la ciudadanía alemana, la abolición del desempleo, una ampliación de la aplicación de la pena de muerte para todos aquéllos a los que el partido considerara elementos antisociales, la formación de un ejercito nacional y un férreo control de la prensa por el interés nacional.

El mismo Hitler, antes de alistarse en 1914, había pasado muchos años como indigente en Viena. Había nacido en 1889 y por tanto tenía ocho años más que Goebbels. Su pueblo natal era Braunau, en la frontera austro-alemana. Su padre era hijo natural de Maria Anna Schicklgruber, pero adoptó legalmente el apellido de su padre, Hitler, unos doce años antes de que naciera Adolf, fruto de su tercera esposa que era prima suya. Era un funcionario de aduanas, un hombre difícil dado a casarse sólo cuando ya había tenido o concebido hijos con las mujeres con las que tenía relaciones. Pero como el padre de Goebbels, que pertenecía a la misma clase social, tenía ambiciones para la educación de su hijo. Adolf fue a la escuela secundaria, donde lo hizo razonablemente bien como estudiante. Pero a la edad de once años ya estaba decidido a ser un artista, una carrera a la que su padre (un hombre ya de sesenta años) se oponía tenazmente. Hitler se enfrentó a

esa oposición negándose a trabajar en la escuela y su educación sufrió de manera correspondiente. Para cuando dejó la escuela, su padre ya había muerto y su indulgente madre le dejó que estudiara artes en Múnich. Fracasó en su ambición de entrar en la Academia de Bellas Artes de Múnich. Cuando Goebbels conoció a Hitler se dio el caso del hombre que había fracasado como escritor conociendo al hombre que había fracasado como pintor; una gran parte de esa frustración seguía viva en ambos para exacerbar sus temperamentos políticos. Pero, como Goebbels, Hitler aprendió de muy joven a amar la música, particularmente las óperas de Wagner, y a identificarse con la imaginería romántica y nacionalista. Cuando su madre murió en 1908, cuando él no había cumplido todavía los veinte, se quedó sin ningún medio de subsistencia. Fue a Viena, donde pronto adoptaría la vida de vagabundo, durmiendo en las calles o alojándose en pensiones de mala muerte. Su único amigo era otro vagabundo llamado Hanisch con quien al final tuvo una disputa legal por el dinero que habían ganado juntos. Hitler y Hanisch formaron un equipo para hacer trabajos esporádicos. A veces vendían las postales que pintaba Hitler. Durante cuatro años Hitler vivió del dinero que podía conseguir dibujando imágenes arquitectónicas, carteles y anuncios. Su pasión era la política. Prefería hablar al trabajo manual, y leía mucho sobre cualquier tema, desde libros de historia a tratados de ocultismo. Ya era violentamente antisemita, antirradical y antidemócrata, e incluso cuando vivía en una pensión de mala muerte se ofendía hasta niveles de histeria ante cualquier oposición a sus puntos de vista. Odiaba Viena, y al final se trasladó a Múnich, donde siguió con el mismo tipo de vida solitaria, rencorosa y autodestructiva que le había convertido en una persona asocial en Viena. El 1 de agosto de 1914 estuvo con la gran muchedumbre que se había reunido en la Odeonsplatz para recibir la declaración de guerra. Heinrich Hoffmann, que más tarde sería el fotógrafo personal de Hitler, casualmente estaba presente y fotografió la escena. Años después, examinaron la imagen y al final encontraron la ardorosa y excitada cara del Führer mirando hacia

arriba en expectación de su nueva vida que se abría ante él en el ejército.

Ese era el hombre al que Goebbels dedicaría su vida. Mientras tanto, entre 1925 y 1926, atraería la atención de Hitler y se ganaría su favor. Se descubrirían mutuamente.

En 1920 Hitler había cambiado el nombre de su partido al de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter-Partei* (N.S.D.A.P.). Diseñó el estandarte de la esvástica, apropiándose de este antiguo símbolo solar que había sido usado por civilizaciones antiguas en muchas partes del mundo. En 1921 se convirtió en presidente del partido y ese mismo año formó la organización paramilitar *Sturm-Abteilungen* (la SA, las Tropas, o Sección, de Asalto) bajo el disfraz de una asociación atlética y deportiva. Uno de los asociados a este movimiento era Rudolf Hess. Hacia 1923 Baviera se había convertido en un caldo de cultivo para el sentir nacionalista y militarista, y uno de los hombres del partido al que se le confió la tarea de organizar este movimiento nacionalista fue un antiguo oficial del ejército imperial alemán, el capitán Röhm. Al mismo tiempo el capitán de aviación Hermann Goering fue puesto al mando de las Tropas de Asalto.

Baviera era un estado en situación de revuelta política contra el gobierno del Reich en Berlín, y en el famoso *putsch* de noviembre de 1923 Hitler y los nacionalsocialistas, en conjunción con el general Ludendorff, hicieron su primera intentona fracasada de hacerse con el poder. El *putsch* fracasó, y en febrero de 1924 Hitler fue formalmente sentenciado a prisión en la fortaleza de Landsberg, donde había estado detenido desde su arresto en noviembre, viviendo con comodidad con Rudolf Hess y escribiendo su testamento político, su *Mein Kampf*. Sería liberado al diciembre siguiente. Parecería que el movimiento nacionalsocialista había sido aplastado, pero todos los elementos que se reunirían para revivirlo en 1925 continuaban fermentando. Entre ésos se contaban Gregor y Otto Strasser; Gregor, que se había unido al partido en 1921 y había tomado parte en el *putsch*, en 1924 era diputado de la Dieta de Baviera y fundador del *Berliner Arheiterzeitung*,

del que Otto era fundador. El periódico se convirtió en el expositor de la versión particular que tenían los Strasser del nacionalsocialismo.

Uno de los principales objetivos de la propaganda nacionalsocialista era Stresemann, quien, como autor de la política exterior conciliadora alemana, estaba preocupado por el problema de asegurar la evacuación del Ruhr y Renania, solventar el problema de las reparaciones debidas y reconstruir la economía alemana a base de concertar créditos extranjeros. Para los nacionalsocialistas, los métodos de Stresemann para lograr sus objetivos representaban simplemente una forma de aplacar a los Aliados. Cuando el Plan Dawes de reparaciones de guerra entró en vigor en 1924, el crédito extranjero llovió sobre Alemania, y el Ruhr fue finalmente evacuado en 1924-25. (Renania no quedaría finalmente libre de soldados extranjeros hasta 1930). En 1925 se firmó el Tratado de Locarno garantizando las fronteras de Alemania con Francia y Bélgica y obligando a Alemania a mantener desmilitarizada un área específica de Renania. En 1925 Hindenburg fue nombrado presidente a la avanzada edad de setenta y siete años. Viviría lo suficiente para hacer canciller a Hitler.

En 1926 otros dos acontecimientos exacerbaron al nacionalsocialismo. El primero era la controvertida cuestión de la expropiación de patrimonio de las antiguas familias reinantes de Alemania, y el segundo era la admisión del país en la Sociedad de Naciones. El primer problema involucraba compensaciones; por un lado, los príncipes habían exigido sumas exorbitantes mientras que los socialistas y comunistas hacían llamamientos a la expropiación sin compensación alguna. Esa cuestión dividiría a Strasser, Goebbels y Hitler. En cuanto a la Sociedad de Naciones, Goebbels estaba a sólo siete años de hacer una breve visita a Ginebra como representante personal de Hitler en este organismo; a su regreso a Alemania abandonaría la Sociedad de Naciones en cuestión de días.

Goebbels pronto fue empleado no sólo como secretario de Gregor Strasser, sino también como orador del partido y representante en

Renania-Westfalia. Siguió teniendo su base en Elberfeld en el *Gau*, o distrito del partido, de Renania del Norte. Su sueldo era de 200 marcos mensuales y trabajaba con Karl Kaufmann, que era Gauleiter del partido para Renania-Westfalia y estaba al frente de la oficina de Elberfeld. Por un golpe de suerte, uno de esos raros eslabones en la cadena de diarios de Goebbels sobrevive desde este periodo y se conserva en la Institución Hoover de la Universidad de Stanford en California. Este diario manuscrito y de una extensión de doscientas páginas en una serie de cuadernos de notas, pertenece al periodo que va desde el 3 de agosto de 1925 hasta el 16 de octubre de 1926. Es de suprema importancia en la carrera de Goebbels porque durante ese periodo fue cuando entró en contacto directo con Hitler por primera vez y finalmente decidió unir su suerte a la de él en vez de seguir con los Strasser. Sólo diez días después de la última página de esos diarios, el 26 de octubre de 1926, Hitler lo nombraría Gauleiter del partido en Berlín.

El diario está escrito en el mismo estilo forzado y pomposo que su novela *Michael*, aunque Goebbels tuviera ya veintiocho años cuando escribió la mayor parte de éste. Es la única documentación privada de cierta extensión que se conozca que se haya conservado, un registro de su vida escrito para sí mismo. Está compuesto de notas, y contiene una extraña y reveladora mezcolanza de jerga, obscenidades e insultos infantiles contra personas y acontecimientos que le disgustan. También tiene la misma afectación literaria que aparece en *Michael*, aunque en este caso estuviera escribiendo sólo para sí mismo. Entremezcladas con citas ocasionales, que van desde «Ríe, payaso, ríe» a fragmentos del *Fausto* de Goethe; son torpes intentos de prosa poética para describir sus reacciones privadas, particularmente hacia Hitler y Else, la muchacha de la que todavía estaba enamorado.

Su relación con Else le perseguía y atormentaba. Duisburgo, donde residía su familia; Rheydt, donde trabajaba, y Elberfeld están a tan sólo cincuenta kilómetros de distancia, pero las exigencias de su nuevo trabajo político llevaban constantemente a Goebbels por todo el

distrito de Renania-Westfalia al que estaba destinado. Vivía en alojamientos que Else describía como vulgares, pero tan pronto como podía volvía a la casa de sus padres en Rheydt, donde Else era aceptada como si ya fuera una más de la familia.

Pero el temperamento de Goebbels exigía dificultades. Su vanidad, su modo de vida irregular, su adolescencia prolongada y falta de autodisciplina emocional, todo ello lo convertían en muchos aspectos en un amante imposible. Como resultado de su creciente éxito como agitador y su amor histriónico por experimentar su poder sobre el público, con frecuencia decía la primera arrogancia, y sin relación con la situación presente, que se le pasaba por la cabeza. Aún profundamente disgustado por su falta de éxito inmediato como escritor (estaba convencido de su notable talento, incluso genio, y así se lo señalaba constantemente a Else), volcó el veneno de su frustración en sus discursos públicos. Su antisemitismo; que Else admite que al principio fue debido a su rechazo por parte de la prensa judía, y en particular por los Ullstein; se hipertrofió salvajemente, y su radicalismo destructivo encajaba con la línea Strasser de nacionalsocialismo, que divergía de la de Hitler precisamente en ese tema.

Con Else se comportó alternativamente de forma cálida y fría durante ese periodo de dieciocho meses, que sería la última etapa de su tormentoso amor. En agosto escribe: «Está enamorada de mí como una muchachita alocada. Está tan contenta por ello que no se lo tengo en cuenta cuando me hace enfadar, y yo la amo con todo mi corazón». En septiembre ella le es «querida y llena de bondad… sombría, sombría despedida… necesito tanto a Else, tú, mujer dulce, dulce… Else escribe con sangre dulce»; en octubre: «Viene Else. ¡Alegría de alegrías! ¡La vida es tan hermosa! Ríe, payaso, ríe… Me va a regalar un bonito jersey. Una dulce noche; ella es tan cariñosa, buena y dulce conmigo. Y a veces le hago tanto daño». Sin embargo, también hay una nota de advertencia: «Hemos pasado algunas horas llenas de felicidad y dolor… ¿Por qué, por qué tengo que hacerle tanto daño a

Else? […] Qué grotescamente hermosa que es la vida». En noviembre escribe, «Con Else, tanto dicha como pesar», mientras que en diciembre, después de una ocasión en la que ella no se reunió con él ni le dio explicaciones, le envió a Goebbels «una carta de despedida desesperada… Cómo me duele pensar en que ella ahora está sola», prosigue, y subraya las palabras. Así que le escribe y sugiere un encuentro en Dusseldorf, y añade en el diario, volviendo a subrayar las palabras para satisfacer su necesidad de hablar consigo mismo en el papel, que «¡Si no se presenta se acabó todo! Entonces tendremos la ruptura que, después de todo, debía suceder algún día».

Se encontraron en Dusseldorf, decididos, según Goebbels, a terminar con la relación de una vez por todas. Pero, según Goebbels de nuevo, «ella solloza y suplica. Horas llenas de tormento. Hasta que una vez más nos encontramos el uno al otro de nuevo. Es la vieja historia de siempre. ¿Pero qué puedo hacer al respecto? Debo tener una persona a la que amar. A veces, ella es feliz. ¿Y yo? No quiero hablar de mí. Quizás para mí no puede ser de otra manera. Quizás todas mis relaciones con las mujeres están malditas. Es una idea atormentadora. Puede llevar a uno a la desesperación».

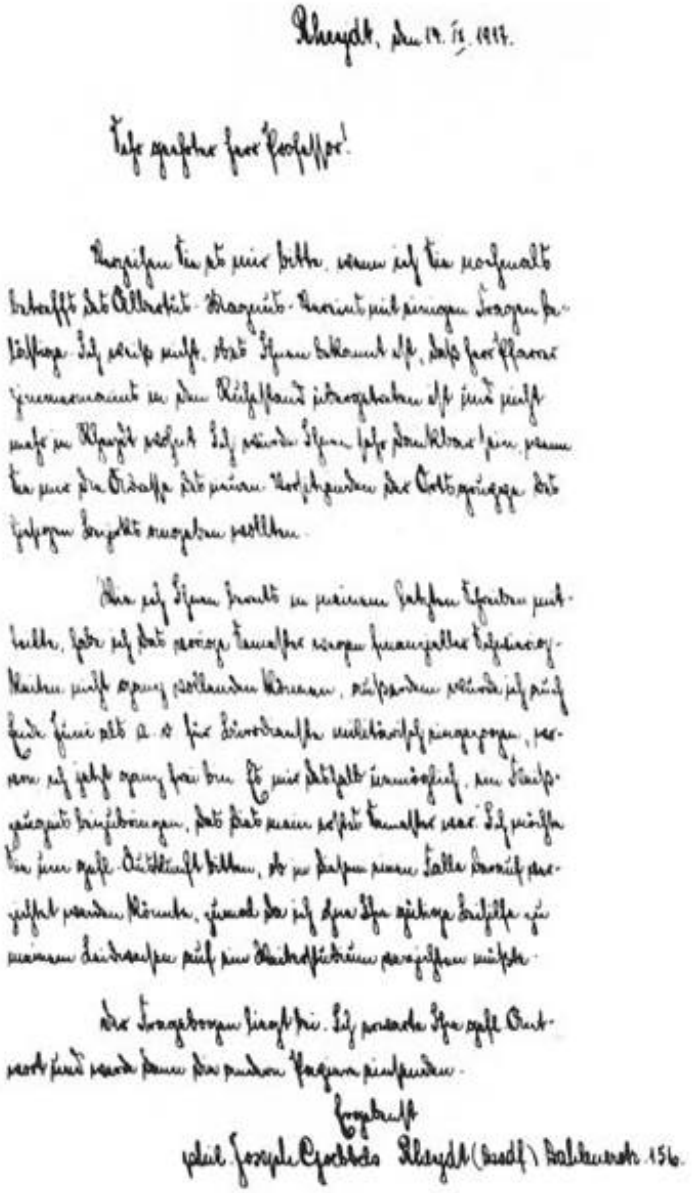
Y así el emocional raudal de palabras continúa con el estilo de un adolescente. Y sin embargo hay que recordar que Goebbels ahora ya tiene veintiocho años. La explicación de Else da otro punto de vista. Le recuerda que de adolescente era infantilmente energético y sombríamente temperamental. Pese a lo que dice Goebbels en su diario, ella afirma que siempre fue él el que la persiguió a ella, y no al revés. Ella le tenía afecto y le hacía concesiones, pero según pasaba el tiempo y él no cambiaba en nada, ella tenía más y más ganas de romper su compromiso. Pero en Dusseldorf él volvió a disuadirla una vez más, suplicando en realidad de la manera que él afirma que suplicaba ella.

Así que la relación continuó. En enero es «horas encantadoras… Paseamos por el Rin cogidos del brazo. No hay dinero para el almuerzo. Y sin embargo soy tan feliz, estoy tan contento… adiós,

dulce mujer». El 31 de enero escribe sucintamente: «le envié a Else una carta desagradable»; nada más. En febrero puede permitirse ser paternalista: «Tenía lágrimas en los ojos cuando se marchó. ¡Qué pequeños y conmovedores son sus problemillas! Está lloviendo a cántaros». En abril la espera con pasión. «Hay tanto anhelo en mí», grita.

A principios de verano Goebbels, como ya veremos, sufría de un ataque de vanidad desmesurada debido a la atención especial que le prestaba Hitler. En enero el diario empieza a referirse a renovadas diferencias entre los dos amantes, y a mediados de mes escribe: «Else me ha enviado una breve y espeluznantemente carta formal rompiendo conmigo. ¿Qué voy a hacer? Por supuesto, tiene razón. Ya no podemos seguir siendo camaradas. Entre nosotros hay todo un mundo».

Una cosa fundamental en esas diferencias era el hecho de que Else tenía sangre judía en sus venas y pertenecía por temperamento y educación a la acomodada clase media de Renania. Pero hacia finales de julio había vuelto. «Carta de Else. Olvida el pasado. ¡Así es Else! A veces no entiendo por qué me ama tanto. En cierta forma, es de verdad una pequeñoburguesa». Pese a eso, aceptó su retorno con alguna muestra de ardor. «¿Soy un devorador de mujeres?», se pregunta a sí mismo después de que se encontraran por casualidad cuando ella subió al tren a Duisburgo en el que se encontraba Goebbels… ¡justo cuando él esperaba entablar una relación satisfactoria con una mujer guapa que había conocido en el trayecto! Pero no se puede estar en misa y repicando. En septiembre todo había acabado. «Else me ha escrito una carta de despedida. Que así sea. ¡*In Gottes Namen*!». Se reunieron para decirse adiós. «Oh, qué dolor. Se va, para no volver jamás». A las pocas semanas Goebbels estaba en Berlín para quedarse, y el torturado amorío había terminado finalmente.



Caligrafía de Goebbels. Carta dirigida a la Sociedad Alberto Magno.

Goebbels en Wurzburgo a los 19 años.

Izquierda. Else durante el periodo de su noviazgo. *Derecha.* Goebbels en la universidad.

No deja de tener su interés el que Alma, la amiga de Else, figurara un tiempo en los pensamientos de Goebbels mientras aparentemente estaba prometido a Else. En su diario parece como si hubiera tenido un breve asunto con ella, posiblemente mientras Else se encontraba de vacaciones en Suiza en agosto de 1925. Hay ligeras referencias a otras muchachas que sugieren relaciones informales. Y el sentido de lo dramático de Goebbels no podía verse satisfecho a menos que pudiera juguetear con sus recuerdos del pasado. La problemática relación con Anka había durado casi tanto como la que tuvo con Else, y le gustaba recordarlo de vez en cuando: «En estos días pienso mucho en Anka, *dieses prächtige Frauenzimmer*… Anka, no te olvidaré jamás, jamás… Desde luego, ella ya no piensa en mí… ¿Por qué tuvo Anka que dejarme solo? ¿Fue la ruptura de una promesa? Y si fue eso ¿fue por mi parte o la suya? No debo pensar en esas cosas. Sólo el trabajo puede aliviar mi angustia».

La gente insegura en su comprensión de las relaciones humanas con frecuencia busca sustitutos emocionales en las mascotas. La familia Goebbels tenía un pastor alemán llamado *Benno*, y durante su periodo de trabajo en Elberfeld Goebbels siempre intentaba llevarse a *Benno*, pese a lo inapropiado de su modo de vida para cuidar de un animal, especialmente uno del tamaño de *Benno*. Pero *Benno* era también otra salida para las emociones acumuladas de Goebbels y aparece con frecuencia en el diario. «*Benno* es un animal tan inteligente», comenta después de haberlo llevado de paseo por Rheydt. «Los perros a menudo nos avergüenzan a nosotros los humanos con su lealtad y bondad». En junio de 1926 estaba haciendo uno de sus intentos para que la familia le enviara a *Benno* a Elberfeld. «Espero la hora en que este buen amigo se venga a vivir conmigo de nuevo. Quizás es mi único amigo de verdad». Más tarde, cuando *Benno* había llegado, Goebbels anota: «*Benno* está debajo de la cama roncando. Es como yo, alternando entre la molicie más completa y estallidos de persecución. En cierta manera, eso es lo que quiero de verdad. Para mí, un poco de conflicto es tan importante como el agua para un pez».

Aliviaba la tensión y las preocupaciones derivadas de su trabajo intrigando incesantemente para mejorar su posición de subordinado en la oficina del *Gau*. Fue en ese momento, tan tarde en su vida, cuando parece que dejó atrás su adolescencia prolongada y su personalidad de adulto empezó a tomar forma. Seguía sintiendo, sin embargo, un anhelo juvenil por sus fines de semana en casa con su familia, aunque su relación con su padre no fuera precisamente feliz. Tanto para sí mismo como ante ellos representaba el papel del entusiasta con exceso de trabajo que siempre tenía una montaña de trabajo administrativo que le esperaba a la vuelta de los salones abarrotados donde había acudido apresuradamente a arengar audiencias que pendían tensas de sus alocuciones de dos horas antes de relajarse en extensos aplausos. Es la evasión personificada en cuanto a su necesidad de dormir, pese a que, en realidad, le esté hablando a su propia imagen en el papel. «Montañas de trabajo… estoy exhausto. Debería dormir un año entero… Montones de correo y

trabajo. Estoy tan cansado, tan cansado… ¡Estoy esperando a que lleguen las Navidades! ¡Eso significa tranquilidad, tranquilidad! […] ¡Buenas noches!», dice, contemplándose a sí mismo en su cuaderno de notas. «Cansado, tan cansado», repite página tras página.

Ese tema se convirtió en una obsesión personal. «Estoy desesperado. Estoy hasta las cejas de trabajo, No sé a quién recurrir. He mordido más de lo que puedo mascar… Y tengo que hacerlo todo yo solo. Madre, ayúdame. No puedo seguir así. Apenas peso cuarenta y cinco kilos. Me están explotando con tanto trabajo». En mayo de 1926 escribió: «Ya no debería gustarme tener que hablar tanto. Preferiría dedicarme al papeleo y la administración. Aunque incluso así tendría más trabajo del que es bueno para mi salud». El 29 de octubre, día de su vigésimo octavo cumpleaños, dice: «Me estoy haciendo viejo. Darme cuenta de ello me hace estremecer. Se me empieza a caer el pelo. Voy de camino a convertirme en un calvo. Pero en mi corazón quiero ser joven y para siempre jamás». Tres meses después escribe: «Tengo un aspecto completamente demacrado. ¡Es horrible!». Incluso la sospecha de que pudiera tener razón le excita. En septiembre temió por su estado mental: «Tendré una crisis nerviosa. Soy una completa ruina». En diciembre sufre un típico ataque de depresión: «Vuelvo a estar terriblemente deprimido… En estos momentos padezco las horas más horribles de mi vida. Particularmente cuando estoy solo en un lento tren a casa. A veces *anhelo* tener una *familia* y *paz*. ¡Detente, corazón!». Odiaba los trenes y las largas horas de viaje. «Una vez más a la *deriva* sin hogar durante *toda una semana*. ¡Qué mundo más *horrible y despiadado*! […] ¡Ay de aquel que no tiene hogar!». Incluso temió tener tuberculosis cuando tuvo un dolor en la espalda. Sin embargo, puede que considerara afectadamente todas esas depresiones como un elemento necesario en su carácter complejo e interesante. En septiembre de 1925 dice lo contrario: «Pronto volveré a ponerme en marcha. De vuelta a la vida nómada. Pero me encanta ese tipo de vida», y más tarde reincide: «Vuelven a empezar los viajes… Hay un cierto alivio en la energía de

estar en movimiento constante». En otro momento se llama a sí mismo «tú, viejo trotamundos». Estaba a gusto con su naturaleza nómada.

El mísero salario de 200 marcos mensuales de Goebbels era una preocupación constante para él. Casi la primera entrada de su diario es «No hay dinero». El 14 de agosto llora para sus adentros: «Dinero. Dinero. Dinero. Estoy completamente arruinado. Es suficiente para enfermar a cualquiera». Al día siguiente tuvo que telegrafiar a casa pidiendo ayuda, y hay muchas referencias posteriores a lo inadecuado de su sueldo para llegar a fin de mes. En enero de 1926 se queja de que las deudas lo están agobiando.

Normalmente recurría a su familia para salir de apuros financieros. Pero la vida en el hogar familiar no siempre era fácil, principalmente a causa de su padre. «Padre es siempre igual, un burgués bienintencionado». «Dos días en Rheydt. Mucha alegría, pero también muchos problemas y mucho malestar». La principal causa de problemas entre padre e hijo era la apostasía de Goebbels. «Ya hace tiempo que no oigo una palabra de casa. La familia está enfadada conmigo. Soy un apóstata». «Me han caído encima tantos problemas que no me importaría marcharme ahora mismo, pero no quiero hacerle daño a madre». Pero generalmente sus visitas a la casa paterna eran felices. «Me malcrían con todas sus bendiciones, su bondad y amor». «Mañana me quedaré en casa. Lo estoy esperando con todo mi corazón. Supongo que mi familia, después de todo, son mis mejores amigos. ¿Cuánto he perdido? ¿Y qué he obtenido a cambio?». Ese comentario fue escrito en agosto de 1926 cuando ya había conseguido llamar la atención de Hitler.

Sus relaciones con el partido eran tan deliberadamente complejas y apasionadas como sus relaciones con las mujeres. En agosto de 1925, cuando comienza el diario, sólo llevaba trabajando unos meses para el partido y su posición era muy menor. Sin embargo, su vanidad se despertó debido a su éxito como orador, y se dedicó con todas sus fuerzas a encandilar a su superior inmediato en la oficina del *Gau* en Elberfeld, Karl Kaufmann, y a sus máximos superiores, los hombres

que le habían contratado, Gregor y Otto Strasser de Berlín. Sus responsabilidades eran triples: hablar en público como agitador político; editar una nueva publicación política patrocinada por los Strasser, el *Nationalsozialistische Briefe* (cuyo primer número apareció en octubre de 1925) y asistir en la organización del trabajo en la oficina.

Cuando Gregor Straser propuso en agosto fundar el periódico, el corazón de Goebbels saltó de emoción. Se veía a sí mismo escalando a las alturas del partido en el norte de Alemania: «sede, Elberfeld; socio principal, yo», escribe lleno de gozo. «Una publicación quincenal. Editor, Strasser. Redactor… *¡moi!* ¡Justo como lo queríamos!». En ese entonces estaba completamente a favor de la interpretación radical del nacionalsocialismo de Strasser porque a través de ella podía canalizar sus ambiciones. Hacia septiembre estaba absorto en los preparativos para el primer número.

Al leer el diario de manera literal, uno creería que, aparte de Kaufmann, Goebbels era el oficial superior y responsable directamente ante Strasser. Pero hasta que Hitler no lo sedujo para que abandonara a Strasser, en torno al verano de 1926, Kaufmann afirma que Goebbels sólo tenía una posición muy, muy menor y que no tenía participación en la política del partido. Era únicamente un agente de los Strasser y de Kaufmann. Por tanto, eran sus sueños de poder y su inflada vanidad lo que le hacían escribir como si fuera el igual de sus empleadores, y al poco, en cierta medida, como su superior.

Hasta esa última conversación, Goebbels pertenecía enteramente a los Strasser. Por ejemplo, en octubre escribe: «He tenido una larga y profunda charla con Strasser, y llegamos a la unanimidad completa». «Strasser habla. Espléndidamente… con ingenio, con entusiasmo, con ironía y todo lo demás». «Strasser no es para nada el burgués que yo creía». En noviembre (en Berlín) le llegó a Otto el turno de caerle en gracia a Goebbels. «El hermano de Strasser es un tipo decente. Me gustaría ser su amigo». En esa misma ocasión Goebbels quedó «profundamente impresionado» por Ludendorff que habló con él

durante «largo rato». En diciembre se las arregla para hacer un gesto de superioridad cuando se le pidió, según Kaufmann, que hiciera un borrador del programa del partido. Goebbels escribe como si hubieran recurrido a él desesperados. «*El borrador de Strasser es inadecuado*», escribe, subrayándolo. En enero, sin embargo, está «completamente de acuerdo con todo». En marzo, «¡Strasser es un gran hombre!» y «Es un maravilloso ejemplar del ideal bávaro. Le tengo mucho afecto». Después de eso, sería cada vez más crítico según iba cayendo bajo la influencia de Hitler.

Su relación con Kaufmann, el Gauleiter de distrito al que estaba destinado, tuvo al principio un proceso similar. Kaufmann, sin embargo, era algo más joven que Goebbels, cosa que lo ponía en una cierta desventaja. En septiembre, Goebbels llegó a la etapa del tuteo con su jefe: «ahora lo trato de *du*. Me cae bastante bien». En octubre se ayudaron mutuamente a celebrar sus cumpleaños, que caían en el mismo mes. Goebbels estaba muy complacido: «Carta de Kaufmann. Felicitación de cumpleaños. ¡Qué atento! Me hace muy feliz… ¡Kaufmann, mi leal y buen camarada!». Si embargo, Kaufmann, a diferencia de los Strasser, tenía la mala fortuna de estar trabajando en la misma oficina que su subordinado, y eso lo convirtió al poco en objeto de críticas y víctima de intrigas. Hacia noviembre hay referencias a «tener una discusión con Kaufmann». En enero adopta una nueva postura de superioridad hacia su jefe. «Me preocupa mi amigo Karl Kaufmann. Está descontrolado. Quizás pudiera ayudarle… Kaufmann es demasiado blando y bueno». El 1 de febrero escribió: «Kaufmann no me trata como debería tratarse a un amigo, y aquí estoy atado de pies y manos».

Cuando Kaufmann se enteró de lo que decía ese diario, después de la guerra, no supo si reír o llorar. Goebbels, según afirma Kaufmann, era un redomado intrigante y tan celoso como una mujer si su jefe prestaba atención a cualquier otro que no fuera él. Los problemas narrados en el diario eran en su mayoría culpa del propio Goebbels cuando sospechaba por algún motivo que no era el centro de atención

de Kaufmann, y tampoco podía soportar ninguna forma de crítica. Esas eran las «diferencias» que constantemente tenía que resolver con Kaufmann dentro o fuera de la oficina. En enero Goebbels escribe con desprecio abierto: «Me preocupa mucho Kaufmann. A veces se comporta de una forma tan rara y es tan inseguro». «Kaufmann parece estar considerando alguna forma de dictadura, pero es demasiado blando para ser un Führer». «Me temo», dice a finales de mes, «que voy a perder a Kaufmann dentro de no mucho». Estaba prestando demasiada atención, aparentemente, a otra persona. En febrero: «Kaufmann está tan confundido y nervioso. Gran parte de eso, por supuesto, es sólo culpa suya». Febrero, en cualquier caso, fue un mes de crisis entre Hitler y los Strasser; Goebbels deja constancia de «charlas sinceras» con Kaufmann para desahogarse. «Me gustaría abrazarle», concluye con satisfacción. Pero hacia abril llega incluso a decir que Kaufmann está envidioso de su éxito. Goebbels empezaba a depositar sus ambiciones en Hitler.

El secreto de Goebbels es que siempre debía ser amado y admirado, un rasgo femenino en su naturaleza tan fuertemente pronunciado que sólo amaba a aquellos que lo amaban de forma abierta e incondicional. Hitler tuvo la astucia de descubrir y aprovecharse de esa debilidad, mientras que Kaufmann y los Strasser se cansaban cada vez más de sus intrigas y rabietas.

Al mismo tiempo estaban impresionados por sus indudables talentos, y Goebbels compartía sinceramente su misma visión radical de su rama particular del nacionalsocialismo. Sus experiencias lo habían convertido en enemigo de la sociedad que no lo había reconocido, y su amistad temprana con Richard Flisges había hecho que asociara en su mente la excitación de la distinción con la vanidad de considerarse un idealista. Aunque se convirtió en el hombre de Hitler en cuerpo y alma, Goebbels no perdería nunca su radicalismo básico. Describe el Tratado de Locarno de 1925 como algo vergonzoso para Alemania, aceptado «porque los capitalistas lo quieren. Sólo ellos tienen influencia hoy en día». Más tarde escribe: «Mi espíritu, es decir,

el espíritu socialista, está en marcha». «Somos socialistas y no queremos haber sido socialistas en vano» y «Debemos ser fuertes para luchar por el socialismo. *¡Gut so!*». El recuerdo de su amigo muerto se asociaba en su mente con ese recuerdo: «Richard Flisges», dice, «me enseñó la más profunda lección con su vida y muerte».

Mientras tanto, ganaba experiencia como orador y agitador. El diario está lleno de alabanzas a su propia persona describiendo los millares de personas que acuden en masa a oírle, primero e todos los pueblos del distrito del Ruhr, pero pronto también en muchas otras partes de Alemania. Kaufmann y los demás afirman que donde dice millares habría que leer centenares, y donde dice centenares, decenas; a Goebbels le gustaba añadir ceros retóricos a las cifras de su público. Pero, pese a esta debilidad, no hay duda de que aprendió su oficio con rapidez y habilidad. Su instinto teatral y su necesidad desesperada de superar su sensación interior de inferioridad se combinaron para hacer que usara cualquier medio en su poder para dirigir las emociones de su público. «Ayer hubo una reunión. Les conté sobre mi creciente fama y tuve un público de lo más devoto (*andlächtig*)». «Después de tres horas, Bamberg. Directamente al mitin. Me recibieron con una considerable aclamación. Se me pidió que hablase y me escucharon tan devotamente como si estuvieran en misa». «Y entonces prediqué (*predigte*) durante dos horas. El público contenía el aliento, embelesado. Y al final me aplaudieron y aclamaron hasta que toda la sala resonó con el eco. Estoy muerto de cansancio». «Un mitin tan emocionante que no hay una sola fibra de mi ser que no esté conmovida». «Esa noche hablé en Landshut. Todos enloquecieron de entusiasmo. Hay unas cuantas jovencitas que parecen loquitas por mí». Incluso el pobre *Benno* tenía que asistir a los mítines. «La noche pasada hablé en Dusseldorf y *Benno* se quedó sentado tranquilamente con el hocico en mi dirección, escuchando con lo que parecía un interés considerable».

Esas son las reacciones de un actor, no las de un hombre cuyo principal interés radica en las creencias políticas. Esto recuerda el

deseo de Goebbels de trabajar en el teatro. Como veremos, ensayaba como un actor y siempre estaba más preocupado por el efecto que tenía sobre el público que con la importancia de lo que decía. Eso era simplemente el texto del guion a través del cual conseguía su deseo de conseguir una abrumadora aparición en público. Era de lo más efectivo como exhibicionista. Quería ser amado. Casi cada página de su diario está dedicada a registrar sus éxitos; muy rara vez se enoja porque ha encontrado un público insensible, indiferente y hostil a su talento. De igual manera, está lleno de desprecio por los demás agitadores nazis. Tras oír un discurso particularmente aburrido, exclama: «Esa no es la forma de hacer revoluciones. Falta el toque de champán». O en otra ocasión: «Me abstuve de hablar, pero el otro soltó por la boca una sarta de estupideces».

Ese «toque de champán» quería decir la capacidad de incitar al público, ya se estaba acostumbrando a disfrutar del espectáculo de la violencia. Hay constantes referencias a batallas campales con los comunistas, peleas que los nazis estaban aprendiendo a provocar. El 23 de noviembre de 1925 deja escrito que en Chemnitz los comunistas estaban «armando jaleo. Al final del mitin una reyerta en masa. 1.000 jarras de cerveza rotas. 150 heridos, 30 de gravedad. Dos muertos». Pese a lo exageradas, sin duda, que son esas cifras, la policía intervenía con frecuencia y cancelaba las reuniones. Goebbels en persona fue interrogado más de una vez por la policía, que, según él, quería presentar cargos contra él por perturbar el orden público. A Goebbels sólo le importaba si le impedían hablar en público; la violencia que provocaba era parte del negocio. «En muchas ciudades alemanas la sangre corre por nuestras ideas», dice. Cuando se produjo un ataque contra un mitin en Múnich, su comentario fue: «¡Y qué! ¡Me importa un carajo! Después de todo, estamos buscando pelea, ¿no es así? Ya aprenderán a conocernos».

No deja de ser curioso que Goebbels se refiera constantemente a predicar. «Quiero», según dice, «ser apóstol y predicador». El apóstata que perdió su fe aún sigue necesitando las expresiones de la creencia.

Era incapaz, en general, de emociones verdaderas; su naturaleza no llegaba más allá del emocionalismo. El único sentimiento verdadero de Goebbels estaba reservado para su propia persona, y estaba desarrollando rápidamente su egotismo patológico.

Sin esta comprensión de Goebbels es imposible apreciar lo que ocurrió cuando finalmente conoció a Hitler. Al principio era partidario de la línea Strasser en oposición a la escuela de Múnich del nazismo y al propio Hitler. Por ejemplo, en septiembre de 1925 escribe: «En Múnich hay algún problema hediondo dentro del movimiento»; y en octubre: «Telegrama de Múnich. Se supone que tengo que ir a hablar allí. ¡Que me besen el culo! Carta a Strasser. Hitler no viene. Ha estado quejándose de mí. Si me reprocha algo el 25 de octubre, dimito. Ya no puedo soportarlo más. ¡Doy todo lo que tengo, y no recibo más que reproches de Hitler! […] En Múnich los hijos de puta e intrigantes están creando malestar. Los puñeteros idiotas no pueden soportar tener a un hombre con cerebro cerca. De ahí la oposición contra Strasser y contra mí…», y así, día tras día, Goebbels siempre asociaba su persona con la dirección pese a su posición de subordinado en la oficina del distrito.

Se opuso automáticamente a Hitler porque Hitler estaba, o parecía estar, en su contra. Sin embargo, el famoso ataque público de Goebbels contra Hitler en Hanover jamás tuvo lugar. Es simplemente una de las muchas leyendas asociadas con su nombre.

Durante este periodo crucial en el desarrollo del movimiento nazi tuvieron lugar dos asambleas importantes en la historia del partido (1). La primera, convocada por Strasser, se celebró en Hanover el 25 de enero de 1926; Hitler no estuvo presente pero envió a Gottfried Feder como su representante. El punto principal a debatir era la posición nazi en el referéndum sobre la expropiación de propiedades pertenecientes a las antiguas familias de la realeza alemana. Los fuertes principios socialistas de Strasser exigían la expropiación; Hitler, que representaba la posición oportunista y básicamente no socialista de la escuela de Múnich, se oponía. Para ese entonces, Hitler

estaba relacionándose con príncipes de la casa Hohenzollern y con miembros de determinadas familias aristocráticas que estaban preparados para aportar una cierta distinción social, así como dinero, al movimiento. En la conferencia de Hanover, sin embargo, Strasser ganó sobradamente y se montó una revuelta abierta contra el intento de Hitler de dominar el partido porque a esta facción le gustaba hacer hincapié en el aspecto «socialista» del nacionalsocialismo. Fue en esa ocasión donde se ha dicho siempre que Goebbels supuestamente dijo: «En estas circunstancias, exijo que el pequeñoburgués Adolf Hitler sea expulsado del Partido Nacionalsocialista». De haberlo hecho, se hubiera jactado en su diario. De hecho, nunca pronunció esas palabras; las dijo Bernhardt Rust, que pese a todo se convertiría posteriormente en Ministro de Educación nazi. Kaufmann, que estaba entre los presentes, lo recuerda con claridad. La conferencia, a la que acudieron de veinte a treinta representantes del partido, tuvo lugar en el piso de Rust, y Goebbels fue uno de los oradores más vitriólicos a favor de la expropiación de las propiedades reales. Pero su principal objetivo, según recuerda Kaufmann, era lograr un éxito personal en la reunión. Después de todo, sólo estaba expresando en voz alta la opinión de la mayoría entre los presentes. La conferencia fue muy animada y duró varias horas; Kaufmann afirma que Gregor Strasser, que moderaba el debate, rechazó la propuesta de Rust sobre Hitler tachándola de fuera de lugar y exagerada. Feder no dijo nada excepto que el resultado de la reunión auguraba problemas.

Goebbels dejó por escrito ciertas reacciones a la conferencia, pero no se explayó. Afirma que habló sobre basicamente Rusia y «nuestras relaciones potenciales». «Hablé durante una hora con todo el mundo escuchándome en tensión con el aliento contenido. Luego todos se mostraron entusiasmadamente de acuerdo conmigo. Hemos ganado… Punto y final. Feder no está. Strasser me estrecha la mano».

En ese periodo, Goebbels escribía artículos y discursos que implicaban que aunque el comunismo estaba equivocado, era el aliado potencial del tipo de nacionalsocialismo revolucionario que proponía.

«Jamás llegaremos a ninguna parte», escribió en el *Briefe*, «si nos apoyamos en los intereses de las clases educadas y pudientes. Todo nos llegará si apelamos al hambre y la desesperación de las masas». En un artículo para el *Völkischer Beobachter* escribió: «El sistema soviético no perdura porque sea bolchevique o marxista o internacional, sino porque es nacional, porque es ruso». Von Pfeffer recuerda que en ese entonces pensaba que Goebbels tenía inclinaciones marxistas (2). Aunque este tipo de sentimiento complaciera a los Strasser, desde luego que no le gustaba nada a Hitler, que estaba tanteando su camino al poder mediante otros canales diferentes al proletariado airado.

La segunda asamblea para debatir esas diferencias fue convocada por Hitler el 14 de febrero en Bamberg, en su propio territorio en el sur. A Goebbels se le dijo que debía asistir junto a Gregor Strasser. Ese arreglo parece que no fue muy bien recibido; Otto Strasser cree que tenía miedo de asistir. «*Ich muss danach mit nach Bamberg*» («Supongo que tendré que acompañarle a Bamberg») es como Goebbels lo pone en su diario. Pero añade: «En Bamberg debemos atraer a Hitler a nuestro terreno». Lo que en verdad no le hacía gracia era la perspectiva de tener que hablar en una conferencia donde su opinión sería necesariamente impopular.

Para ese entonces, por supuesto, Goebbels había visto a Hitler unas cuantas veces, y le había oído hablar. Fue Kaufmann quien los había presentado en el otoño de 1925 tras un discurso que Hitler había dado en la Evangelisches Vereinhaus. Los representantes locales del partido se reunieron posteriormente en una pequeña sala de reuniones para conocer a Hitler, y ahí fue donde Kaufmann le presentó a Goebbels como el secretario de Gregor Strasser que tan bien lo estaba haciendo con su trabajo en la redacción del nuevo periódico del partido, el *Briefe*. Kaufmann recuerda lo formal de la presentación y el apretón de manos subsiguiente; Goebbels parecía reservado y distante.

En el diario, sin embargo, el primer relato de Goebbels sobre su reacción ante Hitler tiene lugar en ocasión de un encuentro posterior

en Hanover. Es evidente que se quedó muy impresionado. Hace mención de «¡los enormes ojos azules! ¡Como estrellas!» de Hitler. Le estrechó la mano a Goebbels como si fuera «un viejo amigo». «Me alegra *tantísimo* verle», escribe Goebbels. Eso fue el 2 de noviembre de 1925, cuando pertenecía, estrictamente hablando, a la oposición dentro del partido. Cuando oyó hablar a Hitler se sintió arrebatado. «Ese hombre lo tiene *todo para ser un rey*. Un líder popular nato y de raza (*geborener Volkstribun*). El *dictador que vendrá*». Goebbels afirma que hablaron largamente («un largo debate») hasta que tuvo que tomar su tren para Elberfeld a primeras horas de la mañana. Tres semanas más tarde, el 23 de noviembre, se vuelven a encontrar, cuando Hitler habló en otra reunión. «Grande es mi alegría», dice Goebbels. «Me *saluda como a un viejo amigo*. *Nos habla* durante toda la noche. *No me canso de oírle*. Me da *un retrato suyo* con una inscripción de su saludo a Renania. *¡Heil Hitler!* […] Me encantaría tener a *Hitler como amigo*. Tengo su *retrato* en *mi mesa*. ¡No podría soportar dudar de ese hombre! ¡Buenas noches!».

Así era el transfondo de la reunión de Bamberg: Goebbels identificado con la oposición pero fascinado por la personalidad magnética de Hitler. Según el diario, Goebbels fue a la conferencia con espíritu proselitista: «Nadie parece tener mucha fe en Múnich. Elberfeld será la meca del Socialismo Alemán». Entonces fue cuando añadió su declaración de querer ser «apóstol y predicador».

Las leyendas, una vez propagadas, tienen una cualidad adhesiva en la historia. Más tarde, Goebbels alentaría la difusión de la historia de que Bamberg fue la ocasión determinante de su deserción pública de los Strasser y su adhesión a Hitler, y esa es la versión que hasta la fecha ha aparecido en todas las versiones estándar del movimiento nazi. Pero una vez más, la leyenda no se acerca ni de lejos a la verdad.

Goebbels simplemente registra en su diario íntimo y sin censura su disgusto ante la actitud reaccionaria de Hitler en todo asunto político de importancia: restituciones a los príncipes alemanes, lo sacrosanto de la propiedad privada. La destrucción del bolchevismo, Italia e

Inglaterra como aliadas de Alemania, el viejo programa de veinticinco puntos seguía siendo el mejor y así seguía. «Estoy estupefacto», escribe. «¡Qué Hitler! ¡Un reaccionario! Asombrosamente torpe e inseguro… Breve respuesta de Strasser. *Ach Gott,* ¿podemos salir adelante con esta gente aquí abajo? Apenas media hora de debate tras el discurso de cuatro horas de Hitler y su resumen. No me salen las palabras. Estoy estupefacto. Fuimos a la estación. Strasser está casi fuera de sí de rabia… tengo ganas de llorar… Ha sido una de las mayores decepciones de mi vida. ¡Ya no puedo creer en Hitler! Es aterrador. Mi fe ha quedado hecha añicos y yo también». Pero el oportunismo de Goebbels pronto volvió a reafirmarse ante el espectáculo del éxito social y político de Hitler. Se contentó con gritar una consigna o dos sólo para complacer a Kaufmann y a los Strasser.

Kaufmann confirma que Goebbels no dijo nada en Bamberg y que Strasser estaba enfadado porque su ayudante, que ahora era considerado uno de sus principales portavoces, le había fallado al quedarse en silencio. En opinión de Kaufmann, Goebbels no habló porque era taimadamente consciente de que hacerlo no redundaría para nada en su beneficio. Lo que le impresionó de Múnich fue el dinero que Hitler parecía tener comparado con la pobreza del movimiento en Elberfeld. Hitler siempre tenía coches a su disposición y a Goebbels le encantaban las atenciones que Hitler siempre parecía dispuesto a prestarle. Y Hitler astutamente arregló las cosas para que Goebbels llegara con adelanto el 15 de febrero para que hablara en una reunión pública aparte en la que dejó escrito que recibió «una aclamación considerable». El alcance real, por tanto, de la deserción de Goebbels de los Strasser en Bamberg fue que no habló en contra de la política de Hitler. Pese a eso, a los dos días Gregor Strasser se había calmado y tanto él como Otto recibieron a Goebbels en Berlín. Otto Strasser admitiría posteriormente que exageró el grado de ruptura entre su hermano y Goebbels después de Bamberg. Fue el responsable original de la expresión «la traición de Bamberg» en relación con Goebbels y en su libro *Hitler y Yo* afirma que Goebbels insinuó posteriormente que los argumentos de Hitler le habían convencido y

que Strasser estaba equivocado. Posteriormente, Goebbels estaría muy contento de dejar que se le atribuyera esa aparente prueba de fe en Hitler. Pero, de hecho, siguió en contacto permanente con los dos Strasser y Kauffmann durante las semanas y meses subsiguientes, y tenían intención de tener una conversación privada y a fondo con Hitler para eliminar obstáculos entre ellos. «Telegrama de Strasser. No hay que apresurar las cosas… Sugiere que Kaufmann, Strasser y yo vayamos a reunirnos con Hitler para repasar las cosas más a fondo». Sigue refiriéndose al grupo de Múnich como niños en política, *politische Kinder*. Pero dice: «Tenemos el aura de la historia. Los hijos de la historia… ¡Esos somos nosotros!».

Pero los niños de Múnich tenían lo que Goebbels deseaba: dinero. Hitler vivía en un cómodo piso y tenía coche con chófer. En Elberfeld, Goebbels tenía la sensación de que Kaufmann no le pagaba de manera acorde con su talento, a quien le hablaba y hablaba durante horas interminables hasta que todos se debían alegrar de verle marchar a dar discursos en otro lado: «una gran molestia, ya que soy prácticamente indispensable aquí, en Elberfeld». Tuvo celos al instante de un hombre llamado Helmuth Elbrechter, un dentista que estaba en las márgenes del movimiento y ejercitaba una cierta influencia sobre Kaufmann, que era más joven que él (3). Es evidente que a Elbrechter no le caía bien Goebbels y que desconfiaba de éste, que era muy consciente de ello, y al instante vio intrigas contra él y menosprecio por su parte. El diario de la primavera de 1926 está lleno de vituperios como resultado de las supuestas intrigas de Elbrechter con Kaufmann.

Fue en ese periodo cuando Hitler empezó a invitar a Goebbels para que hablara en otras partes de Alemania, particularmente en Múnich y en Baviera. Acudió a Múnich en abril con Kaufmann. Un coche les esperaba en la estación, y más tarde Hitler les telefoneó al hotel y pasó a recogerlos. «Es muy amable conmigo y me ha prestado su coche para la tarde». Habló en dos mítines, el último en presencia de Hitler, y recibió la ovación de costumbre. «Al final, Hitler me abrazó.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Jamás he sido tan feliz en toda mi vida. Atravesamos las muchedumbres agolpadas hacia el coche que nos esperaba. Gritos y salves atronadores». Luego cenó con Hitler, y después de aquello no pudo dormir de pura excitación. A la mañana siguiente, empero, Kaufmann criticó el discurso. Goebbels lo achacó a la envidia. Pero la verdad del asunto es que el tratamiento y las atenciones que le prestaba Hitler empezaban a dar sus frutos. «Bueno, puede que haya algo en esos argumentos suyos sobre política exterior», escribe Goebbels tras otra sesión con Strasser y Hitler. «Después de todo, le ha dedicado mucho tiempo a pensárselo. Empiezo a sentirme cómodo con esas ideas. Reconozco en él a mi líder casi incondicionalmente. Me inclino ante el mejor hombre. ¡Por el genio de la política!».

Había comenzado la luna de miel con Hitler.

Pero, pese a eso, fue a visitar a los padres de los Strasser en Landhurst y volvió a hablar con Gregor. «Está muy satisfecho. Esa noche con el suave aire primaveral, paseando por el pueblo natal de Strasser. ¡Qué paz! *Ach, du Gregor*». Luego volvió a la magia de Múnich. «¡*Ach*, las mujeres de Múnich, qué hermosas! ¡Y el sol!». Hitler le pidió que comiera con él y trajo una muchacha como compañía. A la mañana siguiente el coche de Hitler vino de nuevo, pero esta vez Goebbels estuvo a la altura de la ocasión. «Tenía flores para él, y parecía muy complacido». Era como un romance. Cuando al final tuvo que marcharse, escribió. «¡Adiós, Múnich! ¡Te amo!». Tenía que hablar en Stuttgart y Hitler, acompañado de Hess, lo llevó allí en coche. Hitler se presentó ataviado con su famosa «vestimenta de automovilista», con una chaqueta de cuero adecuada para conducir los vehículos descubiertos de los años veinte. Goebbels el radical se quedó muy impresionado por lo *snob* de todo el asunto. «Almorzamos en una fonda pequeña. La gente le reconoce. Montones de vítores y palmaditas en la espalda». Hizo que su discurso en Stuttgart fuera lo más efectivo que pudo para agradar a Hitler. Evidentemente, lo

consiguió. «Me da un abrazo nada más verme. Me colma de elogios. Creo que verdaderamente siente debilidad por mí».

Sus horas de orador estaban más repartidas en esos momentos, y entre las localidades en las que tenía que hablar se encontraba Hamburgo. Atravesó en coche la zona de ocio, incluyendo la Freudlose Gasse que daba su nombre a la famosa película muda de G. W. Pabst[6] que apareció por aquella época. La sensualidad puritana de Goebbels se excitó ante esa visión: «La Calle Sin Alegría. Fulanas en todos los umbrales, haciendo señas. La mayoría prácticamente desnudas. Algunas de ellas son desagradables a la vista. ¡Comprar un cuerpo! ¿Cómo puede un hombre hacer tal cosa? ¡Por dinero! [...] ¿Pero de quién es la culpa? ¡Estar encerrada en ese gueto de la lujuria! En las calles pueden verse muchachas rubias abrazadas a buhoneros judíos, y la policía no hace nada al respecto. De hecho, se ríen. Así es la sociedad burguesa. Todo es lujuria o negocios. Oh, vámonos de aquí. Volvamos a casa. Pero no puedo ir a dormir. ¿Es porque siento como si tuviera parte de culpa?». Se alegró de dejar Hamburgo, estaba de camino a Baviera.

Allí volvió a haber problemas con Kaufmann, que había escrito para decir que Goebbels carecía de la «dureza necesaria». Goebbels lo achacó a las intrigas de su enemigo (y culpable de todo lo malo para Goebbels según éste) Elbrechter durante su ausencia de Elberfeld. «Pobre Kaufmann», escribe como si sintiera más pena que ira. Strasser creía que para ese entonces incluso Goebbels debía estar sufriendo algún remordimiento de conciencia por pasarse a la facción de Hitler. Pese a todo, en el tren al sur no estaba tan preocupado como para no percatarse de que en el «asiento de enfrente hay una encantadora mozuela pacíficamente dormida. Pero qué muchacha. ¿La deseo? ¡Vaya que sí!». Estaba leyendo un libro sobre Rasputín. «Cuánta fuerza elemental había en ese personaje, comparado con los intelectuales debiluchos». También fue por esa época que vio por primera vez la película de Eisenstein *Acorazado Potemkin*, que había llegado a Alemania recientemente y estaba causando sensación. Kaufmann se la

había recomendado fervientemente. Goebbels nunca dejó de considerarla una obra maestra propagandística.

Ahora, sin embargo, era primavera. Estaba en Baviera. Estaba con Hitler. Elberfeld pesaba en su conciencia como una llaga oculta, pero Hitler jugó bien sus cartas. «Un discurso de dos horas, y en el transcurso del mismo me colma de alabanzas, y en público. Después me lleva a casa en su coche. Parece que le caigo muy bien». Regresar a la oficina de Elberfeld después de una experiencia así era amargo. «En cuanto a mí, nadie parece importarle un bledo mi persona. ¡Como si no hubiera hecho nada! […] Hay mal ambiente, y eso hace que me duela el corazón; sé que Kaufmann está detrás de todo esto». Se pregunta si debería mencionar sus problemas la próxima vez que vea a Hitler. Mientras tanto, siempre estaba Kaufmann para preocuparle. «Bueno, bueno, la gente repite siempre un viejo dicho: «la política estropea el carácter». Yo lo expresaría mejor: «La política nos muestra cuál es el verdadero carácter de una persona…». Tengo que solucionar las cosas. De otra forma no podré hacer bien mi trabajo».

El 10 de junio aparece una entrada importante. «Se habla mucho de enviarme a Berlín como una especie de salvador. ¡No, gracias! Odiaría tener que vivir en ese páramo de ladrillo y cemento». El susto parece haberle devuelto momentáneamente a los brazos de Kaufmann. «Vuelve a ser mi buen amigo. No puedo permanecer enfadado con él mucho tiempo. Amo a las personas de corazón bondadoso». Pero dos días más tarde estalla: «Todo el *Gau* está hecho unos zorros gracias a la vagancia de Kaufmann… Estoy hasta las narices de toda la puñetera organización. ¿Cómo podemos crear una Alemania libre con escoria como ésta? […] Mi única esperanza es que Hitler me lleve a Múnich para sacarme de este lodazal. Ahora todo depende de su decisión. ¿Me quiere a su lado? […] ¡Dormir! ¡Ojalá no tuviera que volver a despertar!».

Y así ya estaba listo para Hitler, que tenía que hablar en Elberfeld. «Lo reverencio y lo adoro», escribió con sensiblería. Hitler llegó, habló en reuniones privadas del partido en el distrito (por aquel entonces

tenía prohibido hablar en público), y consolidó su influencia sobre Goebbels. «Mi buen y querido camarada Hitler. Uno no puede evitar que le caiga bien como persona. Y además, está su abrumadora personalidad. Con un hombre así se puede conquistar el mundo». Hitler le invitó a pasar tres semanas del mes siguiente en la Alta Baviera; ese acontecimiento está separado de los demás en su diario con una floritura. Aparentemente se suponía que serían unas vacaciones.

Mientras tanto habría un delirante mitin junto a Hitler en el Congreso Anual del Partido, que ese año se celebraba en Weimar. Eso vino acompañado de una demostración multitudinaria de los nazis en las calles. «Tengo que estrechar un millar de manos… berlineses que llegan en formación de masa. Todos me demuestran tanto cariño. Un montón de saludos a la multitud y risas. Y entonces, ¡su automóvil! Llega Hitler. Pandemonio». Al día siguiente hablaron en público Hitler y Goebbels. «Mi propio discurso sobre propaganda los lanza a un frenesí de entusiasmo… Entonces habla Hitler… Es tan profundo que es casi místico. ¡Sabe cómo expresar verdades infinitas! Doy gracias al Destino por que haya un hombre como él. En la Plaza del Mercado pasan desfilando delante de nosotros 15.000 hombres de la SA… Una visión maravillosa, esos 15.000 hombres y todo un bosque de banderas». Volvió a hablar, ante un público de estudiantes, quienes lo sacaron a hombros de la sala. Y una vez más se debate la cuestión de si debería hacerse cargo de la organización del partido en Berlín.

El 23 de julio, tras lo que aparentemente fue una agonía de suspense y esperar a Hitler en Baviera, suena repentinamente un golpe en la puerta y ahí estaba «el Jefe» (*der Chef*) que había llegado en coche con Strasser. Salen de noche hacia Berchtesgaden, Goebbels sentado en su sitio favorito al lado del chófer. En esa ocasión, Hitler sólo tenía alojamiento disponible para ellos en el Hotel Platternhof de Berchtesgaden, cuyo dueño era miembro del partido.

Hitler parecía un dios en la maravillosa luz del sol en las montañas. En los días siguientes, Goebbels sufrió una profunda experiencia

transfiguradora como miembro del círculo íntimo de Hitler. Lo que necesitaba era amor, y amor fue lo que encontró. «Es maravilloso estar entre camaradas y amigos. Rust sigue rememorando viejos tiempos hasta altas horas de la noche. Parece haberme cogido mucho cariño. Y ahora voy a dormirme, rodeado por amigos y camaradas. Y dormiré en bendita felicidad». Fue un idilio de montaña, una canción de cuna.

Hitler mismo parecía un genio. «Es el instrumento creativo del Destino y la Deidad. Estoy a su lado y me conmueve profundamente. Así de grande es. Bueno y amable, pero también inteligente y astuto y en ocasiones grandioso y titánico. Qué persona. Qué hombre. *(¡Ein Kerl! ¡Ein Mann!*). Habla sobre el Estado y cómo conquistarlo, y habla sobre el significado de la revolución política. De cuando en cuando he reflexionado por mi cuenta en los temas que expone, pero jamás lo había hecho con tanta claridad. Después de la cena nos quedamos en el jardín durante largo rato y nos habla sobre el Estado y sobre cómo vamos a luchar para conseguirlo. Casi parece un profeta de antaño. Y en el cielo, una enorme nube blanca casi parece adoptar la forma de una esvástica. Luz resplandeciente en todo el cielo… ¿¡Ha sido una señal del Destino!?»

Y así prosiguió la comunión durante días. «Me consiente como a un niño. ¡El amable amigo y el maestro! […] Es un artista completo y absoluto en el arte de gobernar (*Staats-Künstler*). Adiós, mi querido Obersalzberg[7]. Estos maravillosos días me han dado un nuevo sentido y me han señalado el camino. En la hora de más profunda angustia veo una estrella que brilla. Siento una profunda conexión con él. Ahora mis últimas dudas han desaparecido. ¡Alemania vivirá! ¡Heil Hitler!».

La despedida no fue menos maravillosamente teatral. Hitler conocía a su hombre.

> Bajamos hasta el valle. Me elige para que pasee a solas con él y me habla como un padre a su hijo… ¡Gracias por todo! ¡Gracias! ¡Gracias!

Aunque la puesta en escena fue perfecta, la separación no fue muy larga. Se volvieron a encontrar en Augsburgo cuatro días después, donde otros simpatizantes los rociaron con flores. Hitler estaba preparado para otra escena de despedida. «Hitler me da un ramo de flores… rosas rojas, rojas».

Eso fue el 31 de julio. A finales de agosto el puesto de Berlín seguía en suspenso. Se propuso que Goebbels cuidara del *Gau* durante cuatro meses de forma provisional. Sin embargo, el 28 de agosto deja escrito: «En cuanto a la sugerencia de Múnich de que debería ir a Berlín, la he rechazado de plano. No quiero verme empantanado en todo ese desastre que tienen allí». Por supuesto, había conocido al que en aquel entonces era Gauführer de Berlín, Von Schlange, y le había caído bien, pero sabía que la organización del partido en la capital era débil e indisciplinada. Berlín podía no ser un buen centro en el que destacar. Quería estar con Hitler en Múnich.

Sin embargo, el 17 de septiembre escribe ya en Berlín: «Por la tarde recibo a Schlange y Schmidt. Ambos parecen muy conscientes de que estoy completamente dispuesto a hacerme cargo de las cosas». Parecería, por tanto, que ante el atractivo de los títulos de Gauleiter y Gauführer había empezado a su perar su aversión a Berlín. Al día siguiente fue a Potsdam, y el aura de Federico el Grande le rodeaba mientras paseaba por las residencias de verano del gran rey. «Es tan excitante caminar por esas habitaciones. ¡Dios mío! ¡Federico el Grande! Eso es lo que es tan importante de él, que en todo momento fue dueño de sí mismo, que en todo momento era un servidor de su Estado. Soldado durante siete años. Federico el Único».

Ya estaba decidido. Aceptaría Berlín. En cualquier caso, las cosas en casa eran insoportables para él. Kaufmann, según había sabido en septiembre, estaba pensando en casarse con una mujer de la familia de «ese cerdo» Elbrechter, su enemigo. Strasser, según supo por rumores, «tiene una envidia terrible», y en octubre oyó que Hitler había nombrado a Strasser Director de Propaganda para el partido, el

puesto que a Goebbels le hubiera gustado tener con toda su alma. Y por último, Else se había despedido definitivamente de él.

Kaufmann organizó una fiesta de despedida en Elberfeld, y Goebbels se fue sin mirar atrás. Ahora servía a un nuevo amo, Adolf Hitler.

Era noviembre. El invierno aguardaba en el Berlín «Rojo». Pero al menos ahora era Gauleiter, a la edad de veintiocho. Berlín sería su cuartel general durante el resto de su vida.

---

6. *La calle sin alegría*, también conocida en España como *Bajo la máscara del placer* (1925), con Greta Garbo en el papel protagonista. *(N. del T.)*

7. Zona de montaña por encima de la aldea de Berchtesgaden donde Hitler tenía una residencia y donde también se construyó el famoso «Nido del Águila». *(N. del T.)*

Capítulo Tres

Berlín

«Un grisáceo atardecer de noviembre cae sobre Berlín mientras mi tren entra entre nubes de vapor en la Postdamer Bahnhof, y apenas han pasado dos horas cuando ya estoy de pie por primera vez en la tribuna de orador que se convertirá en el punto de partida de nuestro futuro desarrollo. Al instante me dirijo a los miembros del partido (1)».

Esa era la leyenda que Goebbels mismo perpetró en su libro *La Batalla de Berlín*, una agresiva narración de su primer año de trabajo en la capital, pero publicada siete años después, en 1934. Para crear la atmósfera de principiante que llega lejos permitió que circulara otra historia sobre él: que a su llegada se subió a un autobús, una figura solitaria procedente de las provincias que traía una simple maleta, y que pasó el tiempo antes de la reunión del partido contemplando las luces de la ciudad y las aceras repletas de desconocidos. Se maravilló, dijo, del tamaño de Berlín; sentía como si la ciudad pudiera tragárselo.

Fueran cuales fuesen sus verdaderas emociones a su llegada (y parece cierto que en verdad no quería emprender esa tarea desagradecida), no era un desconocido en la ciudad. Había hablado en

público muchas veces en mítines del partido, y conocía al anterior Gauleiter, a quien iba a reemplazar. Pero Berlín era, por supuesto, el cuartel general de los Strasser, y le habían conseguido una habitación en el amplio y elegante establecimiento de Johann Steiger, que era miembro de la redacción del *Berliner Lokalanzeiger*, un periódico de derechas controlado por Alfred Hugenberg, el financiero. Los Steigers, que eran nazis fervorosos, le dejaron algunas de sus habitaciones libres y estaban dispuestos a darle a Goebbels magníficas prestaciones a cambio de un alquiler muy bajo. *Frau* Steiger tenía una cierta cantidad de dinero propio, y Goebbels no sólo vivió con comodidad, sino que se le concedió el uso de una sala de la casa para conferencias. Otto Strasser lo recogió en la estación y lo llevó al piso de los Steiger para presentarle a sus anfitriones. No volvería a hablar en un mitin del partido hasta pasado un tiempo después de su llegada a Berlín.

Sabía bien que Hitler estaba muy insatisfecho con el estado de la organización del partido en Berlín. Los Strasser no habían sido capaces de mantener el orden a través de Von Schlange, y el poder había quedado en manos del líder de la SA de Berlín, Kurt Daluege, y de un hombre que ya había sido expulsado del partido, Heinz Hauenstein. Hitler esperaba que Goebbels se enfrentara a todas esas cosas él solo, que purgara la organización y que empezara de nuevo el trabajo en Berlín. El nuevo Gauleiter era responsable directamente ante Hitler y no, como hubiera sido normal, ante Gregor Strasser.

Hitler en persona explicó por qué escogió a Goebbels, un hombre que apenas tenía dieciocho meses de experiencia en el partido, para esa difícil tarea:

> Desde que empecé a organizar el partido tengo como norma jamás designar un puesto sin haber encontrado primero al hombre adecuado para ocuparlo. Apliqué este principio al puesto de Gauleiter de Berlín. Incluso cuando los miembros de más antigüedad del partido me bombardearon con quejas sobre la dirección del partido en Berlín, me contuve de acudir en su ayuda, hasta que pude prometerles que había encontrado en el Dr.

> Goebbels a la persona que buscaba. Posee los dos atributos sin los cuales nadie puede dominar la situación en Berlín: inteligencia y el don de la oratoria…
>
> Cuando lo invité a estudiar la organización del partido en Berlín, me informó a su debido tiempo de que la debilidad radicaba en los puestos subordinados de la dirección, y me pidió mano libre para realizar todos los cambios necesarios y purgar al partido de todos los elementos insatisfactorios. Jamás me arrepentí de concederle los poderes que me pidió. Cuando empezó, no encontró nada particularmente eficiente como organización política que le ayudara. Trabajó como un buey, sin importarle todas las tensiones a las que lo expuso la oposición oculta (2).

De hecho, había elegido sabiamente. Goebbels haría historia en Berlín.

Los cinco años que van desde 1927 a 1931 fueron el periodo en que los nazis empezaron a consolidar su poder en Alemania. Ganaron doce escaños en el Reichstag en 1928; Gregor Strasser, Goering y Goebbels se contaban entre los representantes del partido en el parlamento. La Comisión de Control de los Aliados fue retirada en 1927, y esto permitió al gobierno alemán acometer su política secreta de rearme y la reorganización del ejército profesional, el *Reichswehr*. Pese a todo eso, ese mismo año el Ministro de Asuntos Exteriores, Stresemann, recibió el Premio Nobel de la Paz. Pero para extremistas como los nazis Stresemann seguía siendo un ejemplo de sumisión al enemigo, el hombre que estaba detrás de los tratados de Versalles y Locarno, el hombre que firmó el Pacto Kellogg renunciando a la guerra. En Alemania continuó el conflicto interno entre la izquierda y el *Reichswehr* (que tenía a la policía bajo su control), y esto a menudo terminaba con derramamiento de sangre. Cuando, por ejemplo, en 1929 los trabajadores organizaron sus acostumbradas manifestaciones del Primero de Mayo en Berlín, fueron tiroteados por la policía, que mató a no menos de veinticinco manifestantes. Esto ocurrió a pesar de

que en el gobierno del Reich participaban hombres que se llamaban a sí mismos socialistas.

Los nazis, mientras tanto, obtuvieron en 1929 la ayuda de determinados empresarios de la industria y banqueros como Thyssen y Schroeder, y pudieron montar su cuartel general en la famosa Casa Parda de Múnich. Los empresarios subvencionaban a los nazis y a los partidos nacionalistas porque esperaban imponer una contrarrevolución que dejara a Alemania completamente en su poder. Fomentaron las organizaciones paramilitares que los partidos estaban organizando, incluyendo las SA y la *Stahlhelm* del Partido Nacionalista Alemán, un gran cuerpo de exmilitares que tenían el favor del *Reichswehr*. Cuando Röhm fue puesto al frente de las SA rápidamente la amplió hasta convertirla en una organización con otro medio millón de hombres. Los socialistas y comunistas también tenían sus ejércitos privados. A los diez años de la derrota, una gran proporción de los hombres aptos en la Alemania desmilitarizada pertenecían al ejército privado de alguien. Stresemann murió en octubre de 1929 para alegría de los nacionalistas, pese al hecho de que había preparado el terreno para que Alemania retomara el poderío militar. Había negociado con los Aliados su retirada de Renania en junio de 1930, cinco años antes del plazo fijado originariamente por el Tratado de Versalles; también había negociado el Plan Young, que aligeraba considerablemente la carga de las reparaciones y dejaba los pagos a la buena fe de Alemania.

Los nazis proclamaron a gritos su oposición al Plan Young, y con la fuerza de su protesta se ganaron muchos más apoyos en el país. En las elecciones de septiembre de 1930 consiguieron 107 escaños en el Reichstag. Ahora eran una potencia de primera magnitud en la vida política alemana.

Eso no se logró sin grandes dificultades. La política de Stresemann había guiado a Alemania hacia la prosperidad económica y hacia 1929 el desempleo se había reducido a proporciones manejables. Lo que le concedió ventaja a los nazis fue la depresión de 1930.

Stresemann estaba muerto, pero ni siquiera él hubiera podido prevenir el catastrófico efecto que tuvo sobre la economía alemana. Entre septiembre de 1929 y enero de 1933 (cuando Hitler se convirtió en canciller) el desempleo pasó de uno a seis millones. Las profecías de Hitler sobre la mala política del gobierno parecían haberse cumplido, y el partido, que sólo había obtenido 800.000 votos en las elecciones de 1928 al Reichstag, consiguió un recuento de 6.401.210 votos en 1930. El número de miembros del partido aumentó: 17.000 en 1926; 176.000 en 1929; 389.000 en 1930; 800.000 en 1931.

Como señala el Dr. Bullock, el partido nazi nunca fue un partido en el verdadero sentido de la palabra. Era una conspiración para hacerse con el poder, y para ello, necesitaba hombres, dinero y votos. Los hombres, aparte de los líderes, eran las Tropas de Asalto y los agentes pagados del partido; el dinero, aparte de las cuotas de poca cuantía que pagaban los miembros, procedía de los subsidios proporcionados por los empresarios que veían a los nazis como sus herramientas; los votos, aparte de los de los propios miembros del partido, eran el resultado del descontento y la incertidumbre reinante entre el pueblo alemán. Todos esos elementos eran eslabones esenciales en la cadena, ya que Hitler estaba decidido a mantener su conspiración dentro de lo legal y constitucional, ganándose el apoyo de todos los sectores de la sociedad alemana, de los poseedores y los desposeídos por igual. En todas las etapas se opuso al uso de la fuerza a niveles que los pusieran en conflicto con el ejército o la policía, las fuerzas legales del Estado. Limitó su empleo al combate contra oponentes que no tuvieran tal respaldo a su disposición. Para el resto, confió en el poder de la propaganda.

Cuando Goebbels sacó de la maleta sus modestas posesiones en Berlín, entre ellas estaba su ejemplar autografiado del *Mein Kampf*. La primera parte de ese libro insólito fue publicada en el verano de 1925; la segunda, escrita en Berchtesgaden, no apareció hasta dos años después. Entre interpretaciones deliberadamente erróneas de la historia, ataques vitriólicos en largas parrafadas escritas en un alemán

ampuloso y a menudo inculto, aparecen secciones que tienen una cierta lucidez maquiavélica, y esas son precisamente las páginas que tratan de la propaganda.

Hitler prepara a sus lectores para este tema con preceptos sobre los principios fundamentales que permiten a un líder imponer su personalidad sobre las masas. Las masas prefieren, según dice, como las mujeres, un hombre fuerte a uno débil. No quieren leer, quieren ser influenciadas por una presencia viva: «Las grandes masas de una nación sucumbirán siempre y únicamente ante la fuerza de la palabra hablada». El líder sólo puede generar pasión entre sus seguidores si él mismo la tiene: la pasión es el prerrequisito del liderazgo. Debe tener la visión de la vida de un fanático. Los escritores, dice, rara vez son líderes. Su actitud para su público es demasiado general y abstracta. Dice en su prefacio:

> Sé que la palabra escrita convence a menos gente que la hablada, y cada gran movimiento en el mundo debe su crecimiento a grandes oradores y no a grandes escritores.

Esto deja claro que Hitler valoraba mucho la oratoria y el magnetismo personal del agitador. Cuando llega, por tanto, al tema de la propaganda, lo trata enteramente desde el punto de vista de un medio para conseguir un fin. No es aplicable al intelectual, dice. Está diseñado para las masas, como si fuera un cartel de anuncio publicitario:

> El arte de la propaganda consiste precisamente en ser capaz de despertar la imaginación del público mediante un llamamiento a sus emociones, en encontrar la forma psicológica apropiada que capture la atención y apele a los corazones de las masas nacionales…
>
> Los poderes de recepción de las masas son muy limitados, y su comprensión es pobre. Por otro lado, olvidan rápidamente. Al ser éste el caso, toda propaganda efectiva debe limitarse a unos

> cuantos puntos básicos esenciales y esos deben ser expresados hasta donde sea posible con fórmulas estereotipadas. Esos eslóganes deberán ser repetidos constantemente hasta que el último individuo haya comprendido la idea planteada. Si se olvida este principio y se intenta ser abstracto o generalista, la propaganda resultará inefectiva; ya que el público no será capaz de digerir o retener lo que se le ofrece de este modo. Por tanto, cuanto mayor sea el alcance del mensaje que ha de presentarse, más necesario será para la propaganda descubrir qué plan de acción es psicológicamente más eficiente.

La propaganda no trata sobre la verdad en general, sino sobre la verdad interpretada según los intereses del propagandista:

> La propaganda no debe investigar la verdad objetivamente ni, si es favorable hasta cierto punto al otro bando, presentarla según las reglas teóricas de lo que es justo; sino que sólo debe presentar ese aspecto de la verdad que es favorable a nuestro propio bando…
>
> Tan pronto como nuestra propia propaganda hace la más ligera sugerencia de que el enemigo tiene una cierta cantidad de justicia de su parte, estamos poniendo los cimientos sobre los que cuestionar la justicia de nuestra propia causa (3).

Es interesante señalar tras esta nota que Hitler hace constantes alabanzas a la propaganda inglesa durante la Primera Guerra Mundial.

En el segundo volumen del *Mein Kampf* Hitler regresa al asunto; dice que se hizo cargo personalmente de la propaganda del partido cuando se unió a él. Explica con detalle cómo aprendió a dominar al público mediante una constante oratoria ante un auditorio, y cuán superior es el efecto de este método sobre la simple palabra escrita:

> Esas reuniones me concedieron la ventaja de convertirme lentamente en un orador de tribuna en asambleas multitudinarias,

> y me dieron práctica en las emociones y gestos requeridos en grandes salas que contienen miles de personas…
>
> Un orador recibe guía constante del público ante el que habla. Esto le ayuda a corregir la dirección de su discurso; ya que siempre puede medir, por las caras de sus oyentes, hasta qué punto le siguen y comprenden, y si sus palabras están produciendo el efecto deseado. En cambio, el escritor no conoce de nada a su lector. Por tanto, desde el principio no se dirige a un grupo definido de personas que tiene ante sus ojos sino que debe escribir de forma general (4).

En un capítulo posterior explica cómo el partido debería organizarse y establece la diferencia entre seguidores y miembros. Los miembros son trabajadores activos que comprenden el principio de liderazgo y pueden practicarlo dentro de la órbita del partido. El seguidor es meramente un converso que tiene su puesto en las filas. La calidad de los miembros de cualquier partido depende de la cantidad de conflicto que haya. El éxito produce molicie y militantes de poca calidad. El conflicto crea resistencia, perspicacia y alerta; el partido siempre debe estar en lucha contra un enemigo. Hitler bien pudiera haber estado escribiendo especialmente para Goebbels en Berlín cuando dictó este párrafo a Hess en Berchtesgaden:

> Como director de propaganda para el partido, me cuidé no simplemente de preparar el terreno para la grandeza del movimiento en sus etapas subsiguientes, sino que adopté las medidas más radicales para no permitir que entrara en la organización sino el mejor material. Porque cuanto más radical y excitante era mi propaganda, más asustaba a los débiles e indecisos, previniendo así que entraran en el primer núcleo de nuestra organización (5).

La labor primera de Goebbels durante sus primeros días en Berlín fue introducir disciplina y eficiencia. Pasó por la oficina. Estaba en

unas condiciones deplorables:

> Nuestra «oficina» era un mugriento sótano en la parte de atrás de la Postdamerstrasse. Había una especie de administrador allí que tenía una libreta de ejercicios en la que anotaba débitos y créditos lo mejor que sabía. El lugar estaba atestado de masas de papel en desorden, y los miembros desempleados del partido solían pasar el tiempo en la antesala, cotilleado y haciendo el vago. Solíamos llamar a ese lugar «el fumadero de opio» (6).

Una de sus primeras tareas fue encontrar unos locales más adecuados:

> El 1 de enero de 1927 le dimos la espalda al «fumadero de opio» para siempre jamás y ocupamos unas nuevas oficinas en Lützowastrasse. Según los estándares actuales parecerían extremadamente modestas y primitivas, pero en esos días representaban un avance y todo un paso adelante (7).

Pero el *Gau* estaba endeudado y sus miembros eran poco de fiar. El mismo Schlange, el anterior Gauleiter, era un funcionario y había sido fácil hacer que dimitiera arreglando las cosas para que recibiera una advertencia de que perdería su trabajo de funcionario si no cortaba sus lazos con los nazis. Por otro lado, Daluege, el jefe de las SA, era exactamente el tipo de hombre que Goebbels quería para su protección en los provocadores mítines con que planeaba conquistar Berlín para el partido. La cantidad de militantes del partido en la ciudad rondaba el millar. Goebbels la redujo a 600 hombres al librarse de toda la escoria de un plumazo. Convocó a todos esos hombres a una asamblea y les dijo que cada uno debía contribuir con tres marcos al mes. El resto del dinero necesario para hacer funcionar la organización lo obtendrían cobrando al público unos pocos peniques por asistir a los mítines del partido. Los desempleados, que siempre fueron el estrato principal donde los nazis buscaron miembros, eran admitidos a la mitad de precio. Estaba determinado a hacer que esos

mítines fueran de tal calidad en cuanto a discurso y acción que el público acudiera en masa aunque al principio sólo fuera por simple curiosidad. Estaba decidido a montar un espectáculo. Como dijo hacía tiempo en una asamblea del partido: «Que los berlineses nos insulten, nos difamen, nos ataquen y nos agredan, pero que hablen de nosotros (8)».

Una historia contada por Otto Strasser demuestra que la personalidad de Goebbels no se vio modificada en modo alguno por el peso de sus responsabilidades en Berlín. En su primer mitin hizo esperar a su público diez minutos al llegar tarde en un taxi. Y luego también se tomó su tiempo entrando en la sala y acercándose a la tribuna. Strasser le habló después de la extravagancia de tomar un taxi cuando el *Gau* estaba endeudado. Goebbels replicó con impertinencia: «No sabes mucho sobre propaganda. Al diablo con el taxi. Debería haber tomado dos, no uno. El otro para mi maletín. No te olvides que hay que impresionar a la gente. Y en cuanto a llegar tarde, lo hice a propósito. Siempre lo hago. Hay que mantener al público en suspenso».

Lo primero era organizar el tipo de publicidad que atrajera al público. «No me importa admitir», escribió Goebbels en *La Batalla de Berlín*, «que queríamos conquistar la calle. Y en la calle teníamos que ir a por las masas que eran nuestra única vía hacia el poder político (9)». El ritmo de la capital le inflamó, añade. Rediseñó sus carteles para que fueran provocadores y atrayentes; la imagen y las palabras estaban proyectadas para incitar la curiosidad. La mayor parte de los carteles puestos alrededor de las *Litfassäulen* (las columnas cilíndricas en las esquinas de las calles) eran sosos y de tipografía abarrotada, especialmente los carteles políticos. Goebbels tenía poco dinero para impresión aunque no era hombre que le preocupara deber dinero a las imprentas. Usó una tipografía de gran tamaño en tinta rojo sangre para obtener el máximo efecto con el espacio del que disponía, y

obligaba al ojo a seguir leyendo la letra más pequeña haciendo que los encabezamientos fueran extraordinarios e inexplicables por sí solos. Los transeúntes pestañeaban y se detenían a leer más texto del cartel cuando veían cosas como:

EL KÁISER DE AMÉRICA –HABLA– EN BERLÍN

El resto de la información (un ataque contra Dawes o el Plan Young como productos del capitalismo americano) se infiltraba en tipografía pequeña alrededor y a través de las letras grandes, junto con el anuncio del mitin en el que el Dr. Goebbels, nuevo Gauleiter de Berlín, hablaría a los berlineses que asistieran.

Si los carteles eran rojos también lo era la sangre que empezó a manar como resultado de los ataques organizados de Goebbels contra los comunistas. Esos ataques eran provocados deliberadamente porque los comunistas tenían mucha presencia en Berlín y porque la violencia siempre es noticia. Goebbels sabía que si había que mantener ocupados a sus matones desempleados y violentos, las reyertas y las demostraciones de violencia en los mítines serían la forma más segura y rápida de llevar el partido a la atención pública e inculcar el miedo en las almas burguesas y fláccidas que tanto odiaba, con su amor por la paz a cualquier precio. Las palizas comenzaron, para ir subiendo en intensidad, con los comunistas como presa elegida.

El 11 de febrero de 1927 Goebbels hizo una de sus mayores jugadas en busca de publicidad. Alquiló la famosa Sala Pharus en un barrio de clase obrera de Berlín. Esa sala estaba especialmente asociada a las reuniones comunistas y su elección para una gran asamblea nazi era de por sí un acto deliberado de provocación. Se ordenó a todo miembro del diminuto partido nazi que desfilara con banderas antes de que empezara el mitin. «Era un desafío abierto», escribe Goebbels. «Así lo queríamos. Y así lo entendió nuestro oponente (10)». Sería una

Saal-schlacht, una batalla en una sala de reuniones. Hitler había estado haciendo lo mismo durante mucho tiempo en Múnich. Los comunistas se presentaron en gran número, y uno de ellos dio pie a los problemas deseados al desafiar al presidente de la asamblea (Daluege) por una cuestión de derecho. Fue apresado y echado de la sala con violencia por un grupo de tropas de las SA. Entonces empezó la batalla campal con botellas, sillas y puños de acero. Se lanzaron las botellas de agua de la tarima en defensa propia, según Goebbels. La policía, que sabía que habría problemas en un mitin como ese, intervino. Los comunistas se desperdigaron con sus heridos y Goebbels, como orador principal, aprovechó la situación. Ordenó que dejaran a los heridos nazis, que no podían tenerse en pie, en la tarima. Y empezó una oración en la que hablaba de la lealtad y el sufrimiento de las Tropas de Asalto. Usó la frase «el soldado de asalto desconocido» como símbolo de la ocasión, señalando a un hombre, Albert Thonak, que yacía retorciéndose de dolor, la encarnación misma del sufrimiento a los ojos de todos (11). Goebbels no agotó ahí con esa idea de propaganda. La volvió a usar en otro mitin, aunque en este caso los heridos, vendados y en parihuelas, eran en realidad actores indemnes disfrazados para la ocasión. Pero ayudó a desarrollar la imagen del hombre de las SA como héroe y mártir. Tras el mitin en la Sala Pharus uno de los periódicos calificó a los nazis de bandidos. Goebbels estaba encantado. A la siguiente vez que diseñó un cartel asumió el título de *Ober-Bandit* Joseph Goebbels.

Goebbels entró en su segunda etapa como agitador notable y notorio. Poco después de su llegada al piso de los Steiger empezó a usar un enorme espejo triple en la sala de estar ante el que podía ensayar sus discursos. Frau Steiger estaba fascinada por su inquilino. Le recordaba, según confesó a Strasser, a Savonarola: tan ascético, tan devoto. Goebbels estaba en el piso de arriba preparando sus discursos. Al volver la vista atrás sobre ese periodo, escribió:

> Me percataba cada vez más y más de lo importante que es hablar de manera que la gente me comprenda de verdad. Y así es como

> empecé a desarrollar un estilo completamente nuevo de oratoria política. Cuando miro ahora las transcripciones taquigrafiadas de mis discursos en Berlín y los comparo con mis discursos posteriores, los primeros me parecen extremadamente sumisos y dóciles. Todavía no había entrado en el ritmo y el cálido aliento de la gran ciudad (12).

Escribió sus discursos más importantes de cabo a rabo, usando lápices de colores para indicar diferentes modos de énfasis y pausas. También desarrolló la capacidad de pronunciar discursos improvisados para capturar el espíritu del momento en un mitin.

Se volcaba por completo en la creación de sus discursos. Siempre tenía en mente a su público por encima de todo: cómo afectarlo, cómo incitarlo. Tenía poca o ninguna emoción personal mientras oraba, pero daba todo lo que tenía física y vocalmente, para despertar las emociones en su público. Forzó su sonora voz hasta el límite, y el esfuerzo de hablar ante públicos multitudinarios durante periodos prolongados de tiempo de hasta dos horas le costó caro. Su figura pequeña y frágil se estremecía de energía nerviosa, y adoptó el hábito de pesarse después de sus actuaciones más agotadoras. Afirmaba que con frecuencia perdía de kilo a kilo y medio en esas ocasiones. Pero varias personas que estaban en posición de conocerle bien afirman que jamás empleaba sus propias emociones mientras hablaba. En ese aspecto era la antítesis de Hitler. Goebbels siempre calculaba sus efectos, y siempre estaba dispuesto a jactarse ante los que le conocían bien diciendo, por ejemplo, antes de un mitin: «Bueno, ¿que disco les pongo ahora?». También cultivaba la capacidad para adaptarse al público, particularmente a aquellos que podían ser hostiles. Se convirtió, en otras palabras, en un profesional completo, amo de su público, orgulloso y presumido de su habilidad de manipular a la gente que tenía delante. Su descaro deslumbraba incluso a sus correligionarios y a aquellos que asistían a sus mítines por pura curiosidad. Era todo un éxito. La imagen del provinciano solitario que agarraba su maleta en un autobús de Berlín desapareció rápidamente

ante la imagen del hombre dueño de su posición, desafiante ante la ciudad que había venido a domeñar. Entró en sintonía con el espíritu de la capital y se inflamó con el deseo de conquistarla.

Para que sus grandes mítines fueran más teatrales todavía, desarrolló la técnica de ceremonial de Hitler que conmovía los corazones de su público antes de sus discursos. Usaba banderas, procesiones, marchas, música y canciones. Normalmente esos mítines eran precedidos de desfiles en la calle. Goebbels no aparecía hasta que la sala no estaba abarrotada y lista. Entonces hacía una entrada dramática como un actor entrando en escena cuando lo exigía la obra; siempre aparecía rodeado de sus guardaespaldas, y los simpatizantes del partido en la sala lo recibían con una ovación prolongada. El terreno emocional quedaba bien preparado antes de que los discursos comenzaran a sembrar las semillas de la propaganda en la tierra de cultivo de la audiencia.

El 1 de mayo de 1927 Hitler pronunció su primer discurso en Berlín desde que Goebbels estaba al mando allí. Fue un gran mitin multitudinario que tuvo que ser camuflado como una sesión privada para miembros del partido, ya que en aquel entonces Hitler seguía teniendo prohibido hablar en público en Alemania del norte. Goebbels organizó las cosas para que el mitin se celebrara en el Clou, un gran salón de bailes bien conocido y situado en el centro de Berlín.

Pero Berlín no estaba compuesto enteramente de hombres dispuestos a caer a los pies de Goebbels el orador. La policía tenía el ojo puesto en él y en los miembros más violentos de sus bandas de Tropas de Asalto. La principal preocupación de la policía era mantener la paz, y una de las formas más fáciles de hacerlo era prohibir las manifestaciones y asambleas públicas que era probable que ocasionaran problemas. El 5 de mayo, cuatro días después de la supuesta «conferencia privada» de Hitler, la policía prohibió los mítines del Partido Nacionalsocialista en toda el área de Berlín y alrededores. Cuando se entregaba la notificación de suspensión de la policía, había que firmar un recibí. Pero Goebbels sabía lo que decía

la notificación y se negó a aceptarla. Afirmó que envió a un soldado de asalto en uniforme completo a que devolviera la carta sin abrir a la policía con el siguiente comentario: «Nosotros los nacionalsocialistas nos negamos a reconocer la prohibición». Entonces pasó los mítines del partido a la clandestinidad, fundando clubs locales para fines aparentemente inocentes y no relacionados con la política, como deportes y alpinismo. Aunque el uniforme del partido estaba prohibido, Goebbels diseñó otras maneras de conseguir que sus hombres vistieran todos de manera similar. A la prohibición sobre el partido (que conllevaba también la prohibición de Goebbels como orador del partido) le siguió otra, más específica, que le prohibía hablar en público en toda Prusia. Era el golpe más severo que podían haberle asestado las autoridades:

> Personalmente, recibí un duro golpe con la prohibición de hablar en público. En ese tiempo apenas tenía otros medios de mantenerme en contacto con los camaradas del partido. La palabra hablada nos era en todo momento más importante que la escrita, y en esos días no teníamos muchas palabras que imprimir ya que nuestros medios de impresión eran muy pobres (13).

La única excepción a la prohibición de hablar en público que pesaba sobre los miembros del partido era para aquéllos que también eran miembros del Reichstag. Goebbels adoptó la táctica de ponerse en pie en las sesiones en que los diputados iban a hablar y perorar largo y tendido sobre puntos a debate. La policía pronto descubrió lo que estaba ocurriendo; Goebbels siguió haciéndolo y al final fue acusado y multado por hacerlo. Su respuesta ante la prohibición de ser orador público fue fundar *Der Angriff* e iniciar en él su campaña contra Bernhard Weiss, el subjefe judío de la Policía de Berlín.

Der Angriff (El Ataque) fue fundado como instrumento particular de Goebbels. Empezó como un minúsculo semanario en contraste con los periódicos diarios nazis ya establecidos, el Völkischer Beobachter de Hitler y el Berliner Arbeiterziutung de Strasser. Como escribió el

propio Goebbels, el nombre del nuevo periódico era un asunto relevante:

> Jamás olvidaré aquella tarde en que estábamos dándole vueltas al asunto, sólo unos pocos de nosotros, dándole vueltas al nombre de nuestro nuevo periódico. De repente, una inspiración me recorrió el cerebro: el nuestro podía tener un nombre: *Der Angriff*. El nombre en sí tenía valor propagandístico, ya que atacar era lo que realmente queríamos (14).

Hitler, entre Kaufmann y Goebbels, en este grupo de dirigentes del Partido Nazi fotografiado en Rattinger en noviembre de 1926.

Despacho de Goebbels; el cuartel general del Partido Nazi en Berlín en 1927.

Dibujos de Mjölnir en el periódico de Goebbels, *Der Angriff*: dos típicas ilustraciones propagandísticas nazis.

Dibujos de Mjölnir en el periódico de Goebbels, *Der Angriff*: «Horst Wessel yace malherido».

El redactor sería un amigo de Goebbels, el Dr. Julius Lippert. Goebbels usó su nuevo estilo de cartelería para lanzar su publicación. Los primeros carteles en rojo sangre solamente anunciaban el título del periódico, sin más explicaciones. Un cartel posterior simplemente decía: «El Ataque ocurrirá el 4 de julio». Un tercer cartel anunciaba que *El Ataque* aparecería todos los lunes.

Una de las primeras ofensivas en el nuevo periódico fue contra Weiss, un hombre sin sentido del humor y poseedor de un rostro marcadamente judío. Era un don del cielo para los poco habilidosos caricaturistas de Goebbels, que siempre se refirió a él con el nombre de Isidor Weiss (Isidor es para los oídos alemanes un nombre de

fuertes connotaciones antisemitas) semana tras semana, hasta que el público creyó que ese era su verdadero nombre y se convirtió en una especie de personaje de chiste.

En 1928 Goebbels llegó a publicar un panfleto contra él, *Das Buch Isidor*. Convirtió a Weiss en el chivo expiatorio de todos sus ataques contra la policía. Lo difamó inventando interminables listas de acusaciones que aparecían en *Der Angriff*, y cuando Weiss respondió en un intento de defenderse de las calumnias, Goebbels disfrutó de la publicidad adicional que obtuvo. No tenía miedo a los juzgados, eran lugares donde podía hacer gala de su ingenio insolente y obtener la atención de la prensa.

Der Angriff se convirtió de hecho en su tribuna ahora que su voz había sido silenciada. Estaba dirigido principalmente a la clase trabajadora de Berlín, y su tono era airado y sardónico. Sin embargo, sus ventas no eran muy grandes y tampoco le hacía demasiada gracia a Hitler o a Strasser. Reflejaba más la política de Goebbels que la de Hitler en sus ataques a los capitalistas. También era violentamente anticomunista y antisemita. Goebbels siempre consideraba que los judíos estaban detrás de sus críticos en la prensa; se representaba a él mismo y al partido como objetos de una persecución por parte de los judíos, los comunistas y la policía, dirigidos por el villano de la obra, «Isidor» Weiss. En cuanto a la prohibición del partido y sus reuniones, Goebbels inventó su propia consigna en verso:

> Trotz Verbot
> Nicht tot!
>
> Pese a la prohibición
> ¡No estamos muertos!

En *La Batalla de Berlín,* Goebbels cuenta la trágica historia del verano de 1927. La tirada de *Der Angriff* era pequeña. Tenía que hacer

frente a incesantes juicios. Sin mítines públicos no había recaudación para el partido. Nadie excepto él parecía saber escribir. Había que entrenar oradores inexpertos a la espera del día en que se levantara la prohibición. Había que improvisar y experimentar constantemente con tácticas pioneras. El acontecimiento culmen del año fue el Congreso del Partido celebrado en Nuremberg a finales de agosto. En esta ocasión el hecho de que la mayor parte de los miembros berlineses del partido y de las Tropas de Asalto fueran parados que subsistían miserablemente mediante los subsidios de desempleo oficiales hizo que acudieran en gran número al acontecimiento. Los hombres marcharon hacia Nuremberg, una gran procesión propagandística y de demostración de solidaridad entre camaradas, que duró unas tres semanas. Goebbels también describe en *La Batalla de Berlín* cómo dispuso que hubiera cuatro trenes privados para que llevaran y trajeran a los miembros del partido que podían permitirse la tarifa especial reducida de veinticinco marcos. En Nuremberg la gran asamblea y sus cánticos, banderas, discursos y procesiones con antorchas empezó a ser considerada como la ocasión culminante de las manifestaciones anuales del partido. Hitler y los líderes del partido recibían saludos al pasar los hombres del desfile. La semilla había sido sembrada y la planta estaba hundiendo sus raíces profundamente en la comunidad. Al poco tiempo Nuremberg sería el escaparate donde los nazis harían demostraciones de su enorme poder ante la nación y el mundo. El congreso de 1927 fue un ensayo general.

Pero la prohibición policial contra los mítines del partido en Berlín se mantuvo en vigor durante todo el verano, y Goebbels tuvo que ir a otras partes a hablar. En un congreso en el Ruhr celebrado en 1927 habló sobre el valor que los nazis concedían a esas manifestaciones públicas a gran escala:

> Quien conquiste la calle conseguirá conquistar un día el Estado, ya que cada forma de política de poder y cada Estado dictatorialmente gobernado tienen sus raíces en la calle. Nunca tendremos suficientes manifestaciones públicas, ya que son, de

> lejos, la demostración más enfática de nuestra voluntad de gobernar. Significan mucho más que las puñeteras estadísticas electorales. Cuando vemos a nuestros hombres, miles de ellos, desfilando por las calles, casi estamos viendo una movilización por el poder (15).

Con *Der Angriff* como su principal vehículo de expresión en Berlín, Goebbels usó todos los medios que pudo imaginar para aumentar las ventas. Tenía una periodicidad semanal y todos los miembros del partido tenían órdenes de comprarlo y aumentar su distribución. Pero la ventas se mantuvieron obstinadamente a un nivel bajo de 2.000 ejemplares. Había pocas justificaciones para publicarlo, ya que el periódico diario de Strasser ya existía para servir a los intereses del partido. Pero *Der Angriff* existía para servir a la causa del prestigio personal de Goebbels, y no permitiría que desapareciera.

La siguiente etapa en la campaña llegó a niveles de guerra de prensa. Goebbels ordenó a sus Tropas de Asalto que les hicieran incómoda la vida a los vendedores callejeros del periódico de Strasser. Suponía que podía hacerlo con impunidad porque los Strasser estarían poco dispuestos a emprender acciones legales y revelar por tanto un cisma en el partido en esa etapa crucial de la lucha por el poder. Todo lo que podían hacer los Strasser en realidad era apelar a Hitler para que interviniera, y en el otoño de 1927 fue a Berlín a investigar el asunto. Otto Strasser recordaría más tarde que Hitler fue a su despacho en la Nürnberger Strasse y dijo que había que terminar con el conflicto.

—¿Y por qué no se lo dice a Goebbels? —replicó Otto.

Hitler se salió por la tangente y respondió que lo que realmente le preocupaba era que si este conflicto seguía adelante un día se presentaría un grupo de Tropas de Asalto para destrozar las oficinas de Strasser.

—¿Y entonces qué haría usted? —preguntó Hitler.

—Entonces dispararía, *Herr* Hitler, y usted perdería algunas de sus Tropas de Asalto —contestó Otto, y abrió un cajón de su escritorio para mostrarle a Hitler el revólver que guardaba allí.

—Pero usted no haría eso en serio, ¿verdad? ¿Disparar contra mis Tropas de Asalto? —dijo Hitler, estupefacto.

—¡Bueno, si realmente *son* sus Tropas de Asalto —dijo Otto—, simplemente dígales que no vengan!

Después de aquello Goebbels fue menos activo contra los Strasser, y Hitler decidió centralizar la política del partido sobre los periódicos. Otto fue a Múnich a discutir el asunto y vio por primera vez la sede del partido en la famosa Casa Parda. Una gigantesca esvástica decoraba la fachada del edificio. En el interior de la entrada principal unas veinte personas trabajaban en mesas tras un largo mostrador; se oía el tableteo de las máquinas de escribir y las carreras de los mensajeros. Para llegar a las oficinas de la Secretaría que estaban controladas por Hess, y al despacho de Hitler, había que recorrer ese pasillo y atravesar un patio. La sala de Hitler estaba elegantemente amueblada y alfombrada; además del enorme escritorio había una mesa redonda con sillones tapizados en cuero para pequeñas conferencias. Hitler llevaba normalmente camisa parda y botas altas, y en esa etapa de su carrera política llevaba una fusta de equitación; cosa que usaba para dar énfasis añadido a sus comentarios haciéndola chasquear contra sus botas o golpeando con ella el escritorio o la mesa. En esta ocasión quería adquirir todos los periódicos de los Strasser en el norte, y cuando se negaron se enfureció. Otto afirma que montó una escena al decirle a Hitler que se equivocaba. Hitler golpeó la mesa con su fusta y gritó: «¡Yo jamás me equivoco! ¡Cada palabra mía tiene importancia histórica!». Otto se marchó, dejando que Gregor prosiguiera la conversación a petición de Hitler. Hitler conocía la valía de los Strasser y no quería perder todavía su apoyo; recurrió al encanto para apaciguar a Gregor.

El lujo de la sede de Múnich contrastaba abiertamente con las condiciones de Berlín, donde el tranvía o el metro eran los métodos de

transporte normales, no un Mercedes. Los Strasser y Goebbels nunca vestían de uniforme. La carencia de dinero y de estatus le dolía a Goebbels, y era eso, más que su entusiasmo por el partido, lo que le impulsaba a buscar el prestigio y el poder personal mediante todos los medios a su alcance, lo que al final lo conducía de vuelta a su propia personalidad y talentos como propagandista, orador y escritor.

Las celebraciones de sus treinta años y de su primer año en Berlín casi coincidieron. Los miembros del partido le sorprendieron, según afirmó, haciendo una colecta que recaudó 2.000 marcos para ayudar a las finanzas del partido y con una lista de 2.500 nuevos suscriptores. También le dieron un sobre que contenía unos cuantos pagarés cancelados relacionados con los préstamos iniciales que pidió Goebbels personalmente para lanzar *Der Angriff*. Pero el mejor regalo vino de la policía. Levantaron la prohibición que pesaba sobre él de hablar en público, siempre y cuando obtuviera permiso por adelantado para cada reunión en la que quisiera hablar.

1928 sería un año importante para Goebbels. A principios de enero pronunció un discurso, con un sentido intuitivo de su futura dedicación, sobre percepción y propaganda. En ese discurso puso énfasis en que la propaganda debía usar cualquier medio para conseguir sus fines y que la creación de propaganda no es sólo un asunto de talento, sino del tipo de genio que inspira a las grandes figuras religiosas. La propaganda, señaló, siempre ha resultado más efectiva no cuando está escrita sino cuando es palabra hablada, donde la personalidad del orador obtiene dominio sobre los oyentes:

> No hay forma teórica de determinar qué tipo de propaganda es más efectiva y cuál lo es menos. La propaganda que produce los resultados deseados es la buena y toda otra es mala, sin importar lo entretenida que pueda ser, porque la tarea de la propaganda no es entretener, sino producir resultados… Por tanto, no tiene sentido decir que tu propaganda es demasiado rudimentaria, demasiado agresiva o brutal, porque nada de eso tiene importancia… en el momento en que descubro una verdad u otra y empiezo a hablar

> sobre ella en el tranvía, estoy haciendo propaganda. En ese momento empiezo a buscar a otros como yo que reconozcan la misma verdad. Por tanto, la propaganda no es más que el predecesor de una organización. Y una vez que hay una organización, se convierte en la predecesora del Estado. La propaganda es siempre un medio para conseguir un fin… O eres un propagandista o no lo eres. La propaganda es un arte que puede enseñarse al ciudadano medio, como tocar el violín. Pero se llega a un punto en el que dices: «Hasta aquí has llegado. A partir de aquí lo que queda por aprender sólo puede hacerlo un genio…». Si os dicen «Pero si sólo sois propagandistas», podéis responder: «¿Y qué era entonces Jesucristo? ¿No hacía propaganda? ¿Escribía libros o predicaba? ¿Y Mahoma? ¿Escribía sofisticados ensayos o iba a donde la gente y les decía lo que quería? ¿No eran Buda y Zaratustra propagandistas? Miremos a nuestro propio siglo. ¿Era Mussolini un escritorzuelo o un gran orador? Cuando Lenin fue de Zurich a San Petersburgo, ¿salió corriendo de la estación para ir a su estudio a escribir un libro o habló ante la multitud?». Han sido sólo los grandes oradores, los grandes creadores de palabras, los que han creado el bolchevismo y el fascismo. No hay diferencia entre el orador y el político… (16).

A finales de marzo se anunció que habría elecciones al Reichstag el 20 de mayo. Simultáneamente, el gobierno prusiano levantó la prohibición sobre el partido nazi. La tribuna de Goebbels estaba libre otra vez. Ahora era su oportunidad.

Goebbels, que antiguamente había sido hostil a la idea de que el partido entrara en el Reichstag, ya que el ataque era mejor realizarlo desde fuera, cambió de opinión. El Reichstag proporcionaría un centro destacado desde el que trabajar para llevar al partido al poder. Goebbels aplicó su fenomenal y devota energía a ganar votos para el partido en las elecciones. Dejó bien clara su actitud:

> Entraremos en el Reichstag para proveernos de armas en el arsenal de la Democracia y usar contra ella sus propias armas. Nos convertiremos en diputados del Reichstag para paralizar la forma de pensar de Weimar con la ayuda de Weimar… si tenemos éxito en plantar sesenta o setenta de nuestros agitadores y organizadores en el parlamento, entonces será el mismo Estado el que equipe y sufrague nuestra maquinaria de combate. Aquél que es elegido para el parlamento está acabado, pero sólo si tiene pensado convertirse en parlamentario. Pero si, con osadía nata, continúa su lucha despiadada contra la degradación de nuestra vida pública cada vez más encanallada, entonces no se convertirá en un parlamentario, sino que seguirá siendo lo que es: un revolucionario. Mussolini también era miembro del parlamento. Pese a eso, no mucho después marchaba sobre Roma con sus Camisas Negras… los agitadores de nuestro partido se gastan entre seiscientos y ochocientos marcos mensuales en viajes en tren para derrocar a la república. ¿No es por tanto justo y adecuado que la república les reembolse sus gastos de viaje concediéndoles pases de tren gratuitos? ¿Es ése un principio de compromiso? ¿Creéis que depondríamos las armas por unos pases de tren gratuitos? ¿Nosotros, que hemos comparecido ante vosotros una y mil veces para daros fe en una nueva Alemania? No pedimos votos. Exigimos convicción, devoción, pasión. El voto es sólo un recurso, tanto para nosotros como para vosotros… Nos importa un bledo la cooperación para construir una pila de estiércol humeante. Hemos venido a limpiar el estiércol… No venimos como amigos o neutrales. Venimos como enemigos (17).

Los nazis eran todavía un partido demasiado joven y demasiado sospechoso para obtener ningún respaldo sustancial entre los alemanes. Sus simpatizantes se reducían casi exclusivamente a los miembros del partido, y sólo obtuvieron 800.000 votos en 1928. Pese a todo, eso les concedió doce escaños en el Reichstag, y el infatigable Goebbels ocupó uno de esos escaños. A los tres años de su

nombramiento como secretario de George Strasser había ascendido gracias a su propia energía, inventiva y pura insolencia hasta llegar a ser parlamentario. Les gustara o no, los líderes nazis tenían que admitir que se trataba de uno de los mejores hombres que tenían en el partido y uno de los más activos. Y era evidente que disfrutaba del favor especial de Hitler. Goebbels celebró su elección escribiendo una andanada contra la dignidad de los cargos del Reichstag:

> Puede que los representantes de los otros partidos se consideren representantes; pero yo no soy un miembro del Reichstag. Soy un I.D.I y un I. D. F., un *Inhaber der Inmunität* (poseedor inmunidad parlamentaria) y un *Inhaber der Freikarte* (poseedor de un pase de tren gratuito)… el I.D.I. es un hombre que puede decir la verdad de vez en cuando incluso en esta República Democrática. Se distingue del resto de los mortales porque se le permite pensar en voz alta. Si ve una pila de estiércol puede decir que es una pila de estiércol sin necesidad de usar eufemismos diciendo que es un Estado… Esto no es sino el preludio. Vais a divertiros muchísimo con nosotros. Ya puede comenzar el espectáculo (18).

La fe de Hitler en Goebbels se vería confirmada más tarde ese mismo año cuando lo nombró Jefe de Propaganda del Partido. Strasser, que había ocupado ese puesto anteriormente, seguía cerca de Hitler en lo alto de la jerarquía, y había sido puesto al frente de la organización del partido.

Ahora Goebbels tenía estatus nacional tanto dentro como fuera del partido, y procedió a utilizarlo. A lo largo de los siguientes cuatro años y a través de todo el país, se volcaría en organizar mítines, manifestaciones y ceremonias. Porque todas las ceremonias de los mítines importantes, con sus estímulos emocionales mediante canciones y desfiles con banderas, siempre preparaban a la audiencia para recibir la palabra hablada. De esta forma fue que Goebbels presentó a Hitler en una gran reunión en el vasto auditorio del Sportpalast de Berlín en septiembre de 1928. El Sportpalast y el

Estadio de Nuremberg se convertirían en los dos centros preferidos para manifestaciones multitudinarias nazis. En esa ocasión, Hitler peroró durante casi tres horas.

En 1929 Goebbels, debemos recordar, no tenía ni la radio ni el cine a su disposición. Toda su propaganda debía realizarse a través de la prensa, manifestaciones y mítines. Ocasionalmente, sin embargo, podía aprovecharse de algún acontecimiento especial para complementar sus métodos habituales de trabajo. Un acontecimiento de ese tipo fue la muerte de Horst Wessel en febrero de 1930, que Goebbels consiguió convertir en una famosa causa política.

Horst Wessel era un proxeneta que murió a consecuencia de una reyerta con otro proxeneta llamado Ali Hoehler. Hoehler fue llevado a juicio y recibió una larga condena por homicidio. Pero, para Goebbels, Wessel tenía dos cosas que lo hacían útil: era miembro del partido (y un reconocido bronquista callejero hasta que se dedicó a vivir de las ganancias de una prostituta), y su muerte podía convertirse fácilmente en martirio político. Pero, además, había escrito un pequeño poema político para *Der Angriff* que se adaptaba bien a la melodía de una canción popular entre las juventudes comunistas. Ese poema y esa melodía se convirtieron en el famoso Lied (la canción) de *Horst Wessel*. Goebbels cogió la historia de la muerte de ese joven disoluto y la convirtió mediante *Der Angriff* en una tragedia de grandes proporciones; el partido se apropió de la ceremonia fúnebre de Wessel y Goebbels en persona dijo la oración de costumbre en estos casos. De hecho, se convertiría en un maestro en aprovechar funerales. Se cantó el Lied por primera vez en público y fue adoptado formalmente como himno nazi. Wessel fue canonizado como el guerrero que recibe su corona en la muerte. La melodía, con sus resonancias de himno, fue indudablemente efectiva y el instinto de Goebbels para lo religioso vio que serviría para dignificar y sacralizar los ceremoniales nazis en el futuro. De hecho, se convirtió en la canción del movimiento y perduró tanto como el régimen en sí.

En 1930 revivieron los viejos problemas entre los Strasser y Hitler. Es erróneo asumir que la rama del nacionalsocialismo de Hitler era de derechas y que la de los Strasser era de izquierdas. La política de Hitler se basaba enteramente en términos de poder, no de posición ideológica, y había descubierto que los hombres de la derecha, la aristocracia y los empresarios, tenían el dinero y la influencia que él necesitaba. Descubrió que compensaba trabajar dentro de líneas constitucionales, y restar importancia a las menciones de revolución social. Los Strasser, por otro lado, miraban principalmente hacia los obreros y los desempleados, y su política era por tanto izquierdista y pseudorrevolucionaria en su enfoque. Con Gregor trabajando en Múnich en esa época, Otto desarrolló una línea fuertemente radical en la prensa del partido en el norte que estaba bajo su control, incluyendo el apoyo a una huelga que tuvo lugar en Sajonia y que Hitler, bajo las presiones de los empresarios, ordenó boicotear a todos los miembros del partido. Otto y Hitler se reunieron en Berlín para debatir sus diferencias. Hitler siguió inflexible en buscar el poder mediante la forma de su elección, lo que significaba adoptar medios legales y constitucionales para aumentar la infiltración del partido en el gobierno y, cuando fuera necesario, completa colaboración con la derecha. No se llegó a un acuerdo y cuando Hitler regresó al sur ordenó a Goebbels, que no había estado presente en las conversaciones, que expulsara a Otto y sus seguidores del partido. Si bien Gregor se puso del lado de Hitler en esa ocasión, Otto creó su propio partido escindido, el llamado Frente Negro [Schwarze Front].

Eso ocurrió en junio. Al siguiente septiembre hubo nuevas elecciones para el Reichstag y fue entonces cuando la posición de Hitler en el nacionalsocialismo de derechas logró su espectacular victoria. La maquinaria de propaganda, que a esas alturas Goebbels había desarrollado tan bien, se empleó a toda potencia con su demagogia y su particular versión de revolución de clase media que consiguió asegurarse el apoyo capitalista mientras que al mismo tiempo satisfacía la empobrecida imaginación del votante artesano, el burgués y el trabajador. La crisis económica que atravesaría Alemania

fue un elemento a su favor. Lo que hicieron los nazis fue dar un espectáculo y hacer mucho ruido nacionalista, en vez de un debate político serio. Hitler encontró chivos expiatorios para el orgullo herido de Alemania: los judíos ricos, los Aliados, el Tratado de Versalles, las grandes compañías y monopolios, los comunistas. Con los nazis gritando desde toda tribuna posible; con bandas, procesiones y hombres desfilando, las elecciones de 1930 se volcaron violentamente a favor de Hitler. El desempleo generalizado y extendido jugó a su favor. El voto nazi dio un enorme salto hasta llegar a los 6.400.000 votantes, y los escaños del partido en el Reichstag pasaron de 12 a 107. Los nazis pasaron a ser la segunda fuerza del Estado de la noche a la mañana; estaban en la recta final de la carrera para obtener el poder definitivo. Ahora eran un grupo importante que podía usar su influencia en el Reichstag. Goebbels, por supuesto, retuvo su escaño.

Pero el partido todavía tenía que vérselas con ciertos elementos disidentes. Los miembros de las Tropas de Asalto habían sido reclutados principalmente entre los desempleados y los que no podían ser empleados en nada más. Les gustaba la violencia, disfrutaban provocando reyertas y les agradaba ser temidos, pero empezaron a resentirse al no recibir de Hitler ninguna recompensa por su leal labor de pistolerismo. No recibieron paga formal; lo único que tenían con frecuencia era cerveza y salchichas gratis. En septiembre, cerca de las elecciones, asaltaron el despacho de Goebbels en Berlín. Goebbels se vio obligado a llamar a su viejo enemigo, la policía, para restaurar algo de orden y Hitler tuvo que intervenir en persona para solucionar el asunto. Los contuvo con la esperanza de que algún día puede que fueran recompensados por sus servicios mediante una cantidad para todos los miembros del partido; se nombró a sí mismo su comandante supremo y a Röhm jefe de Estado Mayor. Así se restauró el orden durante un tiempo. Pero seguía viva la sospecha de que no habría ni pan ni circo. Lo que realmente querían los miembros de la SA era diversión y entretenimiento a costa de la comunidad ahora que su partido estaba tan cerca de la cumbre. No podían entender que lo último que deseaba Hitler en esos momentos eran batallas callejeras y

los escándalos de las palizas que propinaban, y que debía conservar su reputación de «legitimidad» para conseguir su ascensión final al poder. La principal diversión de los SA era el tipo de gamberrismo organizado que Goebbels había fomentado para conseguir que se prohibiera la proyección de la película *Sin novedad en el frente*, adaptación de la novela del alemán Erich Maria Remarque. Goebbels distribuyó entre los miembros de la SA un número considerable de entradas al cine donde se proyectaba la película. Los nazis acudieron en masa al segundo día de estreno, armados con un arsenal de ratones en jaulas y bombas fétidas. Soltaron los ratones en la oscuridad de la sala y tiraron las bombas. Se llamó a la policía, pero en ese momento no pudieron encontrar culpables obvios. Todos los presentes declararon que simplemente querían ver la película. Pero al día siguiente *Der Angriff* se hacía eco de la historia a fondo, y el gobierno prohibió la película ya que era probable que fuera causa de más disturbios.

Desde 1928 Goebbels disfrutaba de inmunidad como diputado del Reichstag. El 13 de octubre, cuando los diputados nazis ocuparon sus escaños en el nuevo parlamento, hizo que Tropas de Asalto vestidos de paisano destrozaran los escaparates de tiendas de judíos en Berlín. Era una señal de la ira que vendría. Pero Goebbels perdió su inmunidad al siguiente febrero cuando los diputados nazis salieron al unísono del Reichstag en protesta, y al instante se convirtió en objeto de procesos judiciales. Fue acusado de ser responsable de la campaña de escaparates rotos del octubre anterior. Goebbels se negó a testificar en el juicio y adoptó la táctica de arremeter contra el juez y la fiscalía. Es típico del miedo que los nazis empezaban a inspirar a los ciudadanos respetuosos de la ley el que le condenaran simplemente a una multa de 200 marcos por ese flagrante desacato a la justicia.

Los problemas con las SA volvieron a estallar. El 20 de febrero Hitler prohibió a las Tropas de Asalto que tomaran parte en reyertas, cosa que repercutía negativamente en la imagen del partido. Mientras tanto, el líder de las SA para Alemania del norte, el capitán Walter

Atennes, en asociación con el Frente Negro de Otto Strasser, estaba planeando una revuelta organizada con la esperanza de que una manifestación por parte del ala radical del partido con sus fuerzas descontentas y olvidadas, pudiera inclinar a Hitler hacia la izquierda. Otto Strasser menciona que Goebbels sabía de antemano que iba a tener lugar esta acción, planeada para la Pascua de 1931, y deliberadamente fue al sur, a Múnich, para dejar despejado el campo. Si Stennes hubiera tenido éxito, probablemente le hubiera dado su apoyo cuando la cosa llegara a discutirse con Hitler. Stennes, sin embargo, retrasó su acción y simplemente efectuó una ocupación simbólica de las principales oficinas del partido en Berlín. Según Strasser, cuando Goebbels vio que era poco probable que Stennes tuviera éxito, apoyó a Hitler cuando éste decidió expulsarlo del partido.

Para ese entonces, Goebbels llevaba ya cuatro años siendo Gauleiter del partido en Berlín, tres años siendo diputado del Reichstag y dos en el puesto de Director de Propaganda del partido. Sólo tenía treinta y tres años, pero estaba consolidando en esos días de éxito el carácter especial que había desarrollado en otros tiempos más duros. Jamás perdió la necesidad de reafirmarse, de compensar su falta de fuerza y estatura y los rechazos que había sufrido su talento de joven. Practicaba su virulencia verbal y su sarcasmo con todo el mundo, ya fuera oponente o subordinado. Erich Maria Berger, miembro de la plantilla de *Der Angriff*, nos ha dejado un retrato de Goebbels en esa época. Goebbels visitaba todas las semanas la redacción, y le gustaba dirigir las cosas y hacer sentir su presencia tanto como jefe como superior al resto de la plantilla en talento e intuición profesional (19). Goebbels se sentaba en el sillón del redactor, desalojando al redactor jefe, el Dr. Julius Lippert, que tenía que quedarse de pie como el resto de su plantilla. Goebbels tenía la costumbre de quitarse el reloj de pulsera y dejarlo en el escritorio frente a él, diciendo que sólo tenía siete u ocho minutos libres. Berger recordaba cómo sacaba de su bolsillo una única página arrugada del periódico del día anterior y empezaba a hablar en su forma exasperadamente educada pero

viperina: «Herr Lippert, usted es el redactor jefe de este periódico, ¿no es así? Bueno, si quiere que me crea que esta cosa de aquí es lo que usted llama periodismo, me temo que demuestra usted un grado de ingenuidad casi criminal… ¿o preferiría que dijera estupidez?». Entonces, mientras Lippert se sonrojaba al ser criticado de esa manera delante de sus subordinados, Goebbels despedazaría el tema y la forma de presentación del artículo con un sarcasmo lento y provocador; incluso llegando a insinuar mediante un juego de palabras con el vocablo *Wirtschaft* (que tiene el desafortunado doble significado de «economía» y «taberna») que el redactor entendía más de bebida que de la situación económica. Tras haberse explayado hasta quedar satisfecho, Goebbels volvía a mirar su reloj. Los siete u ocho minutos habían pasado y se levantaba para irse.

Una vez, después de una de esas embarazosas diatribas, salió cojeando hacia su coche, llamando a Berger para que fuera con él porque tenía que ir a hablar a un funeral pero quería discutir un par de asuntos más del periódico. De camino al cementerio, Goebbels explicó otro par de puntos que estaban mal y exigió mejoras. Entonces se dedicó a los detalles tipográficos. Sus instrucciones continuaron en susurros mientras él y Berger pasaban junto a hileras de Tropas de Asalto que desfilaban para el funeral. Entonces, ante la tumba abierta que tenía ante él, Goebbels se lanzó a una oración aparentemente emocionada en alabanza del camarada muerto. En cuanto volvieron al coche, Goebbels volvió a su discusión tipográfica como un actor que acabara de dejar el escenario. Incluso llegó a admitir que había olvidado quién era el hombre cuyas virtudes acababa de ensalzar.

Se podría decir que, de hecho, Goebbels jamás dejaba el escenario. Aunque era tan profesional en su trabajo como cualquier persona lo ha sido jamás, también tenía que representar el papel de gran profesional, para contentar a su insaciable vanidad.

Se sabe poco acerca de sus relaciones con las mujeres en ese periodo. Otto Strasser asegura que *Frau* Steiger, en cuya casa se hospedó Goebbels cuando llegó a Berlín, se quejó de que su

Savonarola había seducido a la más bonita de sus dos sirvientas. Aunque pudiera ser cierto, en diciembre de 1931 Goebbels se casó con Magda Quandt, una mujer que se había divorciado de su marido, un rico empresario, en 1929. Ya tenía un hijo de su anterior matrimonio, Harald Quandt, un niño de diez años de edad.

Magda Goebbels llevaba un tiempo desempeñando algunos trabajos como voluntaria para el partido en su sede de Berlín, y Goebbels, atraído por su riqueza, su posición social y su llamativa belleza rubia, le había proporcionado trabajos especiales que involucraban tratar con sus archivos más secretos. Magda estaba fascinada por las cualidades dinámicas del nacionalsocialismo encarnadas en el encantador y sonriente Joseph Goebbels, y se enamoró de él.

Goebbels estaba en mejor posición económica en aquel entonces que en sus primeros días en el partido. Ganaba 400 marcos mensuales como Gauleiter, y otros 500 como miembro del Reichstag. Estaba cómodamente instalado en un piso de dos habitaciones en Steglitz, pero Magda, a la que Quandt pasaba una cuantiosa pensión de 4.000 marcos mensuales, vivía en un lujoso apartamento alquilado en uno de los mejores barrios residenciales de Berlín.

Magda era impulsiva y emocional, una mujer más bien ingenua antes que sofisticada. Pero estaba acostumbrada al lujo y le gustaba. Su madre, que también era toda una belleza, había estado casada tres veces: la primera vez con el padre de Magda, un diplomático llamado Rietschel; la segunda con un hombre de negocios judío llamado Friedlaender y la tercera con un hombre llamado Behrendt. Magda, nacida en 1901, primero había sido educada en un convento católico en Bélgica y luego en Berlín. Se había casado en 1921 con su primer marido, Günther Quandt, en contra de los consejos de todo el mundo, ya que él pasaba de los cuarenta mientras que Magda sólo tenía diecinueve años. El matrimonio había fracasado debido principalmente a la disparidad de edades y Magda, tras usar un poquito de chantaje moral, se había asegurado la generosa pensión de 4.000 marcos mensuales siempre y cuando no se volviera a casar. Se

sabía que había estado enamorada de un joven estudiante, pero la atracción de Goebbels fue demasiado para ella, y abandonó a su amante por el hombre cuya personalidad y opiniones políticas encontraba tan fascinantes.

Hitler estuvo presente en su boda el 12 de diciembre de 1931 e hizo de padrino. Aprobaba sin reparos la posición social de Magda y su riqueza. Era el principio de una amistad íntima, y hay quienes afirman que Magda en realidad habría querido casarse con el propio Hitler (20). Durante el resto de su vida Magda seguiría formando parte del círculo íntimo de amigas que proporcionaban a Hitler el tipo de relaciones platónicas que ansiaba su particular forma de masculinidad. Para ella, él era «*mein Führer*», mientras que para él ella era la «*gnädige Frau*» cuya mano siempre besaba. Estaba dedicada en cuerpo y alma al Führer, y a través de él a la política de poder de los nazis; se identificaba completamente con el régimen. Hitler estaba encantado por su elegancia, su feminidad, su ingenio y su buen humor, y respetaba su orgullosa devoción como madre.

Magda era una anfitriona excelente y se deleitaba en su capacidad de atraer a Hitler a su casa. Sería alternativamente su anfitriona y su invitada hasta que en los años de tribulaciones Hitler se aisló gradualmente hasta convertirse en un recluso. Pero en 1932 esos años duros aún estaban por venir y nadie los esperaba. La feliz novia de Goebbels abrió las puertas de su lujoso piso a los amigos de su esposo. Estaba situado en la Reichskanzlerplatz, que al poco tiempo se transformaría en la Adolf Hitler Platz. Junto con el Hotel Kaiserhof, se convertiría durante un tiempo en el principal centro de las intrigas políticas que condujeron a la victoria del nacionalsocialismo en 1933.

Capítulo Cuatro

La lucha por el poder

El segundo en la serie de diarios publicados de Goebbels (y el último que, de hecho, prepararía él en persona para su publicación) es *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, que apareció en 1934 de la mano de la propia editorial de Hitler, la Eher Verlag. Este diario cubre el periodo crítico en la historia del nacionalsocialismo, desde el 1 de enero de 1932 al 1 de mayo de 1933, cuando Hitler accedió a la idea de Goebbels de que el gran día de celebración comunista debía ser también el día reservado para la celebración pública del advenimiento del Tercer Reich.

Ese periodo sería uno de los más duros en la vida de Goebbels al servicio de su amo. Se puede argumentar de forma razonable que Hitler jamás habría conseguido la posición necesaria para hacerse con el poder sin la energía inagotable, excepcional habilidad y astucia política de su director de campaña. No hay duda de que durante ese periodo, con su extraña atmósfera de éxito y frustración entremezclados, Hitler se apoyó considerablemente en el hombre consagrado a ayudarle. Pasó interminables noches en el piso de Goebbels en la Reichskanzlerplatz. En el plazo de doce meses los nazis libraron cinco grandes campañas electorales, las de la presidencia

implicaron dos votaciones sucesivas el 13 de marzo y el 10 de abril de 1932; en la primera Hindenburg fracasó en conseguir la mayoría absoluta que necesitaba; en la segunda Hitler fue finalmente derrotado, obteniendo el 36,8 por ciento de los votos frente al 53 por ciento de Hindenburg. Entonces los nazis llevaron a cabo tres duras campañas para aumentar su representación en las administraciones de los estados y en el Reichstag. En esos embates posteriores su suerte fue irregular. En las elecciones regionales del 23 de abril de 1932 se convirtieron en el partido mayoritario en la Dieta Prusiana, pero se quedaron por debajo de la mayoría en Wurtemberg, Baviera y Hamburgo. En las elecciones generales al Reichstag del 31 de julio, los nazis ganaron 230 escaños, convirtiéndolos en el partido más poderoso, pero sin mayoría absoluta. Esa mayoría la seguían teniendo los demás partidos, especialmente los socialdemócratas. Goering se convirtió en portavoz y el 12 de septiembre intentó anular la decisión del canciller Von Papen de disolver el Reichstag al no haberle otorgado un voto de confianza impidiendo que hablara el canciller. Sin embargo, el presidente apoyó la disolución y otras elecciones generales tuvieron lugar en 1932. En esas elecciones los nazis perdieron terreno, cayendo a 196 representantes, con casi dos millones de votos menos. Es significativo que la crisis de desempleo había alcanzado su apogeo a mediados de 1932, cuando el voto nazi era elevado; ahora que el desempleo había bajado, ese voto bajó también. Sin embargo, continuaron siendo el mayor partido en el gobierno del Reich. El 17 de noviembre, Von Papen dimitió como canciller y finalmente tuvo lugar la lucha por el poder entre Hitler (que había expuesto a Hindenburg sus ideas para un gobierno autoritario el 23 de noviembre) y von Schleicher, que de hecho sería canciller durante un par de semanas en enero de 1933, sólo para verse obligado a dimitir el 28 de enero de 1933. El 30 de enero Hindenburg nombró canciller a Hitler, y ahí comenzó el largo reinado de terror que sólo terminaría con los escombros de Berlín doce años después.

Detrás de esta lista de fríos hechos, con su ordenada sucesión de fechas, subyace uno de los más crueles conflictos de nuestra historia.

Factores como el entusiasmo, la intriga y los diplomáticos calculadores de la vieja escuela enfrentados a la determinación de Hitler de vencerles en su propio juego, moldearon lo que ocurría justo por debajo de la superficie. La gran figura paternal y envejecida de Hindenburg presidía este bullente caldero político del que saldría el futuro de Alemania. En primer plano estaban los estadistas y militaristas que se oponían al advenedizo de Hitler aunque perfectamente dispuestos a usarlo, o eso esperaban, para sus propios propósitos, hombres como los cancilleres Von Papen y Von Schleicher; en segundo plano estaban las diferentes presiones ejercidas por empresarios, banqueros y sindicatos. La lucha por el poder giraba en torno de los problemas políticos más acuciantes; el pago de las reparaciones por la Primera Guerra Mundial, la falta de balance presupuestario en Alemania y los gastos por desempleo, y la ansiedad de Alemania ante lo que consideraba un indigno y peligroso estado de desarme nacional. En lo que concernía a Alemania, Von Papen esperaba que los desacuerdos entre los participantes de la Conferencia de Desarme en Ginebra (que empezaría el 2 de febrero de 1932 y se alargaría durante meses) hicieran que se reconociera a Alemania el derecho a rearmarse, cosa que en realidad ya estaba haciendo más o menos en secreto. Mientras tanto, los ejércitos privados de Hitler, las SA y las SS, eran objeto de grandes disputas internas. El presidente del Reich ordenó, mediante un Decreto de Emergencia fechado el 13 de abril de 1932, que en el futuro se prohibieran ese tipo de organizaciones paramilitares. Dos días después, también prohibía la organización Frente Rojo que habían montado los socialdemócratas, las formaciones *Reichsbanner* republicanas y los sindicatos para oponerse a Hitler si éste se quitara la máscara de legalidad y recurriera a la fuerza para hacerse con el poder. Posteriormente, el 14 de junio, Von Papen revocó la prohibición sobre las SA, casi al instante de asumir la cancillería y deseoso de hacer las paces con los nacionalsocialistas. Según se inclinaba cada vez más a la derecha el gobierno alemán, Hitler se convirtió a ojos del gobierno en un hombre a ganarse para su propio bando autoritario. De hecho, estaban

ansiosos por aprovechar el movimiento nacionalista de masas que Hitler había logrado crear, que esperaban utilizar para sus propios fines. Sin embargo, a la larga quedaría claro que al líder nazi sólo le interesaba una cosa: el poder absoluto para sí. Jugó al juego de la intriga diplomática con Von Papen porque le convenía obtener poder por medios abiertamente legales antes que por los ilegales. Como un imán, Hitler atrajo gradualmente el poder hacia él, negociando en esos momentos cruciales con una habilidad instintiva. En el verano de 1932, cuando Hitler tuvo su máximo respaldo de votantes, había siete millones de hombres en el paro; se podía decir que la mitad de la nación estaba al borde del hambre y muchos estaban listos para volverse hacia un líder que les ofrecía un cambio revolucionario en su estatus.

Detrás de toda esa intriga, la pequeña y activa figura de Goebbels planeaba y trabajaba incesantemente para Hitler. Si el Hotel Kaiserhof era el cuartel general administrativo del partido, el cómodo apartamento de Magda Goebbels en la Reichskanzlerplatz se convirtió para Hitler en su principal centro de descanso, conversación y discusión de futuras ideas y tácticas. Goebbels daba consejo y apoyo constantemente, y una vez alcanzada una decisión que le afectaba, entraba en acción ya fuera noche o día. Se ocupaba principalmente de las campañas electorales, de la planificación de la propaganda, de escribir artículos y viajaba incesantemente para realizar sus arduas giras como orador. La mayor parte del tiempo estaba de un humor espléndido, y razones tenía para estarlo. Apenas ocho años antes era un escritor pobre y rechazado por las editoriales. Y ahora llevaba ya cuatro años siendo miembro del Reichstag y era el devoto confidente de su líder en unos tiempos en que el partido acariciaba el poder supremo con los dedos. Y había que añadir que se había casado con una mujer rica y atractiva. Se acabó la vida solitaria en habitaciones de alquiler. Podía escribir la fecha de 1 enero de 1932 en su diario con alegría y seguridad en sí mismo.

Fue él, según afirma, el que urgió a Hitler a poner a prueba su posición ante el pueblo alemán presentándose para presidente (1). Es fácil imaginárselo insistiendo en su idea: «Le acucié con insistencia para que se presentara como candidato», escribe el 19 de enero. Hitler guardó silencio, y sólo hizo saber su decisión de presentarse a finales de mes. Eso resultó ser provisional, pese a todo; Hitler seguía indeciso incluso llegado el 12 de febrero. No hay duda de que su decisión se debía en gran parte a motivos estratégicos. Hindenburg mismo no anunció su candidatura hasta el 15 de febrero. Finalmente, Hitler decidió que haría lo mismo el 22 de febrero. «Lo principal ahora es romper el silencio», escribió Goebbels. «El líder me ha dado permiso para hacerlo esta noche en el Sportpalast. ¡Gracias a Dios!». El largo intervalo de indecisión había sido la pesadilla de un propagandista: «esta eterna espera es casi desmoralizadora», se lamenta. Ahora podían poner manos a la obra, al fin.

> El Sportpalast está abarrotado. Asamblea general de los miembros de los distritos norte, este y oeste. Inmensa ovación nada más comenzar. Cuando después de una hora de preparación anuncio públicamente que el Líder se presentará como candidato a la presidencia, una tormenta de ensordecedores aplausos ruge durante casi diez minutos. Ovaciones entusiastas al Líder. El público se pone en pie de alegría. Casi hacen que se desplome el techo. ¡Un espectáculo abrumador! (2).

Goebbels vivía los acontecimientos de cerca y tomaba parte diariamente en la tarea de moldearlos. No volvería a estar tan cerca de Hitler hasta los últimos días trágicos cuando los exiliaron juntos bajo tierra, buscando el poco consuelo que pudieran en la historia de Carlyle sobre la milagrosa salvación de Federico el Grande ante la sombra de la derrota.

La adoración de Goebbels por Hitler alcanzó su apogeo en ese tiempo, y razones tenía para ello. Su propia ambición se alimentaba de la de Hitler; hacía de profeta para el dios Hitler, ante el cual su

vanidad personal se convertía en la del devoto servidor consciente de la importancia de su servicio. Su actitud ante Hitler es más bien la del delegado de escuela al que el director tiene como favorito. Se regodeaba en ese favoritismo, aumentado por el hecho de que Hitler pasaba las veladas en el hogar de Goebbels, o el hogar que su nueva esposa le había regalado. Se deleita en las confidencias que Hitler le hacía, a él y sólo a él:

> Regreso a Múnich con el Líder. Es delicioso estar a solas con él, cuando puede hablar con libertad y naturalidad. Es el mejor narrador de historias que conozco.
>
> Es una persona espléndida para la que trabajar, y pertenece a ese grupo selecto que una vez que otorgan su confianza te permiten ser tú mismo, sin restricciones… La prensa hostil da una imagen falsa y alimenta una idea muy errónea de su persona. No hay nadie en el mundo que esté menos cualificado para el papel de tirano que Hitler.
>
> No sólo tiene el don de tomar decisiones rápidas y correctas, sino que tiene un aura indescriptible alrededor, de amabilidad y buena camaradería, que cautiva a todo el que se acerque a él (3).

Magda, por su parte, mimaba a Hitler, animándolo a que pasara las noches en su casa inmerso en charlas interminables. Le preparaba comidas personalmente y se las llevaba al Kaiserhof cuando temía, en 1932, que hubiera un complot para envenenarle (4).

La imagen de Hitler que Goebbels construye para el público es la de un dios, una figura mitológica. Y sin embargo, esa figura es, por supuesto, profundamente humana: es un hombre que se pasa noches enteras hablando con sus amigos; que visita a Magda, tanto en el hospital durante su enfermedad como cuando su marido tenía que ausentarse por motivos de trabajo; se emociona ante los niños que «alzan sus manitas hacia él»; aferra la mano de un moribundo de las SA y, además, también es un hombre de sensibilidad artística que disfruta oyendo música con un pequeño grupo de amigos por las

noches. Esa forma particular de heroísmo actuaba como un cojín sobre el que Hitler el político y Hitler el soldado podían descansar en la imaginación del público. Goebbels también observa el 4 de febrero de 1932, casi un año antes de que Hitler obtuviera la cancillería: «con qué seguridad y acierto se va adaptando el Líder al poder que le llegará. No tiene la más mínima duda al respecto, sino que habla, actúa y siente como si ya fuera nuestro». Cuando Hitler perdió las elecciones presidenciales, Goebbels le telefoneó sabiendo de antemano la compostura que demostraría su Líder. Hitler le dijo simplemente que la lucha debía continuar. «Eso nos da renovado coraje», escribió Goebbels. «Si el Líder no se debilita tampoco lo hará la Organización. Su ejemplo en las crisis es magistral» (5).

Y así se siguió construyendo la leyenda. Hitler, el tirador de primera, en prácticas de tiro; Hitler, el amante de las montañas de Berchtesgaden, tomando decisiones históricas lejos de las muchedumbres de las ciudades; Hitler, el gran orador, descendiendo de las nubes en su avión como parte del plan de Goebbels para fundar el mito de su omnipotencia.

Goebbels comenta con orgullo que mientras los demás pasajeros inhalaban oxígeno, Hitler permaneció sereno e imperturbable a una altitud de seis mil metros. Al lado de Hitler, las alturas eran «radiantes y luminosas».

Goebbels dedica poco espacio para las actividades de los demás líderes nazis (exceptuando a Gregor Strasser); a Goering se le rinde homenaje pasajero como «una ayuda valiosa» para Hitler. Pero es característico del estilo que tanto le gustaba a Goebbels a la hora de escribir sus diarios el que sus propias contribuciones personales tengan precedencia sobre todo lo demás. Sólo a Strasser, su antiguo jefe, el hombre que lo había introducido en el partido, le dedica constantemente palabras para vilipendiarlo por su derrotismo. Lo acusa de deslealtad, de convertirse en el centro de una cábala ansiosa por abandonar la lucha, de no saber hablar en el Reichstag, de ser popular entre el enemigo, de intentar desintegrar el partido, de

hundirse en el pesimismo. Es, según Goebbels, «el camaleón del nacionalsocialismo» (6). El 8 de diciembre de 1932 Strasser dimite de todos sus cargos en el partido, oponiéndose así a la política de Hitler de «oposición inútil» y abogando por un compromiso con el gobierno. Detrás de esas acusaciones Goebbels está seguro de ver que lo que quiere Strasser en realidad es reemplazar a Hitler como Jefe del Partido. «Traición, traición, traición», grita:

> El Líder ha estado dando vueltas durante horas por la habitación del hotel. Es obvio que está pensando intensamente. Está enfurecido y profundamente dolido por esta deslealtad. De repente se detiene y dice: «Si el partido se desintegra, me pegaré un tiro sin más dilación». Una amenaza terrible, y de lo más deprimente (7).

Sin duda Goebbels tuvo un papel importante en la caída final de Strasser. Tras el revés que sufrieron los nazis en las elecciones de noviembre hubo una oportunidad real de librarse de Hitler y se celebraron debates secretos para crear una coalición relativamente izquierdista entre Schleicher, el canciller, Leipart, representando a los sindicatos y Strasser, que representaba la facción del nacionalsocialismo dispuesta a aportar a un gobierno de coalición todo lo que pudiera haber de sensato en el partido. Eso hubiera significado el fin de Hitler y de su actitud de «o todo o nada», y el traspaso del poder dentro del partido al más moderado Strasser, que consideraba el nacionalsocialismo como un movimiento revolucionario para el bien de Alemania y no, como Hitler, como canal mediante el que ganar la posición de dictador. Goebbels estaba determinado a aplastar a cualquier precio lo que consideraba una conspiración dentro del partido, y más aún cuando el 3 de diciembre las elecciones locales en Turingia mostraron una caída de cerca del 40 por ciento en el voto nazi.

El 5 de diciembre Goebbels preparó una conferencia de los líderes del partido a petición de Hitler, enviando telegramas a todos los diputados que tenían en el Reichstag para que asistieran. Se debatió

acaloradamente todo el asunto de la coalición, y Hitler se negó a dejar que Strasser discutiera condición alguna con el nuevo canciller, Schleicher. Dos días después, el 7 de diciembre, Hitler y Strasser se enfrentaron en el Kaiserhof. Hitler acusó a Strasser de deslealtad y de conspirar con Schleicher a su espalda, y montó uno de sus estallidos de furia, negándose a escuchar las afirmaciones de Strasser de que había sido leal al partido. Al final, Strasser le desafió:

—¿Realmente dice en serio todo eso?
—Sí —gritó Hitler, asintiendo con la cabeza vigorosamente.

Strasser simplemente recogió su maletín y salió de la habitación. Estaba pálido de ira. En su hotel escribió la carta de dimisión, se subió a su coche y se marchó al sur, dejando Berlín. No volvió a intervenir en la política interna del partido, y todo intento por hacer que volviera fue infructuoso. Sus amigos y partidarios enviaron en vano mensajero tras mensajero urgiéndole a que regresara para reanudar la lucha. Entonces Goebbels se dedicó a destruir cualquier resto de apoyo a la política de coalición de Strasser que quedara en el partido. Se creía que cerca de un tercio de los diputados nazis del Reichstag estaban dispuestos a apoyarle (8).

Lo que no quería Hitler es que se volviera a disolver el Reichstag en esos momentos y que su partido casi en bancarrota tuviera que enfrentarse a los costes de otra elección. Casi un mes después, el 4 de enero, tuvo lugar el famoso almuerzo en el que Hitler se reunió con Von Papen en la casa de Kurt Schroeder, uno de los banqueros más famosos de Alemania. Ese almuerzo resultó ser otro momento decisivo en la cadena de acontecimientos que llevaron a los nazis al poder, aunque Von Papen ha llegado a jurar por su palabra de «cristiano y caballero» que el encuentro resultó no tener importancia alguna, sino que fue un intento por parte de Schleicher de hacerle caer en desgracia a ojos de Hindenburg (9). Otto Strasser, sin embargo, afirma que fue en esa reunión donde Hitler supo que el presidente no tenía intención de disolver el Reichstag, y por tanto se le animó a seguir con

la actitud intransigente que sólo tres semanas más tarde le daría la cancillería. Goebbels se esforzó por mantener la reunión en secreto, pero la prensa se enteró y la convirtió en primeras páginas de los periódicos de la mañana.

Tras ese almuerzo sólo fue cosa de tres semanas que Hitler se convirtiera en canciller, con Von Papen en su gabinete (10). Hitler estaba preparado para llegar a compromisos hasta el punto de permitir la entrada de determinados miembros de la oposición en su gobierno. Sabía que una vez que estuviera en el poder podría moldear a su voluntad el destino de Alemania y la naturaleza de su constitución. Mientras tanto, la línea de actuación tan fervientemente defendida por Goebbels había triunfado, la batalla principal casi había acabado y lo único que quedaba por hacer era calmar a los ministerios dándole un aire de coalición legal al gobierno de Hitler. Von Papen y sus ocho colegas en el gabinete, que se enfrentaban a sólo tres ministros nacionalsocialistas, todavía tenían que descubrir lo inútil que resultaría ser en realidad su mayoría aparentemente abrumadora.

En su propio campo especializado de la política nazi, el departamento de propaganda, Goebbels sólo estaba dispuesto a admitir como su superior al propio Hitler. Exceptuando eso, sólo él, por supuesto, era el artista supremo. En su diario describe constantemente sus opiniones sobre métodos de propaganda, tácticas de partido y los principios del gobierno autoritario. En todos esos asuntos experimenta un placer maquiavélico en especular sobre formas y métodos de alcanzar el éxito. Lo único de lo que parece no ser consciente es del despreciable autorretrato que emerge con frecuencia de su autosatisfacción.

Registra con orgullo las alabanzas que le dedicó en marzo de 1932 un reportero del *Il Popolo d'Italia*.[8] El periodista, según afirma, estaba estupefacto y exclamó que Goebbels había creado «la mayor y más avanzada propaganda de Europa». Para Goebbels, había que «elevar la propaganda a la categoría de arte político». Ya en enero de 1932 afirmaba que estaba debatiendo con Hitler la idea de un Ministerio de

Educación Popular con completo control sobre la prensa, el cine, la radio, las instituciones de educación, las artes, la cultura y la maquinaria de propaganda.

Mientras tanto, como Director de Propaganda del partido, usó todos los medios, antiguos o modernos, para impresionar al pueblo alemán. «Espero», dice en febrero, «lograr una obra maestra de propaganda para las elecciones de este año». En mayo escribe que considera que «la carga principal del trabajo recaerá sobre la propaganda. Tenemos que definir nuestra técnica hasta el más minúsculo detalle. Sólo los métodos más avanzados y expertos nos conducirán a la victoria». Cuando todo acabó y Hitler ya estaba instalado en el poder, se jacta: «nuestra propaganda es reconocida no sólo por la prensa alemana, sino también por la extranjera, como única y modélica. Hemos ganado tanta experiencia en ese campo durante las pasadas elecciones que somos capaces de obtener la victoria sobre nuestros adversarios sin dificultad, sólo mediante la superioridad de nuestros métodos (11)». Chakotin,[9] en su libro *The Rape of The Masses [La Violación de las Masas]*, cita la afirmación de Goebbels de que para la campaña presidencial usaría «métodos americanos a escala americana», aunque cuando Hitler resultó derrotado al final bramó que el otro bando había usado los mismos métodos americanos, instigados por los judíos y con dinero judío (12). Durante todo el año 1932 se queja constantemente de la falta de dinero para desarrollar sus ideas y contratar personal para su departamento, y se apropió para sus propósitos de cualquier ganancia sobre la que pudiera poner las manos. Como un publicista, reflexionaba durante horas sobre el tipo de eslogan adecuado que poner en los carteles. Le gustaba la brusquedad, como por ejemplo «¡Haz que acabe!». El partido, por supuesto, tenía sus periódicos de periodismo combativo, como el propio *Der Angriff* de Goebbels, que ya tenía publicación diaria. Pero además de todos esos medios obvios de propaganda, Goebbels, siempre que disponía de dinero, recurría a otros medios modernos de propaganda para reforzar su campaña. En febrero de 1932 se editaron

cincuenta mil minidiscos de gramófono con ataques contra el gobierno; cada uno cabía en un sobre de correo normal. Esta promoción tuvo un éxito suficiente como para repetirla posteriormente. Aunque las películas sonoras todavía no estaban completamente establecidas en Europa, Goebbels hizo que lo filmaran creando una película con un discurso de diez minutos para proyección al aire libre en los parques y plazas de las grandes ciudades. Ese método también tuvo éxito y se convirtió en práctica estándar. No necesitaba el cine ruso de Eisenstein y Pudovkin para que le enseñara lo que ese medio podía hacer en manos de un propagandista de genio. En enero de 1933 escribió:

> Por la noche fuimos a ver la película *Rebel* de Luis Trencker. Una producción de primera clase para una película artística. A partir de ahí puedo imaginarme el cine del futuro, de carácter revolucionario, con grandes escenas de masas compuestas con enorme energía vital. En una escena, en la que los revolucionarios sacan un crucifijo gigante de una pequeña iglesia, el público quedó profundamente conmovido. Ahí se puede ver lo que se puede hacer con el cine como medio artístico cuando se comprende de verdad. Todos nos quedamos muy impresionados (13).

Pero los recursos financieros del partido en esa etapa no permitían el uso completo del cine; eso todavía estaba por llegar. Y el partido también tenía difícil usar la radio. Pese a eso, Goebbels informa en septiembre que su «organización radiofónica» está funcionando muy bien… ¡exceptuando que no tienen emisora! Al año siguiente, poco después de que Hitler se convirtiera en canciller, escribe:

> La eficacia de la radio como instrumento de propaganda a gran escala todavía no ha sido comprendida del todo. En cualquier caso, nuestros adversarios no han reconocido su valía. Mejor para nosotros; tendremos que explorar sus posibilidades (14).

Su imaginación se enardeció con las posibilidades del cine y la radio una vez que entró en contacto con esos medios, pero tuvo que contentarse por el momento con un uso más impactante de los recursos que podía permitirse. Sus pancartas y carteles eran tan provocativos que con frecuencia se metía en problemas con la censura. En Berlín, el 4 de abril, proclama que «la ciudad es apenas reconocible». «Nuestros carteles llamean en todas las columnas de anuncios». En junio se jacta de haber «creado pancartas que, a menos que las prohíban, volverán del revés toda la ciudad». Seguía usando el color rojo de forma que sus carteles resaltaran fuertemente en contraste con el negro convencional del resto de la propaganda en las calles.

En un famoso mitin público usó un ingenioso método para anotarse una victoria sobre el gobierno. Desafió a Brüning, el canciller, a que tomara parte en un debate público con él. Era muy improbable que un hombre de la posición de Brüning hubiera aceptado tal desafío, pero de hecho, Goebbels jamás le dio oportunidad de hacerlo. Los grandes carteles anunciando la negativa del canciller estaban en la calle a la hora de que el propio Brüning tuviera la primera noticia del desafío. Pero Goebbels tenía su propia idea de cómo debía hacerse el debate. Cuando apareció en público esa noche, llevaron a la tarima una cierta cantidad de grandes maletas, e hizo reír a su público cuando dijo que pese a la negativa del canciller Brüning, había conseguido traerlo al debate de todas formas. Mientras sus ayudantes comenzaban a abrir las maletas, dijo: «¡Aquí traigo a *Herr* Brüning, o al menos a lo más importante de él!». Las maletas contenían grandes discos con grabaciones de los discursos de Brüning, y a partir de ahí Goebbels realizó un debate con el canciller ausente poniendo y parando los discos. Esa actuación tan original hizo las delicias del público y fue toda una victoria propagandística como puro entretenimiento. Por cierto, la BBC adoptaría la misma estratagema durante la guerra, usando contra Hitler grabaciones de sus discursos y programas radiofónicos contra él e intercalando réplicas.

Otro ejemplo de estrategia fue la forma en que Goebbels llevó las elecciones en el más pequeño de los estados alemanes, Lippe-Detmold, cuya población era sólo de unas 150.000 personas. Estas elecciones tuvieron lugar a principios de noviembre. Goebbels se percató de que durante ese periodo de tablas con el gobierno lo que el partido necesitaba era una victoria sonora en una elecciones locales; en sólo unas pocas semanas habían experimentado un descenso de casi el 40 por ciento de votos en Turingia. Así que decidió concentrar todos sus recursos en esa minúscula sección de la población alemana. Hitler, Goering y otros líderes hicieron giras, hablando en hostales y ayuntamientos de pueblos, e incluso pidieron votos puerta a puerta. Miles de Tropas de Asalto invadían el vecindario y todos los carteles electorales de la oposición eran arrancados de las paredes. Aunque Magda, su mujer, estaba enferma de gravedad en Berlín, Goebbels se concentró durante dos semanas en la conquista de la Dieta de Lippe. Ganó. En el *Der Angriff* del 20 de enero escribió: «La decisión de los habitantes de Lippe no es un asunto local. Se corresponde con el sentimiento imperante en todo el país. Una vez más, las grandes masas del pueblo se ponen en movimiento… en nuestra dirección (15)». Era una idea brillante, y tuvo éxito. La prensa alemana, que se había reído de todo el asunto, descubrió que quién ríe el último ríe mejor.

Los nacionalsocialistas también eran maestros del ceremonial. Probablemente nadie ha igualado todavía su genio para la pompa y para generar emociones en las masas mediante la combinación de esmeradas procesiones, música conmovedora y oratoria dramática; ese genio alcanzó su zenit en los grandes mítines de Nuremberg de los años prebélicos. Goebbels no sólo era un orador elocuente en esas ocasiones, sino un maestro a la hora de aprovecharse de las emociones que están a disposición de los propagandistas cuando la gente se reúne en gran número para honrar a esto o lo otro. Por ejemplo, a Goebbels le encantaban los funerales. Durante 1932 se aseguró de usar para su provecho todo funeral de miembros de las SA o de las SS que hubiera muerto en reyertas callejeras o emboscadas. «En el

camposanto, junto a la tumba, doy rienda suelta a todo mi dolor e indignación» (26 de enero de 1932). «A mediodía enterramos a nuestro camarada asesinado, Koester, en un cementerio a las afueras de Berlín. Nuestros hombres de las SA estaban pálidos de furia e indignación… Diez mil personas escuchan con rencor ilimitado» (25 de junio de 1932). Pero lo hizo incluso mejor todavía el 11 de noviembre:

> Enterramos a Reppich, el soldado de Asalto que murió durante la huelga, en Schöneberg. Cuarenta mil personas asistieron al funeral. Se le dio descanso como si fuera un príncipe. Aeroplanos con banderas de esvásticas orladas en negro sobrevolaban el cementerio como último adiós. Las Tropas de Asalto quedaron muy conmovidas.

Y los más útiles de todo eran los funerales de las Juventudes Hitlerianas. En enero de 1936, Goebbels afirma que «toda la población de Berlín» siguió a un muchacho hasta su tumba. «Marchamos detrás del ataúd de ese muchacho asesinado atravesando murallas inacabables de hombres durante dos horas y media». El joven de dieciséis años sacrificado en el altar de Hitler es devuelto «al regazo maternal de la tierra». Incluso más efectivo aún, aunque más simple, fue el funeral de un niño de la *Hitlerjugend* que fue apuñalado en Moabit, en Berlín, un barrio periférico de fuertes asociaciones comunistas. Goebbels se refiere constantemente a las marcas que dejaron en una pared blanca «sus manitas ensangrentadas». Esas marcas, dice Goebbels, son como el *Mene Tekel* del festín de Belsasar.[10] Aunque en ese periodo el subjefe de la policía de Berlín (que seguía siendo el famoso «Isidor» Weiss) le tenía prohibido hablar en público, Goebbels no se contuvo de hablar frente a la tumba del pobre niño.

> Enterramos a Norkus, el «joven hitleriano» un día de frío mordiente. Hablé desde el fondo de mi corazón a los hombres y

niños congregados alrededor del estrecho ataúd. El padre del niño, un simple obrero, demuestra una valentía que no puedo describir con palabras. Asolado por la pena y con el rostro ceniciento, alzó la mano en saludo ante los acordes del Lied de *Horst Wessel* y cantó con amargo orgullo y profunda ira: «¡Enarbolad la bandera bien alto! (16)».

Aunque en ocasiones había poco donde elegir entre los métodos de los comunistas y los nacionalsocialistas para aprovecharse de la situación política, Goebbels hizo todo lo posible por dramatizar la violencia que él mismo incitaba entre sus oponentes más enconados. Los nazis siempre provocaban problemas deliberadamente.

Al siguiente octubre se jacta de cómo organizó las cosas para reventar un mitin político desde dentro. Cientos de nacionalsocialistas recibieron pases falsificados para una sesión de debate conjunto auspiciada por los nazis junto con el Partido Nacionalista, la mayoría de cuyos miembros se quedaron fuera de la sala con sus pases legítimos en la mano. Eso significaba, en efecto, que la sala estaba a rebosar de nazis mucho antes de que empezara el debate. Entonces llegó Goebbels con su séquito y entró en la sala llevado a hombros entre gritos y ovaciones. «Mi persona», escribe, «estaba rodeada de un anillo de hombres de las SA, recios como robles. Para los nacionalistas no será ningún placer hacer un discurso en contra del Partido Nazi en esta sala». Al final, los oradores nacionalistas fueron acallados a gritos, y el moderador del debate tuvo que recurrir a Goebbels para que pusiera orden. En el exterior de la sala, los sones del Lied de *Horst Wessel* no dejaban lugar a dudas sobre qué partido estaba más organizado y tenía menos escrúpulos. Goebbels, exultante con su éxito, salió corriendo a asegurarse de que a la mañana siguiente hubiera en las calles un millón (cifra de Goebbels) de ejemplares extra de los periódicos nazis para reforzar la victoria.

La estrategia de reventar mítines con métodos violentos se extendió incluso a la Dieta de Prusia, donde el 25 de mayo Goebbels se contaba entre aquéllos que incitaron a una sangrienta batalla con los

comunistas que fueron expulsados violentamente de la Asamblea. Los nazis victoriosos cantaron el *Horst Wessel* en el escenario de su triunfo. 1932 también fue un año de violencia en las calles entre comunistas y nazis. Sólo en Prusia tuvieron lugar 461 disturbios políticos en cincuenta días, del 1 de junio al 10 de julio, con 82 muertos y 400 heridos graves. El Ruhr era otro centro de violencia, y el domingo 10 de julio tuvo lugar una enconada batalla entre nazis y comunistas en Altona, un barrio de Hamburgo, en la que perdieron la vida diecinueve personas y casi 300 resultaron heridas. Goebbels en persona describe la violencia de su recibimiento en Elberfeld y Dusseldorf, su antiguo distrito como organizador nazi:

> Tuvimos que abrirnos paso peleando entre la turba airada en Dusseldorf y Elberfeld. ¡Vaya viaje! No teníamos ni idea de que la situación se volvería tan grave. Desprevenidos, viajamos hasta Hagen de manera visible, de uniforme y en coche abierto. Las calles estaban abarrotadas, llenas de populacho violento y chusma comunista. Bloquearon la vía pública de forma que no podíamos avanzar ni retroceder. ¡No se podía hacer otra cosa más que acelerar y darles a entender que no nos importaban una higa! Los atravesamos a toda velocidad. Todos teníamos los revólveres listos y estábamos dispuestos a vender nuestras vidas, si era necesario, lo más caras que pudiéramos.
>
> El lugar del mitin está en una colina con un bosque al fondo. Los comunistas, astutamente, le prendieron fuego al bosque de forma que no se pudiera realizar el mitin. Pero se pronunciaron los discursos pese a todo. El enemigo no tendrá el placer de derrotarnos. Hay diez mil hombres en la ladera de la colina. Nuestros hombres de las SA están pálidos de rabia (17).

El 15 de julio fue expulsado a pedradas de Rheydt, su ciudad natal. No olvidaría fácilmente ese insulto.

Y sin embargo los comunistas fueron declarados responsables en el acuerdo final con Schleicher, quien estaba convencido de que no se

debía permitir la desintegración del nacionalsocialismo. Si eso ocurriera, sabía demasiado bien que el único lugar apropiado para los matones callejeros, los ejércitos privados de desempleados y jóvenes histéricos estaría en las filas del Partido Comunista. Goebbels se apresuró a señalar ese argumento a los titubeantes demócratas. Sin el nacionalsocialismo, alegó en enero de 1933, habría doce millones más de comunistas en Alemania. Pero la chusma desempleada que componía el grueso de las Tropas de Asalto no estaba precisamente capacitada para aceptar la estricta disciplina ideológica impuesta por los comunistas.

Goebbels seguía reconociendo que la oratoria, y no la escritura, era la esencia de la propaganda efectiva. Hitler había dicho eso mismo en el *Mein Kampf*, y fue de hecho algo afortunado para Goebbels que sus ambiciones personales estuvieran divididas a partes iguales entre el reconocimiento como gran orador y escritor. Los nazis jamás tendrían con la palabra escrita el éxito que tuvieron con la hablada, en la que la situación era completamente diferente porque la actuación dramática del orador en directo podía diseñarse para cautivar la atención de un público excitado por el contagio del entusiasmo de masas. Como Hitler, aunque muy diferente en estilo y forma de orar, Goebbels era feliz delante de un público. En cualquier caso, afirmó que, aunque el nacionalsocialismo tenía muchos buenos oradores a su servicio, apenas sí tenía buenos periodistas. Y a continuación dice algo revelador:

> En muchos casos los periodistas no entienden que en tiempos de elecciones los periódicos han de dedicarse casi exclusivamente a la propaganda. Esos escritores generalmente son demasiado sinceros y más parecidos a científicos que a propagandistas.
>
> Nuestros propagandistas son mejores. Día a día, y noche a noche, están en contacto directo con las masas. Son maestros en su trabajo y la elite de nuestro partido. Los mejores oradores que haya producido jamás Alemania están en nuestro bando.

Goebbels no se hacía ilusiones sobre la naturaleza de la propaganda. ¡Si el periodismo era degradado a la función de una ciencia, la propaganda era elevada a la categoría de arte!

Los trece meses que mediaron entre el 1 de enero de 1932 hasta el 30 de enero de 1933 fueron testigos de una orgía de oratoria. Goebbels convirtió el sistema de gira ferroviaria de las campañas americanas en el sistema de gira aeronáutica de los nazis. «Una innovación crítica», escribe en marzo. «El Líder hará su próxima campaña en avión. Así podrá hablar tres o cuatro veces al día en tantos lugares como sea posible y dirigirse a millón y medio de personas a pesar del poco tiempo del que disponemos». Los vuelos con frecuencia eran horribles, pero Hitler parecía disfrutarlos. El 8 de abril, cuando las tormentas dejaron en tierra a todos los aviones en Alemania occidental, Hitler voló a Dusseldorf para cumplir con su compromiso de hablar en un mitin. «La pequeña avioneta da tumbos y sacudidas», se quejaría Goebbels de camino a Dresde seis meses después. Pero el Líder descendió de las nubes sano y salvo para hablar ante un público que algunos estimaron en treinta mil personas en el Stadion. Esos «vuelos propagandísticos» fueron idea de Goebbels; los planeó minuciosamente y los llevó a cabo con la ayuda del Cuerpo de Aviación Nacionalsocialista.

Pero los mayores mítines fueron los que organizó Goebbels en el Sportpalast, el gran estadio de Berlín con capacidad para 12.000 asistentes y que los nazis adoptaron como su principal tribuna. Goebbels escribió:

> El Sportpalast es la gran tribuna política de la capital, y nosotros la hemos convertido en lo que es ahora. Hay algo especial en todo ello. Uno queda inmediatamente afectado, como si fuera por los contenidos emocionales del lugar, al entrar cuando está abarrotado de gente (18).

Más tarde afirmaría que «el uso del Sportpalast está teniendo un efecto duradero en la vida pública. Su tribuna es verdaderamente la

tribuna del pueblo». Aquí fue, el 22 de enero, donde Hitler pronunció su último discurso público, dirigido a las Tropas de Asalto, antes de convertirse en canciller. A eso siguió un día de manifestaciones dirigidas contra los comunistas, quienes habían planeado una contramanifestación que parecía hacer inevitable un combate en las calles, especialmente teniendo en cuenta que los nazis tenían previsto empezar su marcha delante de la sede de los comunistas. Schleicher, enfrentado a un problema de seguridad pública, prohibió a los comunistas manifestarse, pero permitió hacerlo a los nazis. Protegidos por policías armados y escoltados por coches blindados, los nazis alardearon de su victoria en las caras de los comunistas y en su propio terreno, la Bülowplatz. Goebbels pudo reírse a gusto; ahora sabía que los días de Schleicher estaban contados y que sólo era cuestión de esperar impacientemente a que Hitler recibiera la llamada del presidente para convertirse en canciller.

Detrás de la propaganda, de las manifestaciones, de las peleas en las calles y los gritos estaba la filosofía nazi en sí, si es que se puede llamar filosofía. Se afiló contra la piedra de amolar de sus propios éxitos y reveses. Era completamente oportunista. Pero había ciertos principios subyacentes en la defensa que hacía Goebbels de la causa nazi en su búsqueda implacable del poder. Es significativo que Goebbels dijera que había que ser «estricto en los principios» pero «flexible en la aplicación». «La táctica», dice en otro lado «es más un asunto de inteligencia e instinto que de carácter. A veces hay que usar caminos indirectos para obtener un gran fin. La mayoría de la gente», afirma, «no entiende la diferencia entre estrategia y táctica (19)». Lo que parece implicar con esas palabras es que… ¡hay que usar todos los medios que se te ocurran como táctico para alcanzar tu objetivo como estratega!

Lo que los nazis querían era algo muy sencillo: una ley habilitante que concediera a Hitler poderes dictatoriales, «la competición por el poder, el juego de ajedrez», como lo describe Goebbels (20). Lo lograron finalmente en marzo de 1933. Era la barrera del sonido que

la máquina nazi tenía que superar, y el camino quedó abierto cuando Hitler se convirtió en canciller. Hasta ese momento había que mantener las calderas encendidas a toda potencia. «El partido debe estar permanentemente a toda máquina», dice Goebbels (21).

La línea de actuación era el ataque. El ataque representaba fuerza. «Debemos hacernos a la idea de vivir peligrosamente», escribe (22). Y vuelve a insistir: «Siempre seremos más fuertes a la ofensiva» (23). Era correcto «acosar constantemente al gobierno» (24). En cualquier situación, por adversa que resultara, la agresión era la norma a seguir. En una ocasión Goebbels se encontró con que un policía le había confiscado el coche porque estaba aparcado delante de la entrada de un hotel. Enseguida montó una escena, perdió la calma y convirtió el asunto en una exhibición pública en la que tachó al policía de comunista y empezó a incitar a la gente atraída por sus gritos contra el gobierno. El resultado de todo eso, según se jactaba, es que a partir de ahí la policía dejó su coche en paz en toda ocasión. ¡La agresión da resultado! «Uno jamás debe permitirse retroceder a la simple defensa (25)». El partido, por tanto, era constantemente convocado al combate y se creaban enemigos para que los combatiera. Los enemigos eran el gobierno, los comunistas, los judíos. Mientras tanto, para atemorizarlos a ellos y al débil y vacilante burgués, «que es incapaz de entender la situación presente», venían las columnas de hombres desfilando, «dos horas de desfile incesante, altos, bellos, lo mejor de nuestra juventud alemana… con ellos se puede lograr una revolución (26)». Y detrás de los hombres que desfilaban venía la violencia súbita: «ahí fuera en el corredor, el vilipendiado Klotz está recibiendo una paliza de manos de unos robustos miembros del partido (27)». «Un nacionalsocialista sólo se permite a sí mismo sentir cuando está en posición de convertir ese sentimiento en una pelea (28)». Siempre había que diseñar acciones violentas contra los comunistas en las calles, en los callejones y en las salas de reuniones. El derramamiento de sangre se volvió algo normal.

Los nazis usaron a su favor el contacto directo con el pueblo «Debemos apelar a los instintos primitivos de las masas (29)» escribió Goebbels, y durante todo el diario nunca deja de hacer hincapié en que la fuerza de los nazis radicaba en su dependencia directa de la voluntad popular. Así como había que incitar a los enemigos para que las SA y las SS tuvieran alguien contra quien luchar, también había que hacer que las ambiciones de los nazis parecieran dependientes del apoyo del proletariado. «Uno nunca debe dejar de estar en contacto con el pueblo», dice Goebbels (30). «El pueblo es el comienzo, el medio, el fin de todos nuestros afanes». El pueblo no incluía, por supuesto, a los judíos, los comunistas, los socialdemócratas y a los burgueses. El pueblo eran aquéllos que podían ser inducidos, sobornados o intimidados para apoyar las ambiciones de Hitler y sus asociados. «¡La votación! ¡La votación! Lo que queremos es el pueblo» expresa exactamente la razón para esas referencias constantes (31). Pero el proletariado nazi tenía sus representantes simbólicos. «Un sencillo trabajador se subió a la tarima y me dio su anillo de boda. ¡Luchamos por un pueblo maravilloso!(32)».

La actitud de los nazis ante los empresarios y la elite intelectual fue igualmente oportunista. El poder, como comenta Goebbels con sarcasmo, engendra dinero; pero cuando todavía no se ha alcanzado el poder siempre hace falta dinero.

> Di un discurso ante los líderes de la industria por la tarde. Cuanto más desesperada sea su situación, mejor nos comprenderán.
>
> Hablé con la clase trabajadora por la noche. Las SA se tomaron cuarenta minutos para entrar desfilando (33).

Goebbels tenía cuidado de adaptar su estilo cuando se le convocaba ante un público selecto de gente influyente.

> Por la noche hablé en el hotel Prinz Albrecht ante un pequeño círculo de huéspedes invitados. Aquí también están empezando a atraer la atención los problemas del nacionalsocialismo, aunque esa

gente los aborda a su propia manera, con un cierto grado de altivez, y desde una distancia considerable.

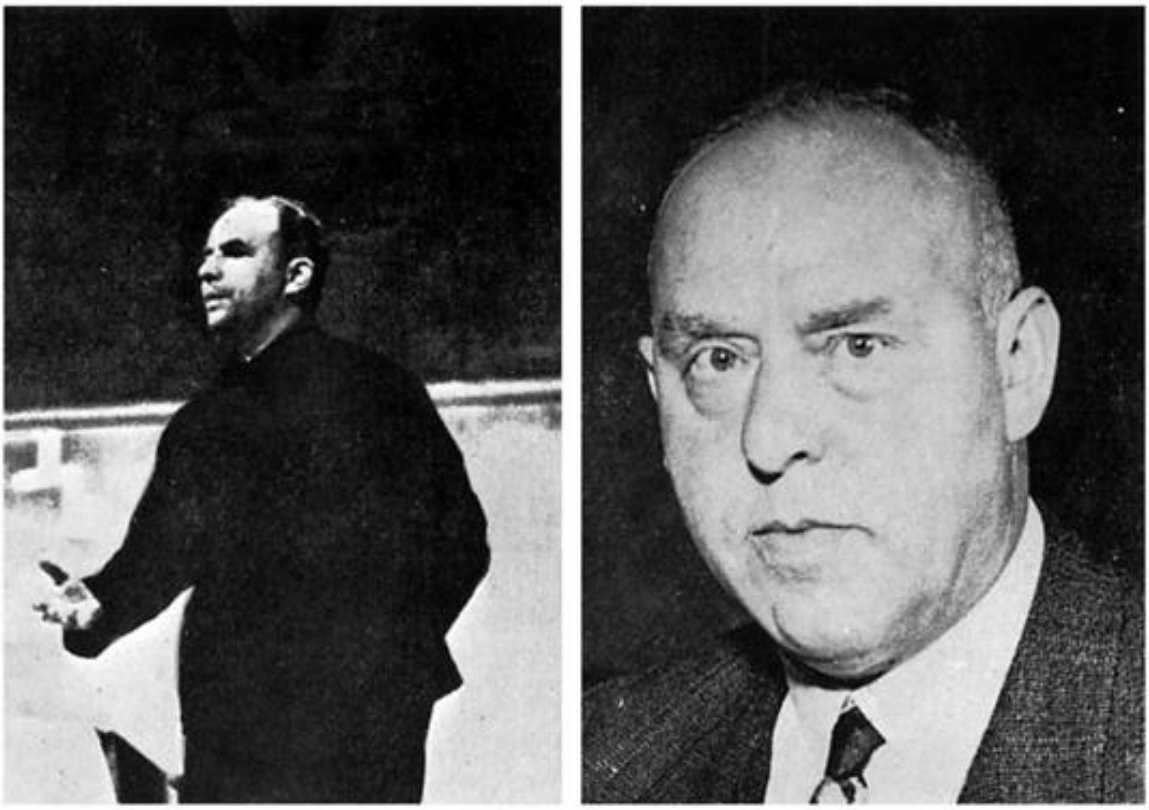
Parecen completamente incapaces de entender que somos la encarnación de algo completamente nuevo y que no se nos puede comparar con cualquier otro partido, que nuestro objetivo es un estado totalitario, y que debemos obtener el poder absoluto para lograr nuestros objetivos (34).

Goebbels hace unos cuantos comentarios interesantes sobre el material humano ideal que los nazis querían para aumentar las filas de sus partidarios. «Un hombre de buen carácter», dice, «que no necesariamente tenga una gran comprensión de las cosas es siempre mejor que un hombre inteligente sin demasiado carácter (35)». Y en otro momento: «La política gira más en torno al carácter que a la inteligencia: ¡el valor es lo que conquista el mundo!(36)». Viendo que Goebbels no tenía dudas sobre su propia inteligencia, está claro que los nazis querían hombres maleables que una vez ajustadas sus miras permitieran que los usaran como armas humanas contra los enemigos de la nación. «Solo unas pocas llamas arden fieramente, las demás sólo reflejan su luz (37)».

„Der Angriff"
?
„Der Angriff"
erfolgt am
4. Juli
Der Angriff
Das deutsche Montagblatt in Berlin
Der „Angriff"
bekommt ein Programm

Dr. Goebbels
Weidenhof
Revue

Ejemplos de la publicidad de Goebbels en Berlín. *A la izquierda arriba y abajo* diseños de carteles nazis, impresos en rojo. *Arriba derecha*, una *liftassäule* con cartel nazi. *Abajo derecha*, la primera página del primer número de *Der Angriff*.



Izquierda, Otto Strasser, 1932. *Derecha*, Gregor Strasser, 1932.

Izquierda, Goebbels defendiéndose en persona en un juicio, 1931.
Derecha, Goebbels, 1932.

La llama más brillante, por supuesto, era Hitler. «La grandeza del Líder viene de que persigue un único fin con tenacidad imperturbable y está dispuesto a sacrificarlo todo para lograrlo (38)». Una noche en el hotel Kaiserhof, Goebbels habló a sus colegas sobre la nobleza. La nobleza tiene valor «sólo si sus privilegios están basados en mayores responsabilidades hacia la nación». En cualquier caso, según lo expresa Goebbels, «el Movimiento ha crecido bajo la protección divina, y todo lo que ha sido, lo ha tenido que ser para llegar al punto donde estamos ahora (39)». No se puede decir con más claridad.

Goebbels mismo dibuja ese autorretrato, consciente e inconscientemente, en ese libro que sin duda fue muy revisado y

editado. Por supuesto, no hay vislumbres reveladores de su vida privada como los que aparecen en sus diarios escritos a mano de 1925-26. Este es el Goebbels público, el hombre con la máscara de nazi puesta. Se describe a sí mismo como un defensor de Hitler de infinita energía dedicada a la causa, de eficiencia infalible y siempre acuciado por el exceso de trabajo. Gran parte de ese retrato hay que admitirla como verdad, pese a lo coloreado que haya quedado el autorretrato al pasar por el cristal de la vanidad de Goebbels. En la época en que comienzan los diarios publicados acababa de casarse, y Magda es representada como alguien que nunca está muy lejos de sus pensamientos. Hitler, como hemos visto, era un visitante asiduo, que se quedaba a charlar hasta altas horas de la noche («Es delicioso quedarse a solas con él»). Magda dio a luz a una hija, Helga, el 1 de septiembre de 1932. Pero a las navidades siguientes («Se acerca la festividad del Amor Divino», escribe Goebbels) Magda está ingresada en el hospital, gravemente enferma. «¡Tristes Navidades! Mi corazón está lleno de dolor. Mi único consuelo es que el pequeño Harald está conmigo (40)». Harald era el hijo que Magda había tenido con su primer esposo. «Montamos un árbol de Navidad y tuvimos nuestra triste Navidad… El Líder envió un telegrama muy amable al hospital. Él también estará bastante solo en Nochebuena». Después de eso se volcó por completo en la campaña de Lippe, manteniéndose en contacto con el hospital por teléfono lo mejor que podía. Magda no volvió a casa hasta el 1 de febrero. Hitler la visitó en el hospital y le envió flores.

Tendremos que contentarnos con esos vislumbres ocasionales de un Goebbels domesticado. Le gusta referirse al relax de la música después de un largo día de trabajo: «La música nos eleva por encima de la monotonía diaria y nos hace sentir, como al principio, las más altas inspiraciones de nuestro trabajo (41)». Goebbels, después de todo, como ministro de Cultura y Propaganda para cuando fue publicado este diario, tenía que mantener la imagen pública correcta ante el público alemán. Wagner, el compositor favorito de Hitler, siempre le estimulaba. La música de Wagner podía asociarse con facilidad al

nacionalismo alemán. Hay muchas referencias al «genio inmortal» de Wagner. Tras oír una representación de *Die Meistersinger*, Goebbels escribió:

> El gigante Wagner está tan por encima de todas las nulidades musicales modernas que es indigno de su genio el que lo comparen con ellas. Cuando comienza el gran coro de «Despertad» sientes la estimulación en la sangre. Alemania también la sentirá dentro de poco, y será llamada a despertar (42).

Pero el retrato principal de sí mismo que hace en sus diarios es el del trabajador y estratega que se dedica infatigablemente a hacer campaña tras campaña. «No vivimos para nada más que este impulso que nos conduce al éxito y a los logros políticos (43)».

> Una vez más, eternamente en movimiento. El trabajo ha de hacerse de pie, caminando, conduciendo, volando. Las conferencias más urgentes se celebran en las escaleras, en el pasillo, junto a las puertas o de camino a la estación. Es desquiciante. Uno recorre Alemania zigzagueando en tren, coche y avión. Llega a una ciudad media hora antes del mitin o incluso más tarde, sube a la tarima y habla (44).

«Estoy tan muerto de cansancio y tan agotado que apenas si puedo tenerme en pie», escribe en otro lado. Y con el toque de patetismo adecuado para ganarse la admiración del lector relajado en su sillón: «*Debo* darme un respiro de una hora para descansar un poco». Incluso cuando está enfermo con fiebre alta sigue trabajando duramente: «Pronuncié un discurso en cada una de las salas. El público no tenía ni idea de lo mal que me sentía».

Con Goebbels la pose nunca está muy lejos del hombre. Muchas de las afirmaciones que hace sobre su persona son justas, pero es tan vanidoso de sus logros que se regodea de forma casi indecente en sus supuestas virtudes. Nadie cuestiona su habilidad, aunque a veces,

como le ocurre a todo el que se mete en política, cometería errores de cálculo, especialmente una vez llegado al poder. Su lealtad a Hitler sin duda estaba conectada subconscientemente con el mismo instinto que le impulsaba a obtener poder y gloria para sí, pero incluso aquí no hay necesidad de cuestionar la sinceridad de su devoción en todo su alcance. Hitler tuvo éxito en parte mediante la inteligente promoción que Goebbels hizo de él. Su éxito era una medida del poder del propio Goebbels. La lealtad hacia Hitler era lealtad a sí mismo.

Lo que más apreciaba de sí mismo Goebbels era su talento como orador. Sabía que era bueno, y lo era. Hay reveladoras referencias constantes a sus experiencias como agitador y orador. «Me reciben con abucheos. Cuando termino hay silencio o aplausos (45)».

Pero no había placer que igualara al disfrute de una actuación exitosa ante un público entusiasmado de antemano en el Sportpalast.

> Dirigirme a un público así es todo un regalo. Uno se olvida del tiempo y del espacio. Hablo durante dos horas y media o más, y lanzo ataque tras ataque contra el gobierno. Termina con vítores prolongados. Una experiencia extraña, dejar atrás el bullente océano de humanidad del Sportpalast, conducir a través de la muchedumbre que le jalea entusiastamente en la Postdamerstrasse y encontrarse sentado en la quietud del hogar de uno, unos cuantos minutos después. Uno llega tarde y cansado, y se mete en la cama como un muerto (46).

También tuvo que dominar la más difícil de las técnicas, el arte de dirigirse a un público desde una tarima al tiempo que usaba un micrófono para transmitir el discurso por la radio. Para el orador experimentado dirigirse directamente a un público ante él es un asunto de establecer el tono correcto de proyección vocal que le permita adueñarse de la atención de sus oyentes. Goebbels tenía, por supuesto, gran experiencia en esta técnica que en su mayor parte era instintiva. Pero para emplear el grado correcto de proyección ante un micrófono a sólo sesenta centímetros del rostro del orador mientras se

intenta llegar con la voz a los extremos de una sala de conferencias abarrotada es un asunto de maestría técnica de alto nivel, como descubrió Goebbels.

> Hablo durante veinte minutos al micrófono y al público del Sportpalast. Salió mejor de lo que creía. Es una experiencia extraña el verse frente a un micrófono inanimado cuando uno está acostumbrado a las multitudes en vivo, a exaltarse por la atmósfera de esas ocasiones, y a leer en las caras de los oyentes el efecto de las palabras de uno (47).

Una vez que los nazis se hicieron con el poder, la radio (que entonces sólo tenía un par de años de edad como medio público) estuvo a su disposición y hubo que aprender nuevas técnicas de oratoria. Goebbels pronto se convertiría en un locutor experto.

En el resto de su autorretrato, Goebbels pone énfasis en la agresividad y violencia que era parte del carácter nazi. Anima a buscar insultos, y lo hace, para luego poder vengarlos. «Quizás lo mejor sería hacer que uno de esos juntaletras calumniosos fuera sacado a rastras de su despacho por un grupo de SA y que le dieran una buena paliza en público», escribe cuando es atacado en el *Acht-Uhr Abendblatt*.

Si las aguas revueltas son el elemento natural del revolucionario, como afirma el rebelde Jack Tanner en *Hombre y Superhombre* de Bernard Shaw, entonces Goebbels fue afortunado durante ese periodo. En enero de 1932 fue requerido como testigo en un caso de agresión contra judíos en el que era acusado Helldorf, el Líder de las SA en Berlín; la policía creía que Goebbels también estaba involucrado. Tras negarse durante un tiempo a testificar a menos que la policía revelara la fuente de su información contra él, al final acabó compareciendo:

> Entonces volví mi atención al fiscal general y lo abrumé con mi indignación. Al final testifiqué en el tono más insolente que pude y

me pude ir después de que me impusieran 500 marcos de multa por contravenir una ley. Los acusados de las SA se partían de risa (48).

Inmediatamente después de ese juicio, su viejo enemigo Weiss prohibió a Goebbels hablar en público durante un periodo de tres semanas. Eso no le impidió hablar en otras partes, por supuesto. En febrero fue expulsado del Reichstag por causar alboroto e insultar al presidente (acusación falsa, según Goebbels). En abril el Tribunal Supremo de Justicia le acusó de alta traición. «El sumario de la acusación tiene cuarenta páginas. ¡Vaya pesadez!». Consiguió inmunidad temporal al aceptar el mandato de la Dieta de Prusia, es decir, el privilegio concedido a un miembro del partido que ha obtenido un escaño en el gobierno. En mayo se sobreseyó el caso. En septiembre afirma que la «prensa burguesa» había logrado un decreto según el cual le amenazaban con una multa de 300.000 *Reichsmarks* y con meterlo en prisión por haber organizado el boicot nazi contra todos los periódicos que atacaban al partido. Este caso también acabó en nada. En noviembre, el gobierno obligó a *Der Angriff* (cuya publicación era suspendida con frecuencia debido al tono de sus artículos) a publicar una edición especial en vísperas de las elecciones generales con una proclama de naturaleza antinazi. Goebbels accedió a publicar esa edición, pero hizo que echaran toda la tirada al río esa noche. «¡Que se hunda!», escribió. Sin duda las aguas estaban revueltas.

Pero las incesantes tácticas agresivas dieron resultado al final. El 30 de enero de 1933 Hitler se convirtió en canciller y el equilibrio mundial cambió de la noche a la mañana. Los que propiciaron este cambio sin duda pensaban que lo podían controlar. El primer gabinete de Hitler sólo tenía tres ministros nazis. Pero los días tanto del gabinete como del Reichstag, como representantes del gobierno democrático en Alemania, estaban contados. Como lo describiría Goebbels tres meses después, el 22 de abril:

> La autoridad del Líder tiene ahora completa hegemonía en el gabinete. No habrá más votaciones. La personalidad del Líder decide. Todo esto se ha logrado con más rapidez de la que me atrevía a esperar (49).

Las semanas intermedias vieron el desguace rápido de la democracia alemana. Goering, en una posición de poder a la cabeza del Ministerio de Interior de Prusia, se dedicó a hacer reformas con energía. Los opositores a los nazis fueron eliminados de los cargos importantes tanto en el gobierno central como regional. Los jefes de policía fueron reemplazados por nazis. Los periódicos que habían atacado al partido sistemáticamente (como el *Vorwärts* y el *Acht-Uhr Abendblatt*) fueron prohibidos y el 24 de febrero la policía hizo una redada en la sede de los comunistas en Berlín. Y entonces, el 27 de febrero, tuvo lugar el siniestro asunto del incendio del Reichstag, seguido de la supresión de «toda la prensa comunista y socialdemócrata» (como lo describe Goebbels) por parte de Goering y un ataque directo de los nazis al partido comunista con el fin de eliminarlo completamente. Los nazis afirmaron que los comunistas estaban a punto de poner en marcha una revolución.

El relato de Goebbels acerca del incendio es breve, y su opinión sobre la causa es sucinta:

> Trabajo en casa por la noche. El Líder viene a cenar a las nueve. Oímos algo de música y hablamos. De repente una llamada telefónica del Dr. Hanfstaengl: «¡El Reichstag está ardiendo!». Me parece un cuento chino y me niego a informar de ello al Líder. Busco noticias donde puedo y al fin obtengo la temible confirmación: ¡Es cierto! La gran cúpula está en llamas. ¡Incendio provocado! Informo inmediatamente al Líder y nos apresuramos a toda velocidad por la Charlottenburger Chaussee hacia el Reichstag. Todo el edificio está ardiendo. Nos acercamos al gran recibidor de la entrada número dos tras tener que trepar por encima de gruesas mangueras. Goering se reúne con nosotros por el

camino y pronto llega también Von Papen. Se sabe que se trata de la obra de unos incendiarios. No hay duda de que el comunismo ha realizado una última intentona para causar el desorden mediante el fuego y el terror, para así poder hacerse con el poder durante el pánico generalizado (50).

Esa atmósfera de repentina irrupción de un acontecimiento perturbador en lo doméstico es confirmada por Heinrich Hoffmann (51), amigo de Hitler y fotógrafo que estaba presente en el piso de Goebbels cuando se descubrió el incendio. Hitler, acompañado de Goebbels, se dirigió a las oficinas del *Völkischer Beobachter* para publicar un nuevo editorial exigiendo venganza (52).

Ahora ya no hay dudas de que Goebbels en persona estaba implicado en la conjura para incendiar el Reichstag junto con Goering (53). Necesitaban algún incidente que diera a los nazis una excusa para suprimir a los comunistas en bien de la seguridad pública. Los comunistas aún representaban unos seis millones de votos en Alemania. Eso, según parece, es lo que ocurrió. Había un pasadizo subterráneo que unía el Palacio del Presidente con el edificio del Reichstag. Durante la noche del 27, miembros de las SA, liderados por Karl Ernst, ayudante de confianza de Helldor, el líder las SA en Berlín, entraron en el Reichstag por este pasadizo y prepararon determinados muebles y accesorios para las llamas con una solución química; un joven demente, Marinus van der Lubbe, un supuesto comunista, admitió inmediatamente haber provocado el incendio al ser encontrado semidesnudo en el edificio en llamas. Era una herramienta voluntaria de las SA que anhelaba la fama y el martirio. Los nazis se aseguraron de que el incendio del Reichstag fuera visto como un símbolo de la incipiente revolución comunista que su vigilancia había frustrado. Hitler quería un inmediato baño de sangre comunista, pero su gabinete le contuvo. Pero cuando más tarde se celebró el juicio por el incendio en Leipzig, los cuatro líderes comunistas acusados de estar implicados fueron absueltos y sólo Van der Lubbe, que había admitido su culpabilidad desde un principio, fue sentenciado y ejecutado. Todo

lo que el tribunal del Reich se permitió decir es que el incendio podría haber sido un acto perpetrado por elementos de la izquierda radical con el propósito de derrocar al gobierno y tomar el poder. Pero el incendio sirvió bien a su propósito y aseguró las primeras etapas en el establecimiento de un Estado policial. Hindenburg, como presidente, firmó el decreto de emergencia «para la protección del Pueblo y el Estado», y Goering, como ministro del Interior, se hizo cargo. Los comunistas fueron arrestados por la policía o, lo que era mucho peor, asaltados por los hombres de las SA y maltratados salvajemente. Los comunistas fueron la excusa para la suspensión temporal de los derechos civiles que al final se convertiría en permanente. Sólo eran los primeros en la lista de partidos y organizaciones que serían prohibidas.

Karl Ernst sería asesinado a continuación por los nazis durante la purga del año siguiente. Gisevius, el antiguo oficial de la Gestapo que se convertiría en uno de los principales agentes de la resistencia antinazi alemana, prestó testimonio en los Juicios de Nuremberg afirmando que el propio Goebbels había planeado junto con Ernst toda la operación el 18 de febrero, supervisado la elección de hombres de las SA que participarían y advertido a Ernst de que la policía no investigaría el uso que se le daría al pasadizo presidencial. Después de todo, el presidente era Goering.

Goebbels, como Hitler, quería convertir el incendio en una oportunidad para entregarse a un baño de sangre. Más tarde se jactaría de que fue él quién aconsejó a Hitler que ahorcara a Van der Lubbe frente al edificio en ruinas.

Curt Riess nos recuerda con ingenio que el héroe nihilista de Dostoievski, Pyotr Stepanovich Verhovensky en *Los Endemoniados*, que Goebbels había leído con tanto entusiasmo diez años antes, también era un pirómano. ¿Se le había ocurrido la idea a Goebbels, se pregunta Riess, a partir de sus lecturas de Dostoievski?

Mientras la tensión por el incendio estaba en su zenit, volvieron a celebrarse elecciones para el Reichstag. Goebbels organizó una

enorme procesión a la luz de las antorchas como culmen de la campaña en que había usado todo tipo de procesiones, manifestaciones, marchas, discursos multitudinarios y siniestras insinuaciones de violencia para obtener votos. Los resultados sólo pueden ser descritos como decepcionantes para los nazis, cuanto más considerando que sus oponentes habían sido desprovistos a la fuerza de cualquier campaña electoral. Los nazis obtuvieron solamente un 73,9 por ciento de los votos, un poco más de 17 millones de los 39 millones de votos totales. Aliándose con los nacionalistas, Hitler apenas si pudo conseguir una mayoría simple en el parlamento. Pero con los representantes comunistas ilegalizados, en realidad tenían poco que temer, y Goebbels no tiene reparos en calificar las elecciones en su diario como una victoria aplastante: «La victoria es nuestra. Es mayor aún de lo que nos atrevíamos a esperar. ¿Pero qué significado tienen ya los números? Somos los amos del Reich y de Prusia: todos los demás partidos han sido derrotados definitivamente (54)».

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente. El 14 de marzo Goebbels fue nombrado Ministro de Propaganda e Información Pública (55). El Ministerio que tanto tiempo había pasado planeando cuando su existencia era sólo un sueño se había materializado al fin. En un discurso realizado sólo dos días antes de su nombramiento explicó por qué la propaganda era tan necesaria para el régimen. «Un gobierno como el nuestro que tiene que tomar medidas de gran alcance… debe hacer preparativos propagandísticos para poner al pueblo de su lado… La información pública es esencialmente pasiva; la propaganda es activa… estamos determinados a trabajar en las masas hasta que se rindan a nosotros».

Hay indicios de que Goebbels hubiera preferido un ministerio con mayores poderes ejecutivos, y posteriormente haría gala constantemente de su ambición de controlar los asuntos internos de Alemania. Siguió siendo Gauleiter de Berlín durante el resto de su vida, y ese cargo, especialmente durante la guerra, le permitió controlar a la población civil en ciertos aspectos. Pero Hitler

reconoció que Goebbels le serviría mejor en el campo donde radicaba su verdadero genio, y el nuevo ministerio fue creado especialmente para él. Se le concedió el Leopoldpalast en la Wilhelmplatz, frente a la Cancillería, para establecer su departamento. Ahí fue donde construyó la red de controles que le dieron el dominio sobre cualquier medio de expresión que hubiera en Alemania.

---

8. Periódico fundado por Mussolini en 1914 y órgano del movimiento fascista italiano. *(N. del T.)*

9. Sergei Chakotin (1883-1973), biofísico, zoólogo, discípulo de Pavlov y estudioso de la propaganda de masas en el siglo XX bajo regímenes fascistas y totalitaristas. Fue también un activista antifascista y antinazi. *(N. del T.)*

10. Antiguo Testamento, Daniel 5:24-26. Una mano invisible escribe en la pared del disoluto salón del rey una críptica advertencia sobre el fin de su reinado. *(N. del T.)*

Capítulo Cinco

Ministro de Propaganda e Información Pública

Había polvo en las cortinas de la casa en la Wilhelmstrasse que una vez fuera residencia real. «Un bonito edificio diseñado por el gran arquitecto Schinkel», escribe Goebbels, «pero tan anticuado que tendremos que reformarlo para adaptarlo a nuestras necesidades (1)».

Goebbels decidió que había que dejar esa hermosa casa tan limpia de todo lo anterior como la misma Alemania bajo la revolución. Abajo con las cortinas y fuera el estucado, «no puedo trabajar en la penumbra». Los horrorizados funcionarios de un régimen anterior ponían trabas, protestaban e intentaban retrasar a los trabajadores que Goebbels había llevado. No importaba.

> Simplemente me llevé a unos cuantos albañiles de las SA e hice que quitaran el estuco y el revestimiento de madera durante la noche; sacaron de los estantes periódicos y documentos de los tiempos de Maricastaña, donde llevaban años enmoheciéndose y recogiendo polvo, y los tiraron por las escaleras con gran barahúnda. ¡Sólo las nubes de polvo atestiguan los pasados esplendores de la burocracia! Los dignos caballeros que fueron los siguientes en ser evacuados se quedaron perplejos ante lo que

encontraron al día siguiente. Uno de ellos, horrorizado, tartamudeó: «Herr Reichsminister, ¿sabe que le pueden meter en la cárcel por esto?(2)»

Goebbels simplemente se rio. Ahora era fácil destituir a los funcionarios. Era un tiempo para hombres nuevos. «Aquí y allá hay algún funcionario que opone resistencia, pero una ligera presión basta para ponerlo de rodillas». Tardó poco en llevar a cabo sus reformas (3).

Todo el mundo estaba tenso por la excitación de las oportunidades al alcance de la mano. «¿No es como si las alas de la historia nos hubieran rozado?», murmura Goebbels el 12 de marzo mientras observa al Líder, «temblando de emoción ante la solemnidad de lo que acontece», leer una proclamación según la cual las nuevas banderas con esvásticas se «enarbolarían por toda la nación».

Esos primeros días estaban llenos de acontecimientos públicos que servían en cierta medida para ocultar a la gente que todavía no estaba dispuesta a aceptar al régimen nazi la transformación radical que estaba ocurriendo en realidad. Los arrestos, destituciones y nombramientos de nazis de confianza para ocupar puestos de autoridad eran cosas cotidianas. Goebbels era bien consciente, incluso antes de que la creación de su ministerio le concediera sus poderes inmediatos, de que la radio y la prensa eran los primeros problemas a solucionar. Los nazis, aunque constitucionalmente seguían teniendo menos de la mitad de los escaños en un Reichstag democráticamente elegido tras las elecciones de marzo, usaron con habilidad los poderes que habían adquirido para frustrar cualquier intento de oposición. «Goering está limpiando los establos de Augías», dice Goebbels. «Nombres de gran importancia ayer se desvanecen hoy en la nada (4)». Tanto antes como después de las elecciones, los nazis alternaron cuidadosamente las ceremonias públicas y el regocijo con diversos actos de represión y opresión, especialmente contra personajes que habían sido críticos con ellos y que continuaban en posición de influencia en la prensa y la radio. «Se suceden las prohibiciones con

rapidez», escribe el 15 de febrero. Hacia finales de mes, unos 60 periódicos comunistas y unos 71 socialdemócratas habían sido prohibidos y sus editores y redactores internados en las prisiones y campos de concentración de Goering. Hacia finales de abril habían desaparecido prácticamente todos los periódicos excepto los de los nazis.

De importancia particular, o eso le parecía a Goebbels, era la ceremonia anual en Potsdam relacionada con Federico el Grande. La figura paternal de Hindenburg, «¡Qué alegría es seguir teniendo por encima de nosotros a este hombre notable y venerable (5)», dice Goebbels con apropiada reverencia, ya que Hindenburg ayudó a los nazis a parecer respetables, estaría al lado de Hitler en la ceremonia que planeaba el nuevo ministro «para ser celebrada por primera vez al estilo nacionalsocialista… En esas grandes festividades estatales los detalles más nimios son importantes». Eso fue el 21 de marzo, el 20 de marzo Hitler había logrado mediante presiones la Ley Habilitante que le otorgaba grandes poderes como canciller.

> De camino a Potsdam desde Berlín pasamos junto a grandes multitudes jubilosas. Potsdam está inundada de banderas y guirnaldas verdes. El camino es despejado con dificultades para que puedan pasar el Gabinete y los Miembros del Parlamento. La muchedumbre casi nos ahoga. Hindenburg entra en la Iglesia de la Guarnición junto con el Líder. Reina un profundo silencio. Con brevedad y solemnidad, el Presidente del Reich lee su mensaje a los Miembros del Reichstag y al pueblo alemán. Su voz es clara y firme. Entre nosotros hay un hombre que es capaz de unir generaciones. Entonces habla el Líder. Su tono es dominante y cuando termina todos estamos profundamente conmovidos. Me siento cerca de Hindenburg y observo que hay lágrimas en sus ojos. Todos se ponen en pie y aclaman entusiastamente al anciano Mariscal de Campo, que le estrecha la mano al joven Canciller… Se queda así durante el saludo; toda la escena está bañada en luz

solar; la mano de Dios derrama su bendición invisible sobre la ciudad gris de grandeza y deber prusianos (6).

Durante la ceremonia, Hitler y Goebbels se ausentaron ostensiblemente durante el servicio religioso para hacer una visita oficial a las tumbas de los hombres que querían que fueran considerados mártires del nazismo.

El día terminó con una representación de *Die Meistersinger*, y después Goebbels dio una lujosa fiesta para los obreros, albañiles y decoradores que habían transformado su ministerio en tiempo récord y le habían ayudado a «jugársela a los burócratas».

Hitler y Goebbels emprendieron giras triunfales de discursos por toda Alemania (a menudo juntos) tanto antes como después de las elecciones de marzo. Goebbels estaba decidido a que nadie quedara ajeno a la atmósfera de victoria y júbilo. Durante ese periodo de frenética celebración visitó dos veces Rheydt, donde sólo unos meses antes había sido recibido con insultos y violencia. Qué diferencia ahora. Goebbels llegó de Dortmund con Magda y su hija en una canastilla, para sorprender a su madre. Al día siguiente el pueblo parecía tan alterado por su presencia allí que lo describe como «en un estado de increíble conmoción». En abril volvió a visitar Rheydt como ministro (7); hay un cierto tono siniestro que casi parece vengativo cuando explica sus razones para la visita:

> Soporto el que me dediquen una gran recepción en mi pueblo natal para honrar a mi madre, que ha sido calumniada, insultada, denigrada y perseguida en esta localidad durante años, y ha sufrido de manera inenarrable por todo ello. Sé cómo son estas cosas. Ser un marginado social es recibir una herida mortal. Es una tortura para una mujer de edad el haber pasado años oyendo nada más que comentarios compasivos o indignados acerca de un hijo díscolo que vive enfrentado a la Iglesia, al Estado y a la sociedad…
>
> Por eso he venido a Rheydt a mostrarle en este día que todo lo que ha tenido que sufrir por mi culpa, y por nuestra causa, no ha

sido en vano (8).

Hitler y sus colegas presionaban vigorosamente la aplicación de su política de *Gleichschaltung*, que significaba que todo tenía que amoldarse a las ideas nacionalsocialistas. Con esto en mente, Goebbels convocó a los representantes de la industria del cine y la prensa cinematográfica en el Hotel Kaiserhof y les habló largamente sobre el futuro de la producción cinematográfica en Alemania. Empezó por tranquilizar a su público sobre la estabilidad del nuevo régimen y continuó explicando lo mucho que él y el Führer disfrutaban de las películas y lo que estaban dispuestos a hacer por la industria. Las películas en la nueva Alemania tendrían una importante misión cultural y artística. Todo sonaba muy bonito, especialmente para aquéllos que habían usado esas mismas expresiones para criticar películas que habían obtenido un gran éxito de taquilla. Entonces Goebbels sorprendió a todo el mundo dando una lista de películas que consideraba que los cineastas alemanes debían emular. Eran *Acorazado Potemkin*, *Die Nibelungen*, *Anna Karenina* y *The Rebel*; la primera era una famosa producción realizada en la Rusia soviética y todas ellas eran películas en las que había judíos implicados como productores o directores. Esa reunión inicial con los representantes de la industria marcó un hito, pero en esos momentos Goebbels todavía estaba demasiado ocupado en otras cosas para poner en marcha la maquinaria a gran escala necesaria para reorganizar la producción cinematográfica. No fue hasta septiembre cuando se creó la *Reichsfilmkammer* (Cámara del Reich para el Cine) para controlar las actividades de la industria fílmica.

Los canales principales de propaganda nazi, sin embargo, fueron en un principio la prensa y la radio. Goebbels ya tenía una larga experiencia con la prensa, y ahora sólo se trataba de eliminar rápida y silenciosamente las publicaciones y periódicos hostiles. La radio, por otra parte, todavía era algo relativamente nuevo para la sociedad de 1933, aunque Goebbels estaba más que preparado para hacerse con ella y desarrollarla al máximo.

Esa tarea no resultó difícil gracias a que la radio alemana estaba organizada según una base nacional unificada no muy diferente, en algunos aspectos, a la radio en Inglaterra bajo la BBC. En 1928, el Servicio Postal Alemán obtuvo considerables poderes sobre las diez compañías provinciales que proporcionaban servicios de emisión en varias regiones del país y recaudaba el impuesto público por posesión de receptores de radio. No había emisoras comerciales en funcionamiento. El Servicio Postal también controlaba la Compañía de Radio Nacional, que poseía la mayor parte de las acciones de las compañías regionales y también poseía y hacía funcionar los transmisores nacionales responsables de emitir los programas de las compañías.

Tan pronto como fue creado su ministerio, Goebbels tomó el control de la maquinaria de emisión en nombre del Estado, reconstituyendo la Compañía de Radio Nacional y colocándola bajo su ministerio. Los nazis ocuparon puestos claves. Tan pronto como fue posible se aumentó el número y la potencia de los transmisores y los fabricantes de receptores recibieron grandes presiones del Ministerio para que fabricaran aparatos de radio muy baratos a gran escala (*Volksempfänger*, las «radios populares»). En el periodo de 1933-34, los hogares alemanes que tenían una radio aumentaron en más de un millón, elevando el total de receptores por encima de los seis millones. Hacia 1938 la cifra era de nueve millones y medio, y después de eso hubo aparatos incluso más pequeños y baratos pensados para los trabajadores, de forma que la radio pudiera estar presente prácticamente en todos los hogares. Además, en cada ocasión importante (como un discurso de Hitler) una organización especial colocaba altavoces en lugares como escuelas, fábricas, oficinas, salones públicos y al aire libre. Hacia 1935 los nazis podían jactarse de que cuando Hitler hablaba podía tener un público de no menos de 56 millones de alemanes. Goebbels dijo: «Con la radio hemos destruido el espíritu de rebelión (9)». O, como dijo uno de sus asistentes de forma más incisiva: «La transmisión radiofónica real es verdadera propaganda. La propaganda implica luchar en todos los

campos de combate del espíritu, generando, multiplicando, exterminando, construyendo y deshaciendo. Nuestra propaganda está determinada por lo que llamamos la raza, la sangre y la nación alemanas (10)».

Tampoco dejó Goebbels el hábito de escuchar la radio al azar. Se estableció un sistema de «monitores radiofónicos» locales para mantener el contacto con el público, enviar informes y asegurar que todas las transmisiones importantes fueran conocidas de antemano y fuera posible escucharlas mediante altavoces colocados en lugares públicos.

En abril, sólo un mes después de convertirse en ministro, Goebbels empezó una campaña contra los judíos alemanes. Se trataba de un acto deliberado de chantaje. Los líderes nazis estaban alarmados por las vívidas imágenes de violencia y opresión en Alemania que aparecían en toda la prensa mundial. Goebbels atribuyó inmediatamente esos informes a exiliados judíos a los que la violencia nazi había expulsado de su país, y aprovechó la oportunidad para castigar a los judíos que aún permanecían en Alemania. «La generosidad no sirve con los judíos», escribió. «Uno ha de demostrarles que está a la altura en todos los aspectos (11)». Así que organizó oficialmente la campaña, aunque las noticias sobre ella sólo sirvieran para hacer que los nazis parecieran aún más sospechosos en el extranjero.

El 1 de abril, inicialmente por un solo día, todas las tiendas judías fueron obligadas a cerrar por la fuerza y con Tropas de Asalto estacionadas frente a sus entradas. Ahora era asunto de los judíos de Alemania, según afirmó Goebbels, el hacer que sus correligionarios en el extranjero se callaran. De lo contrario el cierre se repetiría, y en cualquier caso siempre estaría en segundo plano, según lo expresó, como forma de amenaza permanente. Al día siguiente la prensa nazi, al tratar la retirada de la campaña de cierre, se jactaba de que los judíos habían aprendido la lección.

Una de las decisiones más astutas de Goebbels en esa época fue adoptar el 1 de mayo, el día tradicional de celebración comunista, como día de fiesta nacional para los nazis. Puede que los comunistas, enfrentados a la represión, intentaran aprovechar la ocasión para una manifestación multitudinaria, pero Goebbels estaba decidido a hacer suyo el día de la forma más completa posible. Esta celebración fue el clímax de sus diarios publicados. La festividad, organizada a una escala fastuosa, se planeó sobre el papel el 26 de abril, se ensayó el 28 de abril, y se llevó a cabo de la manera grandiosa que tan bien entendía Goebbels. ¡Por encima de todo era una celebración de los trabajadores! Se enviaron delegaciones de todos los lugares del Reich, y por supuesto el día fue declarado fiesta nacional por un Decreto Especial del Reichstag que propuso el propio Goebbels el 24 de marzo.

Las banderas y pendones con la esvástica ondeaban al aire y los niños desfilaban. «Les hablo desde lo más profundo de mi corazón», escribe Goebbels. «Es fácil hablar con los niños si uno entiende sus pequeñas almas (12)». El hijastro de Goebbels, Harald, le entregó un enorme ramo de rosas al anciano presidente Hindenburg, sentado al lado del canciller Hitler. Entonces la comitiva se trasladó al aeropuerto berlinés de Tempelhof, donde aguardaba la gran manifestación de los representantes de los trabajadores alemanes. Hitler y el presidente recibieron a las delegaciones que habían viajado en avión y las actividades del resto del día fueron la comida y los discursos. Por la noche, Goebbels afirmaba que había un millón y medio de personas reunidas en Tempelhof, mientras otras celebraciones similares de escala variable tenían lugar por todo el país. Los reflectores oscilaban sobre las cabezas de la muchedumbre. «No se reconoce nada excepto una masa gris, hombro con hombro». Gracias a una conexión por radio se estableció una sincronización perfecta con las otras reuniones repartidas por toda la nación cuando Goebbels pidió un minuto de silencio por un accidente minero que había ocurrido, muy oportunamente, ese mismo día. Hitler habló después en alabanza de la dignidad del trabajo y de cómo el trabajador sería el factor esencial en la nueva Alemania. Millón y

medio de voces se unieron para cantar el *Horst Wessel*. Antes de presentar a Hitler ante su enorme público, Goebbels vio que el sol pronto emergería de entre las nubes; sincronizó su discurso de forma que la luz divina cayera sobre Hitler cuando ocupó su lugar en la tribuna de orador (13).

Al día siguiente, el 2 de mayo, las SA y las SS tomaron posesión de todas las sedes sindicales en Alemania. Los dirigentes sindicales fueron arrestados, maltratados y encarcelados. Se proclamó un nuevo Frente Alemán del Trabajo. Era un golpe de Estado.

Con tantos éxitos en sus manos, la siguiente demostración de Goebbels fue una metedura de pata que nunca olvidaría. Durante el 10 de mayo, bajo su instigación directa, grupos de nazis en Berlín y otros centros universitarios de Alemania se reunieron como escuadras de asalto para irrumpir en bibliotecas, tanto públicas como privadas, e incautar libros de autores prohibidos. Esos libros fueron lanzados a las calles donde otras bandas de matones del partido los recogieron y los llevaron, en el caso de Berlín, a la Franz-Josephplatz para la ceremonia de esa noche. Para cuando anocheció, los volúmenes que Goebbels había escogido para su rito bárbaro yacían apilados en desorden sobre los ladrillos de un edificio en ruinas formando una vasta pila. Carretada tras carretada de libros atados en fardos eran entregados por los grupos de nazis que al llegar gritaban y aullaban en nombre de la *Kultur* nazi. Libros de judíos y marxistas yacían tirados al lado de las obras de autores modernos que habían inspirado el odio en Goebbels. Al anochecer, los estudiantes, instigados por las SA, llegaron con antorchas para prender fuego a los libros y bailar como salvajes alrededor de las llamas, cantando las consignas que habían sido preparadas para la ocasión: *Brenne, Heinrich Mann, Brenne, Stefan Zweig, Brenne Erich Kästner, Brenne Karl Marx, Brenne Sigmund Freud, Brenne Heinrich Heine* y así, como si fuera un asesinato ritual en la hoguera. Quizás nadie supiera que en una de las páginas que se enrollaban al carbonizarse había una frase escrita por Heine en 1823:

«Allí donde queman libros tarde o temprano también quemarán seres humanos».

Las llamas iluminaron la Ópera a un lado y la Universidad de Berlín al otro. Entonces, una fila de coches trajo a Goebbels para que pronunciase un discurso radiofónico desde la escena de la gigantesca hoguera. Goebbels dio un paso hacia el micrófono y aseguró que la era «extremista de intelectualismo judío» había acabado. El «malvado espíritu del pasado» había sido justamente consignado a las llamas. Se trataba de un «gran acto simbólico y poderoso», prosiguió. «Nunca antes han tenido los jóvenes el derecho de protestar como en el día de hoy; los estudios florecen, los espíritus despiertan. De esas cenizas se levantará el fénix de un nuevo espíritu (14)».

Pero debía sentir algún recelo mientras dejaba a los estudiantes y las Tropas de Asalto seguir su orgía de fuego. Ordenó a la prensa que informara de la ceremonia de manera contenida e incluso simpatizantes acérrimos de los nazis (como Heinrich Hoffman, el fotógrafo personal de Hitler) consideraron que la quema de libros había sido un gran error que le haría mucho daño al movimiento en la opinión mundial (15). Tenía razón.

El éxito del régimen desde 1933 hasta la guerra fue una demostración modélica de la técnica de la agresión calculada. La pura habilidad de Hitler, sumada a su genio intuitivo para detectar las debilidades de sus oponentes tanto domésticos como foráneos, aceleró el ritmo de los acontecimientos hasta que los despojos de las victorias empezaron a caer en el regazo de Alemania con la velocidad en aumento de un alud. Más tarde, su vanidad conduciría a Hitler a confiar cada vez más en su propia intuición personal hasta que acabó creyéndose el mito de su propia omnipotencia, olvidando que era humano y falible. Dejó atrás a los hombres en cuya ayuda se apoyó para conseguir su éxito inicial y vivía cada vez más como un recluso absorto en su divinidad personal. Como Napoleón, llegó a confiar más en su estrella que en el consejo de hombres como Goebbels, que pudieron haberle ayudado a asegurarse el botín que su astucia le

había hecho ganar y probablemente le hubieran disuadido de lanzarse a una guerra, primero europea y después mundial, que acabaría destruyéndolos a todos ellos. Si Hitler hubiera hecho caso a Goebbels, puede que se hubiera mantenido indefinidamente en el poder convertido en el dueño absoluto de Europa central.

Hitler adoptó una política de divide y vencerás. Nadie a quien le otorgara poder estaba excluido de los efectos de esa práctica aniquiladora, ni siquiera Goebbels, que había llegado a considerar a Hitler como su amigo (16). Pero él, como el resto, no estaba exento del sistema de gobierno del Führer que finalmente lo convertiría en la fuente de todas las decisiones activas, muchas de las cuales eran anunciadas sin consulta previa con sus ministros. Hizo que los departamentos gubernamentales, como el de Goebbels, se solaparan deliberadamente en sus funciones y se crearon amargas enemistades entre los ministros y sus altos funcionarios; se alentaban los rumores y entre los ministros rivales aparecieron inevitablemente intrigas, tanto ocultas como conocidas, para asegurarse el conocimiento de antemano de las intenciones de Hitler y para ser el primero en aprovecharse de los probables cambios en política o administración. Durante los siguientes diez años, Goebbels aprendería a su propia costa lo difícil que es ser el profeta infalible de un ser divino que es inconstante a la hora de otorgar su confianza. Tales métodos podían ser aceptables en medio de la vorágine de la política interna de un partido, pero no se podían aplicar a la administración de un gran Estado. La tendencia alemana al exceso de organización y a obstruir la maquinaria de gobierno se vio reforzada por los jerarcas nazis que no podían hacer apenas más que vigilarse los unos a los otros con suspicacia, sabiendo a través de qué medios poco escrupulosos habían conseguido cada uno de ellos la autoridad que ahora detentaban. Al tratar de superar y frustrar a los demás, simplemente perjudicaban el funcionamiento del régimen, aunque dedicaran mucho tiempo a alardear de su eficiencia.

Para empezar, el éxtasis de la repentina llegada al poder sólo parecía una gloriosa continuación de la antigua lucha. Había que

ilegalizar a la oposición, y eso fue toda una gran fiesta para unos hombres que en el pasado habían sufrido a manos de aquéllos que ahora, de la noche a la mañana, estaban a su merced. Se crearon campos de concentración (una invención británica, según le dijo Goering a sir Nevile Henderson (17) con una irónica referencia a la Guerra de los Bóers) para ocuparse de todos aquellos que todavía tenían espíritu para oponerse a los nazis, pero la mayor parte de la nación alemana o bien se sometió amedrentada o había sido convencida por Hitler de que lo que se estaba haciendo en Alemania la convertiría de verdad en la tierra apropiada para albegar a la raza superior después de las humillaciones de los últimos quince años. Para los que no estaban de acuerdo, Hitler pronto tuvo a su disposición una red de campos y prisiones así como sus lacayos de las SA, las SS y la Gestapo (*Geheime Staatspolizei*), que había creado en 1933 nada más llegar al poder. Heinrich Himmler, comandante supremo de las SS, que una vez fuera el ineficiente secretario que Gregor Strasser había reemplazado con un joven Joseph Goebbels y a quien Hitler había redescubierto en 1929 en una granja avícola cerca de Múnich, fue nombrado jefe de la Gestapo prusiana en 1934. Ahora mantendría hombres en vez de aves de corral detrás de sus alambradas.

Los años siguientes vieron la rápida y cuidadosa creación de los controles que aseguraron a Hitler su dominio de Alemania, junto con una política exterior en un principio basada en la cautela. El acontecimiento más dramático en ese proceso de forja de controles fue el baño de sangre del sábado 29 y el domingo 30 de junio de 1934 en el que Goebbels tuvo un papel importante. Esa fue la «noche de los cuchillos largos» una masacre que continuaría durante dos días y dos noches e involucró a cientos de hombres y mujeres, y que puede que nunca sepamos el número exacto. De los primeros adversarios de Hitler dentro del movimiento, sólo Gregor Strasser y Ernst Röhm habían emergido como potenciales líderes subversivos. Strasser, como ya hemos visto, se había retirado, disgustado y enfadado, un año antes; pero Hitler no había olvidado su deslealtad y la peligrosa tentación que había representado la comparativa moderación de

Strasser para otros nazis destacados en aquel momento crucial de la lucha por el poder. Röhm, como líder de las SA, estaba en una posición de mayor poder aún de lo que Strasser había estado, tan poderosa que incluso Goebbels mismo estuvo en peligro de verse atraído a su lado.

Para las SA, la morralla con gusto por el sabor de la sangre, el que su partido hubiera llegado al poder significaba que era hora de repartir los despojos de la victoria. Hitler, sin embargo, seguía ansioso por aparecer respetable a los ojos tanto de Alemania como del resto del mundo, y estaba completamente dispuesto a pasar por toda la rutina diplomática de traje de levita, sombrero de copa y defensa del constitucionalismo durante tanto tiempo como le pareciera ventajoso. Pero los hombres de las SA, el puño detrás del trono, estaban impacientes por tener trabajos y sinecuras; querían expulsar a los cerdos cebados capitalistas de sus despachos y quedarse con el botín. También tenían cada vez más celos de la posición privilegiada que tenía el ejército nacional, el *Reichswehr*, cuya profesionalidad y formalismo aborrecían. Las SA eran radicales y revolucionarias en su origen y ahora contaban con entre dos y tres millones de hombres. Goebbels también había sido siempre más radical en apariencia que su amo, que sabía instintivamente el valor que tendrían para él los industrialistas y los generales. Necesitaba su apoyo apara construir su régimen. Le serían útiles en su momento.

Röhm se volvía cada vez más impaciente con esa posición y estaba preocupado por la inquietud de sus hombres, pese al hecho de que en diciembre de 1933 hubiera sido nombrado, como jefe de Estado Mayor de las SA, miembro del gabinete de Hitler. El suyo seguía siendo un ejército aficionado, aunque en 1934 se concedieron pensiones a los miembros que habían resultado heridos en las luchas políticas.

Pero lo que Röhm quería era ser ministro de Defensa, al frente de las fuerzas armadas. Hitler sabía que ni Hindenburg ni el Alto Mando estarían de acuerdo jamás con tal nombramiento. Hindenburg, sin

embargo, pronto dejaría de serle útil a Hitler. Se estaba muriendo, y Hitler le daba vueltas constantemente a la cuestión de su sucesor, estando decidido a que fuera él mismo, ya que necesitaba la autoridad constitucional del presidente sobre el ejército. Había llegado incluso a aceptar reducir las SA a dos tercios de su número cuando Anthony Eden, lord del Sello Privado de Inglaterra, visitó Alemania en febrero de 1934 y discutió el estatus de las SA e incluso había aceptado reducir el poder ofensivo del tercio restante. Esta aparente concesión convenía a sus propósitos. No sólo lo ponía en buenos términos con Inglaterra, que como potencia europea tenía un ojo puesto en él, sino que le daba una excusa para reducir la influencia del ejército privado del partido que ya no quería mantener a su nivel original de poder de combate. En abril celebró conferencias privadas con el ministro de Defensa y el comandante general del Ejército y la Marina en el transcurso de las maniobras de Kiel, durante las cuales según se cree llegó a un acuerdo con ellos.

No se puede determinar con precisión cuán lejos estaba ahora Goebbels de simpatizar con Röhm (18). Sus tendencias radicales y su relación constante con las SA, que le habían apoyado en innumerables momentos difíciles del pasado, deben haber influido en sus puntos de vista. Y hasta cierto punto era amigo personal de Röhm… de hecho, el único amigo que le quedaba a Röhm en la cúpula del partido. Goebbels estuvo en contacto activo con Röhm hasta quince días antes de la muerte de éste, y luego decidió traicionarle repentinamente tal y como había traicionado a Strasser en 1926. Goebbels, hay que recordarlo, era leal en primer y último lugar al poder. Estaba lo suficientemente cercano a Röhm para saber qué podía ocurrir. Si Röhm hubiera desplazado a Hitler, Goebbels, naturalmente, hubiera querido mantener su posición en el Estado, e incluso mejorarla. Sin embargo, según las cosas se acercaban al punto de no retorno, volvió a decantarse una vez más por Hitler. Cuando llegó la hora de los asesinatos selectivos, Goebbels, consciente de que las sospechas podían recaer en él mientras la venganza se desataba, permaneció cerca de Hitler, el único lugar donde sabía que estaría a salvo. Otto

Strasser afirmaba tener pruebas documentales de que Goebbels, en una fecha tan tardía como la tercera semana de junio, mantuvo largas reuniones en secreto con Röhm en la Bratwurst-Gloecke, la taberna favorita de Röhm en Múnich. Tanto el dueño como el *maître* se cuentan entre los que fueron asesinados en la purga de aquel fin de semana, aunque ninguno de ellos estaba involucrado políticamente. Pero sí eran, según Strasser, testigos de la reunión que Goebbels quería mantener en secreto a toda costa (19).

Hitler estaba listo para un enfrentamiento, y la técnica que usó era en esencia la misma que había empleado contra los comunistas en el incendio del Reichstag. Inventó una conspiración y luego se dispuso a destruir a los que según él estaban involucrados en ella antes de que se materializara. La situación se vio agravada por un violento ataque contra el régimen, sus métodos y su propaganda, que realizó con gran valentía Von Papen, vicecanciller de Alemania y favorito de Hindenburg, en la Universidad de Marburgo el 17 de junio. Goebbels suprimió inmediatamente la información sobre este discurso, que en realidad había sido escrito para Von Papen por Edgar Jung, un destacado intelectual de derechas, pero circularon copias clandestinas; Goebbels mismo había estado atacando a la clase aristocrática y burocrática a la que pertenecía Von Papen y continuó atacándola con renovada virulencia. Una vez más, a Hitler le pareció que estaba claro que era hora de poner la casa en orden, pese a su consideración por Röhm, el único de los líderes nazis a quien se dirigía con la forma «*du*», un tuteo que en Alemania se reserva a los íntimos.

Posteriormente, Hitler daría su propia versión ante el Reichstag de lo que ocurrió en el mes de junio. Hizo gran hincapié en las súplicas que le había hecho a su antiguo amigo para que permaneciera fiel a la causa nazi. Admitió las bien conocidas tendencias homosexuales de Röhm. Luego afirmó que Röhm conspiraba para arrebatarle por la fuerza el poder con un golpe de Estado que hubiera tenido lugar a finales de junio. Lo que ocurrió de verdad es que la venganza de Hitler cayó sobre Röhm y muchos otros a los que Hitler acusaba de

deslealtad a su persona antes de que se planteara cualquier pregunta sobre una conjura activa contra él. Entre los que morirían en la purga se contarían Gregor Strasser y el antiguo canciller de Alemania, Von Schleicher.

La purga fue organizada, con la connivencia del ejército, por Goering y Hitler. El 28 de junio, Hitler acudió a una boda en Essen, mientras Goering y Himmler ordenaban a la policía y a las SS que estuvieran preparadas para entrar en acción. Röhm estaba fuera, de baja por enfermedad, desarmado y sin escolta, a orillas del lago Tegernsee a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de Múnich rodeado solamente de jóvenes agradables y de hecho, el conjunto de las SA estaba de permiso. El 29 de junio, Hitler estaba en Godesberg en el Rhin, donde Goebbels se presentó trayéndole noticias de que las SA de Berlín habían recibido órdenes de presentarse en sus puestos. Se trataba, por supuesto, de una mentira estratégica. Hitler tomó su decisión. El 29 por la noche voló a Múnich y simultáneamente empezó la primera oleada de la purga. Goebbels, preocupado por su seguridad personal, se mantuvo cerca de Hitler. Al amanecer, una flota de coches llevó a Hitler y a otros que se habían reunido con él, incluyendo a Goebbels, a la casa a orillas del lago donde se hospedaba Röhm. Una vez allí, Röhm fue sacado de la cama que compartía con un joven; estaba pálido por los excesos nocturnos y más aún por el asombro horrorizado ante esta visita de lo que parecía una tropa de ángeles vengadores. Otto Dietrich, que se contaba entre los presentes, recuerda a Hitler andando de un lado para otro frente al líder de las Tropas de Asalto «con grandes zancadas, exaltado como si estuviera poseído por un ser superior, la mismísima encarnación de la justicia (20)». Röhm fue llevado inmediatamente a Múnich y asesinado de un tiro.

Una vez cumplida su misión, Hitler y sus hombres volaron a Berlín. Gisevius, el miembro de la resistencia alemana que testificó en los Juicios de Nuremberg, se contaba entre los que estuvieron en el aeropuerto para ver llegar a Hitler descendiendo de un cielo rojo

sangre; «una puesta en escena teatral», como comentó Gisevius, «que nadie había orquestado». Una guardia de honor presentó armas. Hitler salió del aeroplano. Gisevius observó que «no llevaba sombrero; tenía el rostro pálido y sin afeitar, como de no haber dormido, demacrado y abotargado a la vez». Hubo silencio mientras Hitler estrechaba las manos de Goering, Himmler, Frick y otros que esperaban para recibirle; durante esos momentos ominosos el único indicio de actividad fue el «sonido monótono de entrechocar de tacones», mientras el resto de la comitiva salía del avión. En último lugar «apareció una sonriente y diabólica caricatura de rostro… Goebbels». Gisevious vio una «larga lista arrugada» en manos de Himmler, que Hitler cogió. Hubo un incesante murmullo de susurros mientras Hitler, Goering y Himmler la leían. Luego Hitler hizo un gesto airado con la cabeza y se dirigió a la hilera de coches que esperaban para sacarle del aeropuerto (21).

Gregor Strasser fue secuestrado y posteriormente asesinado en la cárcel de la Prinz Albrechtstrasse de Berlín; se dijo que se había suicidado, aunque en realidad recibió un balazo en su arteria principal, que al reventar soltó sangre a chorros contra las paredes, regalándoles a los SS una escena que duraría semanas sin limpiar. Von Schleicher y su esposa fueron sorprendidos y asesinados a tiros en su casa, uno después del otro, en presencia de su sirvienta, que escapó de milagro para contar la historia. Von Papen apenas consiguió escapar con vida, y varios hombres de su personal fueron asesinados. Hitler admitió cincuenta y ocho ejecuciones ese fin de semana, pero el número de miembros influyentes de las SA, líderes católicos y otros contra los que los nazis tenían algo alcanzaba un total de no menos de cuatrocientas personas y probablemente fueran muchas más. Karl Ernst y unos cuantos de los hombres que le habían ayudado con el incendio del Reichstag fueron asesinados. Hubo hombres asesinados a tiros en sus casas, otros fueron asesinados y sus cuerpos abandonados en pantanos y bosques. De muchos se dijo que se habían suicidado. Se ordenó la destrucción de todo documento oficial que estuviera relacionado con la purga y Goebbels prohibió a la prensa hacer

referencia alguna a cualquiera de los que habían sido ejecutados o desaparecidos. Se hicieron unas cuantas declaraciones escuetas en nombre de Hitler. Pasarían seis semanas antes de que Hitler en persona diera su versión de la purga, y para entonces Alemania era un hervidero de rumores. Hitler declaró: «Todo el mundo debe saber que en el futuro cualquiera que alce su mano en contra del Estado, su destino seguro será la muerte (22)».

Menos de tres semanas después, el 2 de agosto de 1934, Hindenburg murió. Inmediatamente, Hitler asumió la presidencia mientras seguía siendo canciller y así completó la siguiente etapa de su ambición al convertirse en comandante supremo de las Fuerzas Armadas del Reich. El ejército profesional desfiló para jurar fidelidad a Hitler. Goebbels anunció en la radio con tono apropiadamente triste que Hindenburg había muerto. A eso siguió media hora de silencio. Entonces Goebbels volvió a hablar anunciando la unificación de la presidencia y la cancillería bajo el título de Führer y Canciller del Reich.

Al mes siguiente, septiembre, Goebbels hizo su primera visita a Suiza como representante oficial de Alemania ante la Sociedad de Naciones en Ginebra, donde la Conferencia de Desarme se alargaba en una sesión aparentemente interminable. A dondequiera que se dirigiera Goebbels, ya fuera a ver las vistas o de conferencia, llevaba consigo siempre un cuerpo de guardaespaldas de las Tropas de Asalto cuya presencia creaba muy mala impresión. Unos meses antes, Hitler había pronunciado un brillante discurso en el Reichstag en el que había expresado su aversión a la guerra, pero había exigido pese a ello que Alemania tuviera igual derecho a poseer armas, ya que otras naciones, como Francia, no mostraban voluntad de desarmarse. En octubre, tras la vuelta de Goebbels de su breve visita a la Conferencia, Hitler usó la negativa continuada de Francia a desarmarse para retirarse (a su pesar, por supuesto) de la Conferencia de Desarme y también de la Sociedad de Naciones. Alemania se convirtió en el lobo solitario de Europa.

Ahora era una simple cuestión de sincronizar la ascensión a un poder aún mayor y conseguir la independencia, tanto para él mismo como para Alemania. La historia es bien conocida y se escribió sobre las vidas de muchos. En julio de 1934, Hitler puso a prueba su fuerza por primera vez en el abortado golpe de estado en Austria con el asesinato del canciller austriaco Dollfuss. En Alemania, Hitler instituyó el sistema de plebiscitos organizados para demostrar al mundo el respaldo aparentemente unánime del pueblo alemán a su partido. En 1935 sobrevino la victoria del plebiscito del Sarre, la reintroducción del servicio militar obligatorio en Alemania en desafío al Tratado de Versalles y la aplicación de las leyes antijudías que convirtieron en legal la persecución contra los judíos. En 1936 se produjo la reocupación de Renania violando el Tratado de Locarno y el comienzo de la Guerra Civil Española con el apoyo de Alemania e Italia. El año 1938 comenzó con una segunda purga, esta vez contra los generales del ejército que estaban en contra de la política de Hitler; a eso siguió la anexión y ocupación de Austria, y la intimidación organizada de Checoslovaquia que condujo al acuerdo de Múnich en octubre y la cesión de los Sudetes a Alemania. A eso siguió en 1939 la ocupación de Checoslovaquia, la anexión de Memel, la campaña contra Polonia por Danzig, la ocupación de Danzig mediante la afluencia de Tropas de Asalto disfrazadas de turistas, el pacto con la Rusia Soviética, la invasión de Polonia y la declaración de guerra contra Alemania por parte de Inglaterra y Francia.

Esos años repletos de acontecimientos supusieron para Goebbels tener que dirigir todo el aparato de propaganda y relaciones públicas de los nazis así como el establecimiento mediante su ministerio de controles sobre todos los medios de expresión dentro de Alemania. También tuvo que aprender cuáles eran los atributos del poder y cómo representar el papel de ministro del Reich bajo las circunstancias particulares creadas por Hitler, cosa que nunca fue fácil como ya hemos visto, ya que nunca permitía que nadie gozara de su plena confianza; ni tampoco sabía nadie a qué atenerse exactamente en relación con Hitler ni con los otros líderes que probablemente sólo

eran colegas de nombre. Puede que Goebbels estuviera tan seguro en su posición como el resto de los jerarcas nazis, pero incluso él pasó periodos en los que perdió el favor del Führer y recibía sus instrucciones a través de intermediarios.

El Ministerio, sin embargo, era su orgullo, y estaba decidido a hacer de él un modelo de eficiencia con una plantilla de hombres capaces dedicados en cuerpo y alma a la causa nazi. Al mismo tiempo, llevó a cabo su primer intento de contactar con hombres de prestigio en las artes y el periodismo y atraerlos a la órbita del nacionalsocialismo. En ese aspecto tuvo mucho menos éxito, porque por primera vez tuvo que tratar directamente con hombres de gran talento que sabían que tanto Alemania como el mundo les observaban para ver qué harían para defender los derechos básicos de libertad de expresión y libertad en las artes.

Un ejemplo de este fracaso fue su trato con Fritz Lang, que era uno de los más famosos directores de cine alemanes, y judío por parte de madre. Lang ha revelado como, inmediatamente después de la llegada al poder de los nazis, Goebbels lo convocó al nuevo Ministerio (23). Lang no se había encontrado nunca con Goebbels. «Me dijo», escribiría Lang sobre ese acontecimiento, «que muchos años antes él y el Führer habían visto mi película *Metrópolis* en un pueblecito y que Hitler había dicho en ese momento que quería que yo hiciera películas nazis». No mencionó el hecho, sin embargo, de que acababa de censurar la última película de Lang, *El Testamento del Dr. Mabuse*, una fantasía terrorífica sobre un paranoico que aspira a dominar el mundo y que Lang posteriormente afirmaría que contenía alusiones simbólicas a Hitler. A pesar de esa censura, que no fue mencionada en ningún momento, Goebbels hizo gala de todo su encanto y le ofreció una posición preeminente en la producción de películas. Lang señaló que tenía sangre judía en las venas. Goebbels dijo que estaba dispuesto a pasarlo por alto en vista del servicio distinguido de Lang en la Primera Guerra Mundial. Lang no podía entender por qué iba a hacerse una excepción en su caso; conocía a muchos judíos que

habían perdido su trabajo. Pidió veinticuatro horas para pensarse la propuesta. Volvió a casa, le pidió a un amigo que le reservara un pasaje en un coche cama a París (pero, por supuesto, no a nombre de Lang) y huyó del país, dejando su elegante casa y su colección de arte en manos de los nazis. Una versión íntegramente en francés de *El Testamento del Dr. Mabuse*, realizada al mismo tiempo que la original en alemán, fue introducida clandestinamente en Francia y editada allí. Lang jamás volvió a Alemania bajo el gobierno de Hitler.

Un ejemplo de los métodos despiadados de Goebbels fue su forma de tratar a Ehm Welk, director del *Grüne Post*, uno de los semanarios más rentables de los Ullstein. Goebbels usó un incidente trivial para encarcelar al director y prohibir el semanario indefinidamente. La razón detrás de esta acción era su deseo de expropiar la cadena de publicaciones e imprentas de los Ullstein, que formaban el grupo más importante y extenso de Alemania en su sector. El valor de expropiación se fijó en doce millones de marcos, aunque la empresa valía unos cuantos cientos de millones, e incluso esos doce millones fueron confiscados al final cuando la familia Ullstein se rompió y parte de sus miembros tuvieron que emigrar (24).

Mientras tanto, aquellos artistas, escritores e intelectuales judíos que podían, abandonaban Alemania, llevándose consigo las posesiones que podían o abandonando sus propiedades enteras en una huida precipitada para salir de Alemania lo antes posible frente a amenazas reales o imaginadas para su seguridad personal. El caso de Fritz Lang fue un buen ejemplo; Goebbels despojó a Alemania de gran parte de sus talentos creativos.

Esos tormentos individuales eran resultado directo del ministerio de Goebbels, con sus departamentos especializados creados para supervisar cada una de las ramas de las artes y la cultura alemana y que con sus leyes, órdenes y directivas bloquearon gradualmente todos los resquicios para la libre expresión y aislaron el espíritu nacional en un vacío. Se crearon los siguientes departamentos ministeriales:

DIVISIÓN I: Legislación y Problemas Legales; Presupuesto, Finanzas y Contabilidad; Administración de Personal; Biblioteca Ministerial; Cámara Nacional de Cultura; Consejo de Propaganda Comercial; Ferias y Exhibiciones.

DIVISIÓN II: Coordinación de Propaganda e Información Pública; Agencias Regionales del Ministerio; Academia Alemana (*Hochschule*) de Política; Ceremonias Oficiales y Manifestaciones; Emblemas Nacionales; Asuntos Raciales; Tratado de Versalles; Organización de Juventudes; Empresas y Políticas Sociales; Salud Pública y Deportes; Asuntos del Este y de Fronteras; Comité Nacional de Transporte.

DIVISIÓN III: Radio: Compañía Radiofónica Nacional (*Reichs-Rundfunk-Gesellschaft m.b.H.*)

DIVISIÓN IV: Prensa Nacional y Extranjera; Periodismo; Archivos de Prensa; Servicio de Noticias; Asociación Nacional de la Prensa Alemana.

DIVISIÓN V: Cinematografía; Industria Cinematográfica, Censura Cinematográfica; Censura de Literatura Juvenil.

DIVISIÓN VI: Teatro, Música y Artes; Producción Teatral; Dirección Teatral; Diseño; Arte Tradicional.

DIVISIÓN VII: Protección contra Contrapropaganda en Alemania y el Extranjero (25).

Y al frente de este sistema inicial de controles departamentales, meticulosa e impolutamente vestido, estaba Goebbels, inquisidor supremo de la nueva burocracia. Seleccionó personalmente a su reducido personal, ya que siempre afirmó que no quería montar una organización de gran tamaño. De hecho, pese al crecimiento de su ministerio en años posteriores, se dice que el personal de su sede central nunca superó las mil personas, aunque probablemente sí lo hiciera. Concedió a sus jefes de departamento un cierto grado de independencia, y esperaba de ellos que mostraran el tipo adecuado de iniciativa. Derrochaba encanto o furia según lo considerara adecuado, aplicando la disciplina a sus subordinados o animándolos a trabajar a su manera.

Se volvió maniáticamente ordenado en su rutina de trabajo. Cuando llegaba por la mañana esperaba que su escritorio estuviera perfectamente ordenado, con sus hileras de lápices de colores dispuestos y listos para el trabajo. Se reservaba para sí el uso del verde en tinta y lápiz, y empleaba ese color para sus comentarios despectivos en las obras que le enviaban a consulta. En lo relacionado con sus hábitos personales de trabajo, demostró una capacidad poco común para concentrarse en la tarea en particular que tenía a mano. Mantenía ocupadas a sus secretarias dictando miles de palabras. Entonces se relajaba durante los pocos minutos que le quedaban libres antes de salir corriendo a cumplir con un compromiso y hablar ante un gran público. Su vanidad exigía que siempre actuara con indudable eficiencia para mantener a su personal en un estado de admiración perpetua.

Goebbels dictaba decretos y órdenes para ayudar al trabajo de su ministerio según lo requiriera la ocasión. Esos decretos estaban diseñados para sellar las arterias creativas de Alemania, hay

demasiados ejemplos para citarlos aquí. En septiembre de 1933, Goebbels respaldó la ley que creó una Cámara de Cultura del Reich que actuaría de manera conjunta con su ministerio. Goebbels era el presidente de esta organización y decretó que todo trabajador en el campo cultural tenía que pertenecer a la sección apropiada de la Cámara. Había siete de esas secciones o subcámaras: Las Cámaras de Radio, Prensa, Literatura, Bellas Artes, Teatro, Música y Cine. Los afiliados no se limitaban a los trabajadores culturales creativos, como escritores, locutores, actores y músicos, sino que también incluían a aquéllos cuya función era equipar o presentar las artes, tales como editores, fabricantes de radios y de instrumentos musicales. La Cámara también engulló a otras organizaciones culturales, como bibliotecas, coros, orquestas y academias de interpretación.

Al mes siguiente, octubre de 1933, llegó la Ley de Periodistas, que convertía a todos los periodistas en funcionarios estatales que tenían que poseer una licencia concedida por Goebbels para trabajar. Eso fue a continuación de la expropiación de la prensa izquierdista y comunista (con sus imprentas y activos) que había ocurrido durante la primavera y el verano anteriores. A los judíos (con algunas escasas excepciones) se les prohibió ejercer ningún tipo de periodismo, y sólo los que podían demostrar ascendencia aria pura (que tenía que remontarse a 1800) y se hubieran casado con una persona de igual pureza podían ser dueños de un periódico o participar en su accionariado. En abril de 1934 Hess (esta vez no fue Goebbels) decretó que debía crearse un Comité de Revisión para la Protección de la Literatura Nacionalsocialista cuyo cometido sería censurar libros.

En enero de 1935, como ya se ha visto, apareció la orden que impedía a artistas y conferenciantes abandonar Alemania para cumplir sus contratos sin la autorización del presidente de la sección apropiada de la Cámara de Cultura del Reich. En abril de 1935 la Cámara de Cultura recibió poderes para redactar una lista negra de libros considerados contrarios a la política nazi. A partir de entonces los editores tenían que consultar esa lista antes de reeditar cualquier

libro, así como enviar a la Cámara de Literatura cualquier obra nueva que quisieran publicar. Ese mismo mes se decretó además que los periódicos independientes podían ser cerrados a favor de la prensa del partido ¡si hacían competencia desleal! En noviembre de 1936, Goebbels incluso llegó a prohibir la crítica artística (26). Otros decretos prohibieron la publicación de discursos realizados por ministros, citar los primeros discursos de Hitler sin aprobación previa, o que cualquier alemán aceptara un Premio Nobel. Ese último (un decreto de Hitler, no de Goebbels) ocurrió a consecuencia de que se le concediera el Premio Nobel de la Paz a Carl von Ossietzky, el escritor y pacifista alemán, que llevaba prisionero en un campo de concentración desde la noche del incendio del Reichstag. Goebbels se vio obligado a liberarlo cuando el Nobel recayó sobre él repentinamente en noviembre de 1936. En cualquier caso, apenas sí tenía importancia en ese momento, ya que se trataba de un moribundo. En 1937 Hitler instituyó sus propios Premios Nacionales de las Ciencias, las Artes y la Enseñanza. Era difícil, sin embargo, hacer que los escritores alemanes respondieran a la inspiración del nazismo a un nivel adecuado para mantener la publicidad a nivel nacional que implica una entrega de premios de ese tipo. De hecho, en 1935 cuando se cumplió la fecha para fallarse el Premio Schiller de drama contemporáneo (fundado originalmente en 1859 y concedido cada seis años) los círculos oficiales decidieron que no había nadie merecedor del premio (27).

Ante este aluvión de decretos, órdenes y reglamentos, poca gente se atrevía a escribir, hablar o publicar sin consultar la letra pequeña de la ley y comprobar su posición. No se podían hacer bromas en los cabarets tradicionalmente dedicados a la irreverencia política, tales como el Katacombe o el TingelTangel en Berlín. En mayo de 1935 apareció un folleto de prensa escrito en encorsetado lenguaje oficial y en el que se denunciaba a esos cabarets como guaridas de judíos y otros elementos hostiles al Estado. «Una actriz representando el papel de una prostituta», decía la declaración, «se burló de las colectas para

el Fondo de Ayuda Invernal,[11] y hubo palabras de agitación en contra de las recolectas en general; se difamaron los uniformes, tanto militares como del partido, se hicieron chistes a costa de la organización del partido y se profirieron injurias contra el servicio militar. Un individuo judío al cien por cien, del tipo que en Alemania sólo disfruta de los derechos de un invitado, se atrevió a realizar comentarios despectivos sobre los acontecimientos políticos en Alemania». A eso siguieron arrestos e interrogatorios policiales. «Cuando se les interrogó, algunos de los participantes en el espectáculo político del cabaret resultaron estar en parte muy superficialmente informados y en parte ignorantes absolutos sobre importantes aspectos del nuevo Estado que habían convertido en objeto de su sarcasmo; tendrán la oportunidad de compensar sus carencias mediante una labor dura y decente en un campo de trabajo (28)».

No todos los artistas de cabaret fueron tan fáciles de controlar como éstos. Werner Finck, por ejemplo, se metió en problemas graves al alzar su mano derecha en el saludo oficial y decir «*Die aufgehobene Rechte*», que tiene el doble sentido de «mano derecha alzada» y de «derechos suspendidos». Goebbels hizo internar a Finck en un campo de concentración, pero decidió liberarlo como gesto político tras un cierto tiempo debido a su fama e influencia como artista ingenioso.

Sir Nevile Henderson también hace referencia a un «artista incontenible pero muy popular en Múnich que pasaba su tiempo saliendo y entrando del campo de concentración de Dachau (29)». Se trataba de Karl Valentin; solía contar la historia de Dachau con sus soldados, ametralladoras, perros y sucesivas barreras de alambradas, algunas de las cuales estaban electrificadas. Pero todo eso, añadía, no tenía ninguna importancia para él. Podía entrar cuando quisiera.

En 1937 Goebbels decidió que era hora de purgar museos y galerías de las imágenes que consideraba degeneradas y planeó (otra equivocación) hacer una exhibición especial de Arte Degenerado. La exhibición fue un gran éxito y Goebbels la convirtió en itinerante.

¿Pero quién iba a decir dónde radicaba el éxito de la muestra? Para mucha gente, esa parecía la última oportunidad de ver cuadros sin esvásticas ni uniformes. Heinrich Hoffman dejó constancia de que había logrado imponerse a Hitler para que evitara a algunos cuadros el estigma de ser incluidos en la exhibición. Según Hoffmann, Goebbels quería quemar todos los cuadros que fueron retirados de las galerías como inaceptables para el concepto de arte nacionalsocialista; entre las obras condenadas había cuadros de Renoir, Gauguin y Van Gogh. Hoffman afirma que consiguió que Hitler detuviera esa barbarie (30). Al poco tiempo, de hecho, Goering, Goebbels y Ribbentrop, como Hitler mismo, se convirtieron en coleccionistas de arte, pujando unos contra otros en las subastas hasta que llegó el momento en que los cuadros pertenecientes a colecciones en el extranjero se convirtieron en botín de guerra.

Goebbels inició una serie conferencias regulares para los que habían logrado seguir teniendo empleo en sus profesiones creativas. Ya hemos hecho referencia a su discurso en la conferencia de productores de cine alemanes que se celebró poco después de la creación de su ministerio. Pronto se creó un sistema de congresos en el cual le era posible al gobierno dejar claro a los practicantes de artes para el gran público, como las películas, qué era exactamente lo que debían poner en práctica. En 1935, por ejemplo, Goebbels organizó un Congreso Internacional de Cine en el cual declaró personalmente unos cuantos principios para la producción de películas en Alemania. No eran muy originales. Hizo hincapié en que el cine tenía sus propias técnicas, diferentes de las del teatro, del cual había dependido demasiado en el pasado. «Más que ninguna otra forma de arte», dijo, «el cine debe ser popular en el mejor sentido de la palabra». Nunca debe perder su fuerte conexión interior con el pueblo. El cine debía ser estrictamente contemporáneo en espíritu aunque tratara temas del pasado; una vez alcanzada esa calidad, tenderían puentes entre naciones y se convertirían en «el portavoz de nuestra época». Finalmente, afirmó que el Estado debe estar preparado para

subvencionar la producción de películas así como subvenciona otras artes (31).

Para Goebbels, el desarrollo del cine se convirtió en la más absorbente de sus tareas. Tanto él como Hitler siempre habían disfrutado de las películas como miembros del público de los cines, y el *glamour* de la producción cinematográfica y de las hermosas mujeres asociadas a esa industria le atraía ahora que repentinamente tenía poder sobre esa industria. No pasó mucho tiempo antes de que cayera por completo bajo el embrujo del cine, viendo películas en proyecciones privadas noche tras noche, ya en el Ministerio o en alguna otra de sus lujosas residencias, todas ellas con equipos de proyección.

Al principio se decidió en contra de la nacionalización completa de la industria, debido a la compleja organización de las compañías productoras y todas las conexiones importantes que existían entre ellas y las distribuidoras extranjeras, que le daban a Alemania un valioso mercado de exportación para sus películas. La industria estaba dominada por varias compañías grandes; de las cuales la más destacada era la UFA, que estaba controlada por el empresario Hugenberg, cuyas ideas políticas nacionalistas le convertirían al final en aliado de Hitler. Hugenberg controlaba los dos noticieros cinematográficos más vistos de Alemania, UFA y Deulig. Aunque el principal interés de Hugenberg era hacer dinero mediante la UFA y su cadena de salas de cine, se aseguró de que los noticieros reflejaran sus puntos de vista y que determinados largometrajes de la UFA fueran nacionalistas tanto en tema como en tratamiento. En 1937, sin embargo, Hugenber vendió su parte bajo las condiciones de Goebbels y la UFA pasó a ser controlada por el Estado.

Goebbels, como ya hemos visto, diseñó la Cámara de Cine del Reich para controlar la industria. Estaba dividida en diez secciones: Producción, Estudios, Investigación y Asuntos Técnicos, Producción de Cortos y Propaganda, Distribución Nacional, Distribución Extranjera, Cines, Exhibiciones no Comerciales, Administración General y

Registro Cinematográfico. Ésta última sección se ocupaba de registrar a todos los trabajadores de la industria como personas aptas para ser empleadas en el sector, según el punto de vista del partido. El Departamento de Cine del Ministerio se ocupaba de controlar los guiones para películas y se creó un Banco de Crédito Cinematográfico para centralizar la financiación de las producciones. En febrero de 1935 se dictó una Ley Cinematográfica del Reich que creaba un Comité de Censura bajo el control del ministerio de Goebbels para juzgar toda película producida en Alemania. Se reconocían seis grados de recomendación; una película podía ser (1) de particular interés artístico y político, (2) de interés político y artístico, (3) de interés político, (4) de interés artístico, (5) de interés cultural y, finalmente, (6) de interés educativo. El interés más valioso era obviamente el político. Goebbels creó un premio anual a la Mejor Película Alemana, y el primero fue otorgado a la producción de la UFA *Refugiados* (*Flüchtlinge,* 1933), dirigida por Gustav Ucicky, que era famoso por sus películas nacionalistas. Entre las primeras producciones nazis se cuentan *Blutendes Deutschland* [«Alemania Sangrante»], *SA Mann Brand* [«Brand de las SA»], *Hitlerjunge Quex* [«Quex de las Juventudes Hitlerianas»], en celebración del movimiento del mismo nombre , y *Hans Westmar*, una película basada en la historia de Horst Wessel. De hecho, Goebbels tuvo la sabiduría de no presionar a la industria para que solamente hiciera unos pocos largometrajes directamente relacionados con la propaganda, y esas películas tampoco atrajeron al público de la forma que lo hacían los musicales, comedias o dramas normales. La industria cinematográfica alemana se vio despojada de gran parte de su talento creativo mediante las diversas purgas que obligaron a directores, guionistas, diseñadores, cámaras y demás profesionales a buscar asilo político y trabajo en estudios del extranjero. Aunque se produjeron muchas películas meritorias pese a las circunstancias impuestas por el ministerio de Goebbels, era casi imposible hacer obras creativas en el pleno sentido de la palabra y el cine alemán degeneró a un arte agonizante entregado al escapismo. El sueño de Goebbels de una gran revolución cinematográfica inspirada

por el régimen nazi nunca sucedió. A todo esto hubo una notable excepción, la directora Leni Riefenstahl, cuya creencia personal en el nazismo y devoción a Hitler estaban a la par de su talento de inusual poder visual. Es irónico que trabajara como una individualista con la autoridad directa de Hitler y que tuviera lo menos posible que ver con Goebbels. Las películas que hizo para Hitler eran obras maestras de la propaganda, en particular *El Triunfo de la Voluntad* (1936), un himno de alabanza al nazismo derivado de la cobertura que hicieron sus cámaras del Congreso de Nuremberg de 1934, y *Olympia* (1938), en la que usó los Juegos Olímpicos de Berlín para glorificar a Hitler.

Goebbels como miembro del Reichstag. *Izquierda*, saliendo de su coche por fuera del Reichstag, 1930. *Derecha*, entrando en el Reichstag, 1930.

En su coche con Frick (situado más a la derecha), 1923.

Matrimonio de Goebbels el 21 de diciembre de 1931. Hitler hizo de padrino. La ceremonia nupcial.

Procesión después de la ceremonia.

Aunque Goebbels no ordenó directamente a la industria que hiciera más que un puñado de películas en sus doce años como ministro, jamás dejó de interferir en lo que se hacía. A Klitzsch, el director de la UFA, le gustaba que le dejaran en paz para hacer películas inofensivas con pocas implicaciones políticas. Pero Goebbels no podía dejar en paz ni a él ni a nadie. Pronto aprendió a imponer su voluntad tanto sobre los borradores de guion como sobre películas terminadas, y fue ahí donde su vigilancia constante se volvió molesta para los productores. Exigía cortes, sugería escenas adicionales, ejercía su autoridad para archivar producciones sin estrenarlas y al mismo tiempo usaba su nueva posición social como ministro del Reich para exigir favores y congraciarse con las actrices.

Por otra parte, determinados artistas de renombre de los que buscaba aprovecharse aprendieron a manipularle y a prevenir hasta cierto punto sus exigencias. Emil Jannings, por ejemplo, que había regresado a Alemania desde Hollywood antes de que Hitler ascendiera al poder, no era nazi y escogió aparecer en una serie de películas sin relación con los problemas de entonces. A eso siguió un duelo de ingenio entre ellos (32). Jannings llamaba a Goebbels en privado «Hinkefuss» (el pato cojo) e incluso llegó a imitar su cojera en *Der Zerbrochene Krug* («La Jarra Rota»), una película que Goebbels ordenó retirar de los cines y que Jennings consiguió persuadir a Hitler de que volviera a permitir la exhibición debido a su popularidad. Jannings usó su posición como gran estrella para evitar durante todo el tiempo que pudo que Goebbels le obligara a aparecer en grandes producciones nazis. Pero al final se vio acorralado y obligado a figurar en la película violentamente antibritánica *Ohm Krüger*, cuyo guion supervisó Goebbels y, en parte al menos, escribió él mismo pensando en Jannings para el papel principal.

La más trágica de las intervenciones de Goebbels fue su persecución individual de hombres y mujeres en la industria del cine cuyas vidas privadas ofendían a los nazis. Aunque fracasó completamente en quebrantar la devoción de Hans Albert por Hansi Burg, una conocida actriz judía en el exilio a la que apoyaba mientras estaba lejos de él y con la que sólo se pudo casar una vez finalizada la guerra, también acosó a otro actor popular, Joachim Gottschalk, porque no se divorciaba de su mujer judía, y los empujó a suicidarse; mataron a su hijo de tres años antes que dejarlo que se criase como huérfano en la Alemania nazi. Este suicidio, que sería la base de la historia de la película de posguerra *Ehe im Schatten*, («Matrimonio en la Sombra»), conmocionó a todo el mundo. Goebbels, que también estaba conmocionado, aunque por motivos diferentes, prohibió a la gente asistir al funeral, pero una gran congregación de hombres y mujeres famosos del mundo del cine y del teatro se negaron a hacer caso de la prohibición y acudieron a presentar sus respetos a los colegas que habían preferido morir antes que separarse.

Goebbels veía todos los noticieros que podía y todas las producciones importantes de los estudios más grandes antes de su estreno en cines. Además también veía películas extranjeras, particularmente aquellas que había prohibido distribuir en Alemania. Veía cualquier película antinazi de la que pudiera encontrar una copia. Por ejemplo, se quejó amargamente ante un corresponsal americano, William Bayles, tras ver la película de Hollywood *Confesiones de un espía nazi* de que la lujosa decoración de buen gusto del interior de sus oficinas fuera convertida en un edificio opresivo repleto de banderas y emblemas nazis (33). Veía esas películas desapasionadamente y como profesional, evaluándolas como ejemplos de buena o mala propaganda. Cuando veía las películas en casa, solía hacerlo o bien solo o bien con un pequeño círculo de su personal más allegado (ayudantes y secretarios) e invitados.

Por certera que fuera la intuición de Goebbels para los acontecimientos y situaciones, su punto débil era su comprensión de las personas. Tanto los hombres como las mujeres eran elementos a los que usar de una u otra manera. No tenía capacidad para la empatía de verdad o para la intimidad. Tenía encanto, los testimonios de innumerables personas dan fe de ello. Pero ese encanto, como el veneno que muchas veces subyacía a éste, era un ejercicio consciente. Es difícil encontrar personas a las que les cayera bien de verdad.

Los observadores profesionales y los corresponsales extranjeros que tenían que tratar con Goebbels tenían todos, en términos generales, la misma opinión sobre él. Edgar Mowrer, el periodista norteamericano dice que era «de modales agradables, seguro de sí con la pluma, de clase media en sus convicciones, cínicamente adaptable en sus opiniones, de inteligencia poco común… supremo en esa insolencia que tan bien sirve para captar el voto de los indecisos (34)». William Shirer, otro corresponsal americano, hace referencia a su «mente malvada pero fértil (35)»; hace constantes referencias a Goebbels como un mentiroso e incluso considera su muy alabada voz como «desagradable». Lochner se contenta con decir: «Detestaba al doctor

Goebbels (36)». Goebbels era igualmente impopular entre sus colegas. El Dr. Schacht que fue presidente del Reichsbank le contó a Vernon McKenzie: «¡Le hubiera sacudido en muchas ocasiones de no haber sido un lisiado (37)!», eso era debido al ácido sarcasmo que Goebbels no dudaba en usar en conversación. Para Von Hassell, el diplomático que fuera ejecutado finalmente tras el Complot de los Generales, Goebbels era «el más peligroso de los líderes del partido nazi» y un «perro asqueroso (38)». El embajador norteamericano, William E. Dodd, lo describió en su diario como «mucho más inteligente que Hitler» y «maestro supremo» de la oratoria. «Le gusta insuflar enemistades y odios», añade (39).

Sir Nevile Henderson, el embajador inglés en Alemania de 1931 a 1939 da una versión algo diferente del carácter de Goebbels. Escribió de él:

> El «pequeño doctor» era probablemente el más inteligente de los jerarcas nazis desde un punto de vista cerebral. Nunca peroraba; siempre se ceñía al tema sin divagar ni perder de vista su argumentación; era un interlocutor capaz, y cuando conversaba en privado era sorprendentemente ecuánime y razonable. Personalmente, me gustaba hablar con él cuando se presentaba la ocasión. En apariencia y carácter era el típico agitadorcillo irlandés… Sin embargo, cuando estaba en un estrado o tenía una pluma en la mano, no había bilis demasiado amarga que verter ni mentira demasiado descarada para él (40).

Pese a todo, Goebbels estaba preparado para enfrentarse a la impopularidad. Prefería ser temido a ser amado, e incluso llegó a admitirlo casi al final de su carrera ante el que fuera uno de sus secretarios durante la guerra, Von Oven. Sólo había una persona en su vida pública a la que tuteara, su antiguo asociado Karl Kaufmann.

Una de las dificultades a las que tuvo que enfrentarse Goebbels fue el trato con los corresponsales extranjeros; hombres sobre los cuales le era difícil ejercer control, y que en muchos casos sabía que eran

críticos con sus métodos para controlar las noticias que buscaban. Desde 1934, normalmente usaba el sistema de conferencias de prensa en el Ministerio para anunciar nuevos decretos o cambios importantes a los corresponsales extranjeros. William Shirer, el corresponsal norteamericano, describe en su diario cómo el 16 de marzo de 1935 fue convocado con los demás al Ministerio, y cómo Goebbels «entró cojeando, poniendo cara solemne y de importancia» antes de leerles en voz alta el texto de la nueva ley que reintroducía el servicio militar en claro desafío al Tratado de Versalles. Entonces dejó que fueran sus funcionarios los que se ocuparan de dar respuestas cautelosas a las preguntas con que los periodistas empezaron a bombardearles (41).

Durante los primeros años del Ministerio, Goebbels cometió el error de descuidar la prensa extranjera, como señala Louis Lochner (42); Lochner, un periodista norteamericano, era presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en aquella época y después de la guerra editaría una sección de los diarios de Goebbels escritos durante la guerra. Posteriormente, Goebbels organizaría reuniones para tomar el té, recepciones y ágapes *Bierabende*, tardes de cerveza, para los periodistas que, después de todo, eran los hombres que creaban la imagen principal de la nueva Alemania en el extranjero. Pero el ministro consideraba que el mismo tipo de embustes inventados para la prensa nacional bastaba para estos extranjeros. En las conferencias de prensa importantes estaba más que preparado para decir mentiras flagrantes como, por ejemplo, en la ocasión que describe Lochner cuando Goebbels afirmó ante los corresponsales el 10 de noviembre de 1938 que los relatos de la destrucción de propiedades judías por bandas de nazis del día antes (acontecimientos que los periodistas habían visto en persona) eran «una sarta de mentiras» (*sind erstunken und erlogen* (43)). Los estupefactos periodistas no atinaban a entender qué provecho podía sacar Goebbels negando la realidad mientras seguía bramando descalificaciones con absoluto desprecio por la verdad. Goebbels simplemente dijo lo que quería que los corresponsales le oyeran decir. Entonces esperaría atentamente sus reportajes y tomaría medidas si le parecía que sus

críticas iban demasiado lejos. Según Vernon McKenzie, otro periodista norteamericano, los corresponsales extranjeros en Alemania, aunque no estaban sujetos a censura directa, eran responsables de lo que Goebbels consideraba exactitud en sus informes publicados y se podían dar, y de hecho se daban, órdenes de expulsión si las advertencias resultaban insuficientes. McKenzie afirma que se dictaron unas veinticinco órdenes de expulsión contra corresponsales extranjeros en los seis años anteriores a la guerra, y que otros periodistas se marcharon «voluntariamente» cuando se les advirtió que lo hicieran, ya que, citando uno de los eufemismos nazis, «no se podía garantizar su seguridad». En total, más de cincuenta periodistas se marcharon de Alemania porque, directa o indirectamente, se les ordenó hacerlo. Entre los expulsados se contaba Dorothy Thompson, Edgar Mowrer y uno de los principales corresponsales del *London Times*, Norman Ebbutt (44).

Goebbels demostró una y otra vez su ignorancia del carácter propio de las otras naciones, aunque tenía personal encargado de estudiar la prensa extranjera. En toda su vida sólo pasó unas pocas semanas en el extranjero, contando su breve visita a Ginebra en 1933, su visita oficial a Grecia en 1936 y una visita ocasional a Italia. Tendía a considerar al resto del mundo como si fuera, desde el punto de vista de la propaganda, una extensión de Alemania que había que tratar, hasta donde fuera posible, de la misma manera. No comprendía la reacción mundial ante la persecución nazi contra los judíos. Esta situación llegó a su zenit tras el espantoso pogromo de noviembre de 1938, de cuyos hechos, como acabamos de ver, Goebbels intentó convencer a la prensa que no eran más que rumores exagerados. La vieja técnica de propaganda del partido de repetición de mentiras en una situación en la que la verdad se suprime por completo puede que funcionara en el vacío informativo de Alemania, pero era inútil y en ocasiones hasta ridícula en un mundo que todavía tenía libre acceso a la prensa. Eso es algo constantemente presente en los exasperados comentarios que hicieron corresponsales experimentados como Shirer y Lochner.

Goebbels no se contentó, sin embargo, con dejar el destino de la opinión mundial sobre el régimen en manos de los representantes nombrados por la prensa extranjera. En los años anteriores a la guerra los alemanes crearon un sofisticado sistema de relaciones públicas en el extranjero. En 1934 se emplearon unos 260 millones de marcos en propaganda fuera de Alemania. Se publicaban unos 300 periódicos en alemán fuera de las fronteras alemanas, y se estima que los nazis poseían o tenían intereses financieros en unos 350 periódicos publicados en otros idiomas (45).

Las agencias de noticias alemanas se convirtieron en servicios altamente eficientes. Trans-Ocean, por ejemplo, que actuaba en Sudamérica para Goebbels, hacia 1939 transmitía gratuitamente noticias en un español perfecto y acompañadas de fotografías para su publicación inmediata en la prensa. A veces había hasta 20.000 palabras diarias disponibles para la prensa latinoamericana. El tono de esas noticias siempre era antibritánico. Trans-Ocean tenía mucho cuidado de mezclar su material tergiversado con noticias locales escrupulosamente veraces (46).

En sus esfuerzos iniciales por ganar terreno en los Estados Unidos, Goebbels llegó incluso a contratar a Ivy Lee, el pionero y experto en relaciones públicas en Norteamérica que se había labrado su fama popularizando a John D. Rockefeller, que en su momento tuvo fama de ser uno de los hombres más impopulares de los Estados Unidos. Goebbels debió considerar que poseía la experiencia necesaria para hacer popular a Hitler. En cualquier caso, tenía las referencias adecuadas y, según el embajador estadounidense, William E. Dodd, Goebbels pagó a Lee 33.000 dólares anuales (47). El consejo que le dio Lee era sensato: mostrarse amistoso con los corresponsales. Goebbels respondió expulsando precisamente a aquéllos que estaban mejor cualificados para, una vez de regreso a casa, difundir la alarma y la desconfianza hacia Alemania escribiendo elocuentes artículos y libros. El resultado fue una serie de libros antinazis que fueron ampliamente leídos en todos los países en que fueron publicados.

Goebbels, como hemos dicho, estableció en 1934 un sistema de conferencias de prensa, probablemente como resultado del consejo de Lee.

Se enviaron agregados de propaganda a todas las embajadas alemanas. Así como Goebbels enviaba un flujo de instrucciones constantemente a la prensa alemana —que a veces caían en las manos más ilustradas de corresponsales extranjeros, según afirmaba Shirer (48)—, también enviaba instrucciones secretas sobre la línea propagandística a seguir a sus agentes en el extranjero. Esos peligrosos documentos también caían a veces en manos indeseadas, y arrojaban tanta luz sobre la verdadera política alemana como el *Mein Kampf* de Hitler para aquéllos que estuvieran preparados para enfrentarse a su atroz estilo literario y su farragosa argumentación. Las instrucciones de Goebbels a sus agentes cuando Alemania salió de la Sociedad de Naciones con una pose «con-más-lástima-queira» revelaron el rostro detrás de la máscara, y fueron publicadas en *Le Petit Parisien* después de que una copia fuera sacada clandestinamente de Alemania. Goebbels escribía de esta guisa:

> Para el mundo exterior toda nuestra propaganda debe recalcar de manera completamente convincente que Alemania no desea nada excepto resolver de manera pacífica todos los problemas pendientes… Hábilmente, hay que hacer recaer la culpa del fracaso de los acuerdos pacíficos sobre todo aquél que se haya negado a acceder a las justas exigencias de Alemania… Esto debe hacerse de manera discreta y variando constantemente de método… Debemos persuadir al menos a parte de la opinión pública extranjera de que a Alemania no le queda otro camino que coger aquello que se merece (49).

Bajo la apariencia de hombres de negocios, periodistas, agentes de prensa y turistas, los emisarios de los nazis fueron enviados al extranjero con instrucciones de hacer todo lo posible para extender las ideas adecuadas sobre el Tercer Reich. En 1938 había hasta ochenta y

tres periodistas alemanes acreditados sólo en Londres (50). Esos agentes actuaban como espías, enviando informes a sus jefes y contactando con elementos que supuestamente podían causar problemas en países como Egipto o Palestina. Los informes que han salido a la luz acusan a los ingleses de represión despiadada y de cometer atrocidades en Palestina. Los agentes alemanes hicieron todo lo que pudieron para agravar la difícil situación de esos países antes de la guerra.

Un gran número de asociaciones internacionales alemanas, además de aquellas relacionadas con el periodismo, fueron creadas o adaptadas para ayudar al nazismo en el extranjero. Esas asociaciones incluían la Sociedad Fichte, el Servicio Extranjero de Estudiantes Alemanes, la Liga Mundial Antijudía, la Academia Alemana (para adoctrinar a estudiantes y profesores que fueran al extranjero), la Sociedad Popular por el Germanismo en el Extranjero, la Sociedad de Patronos Alemanes y otras entidades. En 1937 se estimó que esa miscelánea de organizaciones gastaba unos 21 millones de libras anuales en propaganda fuera de Alemania (51). Todo alemán que recibía permiso para viajar al extranjero era en potencia un agente propagandístico.

Las siguientes instrucciones dictadas a los representantes de la Sociedad Fichte, una organización dedicada al pangermanismo y fundada originariamente en 1914, demuestran la concentración y la firmeza de propósito que había en el esfuerzo de penetración alemán en el extranjero:

> La experiencia demuestra que es efectivo dejar nuestros folletos en fábricas, escuelas, bancos, trenes y cafés como por casualidad. La propaganda boca a boca también es importante.
>
> Hagan listas de gente importante, anoten sus tendencias políticas y suminístrenles regularmente nuestros panfletos. No les den nunca más de uno a la vez, ya que eso hace que disminuya su interés. Si es posible, den panfletos a la prensa de forma que pueda dar publicidad a nuestras ideas. Si algún periódico persiste en su

posición antialemana, hay que responder inmediatamente con cartas al director. Nuestros folletos son gratuitos (52).

Hacia 1935 el ministerio de Goebbels en conjunto usaba enormes sumas de dinero. Su presupuesto doméstico superaba los 130 millones de marcos, el que empleaba para el exterior (incluyendo las generosas subvenciones a la Agencia de Noticias Trans-Ocean) era de más de 120 millones. Otros 40 millones se reservaban para el cine y el teatro. Además, se decía que Goebbels tenía a su disposición un fondo que ascendía a otros 45 millones anuales (53). El embajador Dodd revela en su diario que Schacht estaba preocupado por la cantidad de divisas alemanas que circulaban ilegalmente fuera del país. Sus investigaciones durante 1935 le condujeron a marcar algunos de los billetes que se entregaban a Goebbels, y pronto descubrió que parte de ese dinero estaba en circulación en el extranjero. Schacht se quejó directamente a Hitler, pero sus quejas sólo repercutieron en su contra (54).

Pese a sus esfuerzos por hacer que toda la propaganda, tanto en casa como en el extranjero, estuviera bajo su control, Goebbels no se salió del todo con la suya. Al llegar al poder, empezó a hacerse cuidadosamente con todos los departamentos en otros ministerios que tuvieran algo que ver con la prensa o con las relaciones públicas, en el sentido más amplio de la expresión. Del Ministerio del Interior adquirió control sobre prensa y radio, la censura moral de obras de teatro, libros y películas y la regulación de las festividades públicas. Del Ministerio de Economía consiguió la supervisión de la propaganda comercial hecha por el Estado y la promoción de exhibiciones industriales y ferias comerciales. Del Servicio Postal Alemán adquirió las agencias turísticas de Lufthansa y los trenes. Y lo más importante de todo, venció el primer asalto en la competición por la publicidad y relaciones públicas de Alemania en el extranjero. Se las arrebató al Ministerio de Exteriores, que inicialmente estaba bajo el control de un ministro que no era nazi, el barón Von Neurath, a quien Hitler cesaría al final para hacer hueco a Ribbentrop (55).

Por tanto, en 1938, Ribbentrop se convirtió en el primer ministro de Exteriores nazi. Como Ribbentrop era tan ambicioso y carente de escrúpulos en sus métodos para conseguir el poder como el propio Goebbels, ambos nunca fueron otra cosa que rivales. Ribbentrop insistió, sin embargo, en montar su propia organización propagandística y en celebrar conferencias de prensa en su propio ministerio para los corresponsales extranjeros. Otto Dietrich, el Jefe de Prensa del Reich, cuenta la historia de esta batalla por el control:

> Un día, en el cuartel general de Hitler, Ribbentrop persuadió al Führer de que lo pusiera al frente de la propaganda destinada al extranjero. El ministro de Propaganda Goebbels no sabía nada de todo esto. A la mañana siguiente, aparecieron trabajadores de mudanzas en las diferentes oficinas de Goebbels en Berlín para retirar todo el equipo físico usado para la propaganda en el extranjero. Los hombres de Goebbels se atrincheraron en sus oficinas y el ministro de Propaganda enseguida telefoneó a Hitler pidiendo ayuda. Hitler, que había firmado en persona la orden para Ribbentrop, ordenó a Goebbels que acudiera en avión inmediatamente. Cuando Goebbels llegó, le dijo que se sentara con Ribbentrop en un compartimento de su tren especial y que no salieran de ahí hasta que hubieran resuelto su disputa. Tres horas después ambos hombres salieron con el rostro enrojecido e informaron a Hitler (como era de esperar) de que no podían llegar a un acuerdo. Furioso, Hitler se retiró y dictó un compromiso que revocaba en gran parte su anterior orden escrita. En la práctica, sin embargo, Ribbentrop jamás hizo caso de la última decisión. Continuó desafiando la jurisdicción del Ministerio de Propaganda en el extranjero hasta el fin de la guerra con un facsímil de la primera orden revocada en la mano (56).

Tan profunda fue la ruptura entre los dos ministros que ambos crearon sus propios clubs de prensa rivales para atraer a los periodistas extranjeros mediante actos sociales. Esa rivalidad no pudo

permanecer oculta, como demuestra una historia que contaba McKenzie (57). Con ocasión del importante pacto germano-soviético, Boemer, portavoz de Ribbentrop ante la prensa, dijo: «Sólo ocho personas en el mundo sabían de la conclusión de nuestras negociaciones con Moscú antes de que se hiciera público el anuncio, ¡y el doctor Goebbels no era una de ellas (58)!» Ese hecho enfureció a Goebbels, para gran diversión de los corresponsales, que se regocijaban con todas las bromas que circulaban por Berlín a costa de Goebbels o de Ribbentrop.

Pero fue el violento antisemitismo de Goebbels lo que más dañó su reputación a ojos de los periodistas. No se contentaba con dar publicidad a decretos contra los judíos firmados por otros; él en persona fomentaba de manera activa las persecuciones y los pogromos. Como se ha visto, fue Goebbels el que planeó el chantaje a los judíos que habían salido de Alemania a costa de los que se habían quedado en el país, al ordenar el cierre de las tiendas de los judíos en 1933. Fue Goebbels el que acosó a los artistas, escritores y actores que tuvieran relaciones con judíos, aunque estaba dispuesto a llegar a compromisos ventajosos para los nazis con determinados judíos de talento excepcional, como en el caso de Fritz Lang.

Pero la demostración más salvaje de antisemitismo en Alemania antes de la guerra fue el pogromo a consecuencia del asesinato de Von Rath, miembro del personal de la embajada alemana en París, el 7 de noviembre de 1938, pocas semanas después del Pacto de Múnich, que representó un triunfo para la política expansionista de Hitler. El asesino era un judío polaco de diecisiete años, Herschel Grynszpan, que bien pudiera haber sido víctima de un complot para proporcionar a los nazis una excusa para iniciar una campaña definitiva de persecución de los judíos, que luego afirmarían que fue un estallido espontáneo del pueblo alemán. Grynszpan no caería en manos de los nazis hasta cuatro años después, cuando Goebbels detuvo el juicio propagandístico que tenía planeado y ordenó la ejecución del asesino. En ese momento, sin embargo, el problema era organizar el pogromo

(59). Como hemos visto, reunió a la prensa extranjera el 10 de noviembre y afirmó que no ocurría nada que amenazara a los judíos: «*den juden ist ein Haar gekrümmt worden*, no se les ha tocado ni un pelo a los judíos», es lo que dijo en público según Lochner, que estaba presente (60). Y sin embargo, tal y como lo describe sir Nevile Henderson:

> En venganza por el asesinato de un diplomático alemán a manos de un joven judío desequilibrado, instigados por la prensa de propaganda del Dr. Goebbels y con la connivencia y participación de la policía secreta de Himmler y extremistas nazis, cuadrillas de matones alemanes revirtieron a la barbarie de la Edad Media y se entregaron a una orgía de maltrato violento a los judíos sin parangón incluso en la Edad Media (61).

El 11 de noviembre, Goebbels escribió:

> Si yo hubiera organizado las protestas no hubieran sido unos pocos miles sino de cuatrocientas mil a setecientas mil personas en las calles, y el resultado hubiera sido bastante diferente y más exhaustivo (62).

Mientras tanto, en toda Alemania las tiendas de los judíos sufrían destrozos y robos, las propiedades judías eran saqueadas y quemadas, las sinagogas eran profanadas e incendiadas. Los judíos eran atacados y maltratados, arrestados y enviados a campos de concentración. Ahí pudo ver el mundo a pequeña escala lo que ocurriría en los ocho años siguientes cuando Alemania tuvo poder de decisión sobre poblaciones enteras de judíos y las destruyó en fosas comunes e incineradores industriales. La violenta reacción mundial contra la purga de noviembre condujo al presidente Roosevelt a retirar a su embajador y Alemania recibió una condena universal, especialmente en la prensa inglesa, por lo ocurrido. Pero Hitler y Goebbels ya estaban convencidos de que Inglaterra se había convertido en el centro del sentimiento antialemán como resultado de Múnich, y habían

empezado una contraofensiva en la prensa álemana que sería alentada hasta que la declaración de guerra la hiciera obligatoria.

Sobrevivieron unas cuantas notas textuales de una reunión del gabinete en las que Goering y Goebbels discutieron la cuestión de la segregación de los judíos en Alemania. Esas notas reaparecerían en los Juicios de Nuremberg. No hay nada más revelador que la inhumanidad informal de esos comentarios, que fueron usados en Nuremberg para exculpar a Goering a costa de Goebbels.

Goebbels: … Además, considero necesario eliminar completamente las apariciones en público de judíos, particularmente si esas apariciones pudieran tener un efecto provocador. ¿Se da usted cuenta de que incluso hoy en día es posible que un judío comparta un compartimento en coche cama con un alemán? Creo que el Ministro de Transportes del Reich debería dictar un decreto por el cual hubiera compartimentos especiales para judíos, estipulando además que cuando ese compartimento en particular esté lleno, no se permita a ningún judío más tomar asiento; que los judíos no deben mezclarse bajo ninguna circunstancia con los alemanes en el tren, de hecho, que no deberían tener derecho en absoluto a sentarse a menos que todo alemán en el tren tenga asiento; y que antes que tener a un judío sentado en un compartimento ocupado o semiocupado por alemanes, preferiría que estuviera de pie en el pasillo.

Goering: ¿No sería más simple y razonable darles compartimentos para ellos?

Goebbels: Quizás, pero no cuando el tren vaya lleno.

Goering: Bueno, ¿y qué? Tendría que haber un vagón para judíos en cada tren, y cuando ese vagón estuviera lleno los demás judíos tendrían que aguantarse y quedarse sin subir al tren.

Goebbels: Muy bien, pero supongamos que no hay tantos judíos que quieran usar, digamos, el expreso MúnichBerlín. Supongamos que

sólo hay dos judíos en su vagón o compartimento, mientras que todos los demás vagones y compartimentos están abarrotados. En ese caso, esos dos judíos tendrían privilegios especiales. Por eso la regla debería ser que los judíos sólo pudieran tomar asiento cuando todos los alemanes ya estuvieran apropiadamente sentados.

Goering: No creo necesario poner todo eso en un edicto. Supongamos que aparece ese tipo de situación, uno o dos judíos sentados en un compartimento vacío y el resto del tren abarrotado… bueno, ¡qué demonios! Los sacarían a patadas, ¿no?, aunque tuvieran que ir sentados en el lavabo el resto del viaje. No necesitamos regulaciones para eso, ¿no es así?

Goebbels: Hay otro punto que hay que tener en cuenta. ¿No sería bueno impedir completamente que los judíos entraran en los bosques y zonas forestales de Alemania? Incluso hoy en día, los judíos van en manadas por el Grunewald.[12] Diría que es toda una provocación y que puede causar incidentes, y que de hecho ocurren.

Goering: Muy bien, entonces, démosles a los judíos partes determinadas de determinados bosques, y también se podrían introducir animales en esas zonas, quiero decir animales que se parezcan a los judíos, estoy pensando en los alces, que tienen esa especie de nariz ganchuda, ¿no? (63).

Más tarde, en la misma reunión de ministros, se decidió hacer pagar a los judíos por los daños causados a sus propiedades… que ya eran consideradas propiedad del Estado. Se impuso una multa colectiva de mil millones de marcos a toda la comunidad judía, con plazo para su pago.

Como Jefe de Propaganda en Alemania, Goebbels se reservaba el derecho de ser él la voz oficial, tanto en el estrado público como en la radio, en toda ocasión importante de esos años históricos para Alemania. Fue él quien anunció la muerte de Hindenburg y que la

presidencia y la cancillería quedaban reunidas en la figura del Führer. (El embajador francés y otros creían que Goebbels había reescrito el testamento del difunto presidente, que no fue publicado hasta unos cuantos días después y contenía muchas expresiones poco características del finado y en un estilo más propio de un experimentado escritor nazi). Fue Goebbels quien el 13 de marzo de 1939 hizo el anuncio oficial en la radio de la anexión de Austria y lanzó la campaña «Hitler quiere paz». Y fue Goebbels quien pronunció dos combativos discursos en Danzig en junio de 1939 afirmando, como de costumbre, que los alemanes sufrían una persecución y que la Ciudad Libre debía volver a Alemania.

Goebbels escribía constantemente; dirigió personalmente varias campañas de propaganda contra los que se oponían a la dirección que había tomado el Reich. Inició sucesivas campañas contra Austria, Checoslovaquia, Polonia e Inglaterra. Sus artículos tenían la virulencia combativa de los viejos días en que hacía campaña para las elecciones al Reichstag o acallaba a gritos a los comunistas en el Berlín Rojo.

Todo el patrón de la vida social de Goebbels cambió cuando se convirtió en ministro del Reich. En primer lugar, se convirtió en un hombre relativamente adinerado. Entre los documentos que sobrevivieron al holocausto de Berlín había un conjunto relacionado con las cuentas privadas de Goebbels. Esos documentos revelan que apenas un mes antes de que Hitler se convirtiera en Canciller, Goebbels debía una cantidad embarazosa del impuesto sobre la renta. También hay una relación escrita a mano de sus ingresos normales desde 1933 a 1937, que aparecen de esta manera:

1933: 34.376 marcos
1934: 134.423 marcos
1935: 62.190 marcos
1936: 63.654 marcos
1937: 66.905 marcos (64)

Esas cifras, sin embargo, parecen omitir sus ingresos procedentes de la Eher Verlag, la editorial del Partido Nacionalsocialista, con la posible excepción de 1934. Entre diciembre de 1935 y diciembre de 1936 recibió anticipos por un total de 290.000 marcos en concepto de futuros royalties, mientras que las ganancias reales de sus libros durante ese año fueron de 63.416 marcos.

Goebbels era meticuloso con el dinero, anotaba cuidadosamente sus gastos incluso cuando estaba en la cima de su poder. Exigía la misma meticulosidad a su personal, mientras que otros líderes nazis hacían gala de sus derroches. Pese a su radicalismo, debió compartir el deseo de su padre de ser acomodado en el más puro sentido burgués de la expresión, y en cualquier caso su sentido altamente desarrollado de la estética le exigía mobiliario y decoración lujosa una vez que tuvo los medios para adquirirlos. Sin embargo, tenía que vigilar su reputación entre las clases trabajadoras de Alemania. Una vez cometió el error de dejar exhibir un noticiario en el que aparecían sus hijos con sus ponis y mozos de cuadra. Consciente de que su nueva posición y su gusto personal exigían todo un nuevo nivel de vida, intentó encubrir cualquier sospecha de que en realidad le gustaba el lujo. En una recepción de prensa en Louis Lochner oyó a uno de los representantes de Goebbels explicar cuidadosamente a una delegación de periodistas regionales que el Ministro del Reich era en realidad un hombre extremadamente modesto que tenía que soportar la molestia de vivir a gran escala debido a las necesidades de su posición oficial. Eso resultó ser «inspirado», ¡porque el resto de funcionarios ministeriales estaba contando exactamente lo mismo a los demás periodistas de provincias! (65).

Aparte de su residencia oficial en Berlín, Goebbels adquirió dos hermosas propiedades particulares: Schwanenwerder en una isla en el lago Wannsee y Lanke en el lago Bogensee, ambas haciendas a corta distancia de la capital. Schwanenwerder había pertenecido a un millonario judío que había sido expropiado, y Goebbels la compró a

un precio relativamente barato. Hay documentos que demuestran que se comprometió con una hipoteca de 100.000 marcos para costearla (66). El precio de esta propiedad cuando la adquirió en torno a 1934 era de 350.000 marcos. Goebbels le contaría a uno de sus secretarios durante la guerra que había acabado de recibir 100.000 marcos de la editorial nazi como avance por su diario *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*. Incluso con la ayuda de sus ahorros y de la hipoteca, a Goebbels le faltaban 70.000 marcos para la compra. Cuando Hitler lo supo, dijo que le haría un regalo al ministro procedente de los royalties que acababa de recibir por las ventas del *Mein Kampf*. Uno o dos días después, Hitler le pidió a Goebbels que esperara un momento al terminar una reunión. A continuación apareció con dos paquetes que contenían 70.000 marcos en billetes de cincuenta marcos. Según le explicó Hitler, ¡era para evitar que esa cantidad fuera registrada en la contabilidad! (67).

Lanke era una propiedad a orillas de un lago incluso más hermosa que Schwanenwerder, situada a unos sesenta y cinco kilómetros al este de Berlín, y Goebbels en un principio quiso adquirirla alrededor de 1939. Pero calculó mal el coste de sus importantes proyectos de construcción; su cálculo inicial de medio millón de marcos se quedó corto comparado con el coste real, que llegó a unos dos millones. Se vio metido en problemas económicos graves y al final tuvo que pedir ayuda al Dr. Winckler, el consejero de finanzas y negocios de los nazis, para que le sacara de ellos (68). Winckler le proporcionó algo de dinero de manera extraoficial, pero fue inútil y tuvo que intervenir el presidente del Deutsche Bank en persona. Winckler, nada contento al verse involucrado, fue convocado de nuevo por Goebbels que en esos momentos estaba en una posición desesperada. Winckler sugirió que Hitler podía ser de ayuda. Goebbels lo rechazó de plano; Hitler ya le había reprendido por su despilfarro. Entonces Winckler le sugirió acudir a Goering; eso también era imposible dado que Goebbels y Goering apenas se hablaban. Al final Goebbels consintió en poner el asunto en conocimiento de Goering. Winckler, con algunas dificultades, consiguió persuadir a Goering de considerar la propiedad

como una residencia oficial que pagaría la industria del cine «en préstamo» a Goebbels durante el periodo en que estuviera a cargo del cine alemán. Winckler volvió triunfante; los 500.000 marcos originales de Goebbels volvieron a su bolsillo, mientras él mismo se hacía cargo de la administración de la propiedad en nombre del Reich.

Goebbels daba gran valor a su obra literaria. Consiguió arrancarle a *Das Reich* 4.000 marcos por cada uno de sus artículos semanales y posteriormente, durante la guerra, rechazó una oferta de tres millones de marcos de la editorial del partido para publicar todos sus diarios una vez acabada la guerra (69). Parecía como si considerara que esos registros eran el único relato auténtico y verificado de la historia de la Alemania nazi y en su opinión valían mucho más que la suma ofrecida.

Aunque de gustos espléndidos en propiedades y ropas (tenía un enorme fondo de armario que creció hasta contener varios centenares de trajes), era la frugalidad en persona a la mesa. Sus invitados siempre se marchaban quejándose de hambre. Invitaba con frecuencia a gente del mundo del cine a almorzar o cenar con él, y se convirtió en costumbre para los que sabían de antemano lo poco que les aguardaba el acudir a un restaurante por su cuenta antes o después de la visita al ministro. Cuando se introdujo el racionamiento a gran escala durante la guerra, Goebbels insistió en que sus invitados se trajeran sus cartillas de racionamiento, y se pasaba una bandeja de plata para recoger los cupones.

Goebbels se oponía a los banquetes fastuosos que tanto deleitaban a otros líderes nazis, especialmente a Goering, cuyas famosas fiestas Goebbels se negaba a publicitar. Restó importancia deliberadamente a la recepción de gala en la Ópera que montó Goering cuando se casó con la actriz Emmy Sonnemann en abril de 1935. Cuando Goering celebró un lujoso baile en enero del año siguiente, Goebbels censuró las fotos y se negó a entregar para su publicación las que no le gustaban. En muy contadas ocasiones, sin embargo, era capaz de dar

fiestas a gran escala. En julio de 1936 patrocinó una «noche veneciana» en una isla del Wansee para tres mil invitados con una cena suntuosa y un bar enorme. Hubo bailes al aire libre y actuaciones de ballet. Se trataba de un encuentro internacional para los delegados que asistían a la convención de la Cámara de Comercio Internacional. Pero también se aseguró de que la prensa dijera poco al respecto. Otro ejemplo fue ese mismo año, cuando Goebbels dio una fiesta en el jardín de su propiedad en Schwanenwerder con ocasión de los Juegos Olímpicos que ese año se celebraban en Alemania. Esa fiesta, en la que algunos invitados se emborracharon y tuvieron mal comportamiento con algunas de las jóvenes actrices de los estudios de cine, fue un escándalo menor que tuvo que ser silenciado. Poco después Goering daría una enorme fiesta, una *Bierabend*, que en comparación fue un modelo de respetabilidad por deliberado contraste. Pero lo cierto es que a Goebbels le interesaban más bien poco, o nada, tanto la comida como la bebida y estaba decidido a hacer una virtud de esa permanente actitud de cuaresma para reprimir a gente más hambrienta que él.

Otto Dietrich ha proporcionado una extraordinaria descripción de la vida social de Hitler antes de la guerra, una vida en la que tanto Goebbels como su esposa estaban continuamente involucrados. El manifiesto protagonismo de Hitler en la política mundial lo podía haber convertido en anfitrión de innumerables personas de importancia que, le admiraran o no, hubieran dado la bienvenida a la oportunidad de hablar con él. Pero Hitler, que no soportaba ni discusiones sobre sus opiniones ni que las pusieran en entredicho, prefería pasar su tiempo de ocio con el mismo círculo banal de amigos que incluía a las esposas de ciertos ministros suyos y que siempre contaba con su favorita, Magda Goebbels. Los amigos íntimos de Hitler tenían que estar preparados para las constantes convocatorias que con la mínima antelación requerían su presencia a la mesa de Hitler, ya en Berlín o en Berchtesgaden; después de la comida escucharían sus interminables recuerdos que durarían hasta bien entrada la noche, porque el Führer no soportaba quedarse solo. En las

comidas y cenas más formales y en la Cancillería en las que había que entretener a invitados distinguidos, Goebbels hacía lo que podía por animar el ambiente cuando los invitados se quedaban en silencio, convertidos en audiencia apesadumbrada por culpa de los interminables monólogos de Hitler. Dietrich, que a menudo estaba presente en esas ocasiones, describe los esfuerzos sociales de Goebbels:

> Los visitantes dejan que Hitler hable; ellos no intervienen para nada. La excepción era Goebbels… que hacía sugerencias a Hitler durante la conversación, recogía las ideas de Hitler y las expandía por su cuenta y aprovechaba la oportunidad para obtener decisiones de boca de Hitler sobre los asuntos más diversos. Si Hitler no hablaba y Goebbels no metía cuchara, entonces con frecuencia había prolongados silencios embarazosos que el anfitrión esperaba que alguien rompiera intercalando bromas… Goebbels solía repetir entonces las últimas agudezas en jerga berlinesa… aunque se cuidaba de elegir sólo las historias más inocuas y que tuvieran como protagonista a Goering y no a él (70).

Hitler disfrutaba mucho de la compañía de actrices, y Goebbels siempre estaba dispuesto a presentárselas al Führer.

La necesidad que tenía Goebbels tanto de la compañía de mujeres como de intimidad sexual con ellas era enorme. Su vanidad exigía que las mujeres le amaran y cortejaran, y la incesante irritación que le causaba la inferioridad física de su estatura y su cojera era compensada hasta donde era posible por las satisfacciones que obtenía en la cama. Necesitaba una sucesión constante de amoríos para demostrar su superioridad como hombre de las artes y la cultura, y se ocupó de que nadie, ni siquiera su esposa, pudiera privarle de ese derecho. A principios de 1938 Schacht habló del asunto con Von Hassell, quien a su vez lo dejó por escrito en su diario:

> También me dijo que se desaprobaba mucho a Goebbels debido a sus relaciones con actrices y otras mujeres que dependen del Ministerio de Propaganda para tener trabajo. Se estaba convirtiendo en un escándalo demasiado grande. Hitler estaba enfurecido, a su vez, porque Goebbels también parecía querer divorciarse de su esposa. Goebbels, conociendo el estado de ánimo de la gente, se oponía a la política de guerra precipitada (71).

Siempre había un niño malcriado y frustrado agazapado en las sombras de la naturaleza de Goebbels y con las manos tendidas para acaparar golosinas. El devorar mujeres era parte de esta pasión infantil por el exceso en el placer hasta el hartazgo. Goebbels, sin embargo, tenía la inteligencia y el buen gusto suficientes para saber que a las mujeres había que halagarlas y cortejarlas aunque ellas mismas respondieran de buena gana a sus insinuaciones. Sabía cómo hablar a las mujeres, cómo besar sus manos y cómo enviarles flores y hacerles pequeños regalos, cómo preparar una cita nocturna y cómo usar la suavidad y los buenos modales en la cama. Cuando quería impresionar a una mujer le hacía regalitos personales y ramilletes de flores que ella sabría que Goebbels había elegido en persona y no por teléfono mediante secretario. Por encima de todo, dejaba que se tomara su tiempo; las prisas cotidianas eran abandonadas por la concentración atemporal del erotismo. Determinadas mujeres, orgullosas de contarse entre las que habían atraído la atención de un hombre con la posición privilegiada de Goebbels y de su buen gusto en materia amorosa, han admitido en privado que disfrutaron de sus relaciones pasajeras con él.

En cuanto a su matrimonio, Goebbels en un principio estaba bastante enamorado de su hermosa mujer. Eran el tipo de recién casados que disfrutaban intercambiando palabras cariñosas en público para causar impresión a los que los vieran. Y lo que causaban en realidad era diversión. Magda no era puritana, había crecido durante el mismo periodo de moral relajada que su nuevo marido y ella misma habían aprovechado. Magda estaba acostumbrada al lujo, y lo que

perdió durante un año o dos (cuando cesó la generosa pensión de su anterior marido) lo ganó por otro lado convirtiendo su piso en el centro social para los jerarcas nazis y deleitándose en la amistad que tenía con el Líder. No hay duda de que Hitler la tenía en alta estima y le prestaba mucha atención socialmente, mientras que ella a su vez lo adoraba.

Goebbels, sin embargo, insistió en que su esposa, como buena nazi, debía ser fértil y fecunda. Trató a su hijastro, Harald, con afecto, pero tanto su orgullo masculino como su deber patriótico exigieron la producción de vástagos propios a un ritmo de casi uno por año. El 1 de septiembre de 1932 nació su hija Helga; el 13 de abril de 1934, Hilde; el 21 de octubre de 1935 vino Helmuth; el 9 de febrero de 1937, Holde; el 5 de mayo de 1938, Hedda; y en octubre de 1940, Heide. La aliteración en los nombres fue resultado de algún capricho de Goebbels y su esposa. Hay muchos testimonios de la corrección con que Goebbels trataba a sus hijos. Les dedicaba todo el tiempo que merecían, jugando con ellos y siendo un buen padre, orgulloso de su rebaño en aumento.

Los constantes embarazos de Magda así como su tendencia a tener una salud frágil dejaron desatadas, hasta cierto punto, las energías de Goebbels para sus contactos cada vez mayores con las hermosas mujeres del teatro y del cine que excitaron sus pasiones exacerbadas. Aparentemente, Magda estaba dispuesta a soportar que Goebbels tuviera algún lío ocasional con actrices y mujeres de sociedad. En Schwanenwerder, en cualquier caso, contaba con la ventaja de disponer de casas de invitados y pabellones donde podía encontrarse con las mujeres que quisiera sin ser molestado. Sus favoritas parecían ser actrices y secretarias jóvenes, mujeres dispuestas a ofrecerse a él deslumbradas por la admiración.

En 1936, Goebbels conoció a la joven actriz checa Lída Baarová, que en ese momento trabajaba en Alemania. Aunque apenas tenía veinte años, ya había empezado a figurar con éxito en películas alemanas. Su vida privada estaba íntimamente ligada a la famosa

estrella Gustav Fröhlich, con quien vivía en su lujosa residencia en la isla de Schwanenwerder, cerca de la casa de Goebbels. Goebbels, por supuesto, la había visto con frecuencia en las innumerables fiestas y recepciones del mundo del cine a las que asistía como ministro, pero, como el resto del mundo, consideraba que estaba enamorada de Fröhlich y que posiblemente se casaría con el actor en cualquier momento. También se encontraron en Schwanenwerder, y fue Magda la que invitó en un principio a Baarová a que viniera a su casa a tomar en té. La invitación fue aceptada; y como esas ocasiones sociales crecían en número, la actriz empezó a presentir el interés personal que tenía en ella *Herr Minister*. Tenía casi la mitad de edad que él, pero ya se estaba cansando de su relación con Fröhlich. El encanto maduro de Goebbels la impresionaba cada vez más. Se estaba enamorando de él.

Así estaban las cosas en 1936 cuando, junto con muchas otras personalidades del cine y del teatro, Lída asistió al Congreso de Nuremberg; allí conoció a Hitler en presencia de Goebbels. Hitler comenzó disculpándose por el error que se había cometido al no habérsele enviado flores.

—¿Pero por qué, mi Führer? —preguntó ella.

—Porque se ha casado —dijo Hitler.

—No, mi Führer —replicó ella.

—Con *Herr* Fröhlich —insistió Hitler.

—No, mi Führer —respondió Lída.

—¿Cómo? ¿Que no está casada? —gruñó Hitler.

Entonces fue el turno de Goebbels de que le confirmara que todavía estaba libre. Le preguntó también, en voz más baja, si era verdad que ella y Fröhlich no estaban casados y si tenían intención de hacerlo.

—No, *Herr Reichsminister* —repitió ella.

El siguiente encuentro con Goebbels fue en una recepción un día o dos después. Había un gran número de personas presentes, pero Lída acabó sentada junto al ministro. La actriz era muy consciente de la intimidad que él intentaba establecer con ella en medio de la

muchedumbre. La orquesta cercana tocaba la cadenciosa melodía de la canción «Eleanor», y el cantante volvía una y otra vez al insistente estribillo recurrente: «*Ich liebe dich; Ich liebe dich*» [«Te quiero, te quiero»]. Con la multitud apiñada rodeándolos y presionando contra ellos, Goebbels se inclinó hacia ella y susurró con una sonrisa: «Ich dich auch» [«Yo también»]. Esa sería su primera declaración de amor a Lída.

Posteriormente, Lída asistió a otra recepción en el Congreso donde Goebbels se acercó a ella media hora antes del discurso que debía dar ante un público enorme. La invitó a salir de la sala de la recepción y a acompañarle a otra habitación donde, según dijo, podrían hablar en privado sobre su carrera. Lída se quedó sorprendida y no pudo sino expresar su asombro por el momento que había escogido Goebbels para llevársela aparte:

—Pero, *Herr Reichsminister*, ¿y su discurso…?

—Eso no importa —replicó Goebbels—. Estoy acostumbrado a este tipo de cosas. Lo que importa ahora es que quiero tener unas pocas palabras contigo en privado.

Completamente estupefacta, Baarová se retiró con él a otra habitación. Apenas estuvieron a solas, Goebbels le declaró su amor.

Baarová no sabía qué decir. Sólo podía sentir ansiedad porque dentro de unos pocos minutos el hombre que estaba a su lado estaría en el estrado frente a los micrófonos y ella sería simplemente una más entre el público que llenaba el enorme auditorio. Estaba a punto de protestar cuando él la besó en la boca. Sintió cómo su lápiz de labios dejaba marca en los de él, y se desesperó por no saber qué hacer a continuación. Pero todo lo que ocurrió fue que vio a Goebbels sonriendo y limpiándose el rostro con un pañuelo.

—Escucha —le dijo Goebbels—. Ahora tengo que irme. Pero no lo olvides; voy a hablar sólo para ti.

Ella se marchó temblorosa y ocupó su puesto entre el público. Goebbels sabía donde se sentaría ella. En un momento, cuando hizo una pausa en su discurso, miró directamente en la dirección de ella,

sonrió y, sacándose el pañuelo de su bolsillo, se limpió la boca allí donde había estado el lápiz de labios de Lída. Compartieron ese momento secreto mientras diez mil personas miraban sin sospechar el sentido del gesto.

Goebbels tenía un exquisito sentido de la oportunidad con las mujeres. Sabía cómo crear los encantos de la intimidad. Sabía que lo que le gusta a una mujer no es ver al hombre que ama empleando sus talentos en público o en la habilidosa consecución de sus asuntos de negocios; lo que valora de verdad es que demuestre que incluso en las ocasiones públicas puede dejar a un lado sus asuntos y dedicar toda su atención a ella y sólo a ella. La reputación de Goebbels de ser un hombre que trabajaba día y noche le sería útil en lo que respecta a las mujeres, porque sabía cómo dedicarles el halago definitivo por parte de un hombre ocupado, y dedicarles tiempo sin que pareciera importarle el que tuviera un compromiso en otro lugar.

—Pero, *Herr Reichsminister* —le dirían las mujeres antes de conocerlo de verdad—, ¿Qué pasa con su conferencia, su locución en la radio, su discurso…?

—Todo eso puede esperar —diría Goebbels—. Después de todo, estoy contigo.

Con la presión del beso de Goebbels en mente, Baarová esperó ansiosamente a su siguiente encuentro privado con él. Durante los dos años siguientes, Goebbels le dedicó lo que parecía tiempo ilimitado a su amante. Se encontraban a cualquier hora del día o de la noche. A él le encantaba hablar con Lída sobre ella misma; la ayudaba con sus problemas, por grandes o pequeños que pudieran ser. Lída vivía ahora en un pequeño apartamento en Berlín, pero la mayor parte de sus interludios amorosos tenían lugar en los pabellones privados de Goebbels, tanto en Lanke como en Schwanenwerder. Aunque el éxito de Baarová como estrella del cine significaba que era relativamente adinerada, insistía en usar un diminuto coche checo que traqueteaba ruidosamente y que incluso llegó a atraer la atención de Hitler como poco apropiado para una estrella: «¿Por qué Baarová no puede

comprarse un coche decente?», rezongó Hitler. Goebbels se ofreció al instante a darle uno, pero ella se negó. Le gustaba su viejo vehículo checo. Normalmente, Goebbels no intentaba hacerle regalos caros, sólo presentes bien escogidos que ella sabía que había elegido cuidadosamente porque sabía que le agradarían.

Empezó a ser evidente para mucha gente, aparte de ellos mismos, que estaban profundamente enamorados. Los altos pómulos de Baarová, característicos de la belleza eslava, fascinaban a Goebbels; así como su acento, con su lenta pronunciación checa en su voz sensual. No era más alta que él, y juntos hacían buena pareja. Para Goebbels la distintiva feminidad de Lída, sus pasiones, su dulzura, que ahora era una dulzura de madurez y no de la inocencia de la juventud, le hacían más feliz que nunca y también le era más fácil amar. Durante los dos años que estuvieron juntos no tuvieron nunca una sola riña. No había necesidad de las poses e histrionismos que habían caracterizado la actitud inmadura de Goebbels hacia el amor. Eran felices juntos sin tensiones ni presiones. No les preocupaba que los cotilleos de Berlín estuvieran centrándose en ellos. A ellos no, pero a Magda sí.

Invitó a Baarová a tomar el té. A la joven le pareció una invitación imponente. Magda, después de todo, era una de las mujeres más importantes en la buena sociedad alemana. Tenía casi veinte años más que Baarová. Tenía amigos poderosos, sin exceptuar, por supuesto, al mismísimo Hitler. Y también era la esposa del hombre al que Baarová amaba. La amante de Goebbels se puso muy nerviosa, pero sentía que debía aceptar la invitación y averiguar qué había detrás.

La reunión fue muy diferente de lo que había esperado Lída. Magda la puso en una situación embarazosa al ponerse muy emotiva. Empezó diciendo que conocía el amor que Joseph sentía por ella, y que si él necesitaba el amor de Baarová, entonces debía aceptar la situación. Entonces abrió su corazón a la muchacha. En esa situación, debían ser como hermanas la una para la otra. Debían tutearse. Debían darse un beso de hermanas. Baarová estaba asustada y disgustada al mismo

tiempo por la autohumillación de esta mujer que podía haber sido su madre. Todo lo que podía decir era: «*Ich kann nicht*» [«No puedo»]. Magda continuó presionándola, pero añadió en un tono muy serio cuando se despidieron: «Por mucho que ames a Joseph, jamás debes tener un hijo suyo». A eso, al menos, Baarová estaba completamente dispuesta a acceder, y así concluyó la visita. Magda, según se dio cuenta Baarová, tenía que ser la esposa oficial y la engendradora de hijos. Baarová tendría que seguir siendo la amante, como el resto de las mujeres de Goebbels.

Pero pese a la palabra de Baarová, Magda seguía sin estar satisfecha. Tuviera o no el corazón roto (y tanto Naumann como Wedel niegan las muchas historias que dicen que ella tampoco le era enteramente fiel a su marido), sabía que el orgullo exigía que emprendiera alguna acción para poner fin a la relación que se estaba convirtiendo cada vez más en un escándalo público. Goebbels no hizo caso de sus protestas y al final empezó a prepararse para el divorcio. Magda usó a los subordinados de Goebbels en el ministerio para recopilar pruebas; Karl Hanke, que le era devoto, llegó a correr el riesgo de espiar para ella. Entre los dos empezaron a reunir las pruebas necesarias para el divorcio. Mientras tanto, Magda se negó a dejar que su marido entrara en la casa de Schwanenwerder, y eso añadió más leña al fuego de los cotilleos berlineses. Hanke documentó el romance de Goebbels con la diligencia de un detective privado.

Cuando Hitler supo que la separación entre Magda y su esposo iba en camino de convertirse en divorcio, se escandalizó. Decidió que debía intervenir personalmente en el asunto. Magda le había contado a Goering sus intenciones y Goering se lo había contado a Hitler. El Führer la convocó a Berchtesgaden, sólo para oír de los propios labios de Magda que se negaba a tener nada que ver con su marido. Lo siguiente que hizo Hitler fue prepararse para ver a Goebbels. Regresó a Berlín y mandó a buscarlo. Goebbels le contó toda la verdad sobre él y Baarová, y se dice que afirmó estar dispuesto a dimitir al instante de su ministerio y que le destinaran a un puesto en el extranjero antes

que abandonar a la mujer que amaba. Se dice que Hitler se enfureció y dejó completamente claro a Goebbels que no estaba en posición de permitirse un escándalo de ese tipo. Era un funcionario destacado e indispensable del Estado alemán. Le ordenó que no volviera a ver a Baarová. Eso último, dijo, era un *Führerbefehl*, una orden que no podía ser desobedecida.

Parece que no hay duda de que Goebbels era completamente sincero en su amor por Baarová y en su disposición a sacrificar su posición como ministro si eso le permitía seguir con su relación con ella y puede que incluso hacer de ella su esposa cuando las cosas lo permitieran. Baarová afirmaba que nunca quiso que Goebbels diera el paso irresoluble de dimitir de su ministerio. Sí que hablaron de matrimonio, una vez que supieron las intenciones de Magda; Goebbels incluso habló de convencer al Führer para que le enviara al extranjero, a donde podría llevarse a Baarová. Pero Goebbels no tenía por costumbre discutir asuntos políticos con ella, y cuando Hitler finalmente intervino en el asunto y ordenó a Goebbels que terminara con la relación inmediatamente, la noticia le cayó a Baarová encima como un golpe cruel e inesperado. Fue convocada de improviso al despacho de Helldorf y se le informó de la orden del Führer.

Hitler eligió a Helldorf para que se encargara de ella porque en esos momentos era Jefe de la Policía. Baarová, presintiendo que habría problemas, se llevó consigo a una amiga íntima, Hilde Körber. Helldorf empezó contándole que por orden de Hitler ella y Goebbels debían dejar de verse durante al menos seis meses. Si para entonces seguían afligidos de amor, puede que se reconsiderara el asunto del divorcio. Mientras hablaba, Baarová se desmayó. Hilde Körber, que también estaba a punto de llegar a un estado de histerismo por las funestas noticias y su efecto sobre Lída, se apresuró a ayudarla y gritó pidiendo colonia. Helldorf, alarmado ante la violencia de la reacción que había causado en las dos mujeres, salió corriendo hacia el cuarto de baño junto a su despacho y agarró el frasco que tenía más cerca. El azar quiso, en un toque de comedia, que la botella que cogiese fuera

tónico capilar en vez de colonia. El error no fue descubierto hasta que el rostro de Baarová estuvo completamente bañado en el líquido. Con Hilde temblando a su lado, intentaron arreglar el desastre. Helldorf dejó a un lado los modales oficiales y le habló a Baarová como un amigo preocupado. Le dijo tan suavemente como pudo que si su relación amorosa no terminaba ya y para siempre, ya no sería asunto de proteger no sólo su carrera, sino su vida. Debía salir de Alemania tan pronto como fuera posible. Al oír eso, Baarová cedió al histerismo. Amenazó con suicidarse inmediatamente a menos que pudiera hablar con Goebbels antes de una hora. La vida ya no significaba nada para ella. Gritó y deliró hasta que al final Helldorf telefoneó a Hitler directamente para ver qué se podía hacer. En dos ocasiones se retiró a otra habitación para hablar con el Führer. Al final obtuvo el permiso necesario. Hilde llevó a la sollozante mujer de vuelta a su apartamento. Allí Baarová esperó al sonido de la voz de Goebbels.

Al final el teléfono sonó y ella oyó su voz hablándole. El tono de voz de Goebbels era calmado. Lo primero que dijo fue: «Te llamo desde la casa de mi amigo Hermann Goering». Hitler le había prohibido que hablara con ella sin un testigo al lado del teléfono. La llamó Liduschka, como siempre había hecho, y ella lloró inconsolablemente. Goebbels intentó calmarla. Habló del deber que tenían y de la necesidad de ser valientes. Entonces le dijo adiós y añadió enigmáticamente como final: «*Bleib wie du bist*», «No cambies nunca».

Goebbels se retiró solo a Lanke durante un día o dos para recuperar su autocontrol. Dejaron a Baarová llorando en soledad y sólo las palabras de Goebbels impidieron que cumpliera su amenaza de suicidio. Sus películas fueron retiradas de las pantallas y sus contratos cancelados. Yacía en la cama, enferma y deprimida. Goebbels jamás volvió a contactar directamente con ella, que se quedó algo de tiempo más en Berlín con la esperanza de volverle a ver antes de marcharse. Un día, Rach llevaba a Goebbels en coche por la avenida Kurfürstendamm cuando vieron a Baarová que conducía su pequeño

coche pegado al Mercedes oficial. Durante un momento, ambos coches estuvieron a la misma altura, y Baarová no pudo evitar seguir a Goebbels a la entrada trasera del Ministerio a la que supuso que iba. Los coches se pararon. Ella y Goebbels se miraron. El rostro de Goebbels no traicionó sentimiento alguno, pero ella supo que él había querido tener esa última oportunidad de mirarla larga y solemnemente. Puede que apenas durara un minuto, pero Baarová recordaría con claridad ese momento para siempre. Entonces Goebbels le hizo una seña a Rach; el coche se puso en movimiento lentamente, y así acabó todo definitivamente.

Hitler, de hecho, estaba decidido a mantener a su lado al hombre que tan útil le había resultado anteriormente, y había tomado la determinación de volver a reunir a Goebbels y su esposa. Al principio, Magda se negó a reconciliarse con su marido. Seguía presionando para obtener el divorcio. Pero Hitler, que para eso era el Führer, se aseguró de que la reconciliación que tanto quería tuviera lugar al fin. Convocó a ambos a Berchtesgaden y rehizo el matrimonio con sus propias manos. Una famosa fotografía en la primera página del *Berliner Illustrirte Zeitung* muestra a los tres juntos. El único que sonríe es Hitler. Como símbolo de la reconciliación, la última de sus hijas, Heide, fue concebida poco después de que empezara la guerra. Se la llamó la *Versöhnungskind*, el hijo de la reconciliación. Para ese entonces Goebbels había reanudado completamente su trabajo en el ministerio y había vuelto a perseguir ocasionalmente a amantes más inofensivas. Von Hassell dejó escrito que a finales de 1939 el «periodo de desgracia» de Goebbels a ojos de Hitler parecía haber acabado ya (72).

Cuando llegó el momento hacia el final de la guerra en que Goebbels creyó apropiado quemar todos sus documentos privados, su ayudante, Von Oven, recordaría que el ministro miraba una colección de viejas fotografías. De repente se detuvo en una y le mostró al joven un gran retrato de una mujer. «Mira», le dijo «ésta sí que es una mujer hermosa». Von Oven miró la fotografía. Era de Lída Baarová. Goebbels

se quedó mirando el rostro de la fotografía durante unos instantes, y luego rompió la foto con las manos. «Al fuego con ella», dijo Goebbels (73).

---

11. La *Winterhilfswerk* era una gran campaña benéfica anual del Partido Nacionalsocialista, con gran presencia en las calles y publicidad, para recaudar fondos para ayudar a los alemanes más necesitados a pasar el invierno *(N. del T.)*

12. Zona boscosa cerca de Berlín. *(N. del T.)*

Capítulo Seis

«Estos años triunfales»

Parece haber pocas dudas de que Goebbels, pese a sus artículos y discursos venenosos, hubiera preferido que la guerra no hubiera ocurrido. Sabía por experiencia lo que la propaganda, respaldada por las demostraciones de fuerza, podía lograr sin la dislocación de la vida nacional que supondría librar una guerra abierta con ejércitos. Sabía mejor que el propio Hitler que emprender una guerra con ejércitos implicaba poner la campaña nazi para la supremacía en manos de los soldados profesionales, que inmediatamente tendrían la oportunidad de intentar frustrar las ambiciones de Hitler amparándose en las exigencias de las tácticas militares.

Sin embargo, la suerte de Hitler siguió a su lado mientras recogía una a una las frutas más fáciles que le permitían escoger la guerra abierta. El nuevo Imperio Alemán, que ya había tomado Austria, Checoslovaquia y Memel, una ciudad que tenía frontera con Prusia Oriental y Lituania, incrementó su extensión con Danzig y Polonia Occidental en 1939 y con Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia en la primavera de 1940. Posteriormente en ese mismo año, Italia, que había entrado en la guerra justo a tiempo para participar de la caída de Francia, invadió Grecia usando para ello

sus bases en la Albania ocupada. Al mismo tiempo, Hungría y Rumanía se convirtieron en naciones sometidas a Alemania. Todos esos territorios, enteramente ocupados o no, tenían que ser vigilados y guardados. También había que suministrar propaganda nazi a esos territorios, a través de los agentes de Goebbels y Ribbentrop. Goebbels se esforzó por estar al día del estado de la moral en todos los territorios bajo dominio alemán y por diseñar las variaciones apropiadas de su propaganda básica para adaptarlas a esas diferentes necesidades.

Hitler se había vuelto muy seguro de sí y las contundentes y rápidas victorias sólo sirvieron para confirmar su opinión de que su análisis intuitivo de cualquier situación iba más allá de la visión de los hombres que le rodeaban. En una fecha tan temprana como el 10 de octubre de 1939, les hizo a sus oficiales al mando comentarios como los siguientes durante un discurso: «Como último factor debo nombrar con toda modestia mi propia persona: irreemplazable… Estoy convencido de mis poderes intelectuales y de toma de decisiones… no retrocederé ante nada y destruiré a todo el que se me oponga… En los últimos años he experimentado muchos ejemplos de intuición. Incluso en la situación actual veo la profecía (1)». Para Goebbels era obligatorio apoyar esa imagen de sí mismo que tenía el Führer, y pese a cualquier reparo ocasional que pudiera sentir acerca de las decisiones de Hitler, especialmente durante los largos intervalos durante la guerra en los que fue completamente inaccesible, en realidad nunca dudó del genio de Hitler. Como mucho, ante sus errores, consideraba que estaba extenuado, mal informado o mal aconsejado.

El deseo de Hitler de una guerra abierta crecía según se endurecía su estado de ánimo, especialmente contra Inglaterra, que había llegado a considerar como el principal enemigo que se oponía a su voluntad. Le dio la bienvenida a la guerra de una manera que su Plana Mayor, los soldados profesionales, no compartían. Según progresaba la guerra, la enfocaba cada vez más como si fuera un ángel vengador,

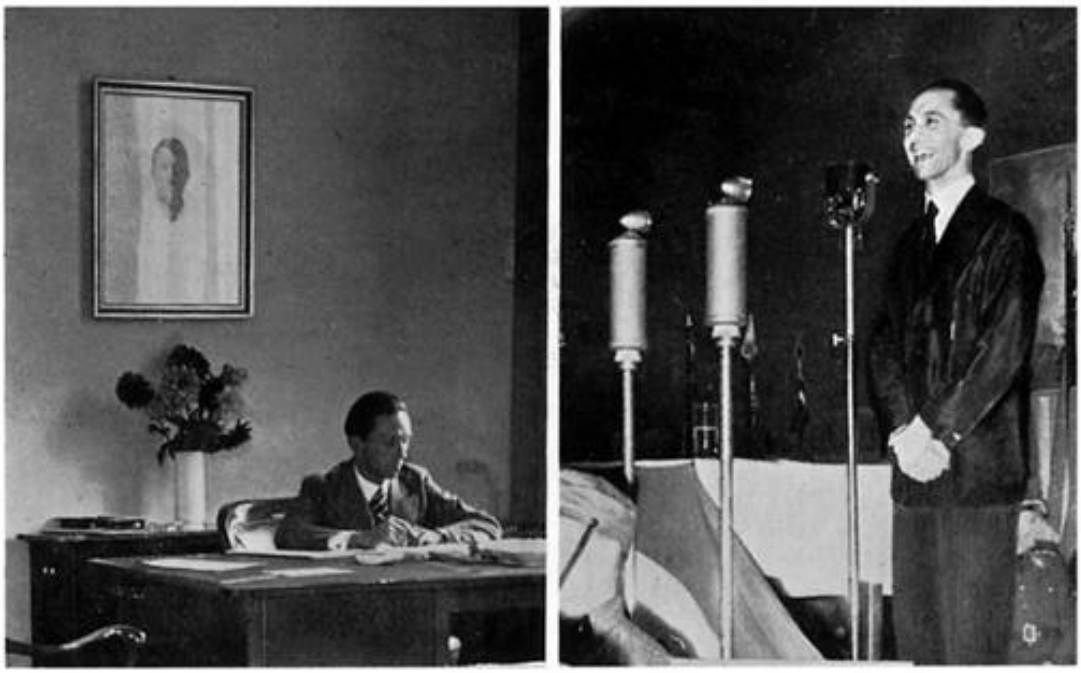
mientras que sus generales la entendían con la visión negativa de hombres más preocupados por la estrategia práctica.

Incluso durante esos dos primeros años de la guerra —«estos años triunfales», como los llamó Goebbels—, hubo determinadas dificultades frustrantes para un hombre del temperamento de Hitler, en particular la oposición del Alto Mando a la invasión de Inglaterra, la protesta de Mussolini ante muchas de las acciones de Hitler (especialmente su ocupación de Rumanía en 1940) y su propia desconfianza básica (pese a la visión optimista de Ribbentrop) del pacto con Rusia, cuyas acciones en el Báltico, cuando Stalin ordenó la ocupación de Estonia, Letonia y Lituania en junio de 1940, dejaban bien claro que Rusia no depositaba demasiada confianza en Alemania. A continuación, los rusos amenazaron los intereses que Hitler tenía en Rumanía, más específicamente los campos petrolíferos; eso fue lo que condujo a la subsiguiente ocupación alemana de ese país. Y además, Hitler fracasó por completo en su propósito de que Franco entrase en la guerra.

Tras la caída de Francia, Hitler se vio decepcionado en sus esperanzas de una capitulación inglesa. «Creo en conciencia que es mi deber», dijo en un discurso ante el Reichstag el 19 de julio de 1940, «apelar una vez más a la razón y el sentido común de Gran Bretaña… No veo razón por la que deba continuar esta guerra (2)». Pero si Inglaterra se convirtió en el principal obstáculo en la guerra de Hitler (teniendo en cuenta que abandonó la invasión y conquista de Inglaterra mediante la Operación León Marino, *Unternehmen Seelöwe* en alemán), el segundo era, sin duda, su propia presuntuosa ambición. Tan pronto como le convencieron a regañadientes de posponer la invasión de Inglaterra le encargó al ejército alemán la tarea de la Operación Barbarroja [*Unternehmen Barbarossa*]: la invasión de la Rusia Soviética. También se vio obligado casi simultáneamente a proporcionar tropas alemanas para invadir los Balcanes debido al ataque sorpresa de Mussolini contra Grecia, que no había sido planeado en cooperación con Hitler, cosa que ofendió profundamente

a éste. Hitler descubrió que tenía que proporcionar la fuerza necesaria para mantener a las tropas italianas en el terreno, no sólo en Grecia sino también en África del Norte, donde los Aliados lograron su primera victoria notable al derrotar de forma aplastante a las fuerzas de Graziani en Sidi Barrani en diciembre de 1940. Pero incluso mientras se prestaba a salvar el honor de los italianos, establecía los fundamentos para la invasión de Rusia. También urgía a Japón a que atacara a Inglaterra en el Extremo Oriente, pero Japón diseñó sus propios planes y precipitó a los Estados Unidos a la guerra cuando atacó Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Una vez más, Hitler se quedó completamente sorprendido.

Los jerarcas nazis posando tras el nombramiento de Hitler como Canciller, 30 de enero de 1933. *En el centro, de izquierda a derecha*: Goebbels, Hitler, Röhm, Goering; Himmler y Hess, más a la derecha.



Goebbels en su despacho del ministerio (*izquierda*); y (*derecha*), en el estrado de la Tennishallen, 1933.

Goebbels como orador y figura política. *Derecha*, incitando a una muchedumbre contra los judíos, 2 de abril de 1933. *Izquierda*, el pogromo resultante contra tiendas propiedad de judíos.

La quema de libros, mayo de 1933.

Mientras tanto, Hitler se encontró con que Yugoslavia, que se interponía en su camino hacia Grecia, osaba oponerle resistencia. Los bombarderos alemanes fueron enviados a destruir la capital, y en el curso de tres días mataron a más de 17.000 personas. Goebbels estaba en su despacho a las seis de la mañana del primer día de la Operación Castigo, como se llamó a ese bombardeo vengativo (3). Ese mismo mes, abril de 1941, Yugoslavia capituló y los ingleses se retiraron de Grecia. El honor de Mussolini había quedado a salvo por el momento. Para reforzar su supremacía, Hitler envió a un general prácticamente desconocido, Erwin Rommel, a que se pusiera al mando de las fuerzas en África del Norte. Las esperanzas británicas de una victoria fácil en África del Norte se desvanecieron, y Hitler volvió su atención una vez más hacia la Europa del Este. En una serie de conferencias con el Alto Mando, Hitler creó sus planes para una conquista rápida de Rusia, territorio que debía convertirse en una enorme fuente de suministros de comida para los ejércitos de Hitler. Entonces tendrían vía libre para

volver y pulverizar a Inglaterra. Pese a eso, Rudolf Hess, creyendo que actuaba según el deseo más querido de Hitler, hizo un último intento espectacular por lograr un acuerdo pacífico con los británicos al emprender su fantástica misión volando hasta Inglaterra en su Messerschmitt el 10 de mayo de 1941. Hitler, que pareció tan sorprendido como Churchill al saber lo ocurrido, prosiguió con la organización de Barbarroja. Los ejércitos alemanes atravesaron la frontera rusa al amanecer del 22 de junio. A los pocos días habían penetrado profundamente en el territorio soviético y a las tres semanas habían llegado a Smolensk, a unos 350 kilómetros de Moscú.

Las diferencias tácticas entre Hitler y el Alto Mando empezaron a salir a la luz en ese momento; mientras que los soldados profesionales querían seguir hacia Moscú, Hitler deseaba los graneros de Ucrania. Sólo él estaba en posición de invalidar la decisión de los militares, y al hacerlo convirtió lo que podía haber sido una gran derrota de los rusos en una fase del conflicto que se convertiría en el punto de inflexión de la suerte de los nazis. Los alemanes avanzaron hacia Kiev, y Hitler fue víctima de la confusión en cuanto a su selección de objetivos a lograr, mientras las lluvias otoñales llegaban para preparar el terreno a las nieves del invierno. Quería Leningrado, quería Moscú (y en octubre estuvo a sólo ciento treinta kilómetros de esa ciudad), y quería la costa del Mar Negro y el Cáucaso. El frente de batalla tenía más de mil quinientos kilómetros de extensión, y había más de un millón de prisioneros rusos que controlar. Goering, en una conversación con Ciano[13] tras la reunión de noviembre con los fascistas italianos en Berlín para sentar las bases del Nuevo Orden Europeo, se jactó de que ese año entre veinte y treinta millones de personas morirían de hambre en Rusia, y que los prisioneros rusos habían empezado a comerse entre ellos. Hitler creía que Rusia ya estaba casi derrotada y obligó a sus congelados ejércitos a seguir presionando en su campaña en condiciones de frío atroz. El día antes de que Hitler oyera, para su asombro, la noticia del ataque japonés en Pearl Harbour, los rusos también le habían sorprendido con una

enorme contraofensiva diseñada para aliviar la amenaza que pendía sobre Moscú. Pese a todo, Hitler declaró formalmente la guerra a Estados Unidos sin pensar que alguna vez pudieran amenazarle en Europa. Roosevelt, según afirmaba, era el instrumento de los judíos.

Hitler consiguió detener la ofensiva rusa y salvar a sus tropas de una retirada napoleónica en lo más crudo del invierno. Se nombró a sí mismo Comandante General del Ejército Alemán; despojó a varios generales de sus mandos, y en algunos casos de su rango. Hizo saber que culpaba al Alto Mando del fracaso a la hora de subyugar Rusia. Ordenó que nadie se retirara, fuese cual fuese el coste en vidas. Pertrechados inadecuadamente para resistir el intenso frío, sus hombres morían congelados por decenas de miles sin necesidad de que intervinieran las armas soviéticas. Los rusos fueron mantenidos a raya a un coste terrible hasta que llegó la primavera de 1942 y Hitler pudo volver a insuflar fuerzas a su ejército, complementado con tropas finlandesas, rumanas, húngaras e italianas cuyo valor para él era sólo estadístico. «En estos momentos todos sentimos la grandeza de los tiempos en que vivimos», dijo en un discurso público en marzo. «Se está forjando un nuevo mundo (4)». Y entonces se concentró en alcanzar Stalingrado en el Volga y los campos petrolíferos caucásicos. Hacia septiembre, Stalingrado se estaba convirtiendo en el punto decisivo de la campaña rusa, y había que capear un segundo invierno a lo largo de un frente de enorme longitud. Hitler se negó a ver los grandes peligros a los que se exponía. Goebbels estaba horrorizado por las historias que su consejero Rudolf Semmler le contó tras un periodo de servicio en el frente ruso, que culminó en la mismísima Stalingrado.

Anteriormente, a finales de mayo, la RAF había efectuado la primera de sus incursiones de bombardeo contra la industria bélica alemana. Ahora tanto los alemanes que estaban en casa como los que estaban en el temido frente ruso supieron a su propia costa cuál era el amargo precio de la ambición de Hitler.

Tal es la imagen general de los tres primeros años de la guerra; las ciento cincuenta semanas que vieron el máximo esplendor de las victorias de Hitler antes de que su suerte empezase a retroceder. Para Goebbels fue un periodo de trabajo intenso, grandes dificultades y de mucho interés, ya que debía llamar perpetuamente la atención sobre las noticias adecuadas en los momentos adecuados y para los públicos adecuados.

La guerra para Goebbels, por supuesto, se libraba mediante la propaganda. Los documentos más íntimos que sobreviven de ese periodo son secciones de los propios diarios mecanografiados de Goebbels (que comienzan el 21 de enero de 1941) y un diario de sus experiencias con el *Reichsminister* que escribió Rudolf Semmler, un miembro del personal de Goebbels que fue promocionado para trabajar en su círculo íntimo a finales de 1940. *Frau* Semmler conservó el diario de su marido después de la guerra, y se han publicado extractos de éste. Los extensos textos mecanografiados de Goebbels (unas 7.000 páginas en total, chamuscadas y ahumadas) escaparon por poco de la quema a manos de soldados rusos en el patio trasero del edificio del Ministerio de Propaganda; fueron rescatados involuntariamente por un chatarrero en busca de algo que recoger para poder venderlo. Louis P. Lochner emprendió entre 1947 y 1948 la tarea de editar una generosa parte de estos diarios.

Desde el principio, Goebbels parece ser consciente de que la guerra sería ardua y larga. Hans Fritzche, que cuando empezó la guerra era Director de la División de Prensa de Goebbels, recordaba tiempo después que el ministro le había dicho:

> Lo que el burgués llama el temperamento o el ánimo del pueblo no es un factor decisivo en tiempos de guerra. El entusiasmo es como una hoguera de paja, que no nos es de utilidad ni tiene sentido alimentar. Después de todo, ¿cuánto durará? No nos hagamos ilusiones al respecto: será una guerra larga y dura. Para esta guerra, una determinación firme que se manifieste en el

cumplimiento diario de los deberes será más necesaria que la ruidosa celebración de victorias (5).

Determinados periodistas norteamericanos, como Shirer, permanecieron en la Alemania en guerra para informar de los acontecimientos y dar ocasionalmente alguna visión de primera mano de Goebbels en su trabajo. El 22 de agosto, unos pocos días antes de que se declarara la guerra, Shirer se asombró al abrir el periódico de Goebbels, *Der Angriff*, y leer:

> El mundo contempla un hecho colosal: dos pueblos se han colocado bajo la base de un acuerdo común de política exterior que durante una larga y duradera relación de amistad ha producido el fundamento de una comprensión común (6).

Esto, viniendo del conquistador del Berlín Rojo, era algo asombroso. Pero el propósito de Goebbels era expresar lo que debía ser expresado, no lo que a él le hubiera gustado expresar. No se le había puesto al corriente por adelantado del Pacto Germano-Soviético, así que no tuvo tiempo para prepararse. Todo lo que pudo hacer era seguir el cambio radical en política exterior del día.

Goebbels se concentró en los muchos acontecimientos de los que se podía sacar provecho. El 3 de septiembre, el *Athenia,* un buque de pasajeros inglés en el que viajaban principalmente mujeres y niños de camino a Montreal, fue hundido por un torpedo; Goebbels anunció la noticia a su manera.¡Afirmó que Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, había ordenado en persona la destrucción del *Athenia* para poder acusar del acto a los alemanes! En otra ocasión adoptó los métodos del ataque por sorpresa; convocó a los periodistas extranjeros a una conferencia de prensa de aparente importancia el 24 de septiembre sólo para aparecer «resoplando como un toro» (palabras de Shirer) y… ¡desmentir una historia publicada por un periodista norteamericano, Hubert R. Knickerbocker, que afirmaba que los

principales líderes nazis habían depositado oro en el extranjero por si se daba el caso de que perdieran la guerra!

Si ésos eran ejemplos de error de juicio por su parte, Goebbels también tenía sus éxitos. Cuando Francia se rindió, fue idea de Goebbels que el vagón de tren al que habían acudido los alemanes convocados por Foch en 1918 para firmar la paz fuera sacado de su museo especial en París y devuelto a su lugar en el Bosque de Compiègne de forma que la admisión formal de la derrota de Francia tuviera lugar en las mismas circunstancias. Ahí estaba, en un claro bajo los árboles, patético como una pieza de maquinaria ferroviaria desechada. En su salón estrecho y deslucido, los representantes de la nación derrotada se acercaron lentamente para enfrentarse al Führer, que estaba sentado en el mismo sillón que ocupara Foch veintidós años antes. Hitler apenas podía ocultar los estremecimientos producidos por las sensaciones de triunfo bajo la severa expresión que puso para las cámaras.

Fueran cuales fueran los problemas u oportunidades que ocurrieran a consecuencia de los imprevistos de la guerra, la principal tarea de Goebbels era supervisar el comportamiento de la gran maquinaria de propaganda interconectada que había construido durante los diez años anteriores y expandirla para acomodarla a las necesidades de la guerra. Esa máquina estaba concebida para encajar tanto entre el partido y el Estado como entre el propagandista y su público en todo departamento de expresión y en todo nivel de pensamiento de la nación.

Los principales instrumentos de poder eran por un lado el Departamento de Propaganda del Partido y por el otro el Ministerio y la Cámara de Cultura del Reich. Al frente de cada una de esas instituciones, (como director, ministro y presidente, respectivamente), se hallaba un mismo hombre, Goebbels en persona.

El Departamento de Propaganda era una sección del Partido Nacionalsocialista y, por tanto, estaba directamente entroncado con el movimiento político del partido en conjunto. Además del

Departamento de Propaganda de Goebbels, el partido tenía una división de prensa bajo el control de Otto Dietrich y una sección que se ocupaba de la administración comercial de la prensa, dirigida por Max Amann, un borracho avaricioso que amasó una fortuna incontable y cuyos deberes oficiales llevaba a cabo en su lugar su eficiente e incansable lugarteniente, Fritz Reinhardt.

El Departamento de Propaganda empleaba a funcionarios a tiempo completo con sueldo y a tiempo parcial sin sueldo cuya responsabilidad era velar porque todo aspecto de la labor de propaganda funcionara con efectividad de mil maneras diferentes, desde el uso público de altavoces y panfletos a la recolecta de dinero para uno u otro fondo oficial. Esos funcionarios, por ejemplo, y sus ayudantes voluntarios eran los publicistas y promotores del partido, y se le concedía gran importancia a la formación de oradores y agitadores en centros especiales de entrenamiento en cada uno de los *Gau* o Distritos del Partido, de los que había cuarenta y tres en Alemania. Había incluso un Certificado de Orador del Partido que se concedía a los agitadores ambiciosos que consiguieran ganárselo. Según su habilidad y efectividad, los oradores eran clasificados como Oradores del Reich, es decir, oradores bien conocidos a nivel nacional, Oradores de Pelotón, buenos para campañas intensivas y Oradores de Distrito, limitados al trabajo local. El Partido y el Ministerio emitían constantemente instrucciones detalladas para esos oradores sobre qué debían decir y cómo debían decirlo. Hacia 1940, 140 funcionarios a tiempo completo se ocupaban únicamente de asignar recorridos y planificar las intervenciones de los oradores del partido. Otras secciones del Departamento de Propaganda se ocupaban de la puesta en escena de manifestaciones y demostraciones (con su público asistente), la promoción de programas de radio de contenido político y la organización de su recepción a nivel nacional y local a través del sistema de «monitores radiofónicos» voluntarios, la producción de cortometrajes propagandísticos y su exhibición mediante unas 1.500 unidades móviles, y la organización de «monitores de propaganda» locales para que sirvieran de enlace entre el Partido y todo elemento

de la comunidad. Los monitores de propaganda eran particularmente importantes en el trabajo con la juventud y, entre otras actividades, eran responsables de realizar las ceremonias religiosas para las Juventudes Hitlerianas, que eran adaptaciones de los servicios religiosos incluyendo lecturas de los evangelios basadas en el *Mein Kampf* y el Credo Hitleriano (7).

Desde el punto de vista de Goebbels, era muy desafortunado que el veterano nazi Max Amann siguiera a cargo de la parte comercial de las publicaciones del partido. Como director de la editorial e imprenta centralizada del partido, la Eher Verlag, tenía el control sobre la maquinaria editorial: libros, revistas, panfletos y toda la red de periódicos del partido. De manera similar, Otto Dietrich, otro antiguo amigo y asociado de Hitler desde los primeros tiempos, tenía control sobre la línea editorial de los periódicos del partido de todo el país y también de los «monitores de prensa», los voluntarios de enlace políticos entre las comunidades locales y la prensa. Ningún periódico nuevo «independiente» podía crearse sin el consentimiento tanto de Amann como de Dietrich. Aunque sus departamentos estaban separados del de Goebbels dentro del partido, se suponía que tenían que cooperar con él de manera coordinada en su condición de Ministro de Propaganda. Sin embargo, Dietrich tenía autonomía para hacer declaraciones a la prensa, y las relaciones entre él y Goebbels con frecuencia eran tensas debido a esto (8). Desde sus oficinas principales en Berlín y Múnich, Amann y Dietrich supervisaban de manera altamente organizada todo periódico controlado por los nazis y a todo periodista alemán, tanto en el país como en el extranjero. También organizaban la selección y formación de los jóvenes miembros del partido que aspiraban a convertirse en periodistas. Todo *Gau* tenía su oficina de prensa para encargarse de las relaciones de la prensa del partido a nivel regional y por debajo de estas había unas 840 oficinas de prensa locales responsables entre otras tareas de la distribución y venta apropiadas de los numerosos periódicos del partido.

Como Ministro de Propaganda, Goebbels se aseguró de que no hubiera ninguna división de poder de ese tipo entre él y Dietrich en lo que concernía a la maquinaria de propaganda del partido. Ya hemos visto que no tuvo un éxito completo a la hora de poner todos los aspectos de la propaganda bajo su supervisión directa; cuando Ribbentrop llegó al poder como Ministro de Exteriores le arrebató el control de la propaganda alemana en el extranjero y montó conferencias de prensa rivales para los periodistas extranjeros. Tanto Goebbels como Ribbentrop fundaron sus propios clubes de prensa, pero Goebbels le ganó al conseguir cartillas de racionamiento para obreros empleados en trabajos pesados para los corresponsales en septiembre de 1939. Shirer afirmó que Goebbels creía que el camino hacia el corazón de un periodista era a través de su estómago; esa concesión implicaba que tenían doble ración de carne, pan y mantequilla (9). Las cartillas de racionamiento se distribuían cada quince días, después de las conferencias de prensa previstas. También se animó a los corresponsales a importar comida de Dinamarca. Ribbentrop y Goebbels competían para impresionar a aquellos periodistas extranjeros cuyas cuentas de gastos eran menos generosas que las pagas que recibían sus colegas más afortunados, y los sobornos llegaron a extenderse a otros placeres además de la comida y la bebida.

Hablando en términos muy generales, mientras que la maquinaria propagandística era una organización ejecutiva que velaba por la aplicación efectiva de las políticas y directrices del partido, el Ministerio de Propaganda tenía una función creativa. Organizaba y coordinaba las relaciones públicas del gobierno. Pero Goebbels conocía demasiado bien el peligro de que se solaparan áreas, e hizo lo que pudo para entrelazar las dos máquinas de forma que se alimentaran la una a la otra en vez de frustrarse mutuamente. También le concedió la oportunidad que quería para someter a los «independientes», Amann y Dietrich. Dietrich se convirtió en uno de sus subsecretarios con responsabilidades especiales en las divisiones de prensa nacional y extranjera; Amann fue uno de los vicepresidentes

bajo el mandato de Goebbels en la Cámara de Cultura del Reich, con responsabilidades especiales en la Cámara de Prensa.

El propio Ministerio de Propaganda había aumentado en quince divisiones; y a ésas había que sumar las siete Cámaras de Cultura que a su vez se coordinaban con las divisiones apropiadas del Ministerio. Una de esas divisiones se ocupaba exclusivamente de los problemas de coordinación. Como en una agencia publicitaria, era muy importante asegurarse de que cada campaña implicase un esfuerzo total, usando todos los recursos de todas y cada una de las divisiones. Esta División de Coordinación también era un departamento de planificación, formado por expertos que eran autoridades en todos los aspectos posibles de la vida y las actividades en Alemania y en el extranjero. Por ejemplo, ese departamento organizó exhibiciones itinerantes especiales, como la irónicamente titulada «Paraíso Soviético» de 1941-42, y un congreso antijudío en 1940 para el cual se recopilaron cuidadosamente documentos e imágenes que denunciaran «la rapacidad, la sexualidad incontrolada y la naturaleza parasitaria de los judíos (10)».

Aparte de las divisiones de personal y administrativas que supervisara el propio Ministerio, había divisiones que se ocupaban de las principales formas de expresión (cine, teatro, música, bellas artes y literatura), de la prensa, del tráfico y del turismo y del entretenimiento de las fuerzas en combate. Además, otra división se ocupaba de la propaganda en el extranjero, trabajando tan estrechamente como permitía la discordia reinante con el Ministerio de Ribbentrop o con Bohle, director del departamento especial que controlaba a los alemanes en el extranjero. A menudo había, por ejemplo, considerables diferencias de opinión entre determinados embajadores en países neutrales y sus agregados de prensa, que eran nombrados por Goebbels. Pero, como se ha visto, se esperaba de todo alemán al que se le concedía permiso para viajar al extranjero que contribuyera con su parte de propaganda en nombre del país o de lo contrario era poco probable que se le concediera el permiso,

especialmente en tiempos de guerra. Las agencias de noticias controladas por los alemanes continuaron trabajando a mayor escala incluso en aquellas zonas donde todavía tenían libertad para operar, como Latinoamérica, Suecia, Suiza y Portugal.

En casa, Amann y el consejero económico de los nazis, Max Winckler, habían adquirido tantos periódicos como pudieron para la organización de prensa del partido. Habiendo impuesto condiciones imposibles para la prensa mediante varios decretos (como el de abril de 1935 que, para asegurar la «independencia de la industria editora de periódicos (11)», prohibía cualquier transferencia de propiedad sin permiso expreso, o la subvención de cualquier periódico perteneciente a organizaciones independientes, como las entidades religiosas), Winckler había recibido instrucciones de ofrecer un precio nominal por cualquier publicación que tuviera dificultades. Gradualmente, el partido adquirió la gran mayoría de los periódicos alemanes a un coste relativamente bajo, y a veces a ningún coste, exceptuando alguna forma de compensación amañada pagadera en alguna fecha posterior. Hacia el año 1941, la circulación de los periódicos alemanes (24.600.000 ejemplares) representaba en gran parte la de la prensa propiedad del partido, e incluía las ventas en los países ocupados (12).

En el Ministerio se celebraban conferencias diariamente para orientar y controlar a los representantes de la prensa, y las directrices por escrito (que sólo se entregaban a determinados delegados acreditados de cada periódico) eran las instrucciones dirigidas a los directores. Fue Mussolini el primero que usó el término «orquestación de la prensa»; al hacerlo, definió exactamente lo que Goebbels esperaba conseguir con sus conferencias de prensa. «Aunque la política periodística alemana sigue teniendo un propósito informativo, su principal objetivo es instruir y dirigir la opinión pública», escribió Goebbels en un memorando interno enviado a sus oficinas de distrito al comienzo de la guerra (13).

La radio, como se ha visto, había caído bajo el control del Ministerio de Goebbels tan pronto como se le presentó la primera

oportunidad en 1933, y se creó una división especial para supervisar las transmisiones en Alemania. Ese mismo año se organizó el sistema de vigilantes voluntarios en nombre del partido, los monitores radiofónicos, mientras que la Cámara de Radio del Reich se ocupaba de la pureza política de los responsables de todo aspecto de las transmisiones radiofónicas. En tiempos de guerra, la posición en lo que concernía a escuchar noticias o programas emitidos por naciones extranjeras se volvió extremadamente complicada cuando Alemania ocupó gran parte de Europa. En 1942 los alemanes podían escuchar cualquier estación en Bélgica, Holanda, la Francia Ocupada, Polonia, Noruega, Yugoslavia y la Rusia Ocupada. Por otro lado, escuchar emisoras danesas era delito porque nominalmente seguía siendo independiente desde el punto de vista político y por tanto tenía libertad para citar noticias o declaraciones procedentes de los Aliados. Incluso era delito escuchar transmisiones de países aliados de Alemania, como Italia, Hungría o Rumanía. Había, sin embargo, un sistema rigurosamente controlado de permisos de escucha para funcionarios gubernamentales y otras personas para las que el desempeño de sus funciones requería que estuvieran en contacto con lo que decía el enemigo. Esos permisos a menudo estaban limitados a programas de un tipo particular y estrictamente restringidos a los periodos de servicio. Un escucha de radio, por ejemplo, cuyo trabajo consistía en transcribir los noticiarios y comentarios de la BBC, sería un criminal si seguía escuchando la BBC fuera del horario de trabajo, y también era un crimen si hablaba con personas «no contaminadas» de lo que había escuchado. Ser descubierto escuchando clandestinamente transmisiones prohibidas significaba prisión y campo de concentración. Pero la curiosidad por las radios extranjeras era naturalmente intensa. Goebbels se queja constantemente en sus diarios de guerra de las excusas descabelladas que la gente se inventaba para obtener un permiso de escucha de su ministerio.

El ministerio de Propaganda diseñó un ingenioso sistema para ocupar las instalaciones de radio de otros países en el momento en que fueran invadidos por el ejército alemán. Charles Rollo obtuvo el

siguiente relato de la «ocupación» de la emisora Hilversum en Holanda de boca de uno de los locutores de la estación, que huiría a Inglaterra posteriormente:

> El día después de que se hubiera rendido el ejército holandés llegaron reporteros de la radio berlinesa, unos treinta, a Hilversum. Venían preparados para reemplazar cualquier equipo que se pudiera haber roto e incluso, si hacía falta, instalar nuevos aparatos. Traían con ellos suficientes programas transcritos al holandés para dos semanas de emisión, y hojas de programación de radio listas para repartir. Tras reflexionar un poco, sin embargo, decidieron dejar que los locutores de Hilversum siguieran como de costumbre, exceptuando que toda la música de compositores ingleses, franceses o judíos fue prohibida y que durante unos pocos días se suspendieron todas las emisiones. Cuando se reanudaron las noticias, se les dijo a los locutores holandeses que podían decir lo que quisieran; había guardias con revólveres cargados en las manos para disuadirles de hacer comentarios inapropiados. Era una línea de actuación brillante. El pueblo holandés, al reconocer las voces de los antiguos locutores, se sintió tranquilizado, y muchos llegaron a la conclusión de que las cosas no serían tan malas después de todo… hasta que la brutalidad nazi destrozó esa ilusión reconfortante. Por cierto, entre los camiones de la unidad de radio alemana había uno que seguía esperando a que lo descargaran. Contenía dos meses de programas de radio grabados, con la etiqueta «Para Inglaterra (14)».

Goebbels diseñó cuidadosamente una línea de acercamiento a llevar a cabo por Alemania ante el oyente extranjero antes de la conquista. La primera etapa era establecer una atmósfera amistosa: Alemania como vecina. La segunda etapa implicaba críticas que evolucionaban hasta el ataque abierto contra el país y la política de sus líderes. La tercera etapa involucraba amenazas de violencia venidera y la necesidad del pueblo de librarse de sus líderes y

capitular. La última etapa era el periodo intermedio de confusión deliberada mientras los alemanes tomaban el control de las transmisiones del país desde las estaciones.

La RRG, la Compañía Radiofónica Alemana propiedad del Ministerio, seguía siendo responsable de la totalidad de la radio alemana, que en tiempos de guerra se convirtió en una repetición continua de dos elementos: distracción e instrucción. La instrucción (noticias, charlas políticas, propaganda) estaba diseñada en estrecha colaboración con la División de Radio del Ministerio; el Director de la División de Prensa Nacional, Hans Fritzche (que más tarde estaría entre los acusados de los Juicios de Nuremberg y que sería absuelto), era una de las personalidades más destacadas que intervenían en la radio durante la guerra, y los artículos más cuidadosamente escritos de Goebbels, los que escribía para *Das Reich*, eran leídos con regularidad a la audiencia para darles cobertura intensiva.

En cuanto a la distracción, Goebbels en persona impulsó lo que llamó programas «más alegres y animados» en 1941, debido principalmente a la necesidad urgente de esparcimiento, especialmente entre las fuerzas armadas (15). En un artículo publicado en marzo de 1941 en el *Völkischer Beobachter* escribió defendiendo la relajación de las normas que hasta ese entonces prohibían estrictamente la emisión de jazz, aduciendo que esa música reflejaba un espíritu judío o negroide, según lo que pareciera apropiado en el momento de hablar:

> Nuestra experiencia con los problemas de emisión nos ha enseñado que la organización de programas de radio no debe depender tanto de la teoría como de la práctica. Los soldados en el frente, después de una dura batalla, aprecian lo que llaman «música decente», lo que significa música ligera, en sus fríos e inhóspitos cuarteles. La gente en general está demasiado cansada para absorber más de dos horas de un programa exigente. Si un hombre que ha trabajado duro durante doce o catorce horas quiere oír música pese a todo, tiene que ser una música que no le exija

> demasiado. Después de muchos preparativos, se emitirán dos programas durante la emisión principal: uno en la Deutschlandsender [literalmente, «emisora alemana»] para música seria y clásica, otro en la Reichssender para música ligera de entretenimiento, especialmente durante la noche… Es importante asegurar el buen humor tanto en el frente como en casa (16).

Incluso estaba preparado para admitir el jazz para las fuerzas armadas:

> Nos gustaría hablar con franqueza sobre si la radio alemana debería o no emitir la música llamada «jazz». Si «jazz» significa música que desprecia por completo o incluso se burla de la melodía, y en la que el ritmo se muestra principalmente como una fea cacofonía de instrumentos ofensivos a nuestros oídos, entonces nuestra respuesta sólo puede ser negativa… Por el contrario, tampoco hay que afirmar que los valses de nuestras abuelas y abuelos sean el culmen de la evolución musical y que cualquier cosa posterior sea mala… No vivimos en la época Biedermeier[14] sino en un siglo cuya melodía viene determinada por el zumbido de las máquinas y el rugido de los motores… La radio debe prestar la atención debida a ese hecho si no quiere correr el riesgo de quedarse anticuada… nos sentimos impelidos a considerar las exigencias justas de nuestros soldados y trabajadores (17).

Entonces Goebbels anunció mediante ese artículo que habría un Programa para las Fuerzas Armadas, organizado por Hans Hinkel, gerente de la Cámara de Cultura del Reich, que emitiría música popular de todo tipo. Hinkel también era director de la División de Entretenimiento Militar del Ministerio de Propaganda.

El Servicio Nacional Alemán, a diferencia del Programa de las Fuerzas Armadas, consistía en poco más que largos periodos de música (en su mayor parte de gran calidad) punteados por boletines de noticias, charlas, entrevistas, informes de testigos oculares y

emisiones relacionadas con la guerra. Las grandes personalidades de las ondas eran Goebbels y Fritzsche, aparte, claro está, de Hitler, cuya voz se oía cada vez menos según avanzaba la guerra y sus apariciones en público disminuyeron hasta casi desaparecer. Goebbels hablaba de la manera relajada del profesional con formación, su hermosa voz pronunciaba con seguridad toda palabra y frase de su guion cuidadosamente redactado. Fritzsche atraía la atención desarrollando un estilo irónico con el humor poco sutil que tanto apreciaba la mayoría del público de clase media-baja a la que iban dirigidas sus emisiones de máxima audiencia. Su principal función era anotarse tantos a costa del enemigo al que no se oía: sus noticias, sus opiniones, las declaraciones de los líderes Aliados.

El Servicio Europeo Alemán, la radio propagandística en idiomas foráneos, se había extendido hacia 1942 (principalmente en forma de noticias y comentarios) hasta llegar a veintisiete idiomas. Los países completamente ocupados se encontraron con que sus emisoras eran tomadas y que los altavoces de sus aparatos de radio emitían programas de inspiración alemana, aunque los países que retenían algo de independencia, cono Dinamarca, mantenían la independencia correspondiente en sus emisiones radiofónicas. Pero, según los alemanes iban ocupando las emisoras de radio de otros países, también se reasignaban las longitudes de onda para permitir dirigir emisiones a otros países fuera del control directo de Alemania en sus propias lenguas, ya como aliados, neutrales o enemigos. Las emisiones tenían que ser reguladas de manera acorde, ya fueran, por ejemplo, en bielorruso, inglés, gaélico, húngaro, sueco, turco o italiano, idiomas todos ellos para los que había servicios regulares de radio. También había que dar a los ejércitos de ocupación alemanes programas en su idioma.

Las emisoras de onda corta permitieron que la propaganda alemana tuviera proyección internacional y mundial, hasta Norteamérica, los dominios y colonias de Inglaterra, el Extremo Oriente, el mundo musulmán, África y Latinoamérica. Ese servicio multilingüe se

extendió a las veinticuatro horas del día, e incluía programas en alemán dirigidos a los alemanes y pueblos de habla alemana en todo el mundo. En las emisiones del servicio en lengua inglesa se consideró obviamente apropiada la técnica del humor grueso y la ironía tendenciosa, que tantos locutores adoptaron: «Ese mentiroso de Winston Churchill, Primer Lord del Fondo del Mar. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!». Alcanzó un cierto grado de sutileza en el estilo inicial de los discursos propagandísticos de William Joyce, conocido popularmente como Lord HawHaw, quien se apercibió de la intranquilidad que sentían los ingleses antes de que Winston Churchill se convirtiera en su líder y la usó. Naumann afirma que a Goebbels le gustaba Joyce y que lo tenía en alta estima incluso una vez que dejó de ser tan efectivo en la radio.

Otra división del Ministerio se ocupaba de la instrucción y entretenimiento de las tropas. La organización «Fuerza por la Alegría» [*Kraft durch Freude*] supervisaba celebraciones de conciertos itinerantes; se enviaban músicos, actores y otros artistas a entretener a los soldados alemanes allí donde estuvieran. Bajo el ministerio de Goebbels llegó el desarrollo, tanto en casa como en el extranjero, de los Centros Sociales del Ejército, donde se podían organizar conciertos y obras teatrales, proyectar películas y practicar deportes a cubierto. También aparecieron periódicos y revistas para militares como *Oase*, el periódico del Afrika Korps impreso en Trípoli. Hacia finales de 1941 había en los diversos frentes 60.000 bibliotecas móviles, abastecidas mediante recogidas de libros a nivel nacional y de lectura aprobada por el gobierno. La Oficina de Propaganda del Partido se aseguró de que las obras de Joseph Goebbels estuvieran incluidas en esas bibliotecas.

El Ministerio de Propaganda llevó a cabo otra tarea más para estar a la altura de las condiciones de la guerra: la formación de las Compañías de Propaganda para que sirvieran a la prensa, los noticiarios y a la radio desde el frente de combate. Operarios de cámaras, reporteros y comentaristas fueron movilizados como un conjunto sometido a disciplina militar y enviados a completar la

cobertura tanto en solitario como en grupos, y además se les exigía que entraran en servicio activo además de realizar sus labores profesionales. Por tanto no había segregación para los reporteros de guerra; su vida, de hecho, era más dura que la de los combatientes y sus bajas fueron enormes. El propio Rudolf Semmler, ayudante y asesor de prensa de Goebbels, tuvo que servir durante casi un año en el frente ruso antes de que le fuera permitido volver a su lugar privilegiado junto al ministro, a quien (como se ha dicho ya en estas páginas) impresionó con su relato de los combates en Stalingrado.

El teatro se mantuvo bien vivo en la Alemania en guerra; se dice que en la temporada de 1940-41 había 355 teatros estatales, 175 teatros independientes y 142 teatros al aire libre en funcionamiento, un número increíblemente grande incluso para el país con más teatros de Europa (18). Se escribieron muchas obras de carácter nacionalista o nacionalsocialista, aunque la ausencia de calidad en las obras contemporáneas condujo a un renovado interés en los numerosos teatros locales por la puesta en escena de clásicos. El inacabable torrente de obras sobre Federico el Grande (el monarca ideal de Goebbels) les dio a los dramaturgos, como también a los realizadores de cine, un tema básico al que recurrir en una y otra ocasión.

Después de la radio, Goebbels confiaba en el cine para la propaganda más efectiva. No es que esperara que todas las películas alemanas contuvieran propaganda, ni de lejos. Pero se dio cuenta de lo importante que era desarrollar un servicio potente de noticiarios, documentales y películas divulgativas así como animar de cuando en cuando a la producción de largometrajes inspirados por su ministerio e incluso en determinadas ocasiones por él en persona. Dedicó mucho tiempo, por ejemplo, al guion y edición de *Ohm Krüger*, la película violentamente antibritánica sobre la Guerra de los Bóers que se estrenó en 1941.

Como ya hemos visto, la industria cinematográfica alemana no fue nacionalizada formalmente; Goebbels prefería controlarla mediante la Cámara de Cine del Reich y la División Cinematográfica de su

ministerio. En cualquier caso, sus candidatos estaban al mando de cada una de las compañías de producción. Pero hacia 1937 la mayor de esas compañías, UFA, se había convertido en *reichseigen* (es decir, propiedad del Estado) y dominante en el mundo cinematográfico alemán, extendiendo su poder hacia Austria y el Protectorado Checo. Esa centralización tuvo como objeto preparar a la industria para su asalto a los cines de la Europa ocupada, y se crearon compañías distribuidoras especiales en los territorios conquistados para reabrir los cines y proyectar películas alemanas. Las copias de películas norteamericanas e inglesas en posesión de las distribuidoras locales fueron, por supuesto, destruidas o incautadas para usarlas como material de propaganda. Las agencias de cine alemanas en países aliados o neutrales estaban bien organizadas para asegurar la máxima distribución de las películas alemanas consideradas adecuadas para su exhibición en esos territorios. Además de la distribución normal en las salas de cine, las películas eran exhibidas en los países ocupados mediante furgones de proyección móviles y se crearon unidades especiales para producir cortometrajes para esa forma especializada de exhibición.

La propaganda comenzaba en los noticiarios, se desarrollaba en los documentales especiales, muchos de los cuales alcanzaban la extensión de largometrajes, y volvía a aparecer en esas películas de ficción o dramáticas inspiradas por Goebbels. En un discurso pronunciado en el Cinema Palace de la UFA de Berlín en octubre de 1941, Goebbels dijo:

> El estado nacionalsocialista considera su primer deber imbuir al arte con nuevos impulsos que hagan más profunda la comprensión del público de la grandeza de los tiempos. En el dominio del cine, la directiva es el aliento y estímulo de la creación más importante… Entre las películas recientes, *Wunschkonzert*, *Bismarck*, *Jud Süss*, *Ohm Krüger*, *J'accuse* y *Heimkehr* fueron hechas siguiendo órdenes oficiales, y debo felicitar a los artistas de la cinematografía

alemana al decir que han llevado a cabo esas tareas con el mayor de los entusiasmos (19).

Wunschkonzert [Concierto a Petición] era una película romántica sobre un joven soldado alemán que se reúne con su amada mediante peticiones en la radio. Jud Süss [El Judío Süss] era una película antijudía, Heimkehr [Regreso a Casa] era antipolaca (incluía una escena en la que unos judíos polacos intentaban violar a Paula Wessely, que hacía el papel de una maestra de escuela alemana) y Ohm Krüger era antibritánica. J'accuse era una siniestra película que defendía la eutanasia de los que estaban físicamente incapacitados, y fue concebida como parte de una campaña especial de la Gestapo, mientras que Bismarck regresaba una vez más al tema del Reich unido. La mayor parte de los largometrajes alemanes, pese a todo, eran de naturaleza escapista, y la media de producción era de cien títulos anuales.

Se extendía la duración de los noticiarios hasta llegar a los cuarenta y cinco minutos. El Ministerio afirmaba que hacia 1942 se hacían 2.400 copias de los noticiarios semanales. Determinados documentales de larga duración eran producciones de poder y virulencia notables. Tales producciones eran *Bautismo de Fuego* [*Feuertaufe*] sobre la conquista de Polonia, *Victoria en el Oeste* [*Sieg im Westen*] sobre la guerra en Francia y *El Judío Eterno* [*Der ewige Jude*], un ataque violento y a veces obsceno contra los judíos. Esa última película, producida en 1940, fue descrita en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* de la manera siguiente:

> Hay escenas reveladoras en los guetos polacos, escenas en las sinagogas donde los judíos hacen negocios, mugre en las sinagogas, primeros planos de rostros judíos. Entonces la película muestra mediante trucaje fotográfico la propagación de los judíos por todo el mundo usando la metáfora de migraciones de ratas; se muestran judíos asimilados, estadísticas de los judíos en diferentes profesiones, fotografías de Rathenau, del subjefe de la policía

Weiss, de Teuber, Lubitsch, Reinhardt, Chaplin y otros. Se da una habilidosa selección de fotografías de películas y números teatrales judíos. El capítulo más espantoso es el último: la cruel, bárbara e inhumana matanza de animales (20).

Bautismo de Fuego y *Victoria en el Oeste* usaron el método de imágenes in crescendo de conquista y destrucción con música wagneriana triunfal y narración sardónica. Una serie casi interminable de imágenes en Bautismo de Fuego muestra las estructuras sin techo de los edificios de Varsovia vistos desde un avión en vuelo bajo, mientras el narrador se burla de Chamberlain por la futilidad de su decisión de apoyar a los polacos en su lucha declarando la guerra contra Alemania. Las películas como Bautismo de Fuego fueron proyectadas a bombo y platillo en las embajadas alemanas en aquellos países que Alemania esperaba doblegar, y así ayudaron a hacer realidad la creencia de Goebbels de que la propaganda apropiadamente usada era una parte importante de la guerra. El objetivo de esas películas era impresionar antes que informar, chantajear al público para una rendición incruenta. Esa dramatización sensacionalista del poderío alemán debió parecer un espectáculo terrible para aquellos responsables de las relaciones futuras de su país con Hitler. Las exhibiciones de esas películas tampoco quedaban limitadas a esas naciones que habían sido ocupadas o que pronto lo serían. Los agentes alemanes, allí donde podían, influían para que se exhibieran en países neutrales, y algunos afirman que Goebbels tenían a su disposición unos 30 millones de libras anuales para emplearlos en la distribución de películas fuera de Alemania (21). Los noticiarios de actualidad y otras películas eran transportados por avión desde sus estudios de producción a los laboratorios, y al poco tiempo el material editado estaba listo para ser enviado a todos los centros europeos o enviado por avión, por ejemplo, a Latinoamérica para su exhibición inmediata en países neutrales. El despiadado realismo del material de los noticieros procedente del frente y su cercanía en cuanto a las

fechas eran dos puntos esenciales de la política de la División Cinematográfica del Ministerio.

Los alemanes también usaron películas mudas para formación y propaganda en las fuerzas armadas y en los colegios. Esas películas fueron realizadas por la UFA y por un limitado número de productores independientes que trabajaban estrechamente con el Ministerio.

El trabajo en los preparativos de películas propagandísticas tan importantes como *Ohm Krüger* representaba para Goebbels una verdadera participación creativa en su producción. El cine siempre había sido un medio que le había atraído, y su posición como ministro le daba no sólo el derecho a sugerir temas a la industria, sino a indicar cuál debería ser su tratamiento. Goebbels no se implicó en ninguna otra película tanto como lo hizo en *Ohm Krüger*, que dirigió Veit Harlan y en la que aparecía Emil Jannings haciendo de Krüger. El tema del conflicto entre los bóers y los ingleses había atraído a los alemanes desde los días de la primera guerra mundial, y los prejuicios nacionales favorecían a los derrotados bóers. Muchas líneas del guion de esta película parecen proceder de la pluma de Goebbels, como, por ejemplo, cuando Krüger le dice a su enfermera: «Si uno repite una mentira lo suficiente acaba siendo creída», o: «Uno debe ser un soñador para convertirse en gobernante».

En un momento de la película, Krüger declama contra Inglaterra:

> Así es como Inglaterra subyuga a nuestro pueblo. Somos una nación pequeña. Naciones grandes y poderosas se alzarán para destruir a Inglaterra. Entonces el mundo será un lugar mejor para vivir.

La mano creativa de Goebbels se muestra en todas partes. Con desvergüenza inigualable describe los propios métodos de los nazis en sus campos de concentración para manchar la reputación de Inglaterra, e identifica la figura paternal de Krüger con la de Hitler.

La película está influida constantemente por la técnica de Eisenstein en *Acorazado Potemkin*, como si Goebbels estuviera

intentando conscientemente igualar la película que consideraba una obra maestra de la propaganda. Finalmente, su humor malicioso irrumpe en la película con su caracterización de una reina Victoria brujesca y al convertir al joven Winston Churchill en el malvado comandante de un campo de concentración.

Rudolf Semmler, que en enero de 1941 y a la edad de veintisiete años se convirtió nominalmente en agregado de prensa pero que en realidad pasó a ser un asesor de Goebbels en su círculo íntimo, nos ha dejado un retrato íntimo de Goebbels en esa época. Semmler se acercó a su nuevo trabajo, una promoción de su ocupación anterior en el Ministerio, con cierto nerviosismo —«he oído historias de su temperamento violento»— y sabía que sus predecesores habían sido muchos, y que la mayoría habían caído en desgracia y enviados lejos por su «temperamental jefe». Sin embargo, en su primer encuentro formal, Goebbels le pareció bastante encantador. Pronto aprendería, pese a todo, que tendría que aceptar su posición tal y como Goebbels la consideraba; aparte del valioso privilegio de poder escuchar su conversación franca, aunque calculada, los ayudantes de Goebbels a menudo eran tratados como lacayos de alto nivel de los que se esperaba que se ocupasen de los asuntos del *Reichsminister* por él y que le facilitaran las cosas. También descubrió cuál era la actitud de Goebbels para con su personal.

> Goebbels no desea ningún contacto personal real con su plantilla. Prefiere que sean máquinas de trabajo, sin personalidad, que pueda encender y apagar según le plazca. Frowein dice que piensa en los compañeros o personas de su ministerio como piensa en su pluma o en su reloj de pulsera… artículos útiles que de vez en cuando hay que recargar o reparar (22).

Como otros antes que él, pronto descubrió que se quedaría con hambre a la mesa de Goebbels, aunque el mayordomo de la casa le exigía regularmente cupones de racionamiento. Tenía que vestir impecablemente; uno de sus predecesores había sido despedido por

descuidar la raya de sus pantalones y llevar los puños desgastados. La descripción que Semmler hace de Goebbels, relajado en conversación, es reveladora:

> El humor de Goebbels varía: o bien está hablador o rumia en silencio. Describe experiencias, pensamientos e impresiones sobre la mañana de ese día en un tono parlanchín, hablando más para sí que para sus invitados o compañeros. Si trabaja en un discurso o escribiendo un artículo pone sus pensamientos en voz alta. En parte es para ver qué reacción produce, en parte para dar con nuevas ideas y expresiones por el camino. Le gusta contar historias de su vida, y reparte alabanzas y críticas a sus colegas ministros y miembros del partido de la manera más directa, ni el mismísimo Führer se escapa. Veo que las críticas son para él la sal de la vida.
>
> Hace dos horas se le podía oír tronando en la conferencia diaria sobre propaganda, defendiendo apasionadamente un argumento o refutando otro sarcásticamente. Sentado a la mesa es ahora mucho más contenido y objetivo. Ahí vemos otro Goebbels, un personaje más simpático y atractivo (23).

Semmler, observador y lleno de recursos, se percató del odio de Goebbels por Ciano («un cachorrillo contrahecho») y Ribbentrop («consiguió su apellido comprándolo, su dinero por matrimonio y su trabajo mediante intrigas»); parece, pese a todo, que fue admirador de Winston Churchill, al menos en sus conversaciones privadas. Semmler hace un comentario al respecto en enero de 1941, cosa que es aún más interesante porque se trata del periodo en el que los ataques contra el Primer Ministro británico en los artículos semanales de Goebbels llegaron a su paroxismo: «esos ojos fríos como el hielo revelan a un hombre sin sentimientos. Para satisfacer su vanidad ciega y despiadada pasará por encima de cadáveres… No seduce a niños sino a naciones… Que Churchill haga su apuesta y que la pague Inglaterra», escribió como punto final de su campaña (24). Pero el hombre al que realmente odiaba era Ribbentrop; tal y como lo expresó

Semmler: «Cuando sale Ribbentrop en la conversación, Goebbels siempre se pone a hablar de Churchill con admiración (25)».

A Goering, en ese momento, en 1941, parecía que simplemente lo despreciaba. Goebbels consideraba su propia tendencia a desconfiar de los demás como una señal de sabiduría, incluso de grandeza.

> Goebbels desconfía de todos los que le rodean, incluso de los que están más cercanos a él. Asegura que eso lo coloca en buena compañía, junto con Federico el Grande, Bismarck y el propio Hitler, todos ellos ejemplos clásicos de la naturaleza suspicaz de los grandes hombres. Hitler, por ejemplo, siempre creía que le estaban engañando, no depositaba confianza alguna en su personal ni en sus colegas y jamás conseguía quitarse de encima la sensación de que le estaban ocultando asuntos importantes. Y Goebbels también vigila la escena que le rodea como un vigía en lo alto de una torre con telescopio, siempre sospechando que hay intrigas en marcha que podrían amenazar su posición. Goebbels desconfía en secreto de su personal. Ve lo peor de cada ser humano y admite con franqueza que se ha convertido en un misántropo intransigente (26).

Semmler se dio cuenta de lo ansioso que se ponía Goebbels si no recibía constantemente mensajes y llamadas telefónicas urgentes o se le consultaba para que tomara alguna decisión rápida. Su estado mental en ese aspecto parecía casi patológico; su naturaleza inquieta necesitaba estar ocupada constantemente en actividad incesante. Para él, ésa era la señal de que se le necesitaba y que otros no le estaban pasando por encima en el círculo de poder cercano a Hitler. Su autoconfianza dependía de estar siempre en el centro de los acontecimientos, y eso se convirtió en parte del esfuerzo por complacer que exigía a su personal, el mantenerle siempre implicado en todo.

Para crédito de Semmler, hay que decir que parece que mantuvo la ecuanimidad en su juicio en la difícil tarea de complacer a Goebbels;

aunque le admiraba, la suya no era bajo ningún concepto una admiración acrítica (27). Y lo que era más importante, se ganó la confianza de Goebbels y estuvo por tanto en posición de registrar unas cuantas de sus opiniones expresadas con extrema franqueza.

Aunque la posición de Goebbels con Hitler era tan segura como la de cualquier otro en el revuelto mundo de la jerarquía nazi, está claro que le preocupaba que el Führer estuviera siendo mal aconsejado y que no tuviera suficiente acceso a su persona; el que la política de propaganda nazi no estuviera concentrada por completo en sus manos y que se estuvieran cometiendo errores de bulto, en particular por parte de Otto Dietrich, que sólo era responsable ante Hess (y posteriormente ante el sucesor de Hess, Martin Bormann) y no ante Goebbels. Esta división de la autoridad y la consiguiente creación de rivalidades nunca dejaba de enfurecer a Goebbels, aunque tales divisiones fueran, como se ha dicho aquí, parte del sistema que Hitler había diseñado al llegar al poder. La mayor metedura de pata de Dietrich fue anunciar, en una conferencia de prensa celebrada en el Ministerio de Propaganda en octubre de 1941, que los ejércitos soviéticos habían sido destruidos y que la campaña rusa estaba prácticamente llegando a su fin. Eso, según Semmler, hizo que Goebbels soltara espuma por la boca de rabia debido a su «increíble irresponsabilidad». Ni tampoco pudo Goebbels poner freno a las propias ideas propagandísticas de Hitler; cuando empezó la campaña rusa Hitler en persona compuso doce solemnes *Sondermeldungen* o anuncios especiales de radio que se suponía que serían impresionantes interrupciones de los programas normales con noticias de algún nuevo triunfo de las fuerzas alemanas. Eran presentados con fanfarrias seguidas de música wagneriana. Pero lo que podía haber sido un impresionante ejemplo de talento para el espectáculo de masas degeneró en un cliché al repetir una y otra vez los programas pregrabados con las supuestas noticias de última hora siguiendo órdenes de Hitler. El comunicado especial dejó de ser especial y las fanfarrias empezaron a causar risa. Para Goebbels, el manipulador de masas, eso era un intolerable mal uso de un buen truco.

Cuando Hess voló a Inglaterra en solitario en un bimotor Messerschmitt el 10 de mayo de 1941 y saltó en paracaídas cerca de Glasgow, Goebbels estaba en ascuas por saber qué uso harían los ingleses de lo que consideraba un regalo del cielo desde el punto de vista propagandístico. Por una vez se negó a dar directriz alguna; estaba demasiado enfadado. Fritzsche ha admitido que Goebbels estaba completamente perplejo y sin saber qué hacer, y que se retiró a la cama enfurruñado (28). Por tanto, quedaba en manos de Dietrich, como Director de la División de Prensa, el inventarse la declaración que pudiera. Dietrich volvió a meter la pata… ¡insinuando que era algo sabido por todo el mundo que el segundo de Hitler sufría delirios! Goebbels hizo todo lo que pudo durante los días siguientes para distraer la curiosidad del público alemán usando las noticias militares, e incluso, según Semmler, explayándose en detalles sobre asesinatos y accidentes de tráfico. Pero pasó el tiempo e Inglaterra no hizo comentario alguno más allá de la identificación e interrogatorio de Hess. Además, el 13 de mayo Goebbels fue a visitar a Hitler en Berchtesgaden y se lo encontró lloroso y con aspecto de haber envejecido diez años.

Goebbels comenzó entonces el proceso de desmontar de manera plausible la reputación de Hess. En las conversaciones bromeaba sobre la incapacidad de Hess de superar su impotencia, y sobre como él y su mujer tuvieron que recurrir a la astrología y las pociones mágicas antes de poder concebir un niño de una u otra manera. Cuando se pidió a todos los *Gau* de Alemania que enviaran tierra para esparcirla simbólicamente sobre la cuna del bebé, Goebbels, como Gauleiter de Berlín (cargo que jamás dejó de ocupar) se lo pensó mejor y en vez de enviar un adoquín envió abono de su jardín (29).

Aunque el ejercicio de su habilidad como propagandista satisfacía profundamente a Goebbels, tenía la sensación de que Hitler durante la guerra se olvidaba de él respecto a sus conocimientos y capacidades. Para él, la práctica de la propaganda implicaba una participación activa en moldear la política. Para Hitler, la guerra significaba

solamente estrategia militar, y parecía haber olvidado completamente las supuestas ideas avanzadas que Goebbels creía que el Führer había aprendido en los días gloriosos de las campañas electorales que habían compartido, tan sólo hacía diez años. De vez en cuando se le permitía emplear sus viejos trucos; en junio de 1941 se acordó que pareciera meterse en problemas al revelar en un artículo que Alemania pronto invadiría Inglaterra. El artículo apareció en el *Völkischer Beobachter* y la edición fue retirada tan pronto como los corresponsales extranjeros vieron el artículo con el que se pretendía distraer la atención de los preparativos para la invasión de Rusia. Goebbels cayó en falsa desgracia, y quedó encantado con su propio ingenio (30).

Pero Hitler se encerró con sus mapas militares, absorto en las estadísticas de ejércitos y armas, en conflicto con sus generales recalcitrantes. El mundo de palabras de Goebbels parecía algo demasiado especializado y remoto, aunque Hitler le admitió ocasionalmente en alguna conferencia y escuchaba sus incansables pero fútiles intentos por entrar a formar parte de los círculos superiores donde se debatían los planes de Alemania. Pero esos planes, según descubrió, consistían en que no había planes exceptuando la pura conquista en el Este, y no tenía amigos que le apoyaran en el nuevo séquito de Hitler, en el que Martin Bormann era la nueva estrella en ascenso. Goebbels fue dejado de lado para que languideciera enfrascado en la ilusión de su propia importancia, que él mismo alimentaba con su incesante actividad. Pero si bien la perspectiva de Hitler disminuía bajo el peso y las preocupaciones de la campaña rusa, la comprensión de Goebbels de la esencia de la situación era cada vez mayor. Fue él quien se dio cuenta de que debía haber una política propagandística imaginativa para Rusia que presentara a los ejércitos alemanes como liberadores que traían el autogobierno a territorios como Ucrania, donde existía el deseo genuino de liberarse del comunismo. Fue Goebbels quien se percató de que lo que necesitaba Alemania era organización para la guerra total, y no falsas declaraciones que insinuaran que la campaña casi

había acabado mientras llegaba el invierno. Si Goebbels hubiera conseguido retener en esa etapa su influencia perdida, sin duda hubiera hecho todo lo posible por salvar al Führer de la catástrofe, inevitable ésta una vez que su ciega ambición le impulsó a esparcir sus ejércitos por todo el territorio ruso.

Así que Goebbels agitaba el banderín desde la banda, intentando intervenir en el partido. Tan pronto como estuvo claro a finales del verano de 1941 que, aunque la penetración en los territorios del este había sido profunda, éstos no estaban conquistados bajo ningún concepto, Goebbels preparó un memorando para Hitler sobre la manera política de tratar con Rusia. Se desesperó cuando vio a Alfred Rosenberg, procedente de una familia de alemanes bálticos y un completo fracaso en su anterior trabajo administrativo, nombrado para el cargo de Ministro para el Este. El memorando abogaba por la proclamación por parte de Alemania de un plan que incitara a la participación activa de los rusos y condujera a deserciones generalizadas en el Ejército Rojo. El memorando fue enviado a Hitler y archivado para el olvido. Rosenberg simplemente se quejó de la interferencia de Goebbels, y los rusos aprendieron por experiencia directa y amarga lo que significaba la liberación nazi. Si Hitler hubiera adoptado el plan de Goebbels, puede que hubiera logrado una victoria de algún tipo en vez del holocausto de Stalingrado y la retirada en masa de 1943.

De oír a Goebbels hablando en su casa, uno podría tener la justificable impresión de estar en presencia del segundo hombre más importante de Alemania. Le abrió el corazón de su ambición a Semmler y a su círculo de amigos de confianza, en conversaciones que inconscientemente compensaban el abandono que sufría por parte de Hitler. Goebbels se veía a sí mismo, por encima de todo, como el futuro historiador de Alemania; ningún otro líder nazi llevaba un diario, y Semmler empezó a anotar los hechos al poco de ocupar su puesto en casa de Goebbels.

> Durante treinta años Goebbels ha llevado un diario de forma constante y minuciosa. Cada día emplea una hora entera en esa tarea. Hasta ahora ha escrito veintitrés gruesos volúmenes en letra pequeña. Goebbels cree que algún día estos diarios, leídos en conjunción con los archivos oficiales, serán una de las fuentes más ricas de la historia del Partido Nacionalsocialista y de los años de Hitler en el poder. Mantiene su diario estrictamente en secreto, y hasta donde sé, a nadie le está permitido verlo. Los volúmenes se guardan bajo llave en un armario de acero cuya llave siempre lleva consigo (31).

Semmler confirma que Goebbels rehusó la oferta de la Eher Verlag de tres millones de marcos por los derechos de la futura publicación de sus diarios; Goebbels prefería considerar esos volúmenes como un legado para sus hijos y sus descendientes. Creía que eran documentos históricos de gran importancia. Aunque los diarios estaban escritos a mano en esa etapa, pronto serían dictados y mecanografiados por su secretario especial Otte.

Goebbels solía decir a menudo que soñaba con la época en la que podría retirarse de la política, convertirse en un ciudadano particular libre de ir a donde quisiera y dedicar su vida a sus libros. Podía usar sus diarios, según afirmaba, como base para una monumental biografía de Hitler, de la cual ya existían dos volúmenes impresos privadamente, pero que habían recibido «la desaprobación del Führer». Entonces planeó escribir una historia de Alemania desde 1900 hasta el momento, un libro sobre el cristianismo «de verdadera importancia política», y un tratado sobre cine que se convertiría en una obra de referencia de tanta importancia como los libros de Lessing[15] sobre el arte y la teoría del drama. En el libro sobre el cristianismo, «se desharía de las teorías anticuadas del cristianismo y a partir de esa crítica construiría un sistema ético para el hombre del siglo veinte (32)». También esperaba lanzar de vez en cuando desde su retiro en el bosque algún artículo mordaz sobre personalidades y asuntos contemporáneos por si acaso la gente se creía que el viejo

perro había perdido sus dientes. En otra ocasión le contó a Semmler que haría todo lo posible por mantener a su hijo Helmuth apartado de la «despreciable ocupación» de la política. Según dijo a su joven ayudante:

> La política arruina el carácter, desarrolla las peores y más viles cualidades al obligar a las mentes de los hombres a tener presente en todo momento su vanidad, su espíritu competitivo y su pasión por conseguir influencia y popularidad demagógica. La causa a la que sirven queda reducida a algo secundario. Para muchos la política es sólo un medio de eliminar competidores, llevar a cabo intrigas vulgares y conseguir poder personal (33).

Semmler también le oyó declarar su amor apasionado por la vida política. Pero ese era el meollo: se percató de lo mucho que Goebbels se contradecía a sí mismo, y le gustaba usar sus habilidades para un día argumentar una cosa y al siguiente rebatirla por completo.

Y sin embargo, estaba orgulloso de lo que consideraba su gran contribución a la vida política de Alemania. Aunque disfrutaba con la ensoñación de que sería el gran historiador alemán que escribiría sus monografías y memorias en el ocio de su merecida jubilación, afirmaba que sin él el nacionalsocialismo en Alemania hubiera tenido un carácter completamente diferente. Una noche de diciembre de 1941, Goebbels le contó a Semmler qué era exactamente la que creía que había sido su gran contribución. Había reforzado el movimiento en cuatro aspectos decisivos:

1. El nacionalsocialismo en Alemania del Sur había sido un asunto puramente de clase media. El elemento socialista había estado completamente ausente. Como líder de los nacionalsocialistas renanos él había sido el primero en introducir las ideas socialistas de los trabajadores de los distritos de Renania-Westfalia en el programa de Múnich. Al principio la línea de Múnich había sido muy impopular en

Renania porque apenas era diferente de la del Partido Nacionalista Alemán y no tenía ningún atractivo para la clase trabajadora. Afirmaba que había convertido al movimiento en un partido socialista de la clase obrera.

2. Había conquistado Berlín y por tanto preparado el camino para llegar al poder en el Reich. Sin el control de Berlín, el partido hubiera seguido siendo un movimiento de provincias.
3. Había creado la técnica y el estilo de las ceremonias públicas del partido. Los ceremoniales de las manifestaciones de masas, las marchas con estandartes y los rituales de los grandes acontecimientos del partido eran el resultado de sus experimentos y logros en Berlín. Cualquiera podía ver la diferencia que había marcado comparando las reuniones de cervecería de Múnich con las asambleas multitudinarias en el Palacio de los Deportes de Berlín. Las reuniones anuales en Múnich del 8 de noviembre, con su gran consumo de cerveza y sus camareras yendo y viniendo por toda la sala siempre le recordaban las reuniones de un club de bolos.
4. Su cuarta contribución había sido su creación del mito del Führer. Hitler había recibido un halo de infalibilidad, con el resultado de que mucha gente que contemplaba con recelo al partido después de 1933 tenía, no obstante, completa confianza en Hitler. A eso se debía que incluso ahora millones de alemanes hicieran una distinción entre el Führer y el partido, negándose a apoyar al último mientras que seguían creyendo en Hitler (34).

De esos cuatro puntos, el más interesante quizás sea el último, pese a que la jactancia de la primera afirmación cuadra mucho con Goebbels una vez que se conocen los hechos. Siempre será objeto de debate hasta qué punto Hitler era un hombre de gran talla aunque su naturaleza fuera malvada, y nadie puede decir cuánto le debía al genio de Goebbels al ayudarle a lograr la aceptación pública como

Führer. La deuda era obviamente grande, puede que incluso decisiva. Pero pese a eso, una vez que Hitler logró el poder político y militar sobre Alemania tuvo, o creía que tenía, menos necesidad inmediata de Goebbels.

Goebbels tenía sus propias ideas sobre la naturaleza de su trabajo en la situación presente de la guerra; le dijo a Semmler: «Podría representar el papel político de médico espiritual de la nación (35)». Se sentía responsable de la moral no sólo entre la población civil sino también entre las fuerzas armadas. Y, sin embargo, su propia moral se resentía al quedar abandonado a sus propios medios. Durante la mayor parte del tiempo no tenía acceso a Hitler, la única fuente de su inspiración, y los que ya estaban en posición de influencia con el Führer o en proceso de llegar a esa posición le evitaban. Eso era particularmente cierto en el caso de Martin Bormann.

En el poco tiempo que le quedaba para dedicarlo a la vida doméstica, Goebbels hizo un estudio de sus hijos. Una vez más es Semmler el que describe esta relación en particular con una observación reveladora; a Goebbels sólo le resultaban atractivos sus hijos cuando se acercaban a sus propias expectativas.

> Cuanto más veo a este hombre de cerca, más desconcertante (o fascinante) lo encuentro. Por ejemplo, ¿ama a sus hijos? Desde luego, no de la forma en la que la mayoría de los padres aman a los suyos. Nunca he observado el menor signo de afecto por su parte hacia ninguno de sus hijos. Y sin embargo éstos están muy unidos a él, aunque sólo lo ven los fines de semana y entonces generalmente sólo para que les reparta chocolatinas.
>
> Sólo encuentra interesante prestar atención a sus hijos cuando sus mentes empiezan a reaccionar de manera intelectual. Nunca se sienta en el suelo como cualquier padre ordinario, para jugar a los trenes con Helmuth, pero sí que tiene conversaciones con sus hijas Helga e Hilde, de ocho y seis años y medio, que deben poner a prueba sus mentes con un enorme esfuerzo. Con esas dos, que de hecho son precozmente inteligentes, le gusta jugar

intelectualmente. Los demás niños sólo obtendrán su atención cuando lleguen a esa misma etapa (36).

En enero de 1942 cesa esta fuente particular de información sobre Goebbels; Semmler fue enviado como reportero de guerra a ganar experiencia en el frente de combate. Terminó, como ya hemos visto, en Stalingrado, aunque volvería en el diciembre siguiente para continuar su trabajo con Goebbels. Sin embargo, hay disponibles sustanciales fragmentos de los diarios de Goebbels que comienzan el 21 de enero de 1942 y se extienden hasta finales del año siguiente, cuando la estrella de Alemania había empezado a declinar de manera grave. Los extensos fragmentos de diario cubren en total unos ocho meses del periodo de dos años. Su naturaleza es totalmente diferente de la de los diarios privados de 1925-26, que eran altamente personales, o de la del diario editado por Goebbels para su publicación en forma de libro con el título de *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei* [«Del Kaiserhof a la Cancillería»]. Este diario era el registro día a día de los acontecimientos según los experimentaba como ministro. Es privado sólo en cuanto a que expresa sus pensamientos, opiniones y prejuicios sobre la vida en Alemania, la forma en que se desarrollaba la guerra, las personalidades con las que entraba en contacto incluyendo, por supuesto, al propio Hitler. En esos últimos diarios no aparece nada que no pudiera dictarle adecuadamente a sus secretarios confidenciales, cuyo jefe era Otte, que tenía la reputación de ser el taquígrafo más rápido de Alemania y que entonces era Jefe de la Oficina de Taquigrafía del Parlamento de Bonn. Goebbels solía dedicar una hora diaria a verter sus pensamientos y opiniones escribiendo a mano. Pero tan pronto como descubrió a Otte y la increíble velocidad a la que podía transcribir las palabras de Goebbels hablando rápido, pasó a dictar sus diarios.

Otte, al que Goebbels nombró *Regierungsrats*, un cargo superior de funcionario estatal, podía escribir 350 sílabas por minuto, y por tanto el diario se volvió más denso y extenso de lo que era cuando Goebbels tenía que escribirlo a mano. Llamaba a Otte a todas horas de la noche

para completar el resumen de las últimas veinticuatro horas, dictándole por teléfono a toda velocidad hasta que ambos quedaban agotados. Otte solía sentarse en la cama, envuelto en sábanas para aislarse del frío invernal, escribiendo hasta que Goebbels se cansaba de hablar (37).

Siempre es interesante comparar la visión que una persona tiene de su propia importancia en la vida pública con los hechos. El diario presenta la imagen de un hombre que ha llegado a considerarse responsable de dirigir Alemania mientras Hitler es responsable de dirigir la guerra. Nunca olvidó que era Gauleiter por Berlín al mismo tiempo que Ministro de Propaganda; se tomaba en serio su otro cargo porque le daba el poder sobre la capital que siempre quiso tener sobre el conjunto del país. Para Goebbels la propaganda jamás se limitó al control de las artes y de los servicios de información; era una forma de vida, un Nuevo Orden de existencia. Durante los años intermedios de la guerra, en realidad estuvo haciendo campaña para ser nombrado Ministro del Interior o algún puesto que pusiera la vida social de Alemania bajo su mandato. Aunque, naturalmente, tenía sus opiniones sobre la forma en que Hitler llevaba la guerra y las expresaba, escribía sólo como comentarista. Pero en lo relacionado con los asuntos internos de Alemania siempre estaba presionando a Hitler para que fuera más inmisericorde con los burócratas burgueses y le concediera el poder que le permitiera emprender acciones contra ellos y asegurar que los principios nazis fueran puestos en práctica en todos los niveles de la vida alemana. Hitler siempre le daba la razón, pero tenía la mente puesta en la guerra y Goebbels salía de sus reuniones (cuya media parecía de una al mes, en cualquier caso, durante el primer semestre de 1941) sin que se le hubiera concedido el poder ejecutivo deseado. Pero estaba reforzando su postura con argumentos sólidos y al final, en julio de 1944, cuando ya era demasiado tarde, obtendría lo que buscaba de la menguante autoridad de Hitler. La única excepción tuvo lugar en marzo de 1942 cuando el Ministerio del Interior, dirigido por el Dr. Wilhelm Frick, a quien Goebbels despreciaba, fracasó a la hora de tomar las medidas adecuadas para mitigar los

efectos de los bombardeos de los Aliados. Entonces Hitler transfirió el cuidado de las áreas dañadas por los bombardeos al ministerio de Goebbels.

Mientras tanto, Goebbels llegó a considerarse como el segundo de Hitler en Alemania, y constantemente le presentaba propuestas para endurecer el control sobre la vida de la nación:

> He propuesto que se aprobara una ley para que todo el que viole los bien conocidos principios del nacionalsocialismo sea castigado con prisión o en los casos más graves con la muerte. Tal ley nos permitiría poner el esfuerzo de guerra bajo unos principios completamente diferentes y en especial podríamos ponerles la mano encima a aquéllos que nos han eludido hasta ahora. Schlegelberger, el subsecretario del Ministerio de Justicia que desde la muerte de Gürtner ha estado al frente de la judicatura alemana, siempre rechaza mis peticiones aduciendo que no hay base legal para mis acciones. La ley propuesta crearía esa base. Además, el fracaso de la justicia es más bien cosa de personalidades que de falta de leyes… la justicia no debe convertirse en la amante del Estado, sino que debe ser la servidora de la política estatal (38).

Goebbels era presa de arrebatos siempre que se mencionaba el tema del comportamiento laxo de sus colegas ministros, funcionarios y profesionales en general, especialmente de aquéllos relacionados con la ley. No podía soportar la visión del lujo con el que seguían viviendo otros jerarcas nazis como Goering y Frick. En una ocasión se enfrentó personalmente en una estación de ferrocarriles de Berlín a unos cuantos pasajeros adinerados que se negaban a sacrificar sus comodidades en favor de unos soldados que viajaban en malas condiciones. Su antiguo radicalismo seguía ardiendo fieramente en su interior, y anhelaba que el Führer asumiera en persona los poderes legales, o los creara para su ministerio, de forma que pudiera amenazar a tales personas con los campos de concentración. Le contó

a Hitler este incidente y un centenar más. El resultado era siempre el mismo:

> El Führer estaba en un estado mental receptivo y en el que se mostraba completamente de acuerdo con todas mis propuestas para un esfuerzo bélico total. Sólo tengo que mencionar de pasada un tema y mi argumento se entiende sobre la marcha. Todo lo que propuse fue aceptado, punto por punto y sin objeción por parte del Führer (39).

Pero tan pronto como Goebbels salía de su vista, Hitler volvía a concentrarse en la guerra y se posponían los drásticos cambios en la administración nacional. Pero Goebbels era insistente en esas reuniones: «Desafortunadamente, tuve que quejarme sobre el Dr. Ley… le conté casos donde la justicia se había aplicado mal…» y argumentos de ese estilo.

Goebbels alimentó su vanidad, herida por la falta de poder ejecutivo más allá del campo de la propaganda, aprovechando al máximo toda su capacidad como orador, locutor y escritor. Una y otra vez informa de sus éxitos en los términos más elogiosos: «He escrito un artículo sobre el incremento tanto de la producción como de la cortesía que sin duda causará sensación cuando se publique»; «Con unas pocas frases monumentales he hecho una descripción de la presente situación que fue recibida con tormentas de aplausos»; «Mi definición del refunfuño como movimientos intestinales del alma… se ha convertido en una expresión popular en toda la nación». Los aplausos no se limitaban a Alemania. El rey Boris de Bulgaria le dijo que sus artículos en *Das Reich* eran «parte de sus lecturas diarias. De hecho, me dijo que usaba los argumentos que presento en esos artículos en todas sus negociaciones diplomáticas». Incluso los Aliados, según se percata Goebbels con aprobación, prestan muchísima atención a sus declaraciones. Goebbels se enorgullecía de su franqueza; la cualidad no diplomática de sus obras, según creía él, es algo tan escaso que hace que fueran tan valoradas en el extranjero

como en su país. «Quieren saber exactamente qué es lo que se pretende y qué es probable que ocurra. Esa es la principal razón por la que mis artículos son tan fascinantes para los alemanes como lo son para los lectores extranjeros. Dicen a las claras lo que queremos y hablan en un lenguaje que, por lo demás, escasea en los círculos políticos (40)».

Conjuntamente con la franqueza de Goebbels, como él la llamaba, venía su inmisericordia. Le asqueaba que hubiera enemigos del Estado que salieran indemnes. No veía utilidad a conservar la vida o las libertades de reincidentes en el país o de saboteadores en los países ocupados. No tenía ningún interés en las minorías que acababan bajo la «protección» alemana. Lo único que importaba era la propagación del credo del nacionalsocialismo. Sobre las aspiraciones de las minorías en los estados bálticos, por ejemplo, escribe:

> El nacionalsocialismo enfoca esos asuntos de manera más fría y realista. Sólo hace aquello que es útil para su propio pueblo. En este caso, el interés de nuestro pueblo está en establecer un riguroso orden alemán sin prestar atención a las reivindicaciones, justificadas o no, de las pequeñas nacionalidades que vivan allí (41).

Un año más tarde, en mayo de 1943, cita con aprobación la declaración de Hitler de que «hay que liquidar lo antes posible toda la basura de pequeñas naciones (*Kleinstaatengerümpel*) que todavía existe en Europa. El objetivo de nuestra lucha debe ser la creación de una Europa unificada. Sólo los alemanes pueden organizar Europa de forma apropiada». Sobre el comportamiento alemán en Francia, sólo puede decir: «Nosotros los alemanes somos un pueblo de naturaleza demasiado bondadosa en todos los aspectos. Todavía no sabemos cómo comportarnos como un pueblo victorioso».

Lo peor de todo es la revelación de su deseo de exterminar a los judíos en Europa. Sus declaraciones aquí dejan completamente claro que era consciente de las atrocidades que se estaban cometiendo en

Alemania y los territorios ocupados donde existían campos de exterminio. Goebbels jamás escribió nada más cruel y brutal que esos párrafos de sus diarios donde comenta los progresos que hacían los nazis en la destrucción de la raza que habían elegido por encima de las demás para eliminar de Europa.

El Führer expresó una vez más su determinación de limpiar Europa de judíos de manera implacable. No debe haber ningún sentimentalismo sensiblero al respecto. Los judíos se merecen la catástrofe que ahora cae sobre ellos. Esa destrucción irá de la mano de la destrucción de nuestros enemigos. Debemos apresurar este proceso con frialdad inexorable. Al hacerlo, le hacemos un favor a la humanidad que desde hace miles de años ha sido atormentada por los judíos. Esa actitud de antisemitismo intransigente debe prevalecer entre nuestra propia gente pese a todas las objeciones.

(14 de febrero de 1942)

La cuestión judía debe resolverse dentro de un marco paneuropeo. Todavía hay 11.000.000 de judíos en Europa. Para empezar, habrá que concentrarlos en el este; después de la guerra se les podría asignar una isla, como Madagascar. En cualquier caso, no podrá haber paz en Europa hasta que todos los judíos hayan sido eliminados del continente.

(7 de marzo de 1942)

Finalmente hablamos sobre la cuestión judía. En esto el Führer es inflexible como siempre. Los judíos deben desaparecer de Europa, y si es necesario, aplicando los métodos más brutales.

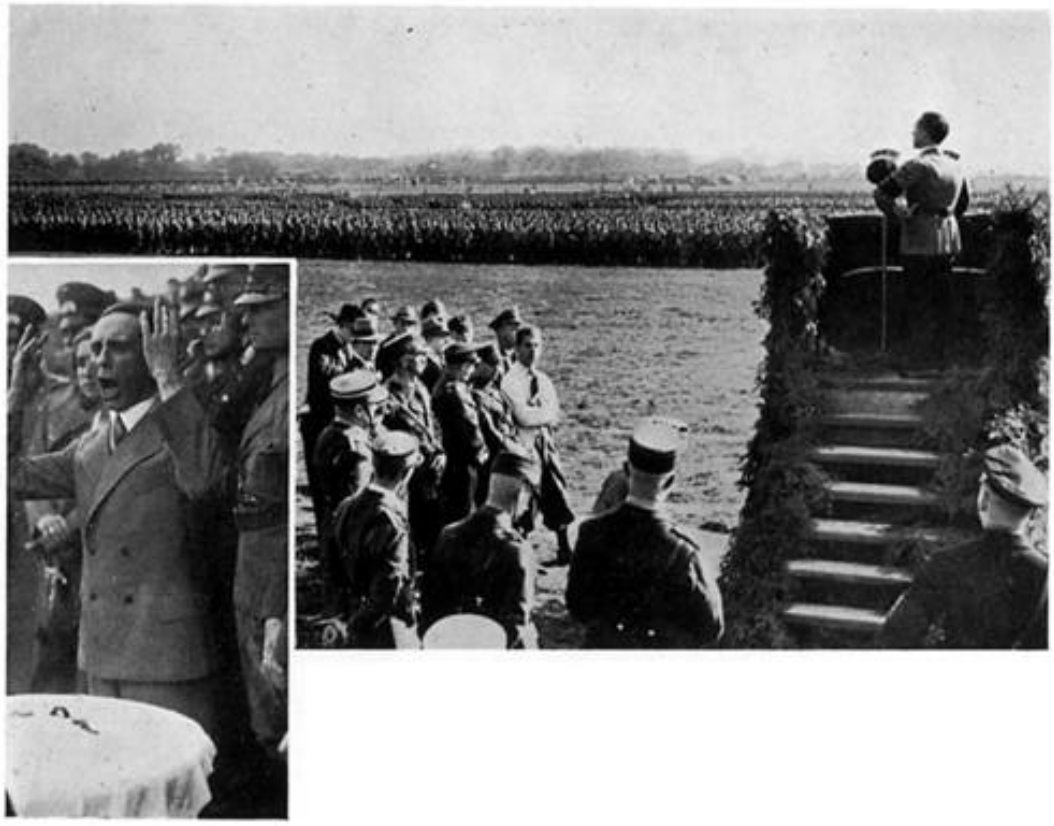
(20 de marzo de 1942)

Empezando por Lublin, los judíos bajo el Gobierno General están siendo evacuados hacia el este. El procedimiento es bastante bárbaro y no ha de ser descrito aquí en más detalle. No quedará mucho de los judíos. Alrededor de un 60 por ciento de ellos tendrá que ser eliminado; sólo un 40 por ciento podrá ser usado como mano de obra. El antiguo Gauleiter de Viena, que está encargado de poner en práctica esta medida, lo está haciendo con una circunspección considerable y de forma que no atraiga demasiada atención… Uno no puede ser sentimental en estos asuntos. Si no combatimos a los judíos, nos destruirán. Es una batalla a vida o muerte entre la raza aria y el bacilo judío. Ningún otro gobierno ni ningún otro régimen tendrían la fuerza necesaria para una solución global como ésta.

(27 de marzo de 1942)

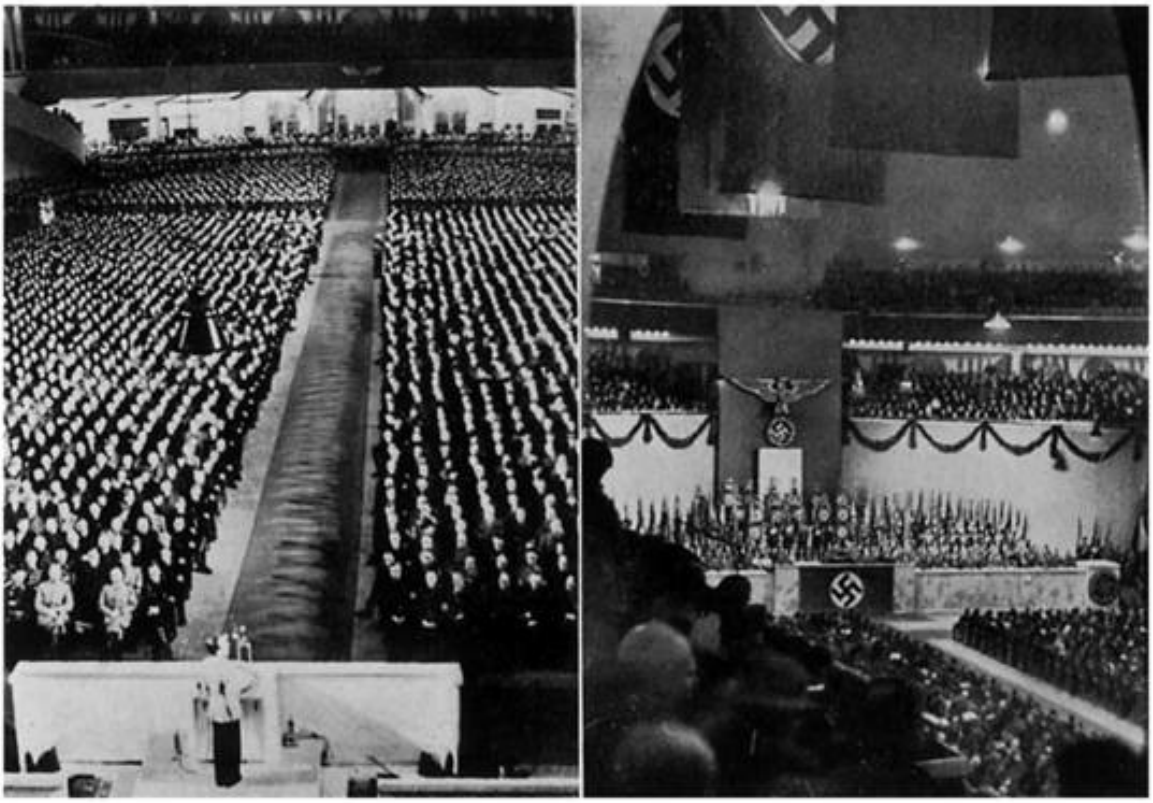
Si Goebbels hubiera vivido para ser juzgado en Nuremberg, éstos y otros pasajes de sus diarios habrían bastado para condenarle.

Goebbels entrando en la Tennishallen con su acostumbrado cuerpo de guardaespaldas de las SA, abril de 1933.



Derecha, Goebbels habla ente una asamblea de las SA en el Tempelhoferfeld, septiembre de 1934. *Izquierda*, Goebbels hablando a las Juventudes Hitlerianas en el Stadion.

Los gestos del orador.



El Sportpalast: *izquierda*, un mitin nazi visto desde el estrado de la sala; *derecha*, tribuna y banderas.

La admiración de Goebbels por Hitler seguía siendo absoluta. No siempre estaba de acuerdo con las decisiones del Führer, pero siempre achacaba esas divergencias a los malos consejos que Hitler recibía de sus generales, de sus ministros y de sus favoritos. Después de que Hitler hubiera hablado ante una multitud en el Sportpalast el 30 de enero de 1942, Goebbels escribió:

> El Führer ha cargado la nación entera como si fuera una batería… Mientras viva y permanezca entre nosotros con buena salud, mientras pueda darnos la fuerza de su espíritu y el poder de su virilidad, ningún mal podrá tocarnos. El pueblo entero volvió a convencerse de todo esto en el día de hoy (42).

Lo que más enorgullecía a Goebbels eran sus contactos personales con Hitler, reducidos como estaban ahora a alguna reunión privada ocasional en la cual parecían discutir todo con gran seriedad, desde la guerra al vegetarianismo. A Goebbels le preocupaba la enorme tensión a la que Hitler se sometía, y se maravillaba ante su fuerza.

> El Führer, gracias a Dios, parece estar bien de salud. Ha pasado por unos días en extremo difíciles y se nota en su porte. El Führer se merece nuestra compasión. Debe sobrellevar todo el peso de la guerra sobre sus hombros, y nadie puede relevarle de la responsabilidad de todas las decisiones que deben tomarse (43).
>
> No me es difícil deducir ante la completa presentación de la situación que el Führer ha salvado él solo el Frente del Este este invierno. Su determinación y firmeza han puesto las cosas en su sitio de nuevo. Si hoy es un hombre enfermo y doliente, ha sido un alto precio a pagar, pero ha valido la pena.
>
> Mi trabajo recibe la máxima aprobación del Führer y le proporciona una gran satisfacción. Es maravilloso para mí poder hablar en profundidad con el Führer de todo tipo de cosas personales. Tiene el efecto de una dinamo.
>
> Tras pasar una tarde con él, uno se siente como una batería que acaba de ser recargada (44).

Tras esa reunión, que tuvo lugar en marzo de 1942, Goebbels notó que «el Führer se quedó muy conmovido cuando me despedí. Desea que le vuelva a visitar pronto. Casi me sentí paralizado al tener que abandonarle».

Goebbels quedó encantado por lo íntimo de la ocasión y al ver un perro jugando a los pies del Führer.

> Un perrito que le han regalado juega en su habitación. Todo su corazón pertenece a ese perrito. El perro puede hacer lo que quiera en su búnker. En estos momentos, ese perro está más cerca del corazón del Führer que ningún otro ser (45).

Luego Goebbels se quedó a cenar.

En encuentros posteriores, Goebbels continuó presionando a Hitler para que tomara medidas más drásticas para asegurar la conformidad total del Estado con los principios del nacionalsocialismo y confeccionó en su nombre un borrador de un mensaje especial para el pueblo alemán con ocasión del 1 de mayo de 1942.

> El Führer ha aprobado mi borrador para su telegrama al pueblo alemán del 1 de mayo. Es una declaración excepcionalmente convincente y de grandes implicaciones a favor de un Estado social popular y será excelente para nuestra propaganda en casa. Por primera vez podremos registrar que el Führer se complemente de manera absoluta con los objetivos futuros del Estado Nacionalsocialista (46).

A este mensaje siguió inmediatamente un discurso pronunciado por Hitler ante el Reichstag el 26 de abril en el que revelaba la gravedad de la situación en el Frente del Este y presentaba su asunción de los poderes de comandante general como la razón por la que se habrían salvado los ejércitos alemanes. Entonces realizó un requerimiento formal al Reichstag para obtener plenos poderes en el frente interno, en la línea de lo que Goebbels le había presionado para hacer. Esa petición fue, por supuesto, concedida con todo el entusiasmo requerido de un cuerpo como el Reichstag bajo el nacionalsocialismo. La nueva ley afirmaba:

> El Führer debe tener todos los derechos que requiera para lograr la victoria. Por tanto, sin verse limitado por las regulaciones legales existentes, en sus capacidades como Líder de la Nación, Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, Presidente del Tribunal Supremo, y Líder del Partido, el Führer debe estar en posición de obligar, mediante todos los medios a su disposición, a todo alemán si es necesario, ya sea soldado u oficial, funcionario o juez, líder o subordinado del partido, a cumplir con sus deberes. En

> caso de incumplimiento de esos deberes el Führer tiene la autoridad, a pesar de cualquier derecho existente, de imponer castigos y destituir al delincuente de su cargo, rango y posición sin la necesidad de seguir los procedimientos prescritos (47).

Eso significaba que cualquier ministro podía saltarse cualquier ley alemana y en cualquier momento en nombre de Hitler. Se podía ignorar a los abogados y burócratas. Esos eran, después de todo, de origen burgués y por tanto «no estaban en contacto con el pueblo», como lo expresaba Goebbels. «Los expertos», escribió, «jamás entenderán de verdad al pueblo. Carecen del instinto necesario para darse cuenta de lo que piensa la gente (48)». También se jactaba de que prefería el juicio de su madre. El 29 de enero dejó escrito:

> Por la noche di un largo paseo con mi madre, quien siempre ha representado para mí la voz del pueblo. Conoce el sentir del pueblo mejor que la mayoría de los expertos que juzgan desde la torre de marfil de las encuestas científicas, y en su caso es la voz del mismo pueblo la que habla. Una vez más, aprendí muchísimas cosas; en especial que las masas son más primitivas de lo que imaginamos. Por tanto la propaganda debe ser simple y repetitiva. A largo plazo, sólo logrará resultados básicos a la hora de influenciar la opinión pública el hombre que sea capaz de reducir los problemas a su expresión más simple y que tenga el valor de repetirlos eternamente en esa forma simplificada, pese a las objeciones de los intelectuales (49).

Esa forma especial de radicalismo dejaba a Goebbels libertad para arremeter contra cualquier forma tradicional de poder que no le gustara aduciendo que era negativa, reaccionaria y se oponía al Nuevo Orden que el nacionalsocialismo representaba en Europa. Diplomáticos, juristas, generales… todos tuvieron su turno bajo el látigo de Goebbels.

La debilidad de la diplomacia reside en sus vínculos sociales. Esos vínculos nunca pueden ser superados del todo, y por tanto uno debe ser consciente de esa debilidad cuando determina su política. Uno no debe limitarse a los viejos métodos que hace mucho que han quedado anticuados sino que debe hacer la guerra y la política con métodos modernos (50).

Uno se desespera de verdad al ver cómo la burocracia del funcionariado estatal intenta una y otra vez cortarle las alas a los que están a favor de una forma radical de dirigir la guerra y crean una dificultad tras otra para ellos. Esta burocracia siempre dice que se basa en el supuesto sentido común y en la sabiduría de la experiencia. Ahora el hecho es que nuestros grandes éxitos en el pasado no se debieron a ninguna de esas cualidades. Fueron resultado de una psicología astuta y de una destacada habilidad para sentir los procesos mentales de las grandes masas de población (51).

Goebbels también estaba muy preocupado por el lugar de la sociedad en el Estado Nacionalsocialista. Le molestaba la influencia que tenía la religión sobre el pueblo alemán, pero consideraba que ése era un problema que no se podría resolver hasta después de la guerra. El mejor curso de acción, pensaba, era no enemistarse con las iglesias en esa etapa. De hecho, admitió ante Von Oven, su ayudante, en una fecha tan tardía como 1944, que ni él ni Hitler habían suspendido el pago de los tributos a las iglesias, que según la tradición cada contribuyente tenía que pagar a su confesión. Goebbels apreciaba la ironía de la situación, ya que el grueso de sus ingresos procedía de libros que contenían declaraciones contra la Iglesia. Pese a eso, se enfureció, por ejemplo, cuando el partido retiró crucifijos de escuelas y hospitales.

No se puede negar que determinadas medidas del Partido, especialmente el decreto sobre los crucifijos, han dejado las cosas

> demasiado fáciles a los obispos para que arremetan contra el Estado. Goering también está muy enfadado. Su actitud hacia las confesiones cristianas es abierta e indisimulada. No les tiene en cuenta ni tiene intención alguna de tomarlas bajo su protección. Pero por otro lado, está completamente de acuerdo conmigo en que ahora mismo, en medio de una guerra, no queremos vernos involucrados en un problema tan difícil y de tantas implicaciones. El Führer le ha expresado ese punto de vista a Goering tan a menudo como a mí. En relación con esto, el Führer declaró que si su madre siguiera viva, sin duda seguiría yendo a la iglesia hoy en día, y que él no podría ni querría impedírselo (52).

Por otro lado, le molestó un artículo publicado en Italia por Vito Mussolini, sobrino del dictador, que hacía hincapié en la necesidad de que Europa retuviera el liderazgo cristiano del mundo. Los comentarios de Goebbels son significativos:

> Es obvio que los italianos están intentando hacerse con el liderazgo espiritual de Europa, ya que el liderazgo militar y político se les ha escapado completamente de las manos. Voy a ignorar este artículo en nuestro comentario. No tiene sentido responder a tales provocaciones en estos momentos, ya que no estamos en posición de publicar todos nuestros argumentos. Tendremos que esperar a una oportunidad más favorable. Probablemente no podremos resolver de manera directa la cuestión de la Iglesia hasta después de la guerra (53).

Goebbels conocía por experiencia personal la naturaleza de la influencia que tenían tanto la Iglesia Católica como las protestantes sobre grandes sectores del pueblo alemán. Era lo suficientemente astuto para darse cuenta de que había que posponer el inevitable enfrentamiento de poderes que tarde o temprano tendría lugar entre el nacionalsocialismo y la consciencia religiosa de millones de alemanes hasta después de la guerra y se hubiera demostrado ante el

mundo la fe que depositaban los nazis en sí mismos y en su Líder. El cristianismo, desde el punto de vista de Goebbels, era inseparable de los valores burgueses que detestaba porque eran impermeables a su propaganda y al final sólo podrían ser contestados con las medidas extremas de los campos de concentración a los que había que enviar a los sacerdotes recalcitrantes y donde tantos de ellos hacían gala de un valor notable y de gran poder de resistencia.

Está claro a partir de las palabras con que está expresada esa declaración que Goebbels era consciente del gran problema que tendría el nacionalsocialismo cuando finalmente estallara el conflicto con las iglesias. Incluso duda de si sería sabio llevar a juicio público a un grupo de sacerdotes que habían sido arrestados por escuchar emisiones de radio inglesas, y puso el asunto en conocimiento de Hitler de forma que se estudiaran las posibles repercusiones de ese juicio. Es incluso posible que la religión ejerciera alguna influencia inconsciente sobre Goebbels; eso explicaría su plan, como le contó a Semmler, de escribir algún día un libro sobre el cristianismo.

Su desprecio de los valores burgueses se extendía a la moral sexual. En abril de 1942 hace las siguientes observaciones sobre su propio distrito de Berlín:

> La prostitución en Berlín está dándonos problemas en estos días. Durante una redada descubrimos que el 15 por ciento de las mujeres arrestadas tenían enfermedades venéreas, principalmente sífilis. Debemos hacer algo al respecto de una vez. A largo plazo posiblemente no podremos evitar montar un barrio de putas en la capital del Reich como los que hay en Hamburgo, Nuremberg y otras grandes ciudades. Simplemente, no se puede organizar y administrar una ciudad de cuatro millones según los conceptos de la moralidad burguesa (54).

Las observaciones de Goebbels sobre los principales antagonistas de Alemania, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos, son de un interés considerable. Sus opiniones, expresadas en su diario oficial y personal,

deben tomarse como representaciones de sus verdaderos sentimientos; pero si lo son, es extraño encontrar tal descabellada mezcolanza de astucia e ignorancia en un hombre de su inteligencia que durante diez años ha tenido acceso a los informes confidenciales de los agentes alemanes y de las embajadas. De hecho, su carencia de conocimientos sobre las naciones extranjeras era uno de sus puntos débiles.

Sobre Rusia escribió:

> No es un pueblo sino un conglomerado de animales. El mayor peligro que nos amenaza en el este es la estólida impasibilidad de esta masa. Eso se aplica tanto a la población civil como a los soldados. Los soldados no se rinden, como se acostumbra a hacer en Europa occidental, cuando están completamente rodeados, sino que continúan luchando hasta la muerte. El bolchevismo simplemente ha acentuado esta propensión racial del pueblo ruso. En otras palabras, nos enfrentamos a un adversario ante el cual hay que ser cuidadosos. La mente humana no puede imaginarse lo que pasaría si este oponente cayera sobre la Europa occidental como una inundación (55).

Aceptaba la veracidad de los informes procedentes de los territorios ocupados en el este que afirmaban que los hambrientos rusos estaban dispuestos a comer carne humana, pero sin embargo apoyaba una política que intentaba ganarse el apoyo de aquellos rusos hostiles al régimen comunista estableciendo la apariencia de instituciones libres bajo el dominio alemán. En un pasaje extremadamente maquiavélico de su diario del 22 de mayo de 1942 escribe:

> Podríamos reducir el riesgo de los partisanos considerablemente si tuviéramos éxito en ganarnos algo de la confianza de esa gente. Una política aparentemente benévola para con los campesinos y la Iglesia obrarían maravillas a ese respecto. También podría ser útil establecer falsos gobiernos en los diferentes sectores que entonces serían los responsables de las medidas desagradables e

impopulares. Sin duda sería fácil montar tales gobiernos y entonces tendríamos una fachada detrás de la cual camuflar nuestras políticas. Le hablaré de este asunto al Führer en el futuro. Considero que se trata de algo de lo más vital teniendo en cuenta nuestra presente situación en el este (56).

Sus opiniones sobre los Estados Unidos son igualmente demoledoras:

Un informe sobre los interrogatorios a los prisioneros americanos es verdaderamente horripilante. Los soldados americanos son material humano que no puede compararse de ningún modo con nuestro propio pueblo. Uno tiene la impresión de que está tratando con una banda de salvajes. Los americanos vienen a Europa con tal vacío espiritual que le hacen a uno sacudir la cabeza de incredulidad. Carecen de educación y no saben nada. Por ejemplo, preguntan si Baviera pertenece a Alemania y otras cosas por el estilo. Uno puede imaginarse lo que le ocurriría a Europa si este diletantismo se extendiera sin impedimento. ¡Pero sucede que nosotros tenemos algo que decir al respecto! (57).

He recibido estadísticas sobre el número de judíos en la radio americana y en las industrias del cine y la radio. El porcentaje es verdaderamente aterrador. Los judíos controlan el 100 por cien de las películas, y del 90 al 95 por ciento de la prensa y la radio (58).

Sus comentarios sobre los ingleses apenas si son más halagadores, aunque en ese momento histórico tiene unas cuantas cosas más que decir sobre ellos:

Uno se pregunta de verdad con qué justificación se atreven los ingleses a declararle la guerra a las potencias del Eje con esa insolencia. O bien no conocen nuestra superioridad y su inferioridad, o bien (y parece la explicación más plausible) tenían intención desde el principio de que otros países y pueblos hicieran la guerra por ellos. En cualquier caso, ahí es donde ataco más

vigorosamente a los ingleses en la prensa alemana y también en nuestros programas de radio para el extranjero (59).

Así son los caballeros ingleses: despreocupados y educados cuando las cosas van bien para ellos, pero se quitan las máscaras y se revelan como brutales opresores mundiales en el mismo momento en que uno se entromete en sus cotos privados o aparece en escena un hombre que los desafía (60).

Tras el minuto de silencio que la Cámara de los Comunes dedicó en diciembre de 1942 en memoria de los judíos asesinados en Polonia, Goebbels escribió:

Eso ha sido de lo más apropiado para la Cámara de los Comunes de Inglaterra, que en realidad es una especie de centro de reunión para judíos. Los ingleses, de todas formas, son los judíos entre los arios (61).

Goebbels, sin embargo, estaba dispuesto a admitir algo de admiración a regañadientes por el oponente más antiguo de Alemania:

Aunque Inglaterra actualmente lucha contra tremendos obstáculos no puede decirse que la moral entre la gente común sea baja. El pueblo inglés está acostumbrado a los golpes duros y hasta cierto punto la forma en que los encajan impulsa a la admiración (62).

Si Goebbels tenía en general una pobre opinión de sus enemigos, podemos consolarnos con el hecho de que apenas si tenía una mucho mejor de sus aliados. Despreciaba a los italianos, y también a todo el movimiento fascista comparado con el nacionalsocialismo.

Los italianos no sólo no hacen nada para contribuir al esfuerzo de guerra, sino que además apenas sí producen algo de valía en el reino de las artes. Uno casi podría decir que el fascismo ha actuado sobre la vida creativa italiana como un esterilizador. Después de

todo, no se parece en nada al nacionalsocialismo. Mientras que el nacionalsocialismo hunde sus raíces profundamente, el fascismo sólo es superficial (63).

Goebbels hace mención de vez en cuando a uno de los problemas más peliagudos a los que se enfrentó a la hora de evaluar el valor de los compañeros del Eje para Alemania: su profunda convicción de que son racialmente inferiores a los alemanes. Eso es algo que, evidentemente, debía guardar para sí.

Los italianos se defienden con uñas y dientes contra ser vistos como racialmente inferiores, o incluso diferentes, que nosotros (64).

Con los japoneses el problema era igualmente difícil. Goebbels era el primero en admirar sus cualidades militares, aunque llegaría a desconfiar tanto de sus boletines de noticias como los Aliados desconfiaban de los suyos. Pero la raza de esos miembros del Eje en Asia le presentaba otros factores embarazosos para él como representante de la *Herrenvolk* alemana.

Los Estados Unidos intentan desesperadamente arrastrarnos a una discusión de cuestiones raciales, especialmente en lo referente a Japón… He prohibido a las agencias de noticias alemanas mencionar siquiera ese problema delicado, ya que estoy convencido de que no ganaríamos laureles ahí. De hecho, nuestra posición ante Japón y los problemas del este de Asia es bastante precaria, ya que somos inflexibles en nuestros puntos de vista raciales. La mejor manera de superar esta dificultad es mediante el silencio (65).

Las opiniones de Goebbels sobre el desarrollo de la propaganda bélica venían naturalmente influidas por su actitud ante el pueblo, ya fuera alemán o extranjero, a quien iban dirigidas sus ideas. Manifestaba su creencia en la importancia de las noticias, pero se trataba de noticias diseñadas al servicio de fines políticos. «La política

informativa es una función soberana del Estado a la cual jamás puede renunciar», escribió en febrero de 1942 (66). «La política informativa es un asunto crucial». Se oponía a que el partido (es decir, Dietrich) tuviera control sobre las noticias; sólo el gobierno (es decir, él personalmente) debía ejercer tal función. «Durante una guerra», escribió en otra ocasión, «las noticias deben darse más para instruir que para informar (67)». Esa era la esencia del asunto. Las noticias ponían ideas en la mente de las personas, y las ideas debían ser las adecuadas. En un pasaje importante, con ciertas implicaciones subconscientes, comenta:

> En tiempos de guerra uno no debe hablar de los asesinatos ni en un sentido negativo ni afirmativo. Hay ciertas palabras que debemos evitar como la peste; entre ellas están palabras como «sabotaje» y «asesinato». Uno no debe permitir que esas palabras lleguen a ser parte del uso diario (68).

Incluso las palabras aisladas del contexto de una frase pueden ser peligrosas. En febrero de 1942 planeó la revisión de los diccionarios de alemán requeridos en los países ocupados.

> He dado instrucciones a nuestro ministerio para que preparen diccionarios para las áreas ocupadas en las que se ha de enseñar el idioma alemán. Por encima de todo, tendrán que ofrecer una terminología que sea conforme a nuestra concepción moderna del Estado. Hay que traducir especialmente aquellas expresiones que deriven de nuestra ideología política. Esa es una forma importante de propaganda de la que espero buenos resultados a largo plazo (69).

Las transmisiones de radio de Goebbels para Inglaterra proporcionan un interesante ejemplo de sus intentos por aplicar sus principios especiales de propaganda a una audiencia voluntaria en un Estado libre del control de los nazis. En particular, su mayor triunfo fue el uso de Lord Haw-Haw durante el primer periodo de la guerra

(70). Sus transmisiones empezaron desde Hamburgo el 10 de abril de 1939. William Joyce era un ciudadano británico nacido en Nueva York de padres irlandeses. Se licenció en la Universidad de Londres y se convirtió en un miembro entusiasta de los Camisas Negras de Mosley,[16] donde se convirtió en Director de Propaganda. En Inglaterra había sido violentamente antisemita. Habiendo roto con Mosley, al final salió de Inglaterra en 1939 hacia Alemania donde fue conocido como *Herr Fröhlich* («Señor Alegre») y trabajó en el departamento de Fritzsche en el ministerio. Tan pronto como empezó a hablar en la radio con su estilo mordaz y malicioso, intrigó al público inglés como si fuera una broma de vodevil. Fue bautizado como Lord Haw-Haw por el *Daily Express*. Ese tipo de recepción era exactamente lo que deseaba Goebbels… al principio. Una vez consolidado su éxito diversificó su actuación con escenas de parodias de la clase alta inglesa, como Orpington y Orpington (que se reunían en su club para quejarse de la marcha de la guerra), sir Izzy Ungeheimer, que evadía impuestos, Bumbleby Mannering, el párroco que ganaba dinero con las limosnas y sir Jasper Murgatroyd, que revelaba los secretos vergonzosos de Inglaterra. Su actitud era radical y su objetivo era exponer gradualmente a Inglaterra ante los ingleses como una nación corrupta e hipócrita. Durante un año al menos tuvo un éxito incuestionable, y Goebbels también lo usó en transmisiones dirigidas a los Estados Unidos. Si embargo, tan pronto como Winston Churchill se convirtió en primer ministro, el estilo de HawHaw se endureció para enfrentarse al nuevo espíritu de Inglaterra. La diversión había terminado y perdió su influencia entre el público. Shirer, que le conoció en Berlín y le consideraba «un tipo divertido e inteligente» (71), afirma que hacia septiembre de 1940 Joyce afirmaba que se había convertido en ciudadano alemán y consideraba que el nacionalsocialismo era el movimiento al cual siempre había pertenecido en espíritu. También reveló que al principio el Ministerio de Propaganda encontró su voz nasal poco adecuada para la radio. La

actitud del propio Goebbels ante su estilo en la radio hacia 1942 era bastante significativa:

> Nuestras transmisiones radiofónicas en inglés son muy efectivas después de todo. Sin embargo, un tono de superioridad, agresivo e insultante no nos conduce a nada. A menudo se lo he dicho a nuestros diversos departamentos. Sólo podemos llegar a algo con los ingleses hablándoles de manera amistosa y con modestia. El locutor inglés, Lord Haw-Haw, es especialmente bueno en la crítica mordaz, pero en mi opinión, el tiempo del debate apasionado ya ha pasado… al tercer año de una guerra hay que librarla de manera muy diferente a la del primer año… hoy en día no quieren más que hechos. Por tanto, cuanto más inteligente sea la manera en que hilvanemos los hechos y cuanto más adecuadamente sean presentados en conjunto a la audiencia con psicología y sensibilidad, mayor será su impacto (72).

Las noticias, adecuadamente presentadas, se convertirían en la forma básica de propaganda hacia Inglaterra.

Un curioso aspecto en la propaganda de Goebbels es su uso de la astrología, cosa que es mencionada en cierto número de ocasiones en los cuadernos de 1942 de su diario.

> En los Estados Unidos los astrólogos trabajan profetizando un final prematuro para el Führer. Conocemos ese tipo de trabajo ya que nosotros mismos lo hemos hecho a menudo. Volveremos a emprender nuestra propaganda astrológica lo antes posible. Espero mucho de ella, especialmente en los Estados Unidos e Inglaterra (73).
>
> Berndt ha trazado un plan demostrando como podríamos incluir la ayuda del ocultismo en nuestra ayuda. Estamos realizando avances. Los americanos y los ingleses se tragan con facilidad ese tipo de cosas. Por tanto, estamos reclutando para nuestro servicio a todos los expertos sobre profecías ocultistas y gente de ese estilo

que podemos encontrar. Nostradamus tendrá que ser citado una vez más (74).

En cuanto a las películas, el medio favorito de Goebbels, el diario está lleno de referencias al progreso de la industria en su penetración de los países ocupados y sus éxitos bajo la guía y el control del ministerio. Goebbels también escribe sobre varias películas capturadas que ha visto y admirado en privado, incluyendo la soviética *General Suvorov* y la norteamericana *Swanee River*. Sus comentarios sobre este musical de Hollywood son de particular interés:

> Todos los productores cinematográficos me han estado visitando. Por la noche vimos una película americana en Technicolor, *Swanee River*, lo que me dio la oportunidad de hacer unas cuantas observaciones sobre la creación de una nueva película alemana basada en canciones populares tradicionales. Hay que reconocer que los americanos saben sacar provecho de su acervo cultural relativamente pequeño y, usando medios actuales, lo convierten en algo muy apropiado para los tiempos que corren. Estamos demasiado cargados de tradición y sentimiento. No nos atrevemos a modernizar nuestra herencia cultural. Y por tanto sigue manteniéndose como algo para los libros de historia o los museos, y como mucho es entendida por algunos grupos dentro del partido, las Juventudes Hitlerianas o el Servicio Nacional del Trabajo.[17] La herencia cultural de nuestro pasado sólo puede dar fruto si la presentamos con una técnica moderna. Tendremos que hacer algo al respecto. Los americanos sólo tienen unas cuantas canciones de negros, pero las presentan de tal forma que conquistan grandes partes del mundo moderno que, por supuesto, se ve atraído por esas melodías. Poseemos un fondo mucho mayor de valores culturales, pero carecemos del arte y de la voluntad para modernizarlos. Eso debe cambiar (75).

La producción de películas continuó en Francia bajo la mirada de los alemanes. La alta calidad de determinadas películas francesas llamó la atención de Goebbels:

> Vi una película francesa, *Annette et la Dame Blonde*. Es tan ingeniosa y elegante como la película de Darrieux, *Caprices*. Tendremos que ser cuidadosos para impedir que los franceses se construyan una nueva reputación como cineastas y nos hagan la competencia en el mercado europeo. Haré que los mejores actores franceses vayan siendo contratados gradualmente para hacer películas alemanas (76).

El diario oficial de Goebbels hace poca mención de su vida doméstica. Hay referencias ocasionales a su mujer e hijos. En mayo de 1942 anota que Magda tenía previsto hablar ante un público femenino el Día de la Madre y que tenía un «pánico absoluto» al asunto. Al mes siguiente escribe como si su mujer hubiera vuelto a estar enferma durante el invierno, pero menciona que se había recuperado y que estaba lo suficientemente bien para estar de acuerdo con él de manera tajante «en la cuestión de la guerra total» que ocupaba la mente de Goebbels tras la debacle de Stalingrado. El diciembre anterior había expresado lo mucho que lamentaba no poder pasar más tiempo con sus hijos.

Quizás esa referencia a sus hijos era más conmovedora para él porque ese mismo mes hubo un atentado contra su vida. Tratar tales cosas era tabú según el código de Goebbels y no apareció mención alguna en la prensa y de hecho sólo hay una breve referencia al asunto en el diario de Goebbels del juicio con tribunal popular al «traidor que planeó un atentado contra mi vida y fue condenado a muerte (77)». Sin embargo, hay otra referencia en el diario de Semmler. Da el nombre de Kummerow como autor del atentado y afirma que era un ingeniero de radio. El plan era volar el puente que llevaba por encima de las aguas hacia la propiedad de Goebbels en Wansee; Kummerow, disfrazado de pescador, había intentado hacerlo

mientras el coche de Goebbels cruzaba el río. Fue arrestado, según Semmler, mientras colocaba la carga en su posición. Después de eso se estrechó la seguridad en el Ministerio y las oficinas de Goebbels fueron selladas y puestas bajo vigilancia armada.

Hitler se horrorizó cuando supo la noticia. Se desplegaron inmediatamente guardias adicionales allí donde estuviera residiendo Goebbels. En Nochebuena llegó un enorme y elegante Mercedes: era un coche a prueba de balas y de minas, con ocho milímetros de blindaje en la carrocería. El cristal tenía tres centímetros de espesor. Era el regalo de Navidad de Hitler y venía con los mejores deseos del Führer y órdenes de que en el futuro Goebbels no usase otro coche.

---

13. Galeazzo Ciano (1903-1844), ministro de Asuntos exteriores (y yerno) de Mussolini. *(N. del T.)*

14. El periodo de la primera mitad del siglo XVIII, término especialmente aplicado a las artes, literatura y música de esa época. *(N. del T.)*

15. Gotthold Ephraim Lessing (1729 -1781), escritor, filósofo, dramaturgo, crítico y teórico de las artes; una de las figuras destacadas de la Ilustración alemana. *(N. del T.)*

16. Sir Oswald Mosley, parlamentario inglés (tanto con los conservadores como con el partido laborista), ministro sin cartera en 1929 con los laboristas y fundador de la Unión de Fascistas Británicos (*British Union of Fascists*, BUF), a la cual pertenecían los Camisas Negras ingleses, modelados a semejanza de sus homónimos italianos. *(N. del T.)*

17. El Reichsarbeitsdienst, una institución creada en un primer momento para combatir el desempleo y que durante la Segunda Guerra Mundial servía como apoyo a la Wehrmacht. *(N. del T.)*

Capítulo Siete

Guerra Total

Normalmente se considera que la rendición final de los ejércitos alemanes en Stalingrado, el 31 de enero de 1943, marca el punto de inflexión de la estrella de Hitler en Europa. Había que olvidarse de cualquier celebración del décimo aniversario de la llegada al poder de Hitler el 30 de enero de 1933. Goebbels no titubeó en erizarle la piel a Alemania a la hora de comunicar las terribles noticias; tambores amortiguados precedieron al anuncio en la radio y al día siguiente los periódicos venían rodeados con bandas negras de luto. Ese mismo mes de enero las fuerzas norteamericanas e inglesas ocuparon el África del Norte francesa y el general Montgomery terminó de atravesar las filas de Rommel en El Alamein. Hitler había ordenado tanto a Rommel como a Paulus que defendieran su posición hasta el último hombre. Ninguno de los dos tuvo éxito; Paulus se convirtió en prisionero de guerra y Rommel fue finalmente convocado de vuelta a casa. Tras la Conjura de los Generales de julio de 1944 se le dijo a Rommel que se suicidara en privado porque Hitler no quería reconocer en público que el general más popular de Alemania estaba entre los traidores; eso hizo, y recibió un funeral con honores de Estado en lugar del pelotón de fusilamiento.

Los años de 1943 y 1944, los años de la guerra total, también fueron los años de la miseria moral de Hitler. Cinco millones de polacos, franceses, holandeses, yugoslavos e incluso italianos, fueron reclutados a la fuerza como mano de obra esclava para Alemania, lo que muy a menudo significaba la muerte por privaciones. No hace falta describir aquí lo que implicaba el dominio de las SS y la Gestapo. Sus resultados son una vergüenza para nuestra civilización. Los campos de concentración y de exterminio funcionaban día y noche para cumplir con la política sistemática ordenada por Hitler y aprobada por Goebbels para destruir a la etnia judía en Europa. Tan grande fue el número de muertos que los sistemas de registro se vieron abrumados y no pudieron llevar la cuenta de los millones de víctimas. Himmler, que se enorgullecía de estar al frente de esta operación, creía que más de seis millones de judíos habían muerto masacrados, gaseados, de inanición o torturados hasta la muerte. El comandante del campo de Auschwitz en Polonia afirmaba que habían muerto más de tres millones sólo en su campo, donde las cámaras de gas habían sido diseñadas para acoger a dos mil víctimas a la vez, que tardaban entre tres y quince minutos en morir, «dependiendo de las condiciones climatológicas (1)».

Pese a Stalingrado, los alemanes consiguieron mantener sus principales posiciones en Rusia durante el verano, pero en África del Norte Hitler perdió un cuarto de millón de hombres cuando su ejército fue finalmente derrotado en mayo de 1943. En Italia, el régimen de Mussolini estaba a punto de caer, aunque Hitler convocó por dos veces al Duce a conferencias en las que intentó inspirarle la voluntad de luchar en la causa de la historia. Pero Mussolini no dijo nada. Volvió a casa como hombre libre por última vez y fue puesto bajo arresto el 25 de julio.

Los Aliados habían desembarcado en Sicilia el 10 de julio. Aunque el mariscal Badoglio, jefe del nuevo gobierno italiano, afirmaba que mantendría a Italia dentro del Eje, Hitler sabía instintivamente que la capitulación de los italianos ante los Aliados sólo era cuestión de días.

Envió apresuradamente a todo hombre del que podía prescindir a la península italiana. Tenía intención de hacer prisioneros a los líderes del nuevo régimen y a los miembros de la familia real italiana; incluso planeaba invadir el Vaticano. Goebbels se contaba entre los que le disuadieron de violar el territorio papal. Pero lo primero que había que hacer era rescatar a Mussolini de su cautiverio de forma que pudieran explotarlo como hombre de paja para justificar sus acciones en Italia. Usó provechosamente las seis semanas que transcurrieron desde la caída de Mussolini en julio hasta el anuncio en septiembre de un armisticio entre los Aliados y Badoglio para acumular fuerzas en Italia.

Los aliados desembarcaron con éxito en la península italiana al sur de Nápoles. La intención de Hitler era ocupar la Italia central y del norte, y tuvo éxito durante casi un año entero. El 12 de septiembre Mussolini fue rescatado por un equipo especial de comandos alemanes, acompañados de un cámara para grabar el acontecimiento, pero para entonces Mussolini era un hombre avejentado y roto que no quería separarse de su amante y que ya no era capaz de hacer el papel que Hitler pretendía que representara; pese a ello, su restauración como Duce fue hecha pública por pura formalidad. El gobierno títere fascista se convirtió en un hervidero de intrigas y al final Hitler hizo que Ciano fuera fusilado. Cuando los italianos finalmente recapturaron al Duce y a su amante, los ejecutaron y dejaron sus cuerpos colgados cabeza abajo en bárbaro espectáculo en la Piazzale Loreto de Milán. Pero en esos momentos Hitler ya estaba confinado en su búnker.

Mientras tanto, las fuerzas alemanas retrocedían lenta pero inexorablemente. Aunque consiguieron rechazar a los Aliados en Italia durante el espantoso invierno de 1943-44, no tuvieron tanto éxito en Rusia, donde la política de Hitler de aguantar y luchar sólo condujo a enormes pérdidas innecesarias de hombres y territorio. Hitler rechazó todos los consejos que implicaran una retirada estratégica de sus fuerzas en cualquier sector. Prefería que murieran o que fueran

hechos prisioneros. Durante 1943, Alemania sufrió incesantes bombardeos a gran escala de sus centros industriales a manos de los Aliados, paralizando la producción; la Luftwaffe fue expulsada de los cielos. Ese mismo año, la amenaza de los submarinos alemanes fue erradicada en el Atlántico.

Hitler, que ahora tenía cincuenta y cinco años, se aislaba cada vez más, convirtiéndose en una figura envejecida que reprendía brutalmente a sus comandantes por su incompetencia. Era un hombre enfermo, que sufría de parálisis parcial, dolores estomacales y mareos. También estaba bajo la constante influencia de las drogas que le administraba su médico personal, el doctor Theodor Morell, en cuyas manos Hitler confió su persona sin reservas y también la de aquéllos íntimamente relacionados con él, incluyendo a Goebbels, que también padecía problemas de salud con frecuencia. A diferencia de Goebbels, que siempre estaba apareciendo en público, Hitler se retiró casi enteramente de la vida pública y no hizo nada por reconfortar al atribulado pueblo alemán haciendo sentir su presencia. Muy rara vez se le pudo persuadir para que pronunciara un discurso o alocución en la radio. Esa tarea se la dejaba a Goebbels, que se convirtió en un visitante asiduo de las áreas devastadas, donde hacía lo que podía por animar a los que habían sufrido los ataques aéreos. Hitler permanecía escondido la mayor parte del tiempo en su cuartel general de Prusia Oriental. Tras la debacle de Stalingrado, Hitler sólo pronunció dos discursos públicos de importancia e hizo cinco apariciones radiofónicas antes de su muerte. Se retiró a sus sueños de conquista.

1944 fue el año en el que la fantasía de la victoria definitiva finalmente sobrepasó su razón. Soñaba con que derrotaría a Occidente mediante sus armas secretas y al Este mediante la fuerza abrumadora del ejército alemán guiado por su estrategia intuitiva. Gradualmente, sus obsesiones apartaron a sus ministros y comandantes de su lado; Goering se ausentó, viviendo lujosamente, mientras que Ribbentrop ya no gozaba de la confianza de Hitler. En el último año de su vida, los que podían ejercer ocasionalmente algo de influencia residual sobre él

quedaron reducidos a Himmler, Bormann, Speer, Doenitz y el propio Goebbels. Los poderes de Himmler se hacían sentir en todos los niveles a través de las SS, el ejército y el Servicio de Inteligencia; Bormann, el sucesor de Hess, se convirtió en el asistente personal de Hitler, su constante consejero y celoso perro guardián; Speer estaba a cargo del esfuerzo industrial hasta que al final se volvió contra Hitler en 1945. Doenitz se convirtió en el elegido de Hitler para ponerse al frente del gobierno que le sucedería a su muerte, con Goebbels como Canciller del Reich.

Las muchas conjuras para matar a Hitler (queda constancia de siete de ellas en 1943) fracasaron todas por una razón u otra. Himmler era muy consciente de que en Alemania se estaba creando una gran red de conspiradores con el propósito de librar al país del Führer. Se hacían arrestos constantemente según las sospechas se centraban primero en un nombre y luego en otro, pero los fuegos del magnicidio no se apagaban pisoteándolos. Políticos, diplomáticos, generales, miembros de la resistencia alemana por razones políticas, religiosas o intelectuales formaron conspiraciones que crecieron, menguaron y flaquearon en sus intentos de matar al Führer. El complot que más cerca estuvo del éxito fue el del 20 de julio de 1944. Goebbels, como veremos, tuvo un papel decisivo a la hora de frustrar el subsiguiente intento de golpe de Estado. Hitler, conmocionado y con menos contacto aún con la realidad, sobrevivió para continuar con su grandiosa estrategia.

Para ese entonces los rusos casi habían expulsado completamente a los ejércitos alemanes del territorio soviético, mientras que los Aliados habían tomado Roma en junio. Ese mismo mes fuerzas británicas y norteamericanas desembarcaron en Normandía; como de costumbre, Hitler le echó la culpa a la incompetencia de sus generales y partió hacia Berchtesgaden con sus drogas. Ahora dividía su tiempo entre Berchtesgaden y su cuartel general en Prusia Oriental. Fue ahí, el 20 de julio en Rastenburg, durante una de sus conferencias militares, que la bomba colocada bajo la mesa no consiguió matarle. La venganza de

Hitler contra los conspiradores fue extensa e implacable, y Goebbels recibió al fin los poderes internos que llevaba pidiendo al Führer desde 1943. Su propaganda para la guerra total ahora tenía colmillos que la respaldaban.

Los fragmentos que se conservan del diario de Goebbels contienen sus comentarios sobre los acontecimientos que ocurrieron durante determinadas semanas y unos cuantos días entre marzo y diciembre de 1943. Son importantes porque muestran la evolución de su pensamiento contra el trasfondo de ese periodo aciago en la historia alemana. Goebbels continuó siendo completamente autosuficiente, su satisfacción por sus propios logros en las letras y la oratoria no sufrió merma alguna. Como dice: «Uno debe tener completa seguridad en sí mismo, ya que es la única cosa que comunica confianza a los demás (2)». Pero lo que más le complacía eran los halagos que recibía de labios del Führer, con quien estaba ahora en contacto frecuente, y que dejó registrados:

> El Führer me ha abierto su corazón de manera excepcional y personal al final de nuestro debate. No me esconde absolutamente nada. Las charlas íntimas como ésa verdaderamente dan fuerzas al corazón de uno. El Führer me aseguró una y otra vez que no sólo estaba extremadamente satisfecho con mi trabajo, sino que profesaba la mayor admiración por él. La propaganda bélica alemana era una obra maestra desde el principio al final. Por tanto puedo sentirme muy orgulloso del reconocimiento que me ha dado (3).
>
> El Führer habló con Speer en los términos más elogiosos posibles de mis artículos en *Das Reich*. Le dijo que los leía siempre y que no había encontrado ni una sola vez un error psicológico en ellos. Los considera la mejor prosa política que se escribe actualmente en Alemania (4).

En un curioso pasaje acepta lo que interpreta de buena gana como una alabanza procedente de una fuente enemiga al mismo tiempo que

revela que el pueblo alemán no es unánime en su apreciación de su persona, parcialmente debido, sin duda, a su radicalismo cada vez más despiadado.

> Han puesto ante mí cierto número de publicaciones inglesas que dan pruebas de un gran respeto por mí y mi persona. El *News Chronicle* dice que soy el miembro más peligroso de la banda nazi. Me siento muy orgulloso de ese halago. Si los ingleses siguen respetando tanto mi trabajo, creo que también me ganaré gradualmente la aprobación del pueblo alemán (5).

Sin embargo, rara vez dejó de decirle a Hitler cuáles eran sus propias ambiciones. Lo primero de todo, quería tener todas las ramas de la propaganda en sus manos.

> He expuesto ante el Führer mis ideas sobre la naturaleza de la propaganda. Creo que cuando se crea un Ministerio de Propaganda, todos los asuntos relacionados con la propaganda, las noticias y la cultura dentro del Reich y en las áreas ocupadas deben subordinarse a éste. Recalqué que insisto en el totalitarismo a la hora de llevar a cabo la propaganda y las políticas informativas del Reich. Se mostró completa y absolutamente de acuerdo conmigo (6).

Entonces, en segundo lugar, quería que Hitler incrementara sus poderes como Gauleiter de Berlín a toda Alemania. Su orgullo por el control que tenía sobre los asuntos internos de la capital es evidente en todo momento, y se enorgullecía particularmente de la forma en que llevó las consecuencias del atentado, eso era algo que no paraba de repetirle a Hitler.

> Me confirmó una vez más que en situaciones como ésas soy el comandante supremo y único para la capital. Los ministros también deberán obedecer mis órdenes. Toda la vida pública queda

subordinada a mí. En tiempos de catástrofe, sólo puede haber una persona dando órdenes (7).

Pero, argumentaba Goebbels, si Hitler respaldaba su autoridad como Gauleiter de Berlín, ¿por qué no le daba poderes similares sobre toda Alemania?

> Nuestra propaganda dentro del Reich no parece tener la chispa adecuada, según colijo de los informes de los Gauleiters. Aquí vuelve a emerger el hecho de que nos falta una mano que gobierne en el país. Estaría más que dispuesto a intentar resolver todos esos problemas, siempre que se me concedieran los plenos poderes necesarios (8).

Para Goebbels no había una línea de demarcación bien definida entre administrar un país y la propaganda asociada a ello. La propaganda aislada del poder era inútil: «detrás de la propaganda siempre debe haber una espada afilada si se quiere que ésta sea efectiva (9)». No sólo la ambición personal, sino las puras necesidades lógicas de su trabajo tal y como lo entendía, exigían que se le concedieran esos plenos poderes y convertirse así en el gobernante de Alemania mientras Hitler controlaba la guerra. Esa sería una asociación en la que no habría cabida para otros ministros o comandantes excepto en posiciones subordinadas.

Por consiguiente, Goebbels empezó a recalcarle a Hitler la necesidad de obligar a la población civil a participar en las exigencias de la guerra total tal como él las concebía.

> La guerra total me está dando muchísimo trabajo, pero las cosas avanzan según lo programado… El pueblo identifica la idea y la concepción de la guerra total con mi persona. Así que, por tanto, en cierto sentido soy responsable de la continuación de la guerra (10).

El sentido del poder de Goebbels se ofendía a menudo al ver la inmunidad ante los efectos de la guerra de la que disfrutaban muchos

de los alemanes más privilegiados, incluyendo a algunos de los jerarcas nazis.

> He presentado una queja sobre unos cuantos Reichsleiters y Gauleiters cuyo estilo de vida no es nada acorde con los tiempos. El Führer también se ha enterado de esto. Va a prohibir la caza mientras dure la guerra y el uso de alcohol en cualquier acontecimiento patrocinado por el partido. En principio sólo se servirán comidas de un único plato (11).
>
> No permitiré que la guerra total se interprete de manera laxa en una región y de forma estricta en otra. El hecho de que las mujeres tengan prohibido teñirse el pelo en algunas regiones y en otras les esté permitido ha dado como resultado que las damas de clase alta viajan de un Gau a otro para sus tratamientos de belleza. Eso, por supuesto, no es lo que quiere decir la guerra total (12).

Von Oven comenta una aversión similar, en esta ocasión a los oportunistas en la industria del cine, quienes, según Goebbels, ahora intentaban congraciarse con los nazis, pero que «si alguna vez hemos de irnos, serán los primeros en congraciarse con sus nuevos amos, diciéndoles que siempre han sido unos buenos antifascistas y que se vieron obligados a aceptar todo ese dinero y todos esos honores de nosotros (13)». Goebbels demostró ahí ser todo un profeta. Anhelaba meter en cintura a esa gente, hacer que experimentaran el látigo de su autoridad… la autoridad que Hitler seguía sin proporcionarle. Pese a eso, se adjudicaba el mérito de haber llegado a ser el gobernante interior de Alemania por virtud de su cargo.

> Es de lo más típico que durante la guerra el Ministerio del Interior no haya hecho prácticamente nada sobre política doméstica. Lo que hay de política interna en Alemania emana de mí. Naturalmente, me siento muy satisfecho de que las cosas hayan resultado así. Si hubiera un hombre fuerte en lugar de Frick, estaría en posición de causarme muchos problemas: tal y como están las

> cosas, he sido capaz de salirme con la mía en la política interna. Según un antiguo principio mío, nunca suelto lo que he agarrado con mis manos (14).

Más tarde, en 1943, y aún sin el poder ejecutivo que ansiaba, se quejaba a Von Oven acerca de la ineficacia de los demás líderes del partido. Le dijo:

> Si tan sólo el Führer me hubiera hecho vicecanciller el primer día, me hubiera encargado de que hubiera más decencia. El problema es que el Führer tiene demasiada debilidad por los viejos miembros del partido. Cierto, estuvieron con él en los primeros días, eran hombres valientes y se ganaron una merecida recompensa una vez que llegamos al poder. Pero demasiados de ellos fueron puestos en cargos que les venían demasiado grandes, por no hablar de las tentaciones corruptoras del poder ante las cuales, después de todo, uno tiene que tener una personalidad y un carácter muy fuertes para no sucumbir a ellas (15).

Según la guerra se iba tornando lentamente en contra de los nazis, el radicalismo de Goebbels, que merodeaba justo por debajo de la superficie, estallaba volcánicamente.

> El nacionalsocialismo debe pasar por una renovación. Debemos vincularnos de manera más socialista que antes con el pueblo. El pueblo siempre debe saber que somos sus justos y generosos guardianes. El liderazgo nacionalsocialista no debe tener lazos en absoluto con la aristocracia ni con la llamada alta sociedad (16).

Al mismo tiempo, el liderazgo bajo Hitler aspiraba al control de Europa, y a través de Europa, del mundo. Ante ese propósito supremo, a ojos de Hitler y Goebbels, cualquier otra consideración moral quedaba relegada a segundo plano.

> El Führer expresó su convicción inquebrantable de que el Reich dominaría Europa. Todavía nos quedan muchas batallas que librar, pero sin duda nos conducirán a magníficas victorias. Por tanto, el camino hacia la dominación queda casi asegurado. Dominar Europa supondrá asumir el liderazgo natural del mundo.
>
> Por tanto, no podemos aceptar plantearnos cuestiones sobre el bien y el mal ni siquiera como base de un debate. Perder la guerra supondría el mayor de los males para el pueblo alemán: la victoria nos otorgaría el mayor de los bienes. Después de todo, sólo el vencedor podrá demostrar ante el mundo la justificación moral de este conflicto (17).

En los fragmentos conservados de su diario de 1943, Goebbels dejó registrados no menos de nueve reuniones con el Führer, la mayoría de ellas privadas. Pese a la carga intolerable de sus responsabilidades, o quizás precisamente debido a ellas, Hitler parecía dar la bienvenida a esas largas conversaciones en las que, según parece, debatían sobre todos los aspectos de la guerra y la futura grandeza de Alemania, sin dejar de pensar jamás en la victoria definitiva. Incluso admitiendo la necesidad de Goebbels de hacer ostentación del afecto que sentía el Führer por él ante sus taquígrafos, es evidente que los dos estaban más cerca que antes y que hasta cierto punto Goebbels podía paliar la necesidad de compañía, ánimo y lealtad entusiasta que sufría Hitler al llevar esa vida recluida y artificial. Para entonces no había nadie más que Goebbels en posición de proporcionarle tanto apoyo al Führer en concepto de amistad y consejo sagaz.

> El Führer fue extremadamente atento y amable… En la despedida se mostró excepcionalmente amistoso y encantador conmigo. Creo que puedo ser un gran apoyo para él en estos tiempos críticos… Todos sus deseos (en mi caso no habla de órdenes) han de serme comunicados a través de los canales con los que estoy familiarizado. Si alguien más afirma hablar con la autoridad del

cuartel general del Führer, puedo estar seguro de que no es cierto (18).

Pese a la creciente intimidad con Hitler, Goebbels sintió en 1943 la necesidad de crear salvaguardas al intentar reconciliar al Führer con Goering. Cuando el Ministro de Propaganda tenía que confiar en alguien, escogía para hacerlo a hombres que conocía bien y que eran supervivientes de los viejos días, prefiriendo tratar con ellos que con los advenedizos en el círculo cercano a Hitler, como Bormann. Hitler seguía teniendo algo de afecto por Goering, aunque su fracaso en hacer inexpugnables los cielos alemanes lo había desacreditado profundamente y conducido a su vida de reclusión rodeado de lujos y comodidades. Semmler dedujo por sus conversaciones con Goebbels que su ministro despreciaba a Goering. En diciembre de 1942 anotó un cotilleo procedente de *Frau* Goebbels que insinuaba que hacía años que Goering era un adicto a la cocaína. En 1943 Goebbels intentó cerrar el Horcher, el restaurante de lujo que proveía a Goering de comida sometida a racionamiento, y le molestó muchísimo la forma en que Goering había logrado llenar Karinhall, su gran mansión campestre, con famosas obras de arte saqueadas de museos y colecciones privadas de la Europa ocupada. Goebbels solía contarle a Von Oven historias sobre la increíble avaricia y gula de Goering; de cómo, por ejemplo, durante los días de pobreza del partido, Goering le había ofendido comiendo durante toda la noche en el compartimento del vagón dormitorio que tenían que compartir a veces cuando viajaban para acudir a reuniones o conferencias. Hacia principios de 1945, Goebbels intentó que Goering fuera juzgado por el Tribunal Popular por su negativa a cumplir con el esfuerzo de guerra total.

Por la tarde tuve una charla con Goering que duró más de tres horas, en una atmósfera de la mayor camaradería y cordialidad. Me alegró que pudiéramos ser tan francos. Repasamos la situación general, y me agradó descubrir que coincidíamos completamente en todos los problemas importantes. Sin haber consultado el uno

con el otro, habíamos llegado casi a las mismas conclusiones sobre la situación.

Goering está en una condición física excepcional. Trabaja duro, logra éxitos enormes y contribuye a la solución de los problemas con sentido común y sin teorizar en exceso (19).

Un año después, con la ayuda de Speer, Goebbels intentó ganarse a Goering para que apoyara su campaña por la guerra total. Todas sus causas de disensión anteriores fueron dejadas de lado cuando Goebbels fue a visitar al Mariscal del Reich a su casa alpina de Berchtesgaden.

La casa está muy arriba en la montaña y rodeada de un silencio casi invernal. Goering me recibió con todo su encanto y cordialidad. Su indumentaria era algo barroca y si uno no lo conociera podría parecer casi ridícula. Pero él es así, y uno tiene que adaptarse a sus idiosincrasias; a veces incluso tienen un cierto encanto (20).

Encontraron un interés común en su preocupación por el estado físico y mental de Hitler.

Goering manifestó la mayor de las preocupaciones por el Führer. Él también tiene la sensación de que ha envejecido quince años durante los tres años y medio de guerra. Es trágico que el Führer se haya convertido en un recluso y que lleve una vida tan insalubre. No sale nunca al aire libre. No se relaja. Se queda sentado en su búnker, preocupado y cavilando. ¡Si se le pudiera trasladar a otro entorno! Pero ha tomado la decisión de llevar la guerra a su manera espartana, y supongo que no hay nada que hacer al respecto (21).

Estaban de acuerdo en criticar a casi todo el mundo, incluyendo a Rommel, Paulus, Rosenberg, Ribbentrop y en especial a los «tres reyes magos» (según el apodo que les había puesto Goebbels) que eran en

realidad la causa de este inesperado acercamiento entre Goebbels y Goering: Lammers, Bormann y Keitel, los hombres conocidos como el Comité de los Tres, que se estaban haciendo cargo de Hitler y complicándole la vida a Goebbels. Entre sus aliados se contaban Speer, Himmler, Funk y Ley. En una reunión conjunta celebrada unos pocos días después, Goebbels registró la opinión de Goering sobre el asunto:

> En lo que concierne a su autoridad y poder, por importancia relativa primero vendría Bormann, luego Lammers y por último Keitel, que es un cero absoluto. Es una locomotora que se ha quedado sin combustible, que resopla lo que le queda de vapor y que se para de repente. Sin duda esos tres intentan formar una especie de gabinete alternativo y levantar un muro entre el Führer y sus ministros. El Comité de los Tres es el instrumento para llevar a cabo este plan. Eso es intolerable (22).

La reacción del propio Hitler a la propuesta de rehabilitar a Goering ante el pueblo alemán no fue precisamente entusiasta, y hacia mayo Goebbels parecía dudar de si Goering le sería de mucha utilidad en realidad. El pueblo alemán estaba en su contra por su fracaso en protegerlo de los bombardeos de los Aliados y su estilo de vida, que anteriormente había sido motivo de diversión, ahora era objeto de críticas mordaces. Su desaparición de la vida pública se convirtió en objeto de rumores. Incluso se llegó a decir que se había suicidado.

La actitud de Goebbels sobre la manera de manejar las noticias de la destrucción en Alemania había cambiado ya en el verano de 1942. Sabía que las ruinas incendiadas eran imposibles de ocultar, justificar o hacer desaparecer. Inspirándose en el «sangre, sudor y lágrimas» de Winston Churchill, que creía que era una buena manera de preparar al pueblo para más esfuerzos, desarrolló el tópico de «actos de terror» contra Alemania e instó a la prensa a sacarle todo el partido posible con vistas a afilar el espíritu germano. En una conferencia de prensa de 1942 dijo:

> Será imposible decir en una frase que una ciudad como Dusseldorf yace en ruinas. Se formarán secciones especiales de corresponsales de prensa cuyo deber será glorificar los sucesos del bombardeo nocturno al estilo de los informes de campo de batalla y presentarlos aureolados de misticismo (23).

Eso ilustraba su nueva política de «Fuerza mediante el miedo», el heraldo de la campaña de guerra total.

En Berlín ordenó la evacuación de tantas personas ancianas, mujeres y niños como se pudiera prescindir en preparación de los bombardeos masivos que sabía que vendrían y que finalmente tuvieron lugar en agosto de 1943 y durante los meses siguientes. A diferencia de Hitler y Goering, Goebbels sí acudió a todas partes, ofreciendo el consuelo de su presencia en las áreas bombardeadas y respondiendo afectuosamente a su popularidad entre los alemanes, real o imaginada. Visitó el Ruhr y otras áreas industriales devastadas por los incesantes bombardeos, y fue meticuloso a la hora de cumplir con sus deberes como Gauleiter de Berlín, aunque su residencia oficial fue destruida, su Ministerio resultó dañado, la sede del *Gau* ardió casi completamente y el interior del Hotel Kaiserhof, tan sagrado para la historia nazi, quedó completamente destrozado. «Siempre es prudente estar a mano», ya que sabía que debía estar presente para lidiar con las interminables dificultades. Goebbels siempre hace gala de una cierta licencia poética a la hora de relatar las actividades que dan una imagen positiva de su persona, pero aún sabiendo esto, no hay duda de que jamás escatimaba esfuerzos cuando se trataba de ejercer su autoridad o de emplear su tiempo y energías en apariciones públicas de todo tipo. En cierto modo, se regodeaba en las interminables dificultades a las que se enfrentaba.

> Me levanté a una hora intempestiva con la cabeza latiéndome como nunca. Los dolores de cabeza me persiguen todo el día. ¿Y qué? Simplemente, tengo que trabajar. Voy directo al despacho a lavarme y afeitarme. Tengo grandes dificultades en mi trabajo.

> Todas las líneas telefónicas están cortadas; sólo puedo comunicarme con el mundo exterior mediante mensajeros. La mayoría de los ministerios del Reich han sido bombardeados. Sólo puedo contactar con los ministros y directores de departamento con la mayor de las dificultades. Eso hace que mi trabajo sea más difícil en algunos aspectos, pero más fácil en otros (24).

Una decisión típica que tuvo que tomar al momento, sin tiempo para reflexionar, fue si salvaba la Casa de Ópera de Charlottenburg (que estaba bajo su mecenazgo personal, en oposición a la Ópera Estatal, patrocinada por Goering) o una fábrica de armamento. Sin vacilar, dirigió sus extenuados recursos para combatir el fuego hacia la fábrica.

Aunque por entonces afirmó ante Von Oven que no tenía miedo de convertirse en impopular si era necesario, a juzgar por su diario le complacía ganarse el aplauso del público.

> Los berlineses se congregan alrededor de mi coche. Me asombró su excelente espíritu. Nadie grita, nadie se queja. La gente me daba palmaditas en la espalda con familiaridad, me daban buenos consejos, me impedían continuar adelante porque, según decían ellos, no debía ocurrirme nada ya que todavía era muy necesario…
>
> A veces tengo la sensación de que los berlineses casi están en un trance religioso. Las mujeres se acercaban a mí y me imponían las manos en bendición, implorando a Dios que me guardara… Hazle pequeños favores a esa gente y los tendrás a tus pies…
>
> En la Gardenplatz participé en un acto de distribución de alimentos. Los hombres y mujeres trabajadores me recibieron con un entusiasmo indescriptible… Tuve que comer con la gente y me alzaron para ponerme encima de una caja para que les hablara. Les dediqué un discurso en lenguaje corriente y jerga popular que se ganó el corazón de los trabajadores. Todo el mundo me trataba de «du» y me llamaba por mi nombre de pila… Las mujeres me abrazaban. Tuve que firmar autógrafos… hubo escenas

profundamente conmovedoras. Una mujer había dado a luz a un niño durante uno de los ataques aéreos dos o tres días antes; pero insistió en levantarse, vestirse y correr a la plaza cuando supo que iba a venir yo. No perderemos la guerra por falta de moral (25).

No obstante lo anterior, durante todo 1943 Goebbels había estado presionando a Hitler para que considerara las ventajas que habría en negociar un tratado de paz con Gran Bretaña o con la Unión Soviética, preferiblemente con Inglaterra.

Goebbels tenía la sensación de que la moral del pueblo alemán se estaba hundiendo y el esfuerzo estaba haciendo mella en él.

En las cartas que nos llegan ahora aparecen muchas críticas. La moral entre las masas está tan baja que el asunto es serio. Incluso la gente de buena voluntad está preocupada por el futuro. El hombre de la calle ya no ve manera de salir del dilema militar. Como resultado hay críticas contra los líderes, y en algunos casos incluso contra el mismísimo Führer (26).

El día de hoy no ha traído más que trabajo y pesares. Las noticias adversas continúan acumulándose. Ciertamente, uno debe mantener el equilibrio mental y los nervios bajo control para no tambalearse bajo el impacto. Pero no hay problema alguno en mi caso. Sé que la guerra es un asunto duro; también sé que hay que aguantar hasta que acabe; me doy cuenta de que eso implica una tensión enorme, pero cuando uno hace su trabajo con valentía y sobrevive a la crisis, la victoria nos aguarda al final (27).

Sin embargo, con la derrota final de los alemanes en África del Norte, escribió: «A veces creo que carecemos de la iniciativa necesaria para combatir en la guerra (28)». En una entrevista con Hitler en septiembre planteó, no por primera vez, la molesta cuestión de un acuerdo de paz.

Le pregunté al Führer si estaría dispuesto a negociar con Churchill o si se negaba a ello por principio. El Führer replicó que en política los principios no existen cuando se trata de personalidades. No cree que las negociaciones con Churchill llevaran a ningún resultado ya que está demasiado apegado a sus opiniones hostiles y, además, está guiado por el odio y no por la razón. El Führer preferiría negociaciones con Stalin, pero no cree que tuvieran éxito, ya que Stalin no puede ceder a lo que Hitler exige en el Este…

Es dudoso, la verdad, que estemos en posición de elegir entre Rusia e Inglaterra. Si en realidad tuviéramos opción sería mucho más agradable entablar negociaciones con Londres que con Moscú. Uno siempre puede hacer mejores tratos con un estado democrático, y una vez declarada la paz, ese estado no volverá a empuñar la espada hasta pasados por lo menos veinte años. Psicológicamente, los ingleses no estarían en posición de hacer la guerra; además los ingleses están demasiado cansados de la guerra y posiblemente también estén al límite. Con los bolcheviques es diferente. Debido a su sistema tan integrado, están en posición de poder embarcarse en una guerra en cualquier momento (29).

La actitud de Goebbels hacia Gran Bretaña parecía haber sufrido algún cambio. Mientras que abogaba por un odio implacable e irrevocable en su propaganda, en su diario aparecen pensamientos como éste:

Nosotros los alemanes no estamos muy dotados para administrar territorios ocupados, ya que carecemos de experiencia. Los ingleses, que no han hecho otra cosa en toda su historia, son superiores a nosotros en ese aspecto (30).

La ciencia física anglosajona nos ha eclipsado por completo, especialmente en la investigación. Como resultado, la potencia anglosajona es muy superior a nosotros en la aplicación práctica de

los resultados de las investigaciones en física. Eso es evidente tanto en la guerra aérea como submarina (31).

La amargura que Goebbels sentía mientras contemplaba el deterioro del frente interno se extendió contra todo el que obstaculizara el esfuerzo bélico, especialmente los generales del Alto Mando. Hay dos pasajes en particular en su diario que reflejan la fuerza de este odio:

> La evaluación del Führer sobre las cualidades morales de los generales, y eso se aplica a todas las ramas del servicio, es devastadora. No cree a priori a ningún general. Todos le engañan, le adulan, lo abarrotan de estadísticas que cualquier niño podría refutar y, por tanto, insultan la inteligencia del Führer (32).

La total falta de confianza entre Hitler y su Estado Mayor fue un factor importante en la derrota de Alemania, y condujo a una de las conjuras más espectaculares para asesinar a Hitler, la que organizaron los generales en 1944.

La caída de Mussolini y la subsiguiente capitulación de Italia fue otro golpe para la propaganda alemana. Cuando llegaron noticias de la destitución de Mussolini, Goebbels se encontraba en Dresde visitando a su esposa, que recibía tratamiento en un sanatorio. Este desastre político sobrevino conjuntamente con la llegada de terribles informes desde Hamburgo que hablaban de la destrucción que había caído sobre la ciudad como resultado de un bombardeo masivo. Recayó sobre Von Oven la tarea de contarle ambas cosas al ministro (33). Cuando recibía malas noticias, Goebbels tenía el hábito de no decir nada durante un minuto o dos, mirando al portador de nuevas con la boca abierta y una expresión de incredulidad infantil en el rostro. Pero en esa ocasión sacudió la cabeza. Y al final habló: «¡*Dreckhammel*!», ese improperio fue todo lo que dijo. A partir de ahí, cada vez que sostenía una discusión con Hitler se mostraba mucho más animado; después de todo, jamás había tenido a Mussolini en

mucha estima. Se sentaba en su posición favorita, y agazapado en su silla giratoria con las rodillas contra el borde del escritorio, arrancaba repentinamente en un estallido burlón: «Duce, Duce, Duce», gritaba, como las multitudes italianas saludando a su líder.

Aunque la liberación de Mussolini le proporcionó a Goebbels la historia propagandística que necesitaba, ésta salió publicada con varias semanas de retraso y se sintió asqueado cuando al fin vio el estado en que estaba el Duce: «en el fondo no es más que un italiano y no puede escapar a esa herencia».

La última entrada del diario de Goebbels que estuvo disponible para nuestro estudio fue la del 9 de diciembre de 1943. A partir de ahí el contacto con sus opiniones y acciones será mediante los registros dejados por los que trabajaron con él, en particular los diarios escritos por su ayudante, Rudolf Semmler, y su secretario de prensa, Wilfred von Oven. La última entrada de Semmler está fechada el 17 de abril de 1945, sólo dos semanas antes del suicidio de Goebbels. Para los dos años y medio anteriores hemos contado con la ventaja de sus observaciones sobre lo que Goebbels decía y hacía durante el periodo más crítico de su vida. Durante un periodo casi idéntico, Von Oven complementa las notas de Semmler con descripciones detalladas de los hábitos personales de Goebbels y sus métodos de trabajo.

Von Oven se quedó muy impresionado por las maneras de Goebbels en las conferencias que presidía en el ministerio (34). Detrás del gran sillón tapizado de cuero del ministro colgaba un magnífico tapiz de los talleres Gobelin; curiosamente, mostraba un fauno tocando una melodía con la flauta a cuyo son bailaban otros faunos y ninfas. El público de Goebbels, formado por directivos de la radio, la prensa o el cine, le esperaba y, cuando llegaba, el eco de sus voces se acallaba. Goebbels se sentaba como era su costumbre, con la rodilla puesta contra el borde de la mesa que tenía enfrente, y hojeaba pilas de papeles. Seguía con el hábito de quitarse el reloj de pulsera antes de empezar a hablar. Solía comenzar hablando en un tono bajo y lento para hacer que su público se inclinara hacia delante y esforzara sus

oídos para poder escuchar lo que decía. Daba instrucciones en ese estilo, de forma rápida y concisa antes de despedir a su audiencia para que volviera a su trabajo. En contraste con esta manera profesional y eficiente de celebrar una conferencia, Von Oven se escandalizó por la ligereza que mostraba de puertas para adentro en otras reuniones de mayor nivel y más restringidas, donde se contaban y volvían a contar con gran hilaridad los últimos chistes contra Hitler.

Von Oven se quedó prendado de Magda Goebbels; Naumann fue quien los presentó a ambos en una de sus propiedades a orillas del lago. Pero Von Oven sufría como los demás la frugalidad de la mesa de Goebbels. Describe en detalle el estudio del ministro en la residencia oficial de Berlín: a un lado una enorme chimenea, al otro un escritorio tapizado de cuero rojo. Las cortinas y la alfombra eran igualmente rojas. Detrás del escritorio con su silla giratoria había un retrato de Hitler a mayor escala de la real que cubría la mayor parte de la pared: a la izquierda del escritorio había un retrato de Federico el Grande, uno de los seis cuadros o bustos diferentes del rey que se podían encontrar sólo en esa casa. Algunos más estaban en el Ministerio y en las otras residencias del ministro.

Von Oven describió con cierto detalle lo que era un día de trabajo normal para Goebbels a mediados de 1943. Su ayuda de cámara Emil entraba en el vestidor adyacente al dormitorio de Goebbels exactamente a las 7:30 de la mañana, empujando una mesilla rodante en la que había una taza de café, una platillo con tres clases diferentes de vitaminas, dos delgadas rebanadas de pan integral cortadas en cuatro y un gran maletín de cuero rojo con la etiqueta «Telegramas para *Herr* Ministro». El ayuda de cámara tocaba entonces a la puerta del dormitorio hasta que recibía algún tipo de respuesta de su patrón. Goebbels nunca estaba en su mejor momento por la mañana temprano (35).

Era responsabilidad de Von Oven recibir a las seis de la mañana los mensajes que habían de ser clasificados y seleccionados antes de ser colocados en el maletín del ministro. Eran clasificados como

Confidencial, Secreto o Máximo Secreto; y eran coloreados de manera diferente según el nivel de su posible publicación final en la prensa, su envío a los Gauleiters o a otros altos cargos. Von Oven era responsable de llamar la atención de Goebbels sobre los más importantes de esos comunicados y también de preparar los periódicos del día para el ministro. Uno de los periódicos que Goebbels jamás dejaba de leer era el diario local de Rheydt.

Goebbels se tomaba exactamente cuarenta y cinco minutos para prepararse para la jornada. Se afeitaba y se vestía impecablemente. Una vez a la semana se arreglaba el pelo mientras una manicura se ocupaba de sus manos. A Goebbels le gustaba la ropa pulcra, las camisas de seda color crema y ponerse agua de colonia. Incluso vestido de uniforme conseguía parecer un civil, llevando con frecuencia pantalones de fiesta decorados con bordados en seda y zapatos de charol bajo el chaquetón del uniforme. Los rumores decían que Goebbels poseía tantos trajes que en todo un año no tendría que repetir vestimenta. Incluso después de varias semanas de trabajo con Goebbels, Von Oven se maravillaba de no haber visto todavía al ministro dos veces con el mismo traje. Todas sus ropas eran de buen corte, elegantes y discretas tanto en color como en diseño. Por cálido que fuera el día, Goebbels siempre llevaba al despacho abrigo, sombrero y guantes. Cuando no llevaba puesto el abrigo, normalmente alguien se ocupaba de sacarlo del coche, doblarlo cuidadosamente y llevarlo como si fuera una bandeja (36).

A las 8:15 de cada mañana, Von Oven y el asistente de Goebbels recibían una taza de café y delgadas rebanadas de pan duro como desayuno mientras esperaban al ministro en la sala de recepción. También era su responsabilidad telefonear al ministerio por si acaso hubiera noticias excepcionales o novedades relacionadas con la agenda del día, que Goebbels esperaba que le contaran mientras se dirigía al trabajo en su Mercedes blindado. Entonces aparecía Goebbels, seguido de Emil con dos maletines: el maletín rojo oficial y el que contenía sus documentos personales. Esos maletines tenían que

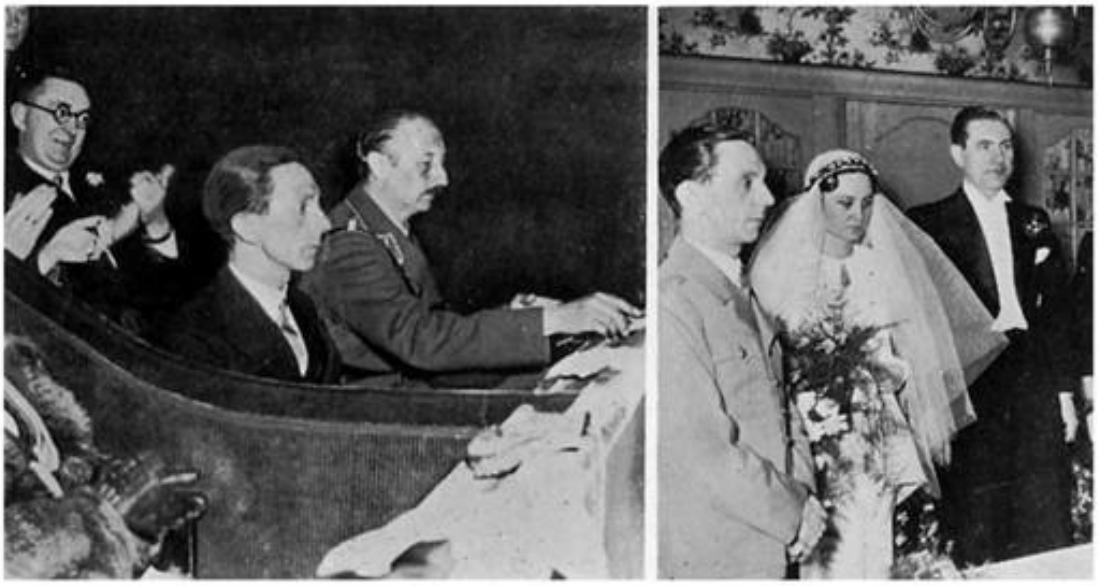
ser depositados sobre el escritorio de su despacho a una distancia exacta del borde, de la misma manera que sus secretarios tenían que ordenar sus lápices cuidadosamente afilados en pulcra formación, listos para el trabajo.

Rach, el chófer de Goebbels, siempre hacía el saludo hitleriano mientras abría las puertas del coche, que había que manejar con cuidado debido a su enorme peso. Goebbels prefería sentarse delante, al lado del conductor; Von Oven y el ayudante iban detrás. Goebbels escuchaba atentamente el breve resumen de su asistente de lo que había oído del Ministerio. En un par de minutos el gran coche hacía su recorrido de trescientos metros y aparcaba en el Ministerio, y los funcionarios acudían inmediatamente para cumplir con su deber de recibir al ministro (37). El ordenanza de Goebbels, Ochs, se adelantaba para tomar el sombrero, abrigo y guantes de Goebbels y la pequeña comitiva que portaba las prendas exteriores y maletines de Goebbels marchaba en silencio sobre alfombras rojas hasta la suite de despachos en la primera planta. Las grandes puertas dobles se cerraban silenciosamente a su espalda, y se acercaba al gran escritorio que era el símbolo de su poder. En una antesala había dos secretarios trabajando, eran miembros de un equipo que trabajaba día y noche por turnos. En cuanto a Goebbels, se ponía a estudiar inmediatamente los documentos preparados para que los examinara.

A las diez en punto Werner Neumann, el Subsecretario de Estado, cuyo despacho estaba situado cerca del de Goebbels, era anunciado para la conferencia matutina que tenía lugar regularmente. A las once en punto se celebraba la conferencia de directores de departamento y otros cargos. Después venían las entrevistas privadas de diverso tipo hasta que llegaba la hora de almorzar.

Von Oven describe como él y el ayudante solían sentarse a esperar con el estómago rugiéndoles porque Goebbels siempre prefería hablar a comer. Finalmente llegaba el mensaje de que el ministro estaba listo, y se ponía en acción rápidamente la rutina de la vuelta a casa para la frugal comida. El plato principal podía ser una croqueta del tamaño

de un huevo de pato, o tres o cuatro patatas con espinacas, la verdura favorita de Goebbels. Tras la comida, el ministro podía charlar un rato mientras se fumaba un cigarrillo antes de retirarse a dormir en un sillón. Para eso usaba la misma postura que según se decía adoptaba Federico el Grande: con la cabeza hacia atrás y una manta sobre las piernas. La siesta duraba media hora. Entonces Von Oven tenía que asistir al ministro con la libreta de notas preparada mientras Goebbels se tomaba un café con galletitas y sus tres pastillas.



Vida social y familiar de Goebbels. *Izquierda*, en el teatro con el príncipe August Wilhelm y la princesa Bathilde de Schaumburg-Lippe; *derecha*, en la boda de su hermana Maria con Max Kimmich en 1938.

Al timón de su motora en el Wansee.

Lída Baarová en la época de su relación con Goebbels (*izquierda*).
Derecha, con Magda y Hanke (barba).

Foto familiar, 1942.

Von Oven tenía que encargarse a menudo de las labores de investigación que Goebbels necesitaba para sus contribuciones a *Das Reich*. Esa tarea le costaba a Goebbels mucho tiempo, pero había conseguido que le pagaran la bonita suma de cuatro mil marcos por cada artículo. Escribía el primer borrador a mano. Luego dictaba el artículo para que lo pasaran a máquina y por último se ponía a revisarlo. Siempre hacía falta comprobar pequeños detalles, y Von Oven se apresuraba a verificarlos para el ministro. Goebbels repasaba minuciosamente los borradores preliminares y escuchaba con gran

atención crítica, a menudo con irritación, las lecturas radiofónicas semanales de sus artículos.

El periodo de principios del invierno fue muy desagradable para Von Oven porque tenía que encargarse de todo tipo de cosas. Puede que lo enviaran a averiguar en el mínimo tiempo posible la fecha en que Aníbal cruzó los Alpes o cualquier otro dato necesario para el artículo de *Das Reich*. O puede que el ministro lo enviara a hacer de enlace por algún asunto menor o a que le hiciera recados. Sobrevivió durante ese periodo a base de café y pequeñas rebanadas de pan. A veces recibía algo de mermelada como extra. La vajilla, sin embargo, era de excelente porcelana de Dresde. Todo lo que podía hacer era esperar que dieran las ocho, la hora de la cena, y estar atento a señales que revelaran que el ministro estaba de buen humor. Ese tipo de señales solían ser que estuviera de ánimo hablador o hiciera restallar los dedos. Cuando estaba listo, Goebbels le entregaba el maletín rojo para su preparación para la mañana siguiente.

Tras la cena, el ministro y los presentes solían ver un programa de películas que podía incluir, si la fecha lo permitía, un preestreno del noticiario de actualidad antes de su proyección en las salas públicas. Veía todo lo que sus agentes podían conseguirle. Los agregados de prensa en las embajadas en Suecia, Suiza y Portugal tenían órdenes de conseguir películas americanas y copiarlas de manera ilícita para él. Una noche del verano de 1943 hubo una proyección de *Mrs. Miniver* en la casa de Goebbels. Éste se quedó embelesado con la película, según Von Oven. «¡Qué maravillosa propaganda para la causa de los Aliados!», exclamó. «¡Qué oleada de simpatía por los ingleses y de odio hacia los alemanes emana de esta película! No es sólo una obra de arte, es excelente propaganda». Unos pocos días después vieron una película alemana que disgustó intensamente a Goebbels. «¡Qué idiotas!», gritó. «Parece que los alemanes somos un pueblo completamente carente de sutileza. No sabemos nada acerca de psicología. ¿Es que no saben hacer otra cosa que gritar? ¡Es para desesperarse!».

Goebbels seguía hablando hasta la medianoche, usando a los que tenía cerca como caja de resonancia para sus monólogos. Luego estrechaba la mano de todo el mundo como despedida. A menudo se llevaba libros y discos de gramófono a la cama por si no podía dormir.

Durante los intensos bombardeos de Berlín, Goebbels permaneció muy calmado. Exasperaba a su ayuda de cámara, Emil, debido a la desorbitada cantidad de tiempo que se tomaba para vestirse antes de descender al refugio antiaéreo, que era tan lujoso y estaba tan bien equipado como su despacho, con un coste de construcción estimado de 350.000 marcos en marzo de 1943. Se preparaba para esta forzosa aparición en público de la misma forma meticulosa como se vestía cada mañana. En cualquier caso, siempre estaba dispuesto durante los ataques aéreos a ir en coche hasta el Puesto Central de Defensa Antiaérea para recibir las últimas noticias y supervisar los trabajos de lucha contra el fuego y de rescate. Después de todo, el ministro también era el Gauleiter de Berlín (38).

Cuando Goebbels viajaba, cosa que hacía con frecuencia, ya fuera para hablar en una de las ciudades principales, para visitar las zonas afectadas por los bombardeos o para conferenciar con Hitler en su cuartel general, solía hacerlo en coche o en tren. Trabajaba en su despacho hasta el último minuto, con los coches oficiales esperándole en marcha. El desplazamiento hasta la Anhalter Bahnhof llevaba tres minutos exactos; por tanto, el ministro entraba en el Mercedes cinco minutos antes de que saliera el tren que debía tomar. Marchaba por el andén junto con su personal hacia su vagón especial que había sido unido al tren. Subía al vagón con un minuto de antelación, respondiendo por el camino a los saludos hitlerianos con que le saludaban los funcionarios de la estación. En cuanto ocupaba su lugar en el vagón, volvía a retomar su trabajo oficial allí donde lo había dejado. Ochs, su ordenanza del ministerio, se hacía cargo de su equipaje; Otte, su secretario jefe, supervisaba sus dictados. El vagón tenía un espacio dedicado a dormitorio y una pequeña cocina, y el compartimento principal estaba bien amueblado en caoba, con

lámparas de pie dispersas sobre el suelo alfombrado. Al llegar a cualquier estación importante, el vagón era conectado inmediatamente con la red telefónica local del Servicio Postal. Von Oven recuerda un viaje de esas características a Dresde, donde Goebbels tenía que reunirse con su mujer en la estación porque estaba en la ciudad recibiendo tratamiento en un sanatorio. Mientras Goebbels saludaba a su mujer presentándole un ramo de rosas acompañadas de un beso en la boca, los funcionarios del Servicio Postal estaban ocupados conectando los teléfonos del vagón. Magda se había vestido completamente de blanco en preparación de las rosas blancas que su marido le entregaría en público.

1943 fue un año de grandes decepciones para Goebbels en sus ambiciones políticas, como ya hemos visto por las evidencias de su diario. Eso también queda confirmado por el testimonio independiente de Semmler. El 4 de junio, en una conferencia con los directores de departamento ministeriales, les largó un sermón sobre la necesidad de una movilización total de los recursos físicos y humanos de la nación para impedir que Alemania perdiera la guerra, particularmente en el frente oriental. Alemania, dijo, no estaba haciendo su máximo esfuerzo. Tres semanas más tarde recibió un amargo golpe cuando Hitler nombró un Comité de Tres formado por Lammers, Bormann y Keitel para llevar a cabo lo que Goebbels consideraba que eran sus propios planes para poner a Alemania en pie de guerra total. Goebbels se encontró relegado a la posición de consejero de este grupo ejecutivo, del que despreciaba a todos sus miembros; sus debates, según dijo en su casa, eran como ver un espectáculo de títeres de Punch y Judy en la misma víspera de la caída de Stalingrado (39).

La única respuesta de Goebbels fue lanzar un desafío de guerra total por su cuenta y en su propio lenguaje grandilocuente, una de las obras de oratoria más destacadas de su carrera, que pronunció el 13 de febrero en el Sportpalast. Con Stalingrado reciente en el corazón, Hitler se había negado a hablar. Goebbels decidió usar una nueva técnica en la que gritaba desafíos y preguntas retóricas a su vasto

público para provocarlo y que le gritaran a él en respuesta las réplicas que necesitaba para demostrar a Hitler su determinación de hacer la guerra total.

Preparó ese discurso en un estado de ansiedad nerviosa, trabajando con sus secretarios en borrador tras borrador hasta las cuatro de la mañana del 13 de febrero. El discurso estaba diseñado para excitar a un público de veinte mil personas y llevarlo a un estado de entusiasmo de masas de forma que cuando formulara sus preguntas no hubiera cabida para otra respuesta que «¡*Ja*!» desde el mar de rostros que tendría debajo. Goebbels ensayó cada frase, cada gesto importante. Usó un espejo para esos ensayos. Una vez que estuvo frente a su público, su seguridad era completa; punteó su discurso con un nuevo estilo de declamación, abandonando su elegancia habitual por una adusta urgencia en su forma de expresarse. Recalcó la amenaza del bolchevismo. Dejó claro que sólo Alemania podía salvar la civilización en el mundo. La ilusión era algo del pasado. «El imperativo de esta hora es la guerra total». Gradualmente fue exaltando a su público hasta que sus gritos se convirtieron en una parte del discurso. Entonces, y sólo entonces, lanzó sus retos. Les pidió, como representantes de toda Alemania, que respondieran sí o no a si estaban dispuestos a hacer los mayores sacrificios necesarios para conseguir una victoria duradera. Todos los que fueron testigos del efecto de ese desafío sobre el público lo describen como un barullo de entusiasmo y los gritos aumentaron en volumen como un huracán. Tomándose su tiempo, Goebbels expuso sus diez preguntas, y exigía un resuelto «*Ja*» o «*Nein*» de su público. Les retó entonces a afirmar su creencia en el Führer y en la victoria, en su deseo de continuar la guerra con «salvaje determinación» y en trabajar dieciséis horas al día si fuera necesario para proporcionar los medios para derrotar al bolchevismo. Entonces les exigió su aprobación para que las mujeres aportaran todas sus fuerzas a la guerra y que el castigo para vagos y maleantes fuera la muerte. Todo el pueblo alemán debía declarar que estaba dispuesto a soportar, todos por igual, la carga de la guerra.

Según se sucedía pregunta tras pregunta por los atronadores altavoces, la sala resonaba con los enormes rugidos de «¡*Ja*!».

Tras su triunfo, Goebbels fue sacado a hombros de la sala. Esa noche se pesó, como hacía siempre después de cada aparición en público agotadora, y afirmó que había perdido tres kilos (40). Pero todos sus esfuerzos no le sirvieron para nada. Hitler no le dio el control de las medidas para la guerra total que tanto ansiaba.

Así que se volvió hacia el sustituto del poder, la publicidad, Preparó al público para que lo aceptara como líder, aunque Hitler no lo hiciera. Trabajó duro en sus artículos para *Das Reich* y en sus alocuciones en la radio, y se aseguró de que su nombre apareciera en lugar destacado en las noticias diarias. Hablaba con frecuencia en asambleas públicas en Berlín y en otros lados, aprovechando completamente el silencio de los demás líderes nazis. También, como ya hemos visto, usó sus frecuentes visitas a las áreas bombardeadas para ganar popularidad, como describe Semmler:

> Ayer estuve en Colonia con Goebbels. Por primera vez vi una ciudad intensamente bombardeada. Goebbels estaba muy conmocionado y quería que Hitler visitara la ciudad lo antes posible. Es sorprendente que Goebbels fuera saludado con tanta cordialidad en las calles. Hablaba a la gente en el dialecto renano. Se puede ver que, incluso en Colonia, en estos momentos es uno de los líderes nacionales más populares. Los hombres y mujeres que sufren ven que al menos uno de ellos se interesa por lo que les ocurre (41).

Su objetivo, según Semmler, era llegar a ser el segundo hombre más estimado por el pueblo alemán después de Hitler. Este sustituto del poder ejecutivo real le resultaría muy útil, según creía, cuando finalmente consiguiera persuadir a Hitler para que le diera los poderes que quería.

Sin embargo, en uno de esos raros momentos en que Goebbels estaba preparado para enfrentarse abiertamente a la verdad sobre sí

mismo frente a los demás, admitió ante Semmler que esta nueva popularidad no era precisamente inevitable y tuvo que recrearla desde la nada.

> Nada hay más difícil, añadió Goebbels, que recuperar la popularidad perdida. Él mismo había aprendido una amarga lección. Sólo tras cuatro años de trabajo extenuante había logrado volver a ganarse parte de la confianza y el respeto que perdió en 1938. Ahora se siente confiado en que su estrella vuelve a estar en ascenso (42).

Por la fecha es evidente que se estaba refiriendo al escándalo público por su relación con Lída Baarová que casi le cuesta su carrera.

Goebbels no perdió su ánimo amoroso ni siquiera en esos tiempos adversos, como queda reflejado en esta encantadora historia que contaba Semmler. Sucedió en junio.

> La noche pasada ocurrió un incidente bastante delicado en Lanke, la residencia campestre del ministro. Los dos últimos días Goebbels ha estado viviendo en una casita de ladrillo en medio del bosque, a poco menos de un kilómetro de la casa principal. Quiere descansar y no ver a nadie. No se le permite a nadie molestarle. El teléfono es su único contacto con el mundo exterior. Un criado le lleva la comida y regresa inmediatamente a la casa. Frau Goebbels está en El Ciervo Blanco en Dresde, en tratamiento, y los niños están en la casa de Schwanenwerder.
>
> Generalmente se notifica de antemano a los centinelas la llegada de visitantes de forma que puedan atravesar el control sin dificultad. Ayer, cerca de las once de la noche, el centinela informó de una mujer desconocida en bicicleta que recorría los senderos de la propiedad. Era una hermosa joven. El centinela la detuvo. Se negó a dar su nombre o la razón para su presencia en la propiedad de Goebbels. El centinela, que evidentemente era un perfecto galán,

la escoltó por tanto a través de la oscuridad del bosque. Tenía intención de llevarla ante la guardia o el encargado de la casa.

Después de haber dado unos pocos pasos se percató de que a unos veinte metros de distancia había otra figura oscura entre los pinos. El centinela, pistola en mano, dio el alto a la figura y le ordenó que se detuviera. Al momento siguiente se quedó horrorizado al reconocer, por los juramentos e improperios que le dedicaba la figura desconocida, que no era otro más que el mismísimo Goebbels. El caso de la ciclista quedó aclarado al instante. Por las confusas disculpas que Goebbels le ofreció a la joven, el centinela se dio cuenta de que el ministro la estaba esperando. El centinela fue rápidamente enviado de vuelta a su puesto y la pareja se apresuró con igual rapidez hacia la cercana casa de ladrillo.

Goebbels había acordado una cita nocturna con la joven actriz de cine. Para evitar todas las habladurías, Goebbels había intentado que ni sus criados propensos al escándalo ni su personal de confianza supieran nada de la visita. Por eso la señorita no vino en coche sino recorriendo un sendero del bosque que sólo conocían los invitados de confianza, y el único camino que no estaba bloqueado por una verja de hierro (43).

Paralelamente a la campaña de popularización personal de Goebbels estaban sus sempiternos desencuentros con otros líderes, particularmente con Ribbentrop, cuya ineptitud al frente del Ministerio de Exteriores le exasperaba, y con Goering, con quien intentó hacer las paces durante un tiempo para poder usar su influencia para ayudarle a derrotar a la camarilla que rodeaba a Hitler, liderada por Bormann. El 31 de marzo de 1943, el Día de los Héroes, se enfadó muchísimo por «el bajo lugar que le había adjudicado en los asientos para miembros del gobierno». Hacia abril sus planes para formar un grupo radical para derrotar a esa camarilla estaban lo suficientemente maduros para que se los explicara en una entrevista a Von Naumann, quien pasó la información a los demás

miembros del ministerio, incluyendo a Semmler. El plan no tuvo éxito, al menos en el sentido de que no consiguió ningún incremento del poder de Goebbels y al final no tuvo más remedio que hacer las paces con Bormann, al que llamaba ese «tipo primitivo del OGPU»[18] (44). Hacia finales de año, cuando Berlín estaba a punto de experimentar el castigo de los bombardeos, Goebbels estaba profundamente deprimido, nervioso e incluso, según Semmler, derrotista.

> En las últimas semanas me ha dado la impresión de que está cayendo en un estado de ánimo realmente derrotista. Si no, cómo explicar entonces lo que dijo hoy delante de su esposa: «Si todo nuestro esfuerzo, trabajo y lucha no nos conduce a nada, entonces no me será difícil morir. Porque en un mundo donde no hay sitio para mis ideales tampoco hay sitio para mí.

En otra ocasión, cuando cenaba con su antiguo subsecretario de Estado, Leopold Gutterer, llegó incluso a admitir que no le parecía probable que se pudiera mantener el Reich, incluso con sus fronteras anteriores a la guerra (46)».

Una vez más, Semmler se percató de la constante necesidad de actividad que tenía Goebbels.

> Este manojo de nervios no puede vivir sin preocupaciones, excitación y el pulso acelerado. La perspectiva del siguiente día de trabajo con su mortífera certidumbre de más decepciones y vejaciones no le preocupa. Por el contrario, dice que le complace muchísimo que de nuevo estén sucediendo cosas a su alrededor: conferencias, telegramas, visitantes, conversaciones telefónicas, documentos, instrucciones, resultados rápidos y luego de vuelta a la ansiedad y las preocupaciones.
>
> A veces me parece que hay algo siniestro en esa inquietud constante (47).

Con los bombardeos, Goebbels se comportó con una valentía ejemplar. La noche del 21 de noviembre, la del primer ataque aéreo, Goebbels estaba dando una arenga en un barrio periférico cuando llegaron los bombarderos. Durante el momento culminante del bombardeo, Semmler y Goebbels volvieron en coche a la Central de Defensa Antiaérea en la Wilhemplatz. Ahí se quedó Goebbels fumando un cigarrillo tras otro, observando la llegada de informes, hasta que «casi perdió el control» al ver la magnitud de los daños.

Goebbels se consideraba personalmente responsable de mantener alta la moral en Berlín durante esos días y noches terribles. La Luftwaffe no hizo nada por ayudarle. Hacia Navidades sus nervios estaban destrozados. Se peleó airadamente con Magda y con el personal doméstico de Lanke en Nochebuena simplemente porque habían puesto el árbol de Navidad delante de la pantalla de cine en la que quería ver una película americana. Perdió todo su autocontrol, ordenó que le trajeran el coche y se retiró a Schwanenwerder a pasar las Navidades completamente solo y leyendo a Schopenhauer. Magda tuvo que explicar a sus hijos la ausencia de su padre lo mejor que pudo. Estaba trabajando, por supuesto. Hacia enero, Goebbels volvía a rabiar porque las autoridades de la devastada ciudad de Berlín acudieron a él pidiendo consejo sobre qué regalarle a Goering por su cumpleaños; el año anterior le habían arrancado un cuarto de millón de marcos para un Van Dyck. ¡Goebbels no se recuperó en todo un día!

Semmler también nos proporciona comentarios sobre determinados acontecimientos en los que Goebbels estuvo involucrado, en particular su colaboración para frustrar el Complot de Julio. Por ejemplo, revela que Bormann intentó impedir que Hitler recibiera un memorando de cuarenta páginas que Goebbels había confeccionado en abril en el que insistía en que la victoria ya no era posible en los dos frentes a la vez, y que habría que iniciar negociaciones de paz con Stalin, ya que no parecía posible esperar ningún éxito en intentar hablar de paz con Churchill y Roosevelt. El memorando entraba en considerables

detalles sobre el tipo de condiciones que se podían imponer a Stalin y luego terminaba insinuando de manera general que ya que Ribbentrop había fracasado de forma tan señalada en el Ministerio de Exteriores, Goebbels en persona estaría dispuesto a hacerse cargo del ministerio y de llevar a cabo las negociaciones. Bormann se oponía por completo al plan, y dejó el memorando sobre su escritorio sin pasárselo a Hitler. Pasaron casi tres semanas antes de que Goebbels, agonizando de suspense, averiguara lo que había pasado, y al mismo tiempo descubriera otra vez lo poderosa que era la influencia que tenía Bormann sobre Hitler. Hitler archivó el memorando sin más mención del asunto, y Goebbels tuvo que esperar al 20 de julio para obtener determinados poderes que buscaba. Continuó relacionándose con hombres como Speer, Funk y Ley, los cuales reconocían su autoridad y aceptaban sus planes radicales para reformar la política bélica de Alemania bajo Hitler. Se reunían con regularidad los miércoles por la noche en la casa de Goebbels para discutir sobre ello. La actitud personal de Goebbels en esos momentos hacia el Führer es descrita por Semmler en los siguientes términos:

> Cada vez que Goebbels acude al cuartel general, en un principio va allí desconfiando por completo del genio del Führer, rebosante de irritación, críticas y palabras duras. Cada vez está decidido a decirle a Hitler lo que piensa en realidad. No sé qué ocurre en sus charlas, pero cada vez que Goebbels regresa de ellas viene repleto de admiración por el Führer y exuda un optimismo que nos contagia a todos (48).

El 5 de junio, víspera del Día-D, Semmler y Naumann estaban con Goebbels, que había sido llamado por Hitler a reunirse con él en Berchtesgaden. Goebbels tenía esperanzas de que Hitler quisiera discutir el memorando sobre Rusia, pero estuvieron en conferencia sobre otros asuntos hasta primeras horas de la madrugada del 6 de junio. Fue Semmler quien tuvo que despertar a Goebbels con las noticias del desembarco de los Aliados en Normandía.

> A las cuatro y cinco minutos recibo repentinamente los primeros informes de una operación de desembarco de los Aliados en la costa del Canal. No hay duda de que ha empezado la invasión. Telefoneo inmediatamente a Goebbels y le cuento las sensacionales noticias en unas pocas frases resumidas. Casi puedo verle, a través del teléfono, saltando de la cama; tras unos pocos segundos me llega su voz: «Gracias a Dios, al fin. Este es el asalto final (49)».

De camino a Berlín, Goebbels le contó a Semmler que el Führer seguía siendo muy optimista sobre la victoria definitiva. Tres noches después, el ministro dio una fiesta en la que parecía inusualmente excitado. «Para Goebbels es muy difícil callarse un secreto», escribe Semmler. Les contó que el arma secreta de Hitler estaba a punto de ser usada contra Inglaterra, cumpliendo así al final las viejas promesas de la propaganda de Goebbels para el pueblo alemán. Fue él quien escogió el término V-1 para esa Arma de Venganza (*Vergeltung*) porque el numeral sugería que había otras armas de ese nuevo tipo, más devastadoras, en preparación. La primera bomba volante fue lanzada contra Londres el 15 de junio. Goebbels estaba bastante furioso por la forma arbitraria en que las autoridades militares usaron el arma sin notificárselo primero, de forma que hubiese podido darle al tremendo acontecimiento un tratamiento propagandístico a gran escala.

Cinco semanas después, el 20 de julio, Goebbels estaba en Berlín cuando Hitler celebraba una conferencia de Estado Mayor en una casa de invitados construida en madera en Rastenburg, su cuartel general en Prusia Oriental (50). Normalmente la reunión se hubiera celebrado en su búnker de hormigón, de no haber estado en reparación. Este simple cambio de lugar alteró la historia de la guerra, al permitir que Hitler sobreviviera y prolongar la lucha otros nueve meses.

El conde von Stauffenberg, coronel y jefe del Estado Mayor para la Reserva, voló desde Berlín para unirse a la conferencia. Llevaba consigo un maletín que dejó cuidadosamente colocado bajo la mesa de madera de la sala de reuniones antes de ausentarse para hacer una

llamada urgente a Berlín. Esperó durante un minuto o dos a cierta distancia de la casa de invitados y oyó la explosión; en el pánico subsiguiente consiguió salir en avión de Rastenburg hacia Berlín. Antes de marcharse, puso una llamada prioritaria al Ministerio de Guerra con las noticias de la muerte de Hitler. Eso puso en movimiento la red de conspiración que un cierto número de generales disidentes había planeado y organizado desde hacía tiempo, cuyo objetivo era tomar el gobierno de Alemania en nombre del ejército. En Berlín se supuso que otro miembro de la conspiración presente en Rastenburg, el general Fellgiebel, habría cumplido con su misión, que consistía en destruir los medios de comunicación en el cuartel general de Hitler. Por tanto, los conspiradores dieron la orden para emprender la siguiente etapa de su plan, la ocupación de Berlín. Como parte de ese plan, el comandante Otto Remer recibió orden de ocupar el área de los ministerios y oficinas gubernamentales con un batallón de la Guardia de Berlín, incluyendo el Ministerio de Propaganda. Entre las instrucciones dadas al comandante Remer figuraba el arresto de Goebbels.

Pero Hitler no había muerto, ni sus medios de comunicación con Berlín habían sido destruidos. Había salido tambaleándose de la casa de huéspedes en ruinas, conmocionado, aturdido, con los pantalones desgarrados, los tímpanos reventados y el brazo derecho parcialmente paralizado. Creyó que había habido un bombardeo. Estaba tranquilo, y momentáneamente se preocupó por sus pantalones, que eran nuevos. Pero mientras Stauffenberg llevaba las noticias de su muerte a Berlín, Hitler, todavía conmocionado, le explicaba excitado a Mussolini, que había llegado a Rastenburg de visita, lo que acababa de ocurrir. No dudó en señalar la milagrosa naturaleza de su salvación. Lo tomó como una señal más de la Providencia de que tendría éxito en su plan de controlar Europa. Mussolini estuvo de acuerdo en que se trataba de una señal del mismísimo Cielo. Luego se retiraron a tomar el té; pero entonces los nervios de Hitler cedieron y rabió incontrolablemente durante una hora, gritando venganza contra todos los que se le oponían como hombre de destino protegido por la

Providencia. Mientras tanto, durante toda la tarde los teléfonos sin destruir de Rastenburg estuvieron ocupados conectando con Berlín para contrarrestar todos los rumores sobre la muerte de Hitler y para cancelar todas las órdenes que no estuvieran autorizadas por Keitel o Himmler, quien estaba a cargo de la seguridad en el frente interno. Los conspiradores descubrieron demasiado tarde que su complot había fracasado.

Mientras tanto, los hombres del comandante Remer, entre otros, tomaban las posiciones que se les habían asignado en Berlín. La historia de lo que ocurrió ha sido contada por Rudolf Semmler con cierto detalle.

Semmler se percató de lo anormalmente pálido y nervioso que parecía Goebbels en el almuerzo, que se sirvió a la hora de costumbre de las dos en punto en su residencia oficial en la Hermann Goering Strasse. En ese momento, como revelaría después, Goebbels sólo tenía noticias de la explosión, seguidas después de un periodo agónico por la noticia sin más detalles de que Hitler había sobrevivido por los pelos. Con eso en mente, Goebbels esperaba ansiosamente en casa posteriores informaciones. Semmler había terminado su turno después del almuerzo, cogiendo el tren a casa sin mayores dificultades porque se adelantó una hora a la llegada del comandante Remer con el batallón de la Guardia para tomar el control del área gubernamental.

El teniente Hagen, un nacionalsocialista convencido y oficial subalterno agregado al Regimiento de la Guardia de Berlín oyó los primeros rumores de la muerte de Hitler alrededor de las cuatro junto con la constatación de que la Guardia iba a ocupar el distrito ministerial. En última instancia fue el hombre responsable de advertir a Goebbels de que estaban teniendo lugar actividades sospechosas. Aunque sólo era un teniente en el ejército, también era un erudito y un crítico de música que trabajaba en el periódico de Goebbels, *Das Reich*. Tenía una relación amistosa con Goebbels y también con el comandante Remer, y era un nazi devoto. Al principio aceptó los preparativos de los conspiradores en el Ministerio de la Guerra de

buena fe. La palabra en clave para la operación era Valquiria, y hasta donde sabían los oficiales subalternos su propósito era la movilización contra una supuesta rebelión del millón de trabajadores esclavos que estaban destinados en el distrito de Berlín. Tanto Remer como Hagen encontraron esos preparativos inexplicables porque la mano de obra esclava parecía bastante dócil. Sus sospechas empezaron a tomar forma cuando vieron, en la mañana del 20 de julio, al mariscal de campo Von Brauchitsch, que supuestamente vivía retirado desde que Hitler lo había destituido, yendo en coche al Ministerio de la Guerra ataviado con uniforme completo. Hagen ahora admite que tuvo *ein ungutes Gefühl*, un mal presagio, y cuando más tarde ese mismo día llegó la orden de poner en marcha la operación Valquiria, Remer le ordenó que se presentase ante Goebbels, ya que era el único ministro que estaba en Berlín esa tarde, así como Gauleiter y Plenipotenciario para la Guerra total. La orden que habían recibido indicaba que Hitler había sufrido un atentado contra su vida cuyos resultados eran todavía confusos. El ejército, proseguía la orden, tenía que asumir el poder por completo y el Regimiento Wach tenía que ocupar el barrio gubernamental e inmovilizar a todo el mundo, ministros y generales incluidos.

Hagen se dirigió a la casa de Goebbels inmediatamente; allí fue detenido durante unos minutos por el oficial de guardia en la antesala de Goebbels, otro amigo suyo, porque Goebbels estaba utilizando el *Führerblitz* (una línea telefónica de máxima prioridad con el cuartel general de Hitler). Finalmente, fue conducido directamente ante la presencia del ministro. Goebbels parecía bastante tranquilo.

—Bueno, doctor Hagen, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó.

Hagen explicó los términos de la orden para poner la operación Valquiria en marcha.

Goebbels le interrumpió en el momento en que explicaba que la orden afirmaba que el resultado del atentado era incierto.

—Eso son tonterías —dijo Goebbels—. El Führer está vivo. Hace sólo dos minutos estaba hablando con él. Ha habido un atentado

contra él, pero ha escapado milagrosamente. Las órdenes no tienen ningún sentido.

Hagen miró por la ventana un momento y se volvió hacia Goebbels de nuevo.

—*Herr* ministro —dijo—, en este momento un pelotón de mi regimiento está entrando en acción. Sugiero que busquemos inmediatamente a mi comandante.

Goebbels permaneció tranquilo, y se sentó a su escritorio tomando notas de la conversación. Entonces realizó una llamada prioritaria al comandante de la *Leibstandarte* Adolf Hitler, los guardaespaldas personales de Hitler acantonados en Lichterfelde, un barrio periférico a pocos kilómetros del área gubernamental. En su condición de Gauleiter, ordenó al comandante que movilizara a sus hombres y que estuviera a la espera de órdenes procedentes solamente de él en persona. Invitó a Hagen a escuchar su conversación con el comandante mediante una extensión telefónica. Cuando colgó el auricular, Goebbels se volvió hacia Hagen.

—Como ha oído, acabo de movilizar a la LAH —dijo—, pero no los he convocado aquí. Hasta donde sea posible, quiero evitar cualquier peligro de enfrentamiento armado entre el ejército y las SS. Ahora vaya y dígale a su comandante que venga a verme.

Cuando llegaron a la puerta agarró a Hagen del brazo.

—¿Es Remer de confianza? —preguntó.

—*Herr* ministro, respondo de él con mi vida.

—Muy bien, entonces —continuó Goebbels—. Vaya y tráigamelo, y dígale que si no está aquí en veinte minutos haré entrar a la LAH en acción, ya que entonces tendré que suponer que está siendo retenido por la fuerza en el Ministerio de la Guerra.

Por el momento Goebbels no sabía qué acción inmediata emprender. Se le dijo que un oficial y tres hombres habían venido con órdenes para arrestarle procedentes del comandante de la Guarnición de Berlín. Abrió el cajón de su escritorio, sacó un revólver que guardaba allí, y ordenó que entraran. Al mismo tiempo se aseguró de

que la puerta que conducía al despacho de su ayudante estuviera abierta, de forma que se pudiera oír lo que se dijera (51).

Cuando llegó el teniente, encontró a Goebbels en un estado de ánimo formidable. El ministro le gritó que estaba obedeciendo órdenes de traidores y que el Führer estaba vivo. El teniente, desconcertado ante las noticias, se retiró. Hagen, mientras tanto, había informado de su conversación con Goebbels al comandante Remer, que al instante acudió a la residencia de Goebbels. Declaró que ahora se daba cuenta de que sus órdenes procedían de traidores y que se ponía sin reservas a disposición de Goebbels. Retiró a los hombres que acordonaban el barrio gubernamental y reunió a su unidad de quinientos hombres en el jardín de la casa de Goebbels. Goebbels bajó y los arengó durante diez minutos sobre la importancia de la lealtad en tiempos como ésos hasta que fue interrumpido por el mensaje de que se había restablecido la comunicación con Rastenburg. Goebbels regresó al teléfono, llevándose a Remer con él. El comandante tuvo entonces el honor de hablar con el Führer en persona. Hitler le ordenó que emprendiera toda acción que considerara necesaria para mantener la seguridad, alabó su lealtad y lo ascendió a coronel sobre la marcha. Entonces Remer salió con sus hombres a arrestar a los líderes de la conspiración en el Ministerio de la Guerra en la Bendlerstrasse y a asegurar el Centro de Radio contra sus interferencias. Stauffenberg, incriminado desde un principio por su llamada urgente desde Rastenburg a Berlín, fue de los primeros en ser fusilados a la luz que un blindado proyectaba al otro lado del patio del ministerio.

Goebbels tomó el control inmediatamente. Convirtió su casa en lo que Semmler describió como «prisión, cuartel general y tribunal, todo en uno». Himmler, que acababa de llegar de Rastenburg, se le unió alrededor de las ocho, y se formó inmediatamente una comisión de investigación con Goebbels como presidente. Uno a uno, los generales y otros (entre ellos Fromm, Witzleben, Hase y el Jefe de Policía de Berlín, Helldorf) fueron interrogados por Himmler y Goebbels durante

toda la noche. En cuanto se supo más, se emitieron y ejecutaron órdenes de más arrestos. En aquel ese momento parecía evidente que la conspiración estaba extendida por todo el país, involucrando tanto a militares como civiles.

Hacia la una menos veinte de la mañana del 21 de julio, Hitler habló en la radio para toda Alemania. No siguió los consejos de Goebbels antes de hacerlo, y el resultado no fue el deseado. Parecía conmocionado y nervioso; su discurso fue entrecortado e irregular, tenía la voz ronca y con frecuencia no articulaba bien. Tronó contra los traidores y exigió la lealtad de Alemania. Volvió a hablar una vez más de una intervención divina. «Lo considero», dijo, «como confirmación de la tarea que me ha impuesto la Providencia».

Goebbels estaba alarmado. En su opinión, un discurso así del Führer y en esos momentos era desastroso. El mismo Goebbels no volvió a hablar en la radio hasta el 26 de julio, cuando ofreció una descripción cuidadosamente amañada del complot y de la manera en que había sido aplastado. Había pasado los días siguientes en Rastenburg, reuniéndose con Hitler y continuando con sus investigaciones.

Allí, según Semmler, que acompañó a Goebbels a Rastenburg, encontró a Hitler «muy indispuesto», aunque creía que los efectos psicológicos que sufría eran peores que los físicos. El Führer parecía tener lagunas mentales, su audición había quedado dañada y parecía tener dificultades en seguir una conversación. Sólo tenía un pensamiento en mente: venganza contra los hombres que le habían traicionado y sus familias. Fue otra vez la Noche de los Cuchillos Largos, de principio a fin. Todos aquellos que albergaban en su corazón la más mínima semilla de revuelta esperaban la llegada de los hombres armados que se los habrían de llevar. Se desconoce el número de personas que fueron ejecutadas, encarceladas o enviadas a campos de concentración durante las semanas y meses siguientes. Al final se redactó una lista de unos cinco mil nombres de personas ejecutadas, pero unos miles más desaparecieron. Posteriormente,

Hitler quedó destrozado al descubrir que incluso Rommel, su favorito, estaba involucrado con la rama de París de la conspiración; pero como hemos visto, se le persuadió para que se suicidase, de forma que se le concediera un funeral propagandístico con las ceremonias adecuadas.

Los generales cabecillas fueron ejecutados mediante un proceso de estrangulación lenta. Goebbels hizo que el juicio y las ejecuciones fueran filmadas en todos sus despiadados detalles de forma que Hitler pudiera seguir los truculentos acontecimientos noche tras noche en la pantalla. Los generales fueron vestidos con ropas de civil que no eran de su talla y con los pantalones sin cinturón, de forma que sufrieran la mayor humillación posible durante su aparición ante el tribunal. Los interminables rollos de metraje fueron editados, por orden de Hitler, para producir una película de varias horas de duración, una cinta que Goebbels convenció al Führer de no mostrar en público porque su exhibición hubiera revelado con demasiada claridad el deseo patológico de Hitler de obtener una larga venganza. Los condenados fueron colgados de ganchos de carnicero y murieron estrangulados lentamente por la cuerda.

Mientras tanto, en Rastenburg, dos días después del atentado, Goebbels se aprovechaba todo lo que podía de la condición de debilidad de Hitler. Ahora era su oportunidad de insistir en las necesidades de la guerra total y conseguir más poder para sí. Era necesario un nuevo ejército de un millón de hombres. Estaba preparado para hacerse responsable de reunir ese ejército y también de apretar los cinturones de Alemania. Hitler accedió, y Goebbels regresó triunfante a Berlín.

En su larga alocución radiofónica al pueblo alemán del 26 de julio en la que daba la versión oficial del complot, y combinando esto con el anuncio de medidas para la guerra total, Goebbels dijo:

> Ayer el Führer dio una orden, publicada en la prensa el día de hoy, por la que todo el aparato del Estado, incluyendo los Ferrocarriles del Reich y el Servicio Postal, todas las instituciones públicas, organizaciones y empresas, serán evaluados con el

propósito de liberar la mayor cantidad de hombres posible para la industria de armamento y las fuerzas armadas mediante un empleo aún más racional de los que trabajan en dichas empresas, eliminando o recortando tareas menos importantes para el esfuerzo de guerra y mediante la simplificación de la organización y los procedimientos. También, según esta orden, toda la vida pública deberá adaptarse en todos sus aspectos a los requisitos de la guerra total. Todas las actividades públicas tendrán que ajustarse a los objetivos de la guerra total y en particular no deberán apartar a nadie de las fuerzas armadas y de la industria de armamento; en resumen, la guerra total se convierte en realidad práctica. Las tareas exhaustivas relacionadas con esta gigantesca reorganización se pondrán en manos de un Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total quien, para poder realizar esta tarea, recibirá poderes excepcionales del Führer. A petición del mariscal del Reich, el Führer me ha encomendado esta tarea a mí y me ha nombrado Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total (52).

En el tren de vuelta de Rastenburg, Goebbels le dijo a Semmler:

Si hubiera recibido esos poderes cuando tanto los quería, hoy en día tendríamos la victoria en el bolsillo, y la guerra probablemente habría acabado. Pero hace falta que le metan una bomba a Hitler debajo del culo para que entre en razón (53).

---

18. Ob'edinennoe Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie, el Directorio Político del Estado Ruso, fuerza de seguridad del estado predecesora del KGB, en activo desde 1922 hasta 1934 y encargada de labores de inteligencia. Goebbels estaba llamando a Bormann «enemigo infiltrado». *(N. del T.)*

Capítulo Ocho

Los últimos meses

A principios del invierno de 1944 Alemania perdió Francia, y en el oeste los ejércitos de los Aliados habían llegado a las fronteras alemanas. En el sur los Aliados presionaban hacia Alemania en el Valle del Po, mientras que en el este los rusos habían alcanzado el Vístula. Hubo lo que parecía una pausa ominosa en todos los frentes mientras las fuerzas cogían aliento para su asalto final. Ese respiro duró más de lo que la mayoría de las personas en ambos bandos hubieran creído posible.

La guerra total implicaba la movilización total, y Goebbels había anunciado los detalles de este plan el 24 de agosto. Las mujeres de hasta cincuenta años fueron reclutadas para trabajar y así liberar más hombres aptos para el ejército. Se introdujo una semana de sesenta horas para las industrias bélicas. Todos los hombres sin discapacidades de entre dieciséis y sesenta años recibieron orden de servir en la *Volkssturm* o milicia nacional bajo el mando de Himmler y Bormann. Usaron niños de catorce años para manejar los cañones antiaéreos. La energía incansable de Goebbels en el frente humano y la de Speer en el industrial parecieron conceder una segunda

oportunidad a Alemania mientras los vientos otoñales se llevaban las hojas de los árboles y comenzaba el último temible invierno de la guerra.

Las restricciones que Goebbels podía imponer a voluntad ahora mediante decreto fueron drásticas. Los viajes estaban prácticamente prohibidos, se cerraron los teatros, se suspendió la publicación de revistas, los periódicos se fusionaron y se redujeron. Se tomaron todas las acciones posibles para evitar que se extendiera el derrotismo, incluyendo someter a los descontentos a palizas organizadas. Toda Alemania estaba lista y preparada para ganar la guerra.

La pausa en los frentes principales duró hasta diciembre. Sólo en el área balcánica hubo actividad espectacular, con Rumanía capitulando en agosto, Bulgaria en septiembre, y Grecia y Yugoslavia en octubre. Hungría consiguió resistir hasta el año siguiente. Hitler, que se había visto obligado a guardar cama durante el otoño debido a su estado, se había recuperado lo suficiente para planear una ofensiva en el oeste, que se pretendía que fuera un ataque por sorpresa en las Ardenas con la ocupación de Amberes como objetivo final. Hitler destinó para ese fin muchas de sus nuevas divisiones. Aunque la ofensiva estuvo acompañada por el éxito cuando se lanzó en diciembre, hacia enero había resultado un fracaso. Con sus fuerzas desperdigadas alrededor del enorme círculo europeo que iba desde los estados bálticos hasta el frente del noroeste, había pocas esperanzas de victoria para Alemania excepto en los delirios de Hitler y en la agresiva propaganda de Goebbels, que en los últimos meses restantes magnificaba la autodestrucción de Alemania en la misma cara de sus enemigos.

Hitler abandonó su cuartel general en Rastenburg en Prusia Oriental y volvió a su Cancillería, afectada por las bombas; fue ahí, en el jardín, donde se construyó el búnker, que sería la última residencia de Hitler. Varios de los que asistieron a Hitler, desde generales a secretarios, han testificado sobre su estado físico y

mental en esa época. Sus estallidos de rabia se alternaban con ataques de autocompasión, se sentía abandonado y traicionado por los mismos hombres cuyas vidas y bienestar había sacrificado en los campos de batalla. Sus movimientos parecían seniles y renqueantes. Le temblaba la cabeza. Sus ojos, según Gerhard Boldt, un oficial que conoció a Hitler en persona en febrero de 1945, tenían «un indescriptible destello parpadeante… que creaban un efecto temible y completamente antinatural». Sin embargo sí que retuvo su «mirada extrañamente penetrante (1)». No hizo caso de ninguna petición para que retirara y reagrupara sus tropas; ni de los ruegos para que preservara Alemania por el bien futuro de sus ciudadanos. A Speer le dijo seis semanas antes del fin: «Si hemos de perder la guerra, que perezca también la nación». Creía que Alemania había fracasado y debía caer ante las fuerzas invasoras rusas. Sólo pensaba en la destrucción, quemar los campos, minar fábricas, puentes y ferrocarriles, en la muerte de los que eran demasiado débiles para merecer vivir. Se negó a oír las malas noticias que llegaban de los campos de batalla mientras sus enemigos se acercaban y los rusos estaban cada vez más cerca de Berlín. Cuando Goebbels le envió un álbum de fotografías que mostraban los daños originados por los bombardeos, Bormann se lo devolvió con una nota que decía: «El Führer no quiere que le molesten con asuntos irrelevantes (2)».

Para Hitler, la guerra había sido un asunto de mapas y documentos, alejado de la sangre y la confusión. Rastenburg había sido un lugar de lagos y bosques, un paisaje, en palabras de Boldt «que no tenía nada que ver con los horrores de la guerra. No vio ni fotografías ni metraje procedentes de la primera línea; nada debía interferir con «el poder de decisión de su genio (3)».

Enloquecido y mentalmente aislado de todo, Hitler se encerró en la Cancillería y finalmente en su búnker sin escuchar el consejo de nadie, repasando sus mapas y dictando órdenes imposibles, a menudo a divisiones inexistentes del ejército alemán. Si Hitler hubiera poseído siquiera una chispa de grandeza humana a la altura

de su genio para el poder podría haber sido un espectáculo trágico. Tal y como estaba, insufló terror en aquellos que todavía intentaban servirle o que eran incapaces de tener el ánimo de quebrantar sus juramentos de lealtad. Entre todos los jerarcas nazis, sólo Bormann y Goebbels, acérrimos rivales por su favor, mantuvieron su lealtad inquebrantable hasta el final. Ribbentrop, aunque seguía siendo ministro de Exteriores, se había convertido en una nulidad. En cuanto al resto, tanto Goering como Himmler vacilaron hasta que fue demasiado tarde en su incertidumbre de si debían deponer a Hitler y pedir la paz, mientras que Speer tuvo el gran coraje de desobedecer abiertamente las órdenes de su amo para la destrucción de los recursos industriales de Alemania y mantener intacto lo que pudo hasta el momento en que la rendición trajera al fin la paz. Incluso planeó introducir gas venenoso en el sistema de ventilación del búnker, pero resultó imposible. Pero mientras Hitler vivió, nadie le reemplazó y la guerra prosiguió. En enero de 1945, los rusos cruzaron Polonia y llegaron al Oder y a Silesia; en febrero ya amenazaban Berlín y Viena; en marzo, los ingleses y americanos cruzaron el Rin; en abril, tanto los americanos como los rusos llegaron al Elba, con lo que la guerra ya estaba prácticamente acabada. Ese mismo mes, los rusos invadieron Prusia Oriental y ocuparon Viena. Berlín quedaba expuesto ante ellos.

Para entonces Hitler había perdido todo control sobre los acontecimientos y apenas sabía qué estaba ocurriendo. Enloquecido por la destrucción de su grandioso destino, se negó de plano en una conferencia celebrada el 20 de abril, su quincuagésimo sexto cumpleaños, a seguir al resto de la administración en su evacuación al sur. En vez de eso, montó su último cuartel general en el búnker y ahí se quedó, bajo tierra, hasta su muerte. El 22 de abril se le unieron Goebbels, su esposa y sus seis hijos de corta edad.

Es difícil juzgar con certeza cuánto mantuvo Goebbels su fe absoluta en Hitler al acercarse el final. Las evidencias en sus diarios de la guerra y en las observaciones de Semmler apuntan a que al

final había dejado de creer en los milagros de Hitler. Pero si el amor admite cálculos, hay pocas dudas de que Goebbels amaba a Hitler, incluso mientras lo usaba para construir la leyenda nazi final. Semmler da fe siempre de la devoción férrea que Goebbels sentía por el Führer, aunque a menudo fuera abiertamente crítico con las decisiones que tomaba Hitler bajo la influencia, según creía Goebbels, de hombres a los que Goebbels despreciaba y odiaba. Y el afecto parecía ser característico de la propia actitud de Hitler hacia Goebbels en los últimos días. Durante una fiesta en Lanke por el cumpleaños de Goebbels, el 28 de octubre, Hitler se tomó la molestia de telefonear para felicitarle personalmente y luego pidió hablar con su esposa. *Frau* Goebbels volvió de la conversación con lágrimas en los ojos; Hitler le había prometido una gran victoria militar para Navidades. Se refería, por supuesto, a la ofensiva que planeaba en el frente occidental. Semmler observó que la fiesta se animó a raíz de esto, como si estuvieran convencidos de que Hitler se guardaba una gran sorpresa en la manga (4). Goebbels incluso permitió que su madre fuera a Berlín poco antes de Navidad, principalmente porque su hermana, Maria Kimmich, que también vivía en Berlín en esa época, estaba esperando un niño para Año Nuevo (5).

La última ocasión en que Maria y su marido vieron a Goebbels fue en las Navidades de 1944. Lo recuerdan como una reunión puramente familiar en Lanke. Maria y Magda hablaron un buen rato. Magda le contó a su cuñada que Joseph había visto unas nuevas armas tan fantásticas que con seguridad traerían la victoria milagrosa que Hitler había prometido a Alemania a través de la propaganda de su marido. Aunque Maria no volvería a ver a su hermano, se reuniría posteriormente con Magda tras el nacimiento de su hijo.

El 12 de enero siguiente tuvo lugar un acontecimiento social notable que Semmler registró como sigue:

Hoy Hitler en casa de Goebbels por primera vez en cinco años. Frau Goebbels le invitó a tomar el té. Los niños le recibieron en el salón con ramilletes de flores en las manos.

A las 4:30 llegó el coche de Hitler. Goebbels se puso en posición de firmes con los brazos lo más extendidos que pudo. Los niños hicieron sus pequeñas reverencias y Hitler comentó lo sorprendido que estaba ante lo mucho que habían crecido. Le dio a Frau Goebbels un modesto ramillete de muguetes y explicó que era lo mejor que había podido encontrar, ¡ya que el doctor Goebbels había cerrado todas las floristerías de Berlín!

Entonces Goebbels presentó a las personas que estábamos allí. Estreché por primera vez la mano de Hitler. Con el Führer venían un ayudante, un criado y seis oficiales de las SS de su guardia personal.

El criado llevaba el maletín de Hitler, que tenía una gran F blanca inscrita. De un bolsillo exterior sobresalía un gran termo. Me di cuenta de que Hitler se había traído su propia provisión de té y pastas.

El té duró una hora y media. No se nos permitió estar presentes. Sólo la familia de Goebbels, Hitler, su ayudante y el Dr. Naumann se sentaron en la salita de estar central. Por la noche oí de Frau Goebbels que Hitler había disfrutado mucho de la atmósfera familiar. Se alegraba de haber dejado su vida monástica durante media tarde y prometió regresar pronto.

Hitler acaparó la mitad de la conversación, describiendo sus planes de reconstrucción de Berlín y sus recuerdos de 1932.

En la cena, Goebbels y su esposa estaban muy orgullosos de su visita. «No hubiera ido a ver a los Goering», dijo Frau Goebbels (6).

Neumann recordaba bien esa ocasión con posterioridad. Hubo un estallido de excitación después de la llamada telefónica de la Cancillería para anunciar que el Führer iría a tomar el té. El aviso

llegó con poca antelación, como solía pasar en los viejos tiempos, más felices. Una vez llegado, Hitler se mostró más serio y taciturno de lo que solía mostrarse en tales ocasiones en el pasado. En determinado momento la conversación se centró en Gerhart Hauptmann[19] que a la edad de ochenta años se había visto obligado a abandonar su casa en Silesia ante los ejércitos invasores.

Goebbels trabajó incesantemente durante el último invierno de la guerra, auque sufría de frecuentes y profundas depresiones, durante las cuales se encerraba en Lanke. Allí leía Historia, cosa que él mismo mencionó en un artículo titulado «La Historia como Maestra», regresando una y otra vez en busca de consuelo a las cartas y ensayos de Federico el Grande y a la versión de la Segunda Guerra Púnica que aparece en la *Historia de Roma* de Mommsen. Arremetía contra cualquiera de su personal cuya actitud implicara derrota, y visitaba constantemente el frente de batalla para charlar con los oficiales y funcionarios de propaganda sobre la moral y el gran futuro que esperaba a la Alemania victoriosa. Sin embargo, ya en octubre de 1944 había llevado a Winckler aparte después del almuerzo en Lanke el día de su cumpleaños para dar un paseo por los terrenos, durante el que discutieron el problema del sostén financiero de sus hijos en el caso de su muerte. En noviembre, el ministerio empezó a destruir sistemáticamente documentos para impedir que cayeran en manos enemigas, pero no fue hasta febrero que Goebbels decidió finalmente dar instrucciones a su hermano Hans, que estaba enfermo en un sanatorio en Renania, para que destruyera todos los documentos familiares, incluyendo muchos de sus manuscritos y diarios de juventud. Hans al final no lo hizo (7).

Goebbels revelaba sus arrebatos de desesperación en comentarios que, de haber sido pronunciados por sus subordinados en su presencia, hubieran provocado la más feroz de las reprimendas, como reprendió a Semmler por informarle de la mala moral de las gentes de Alemania del Sur: «Se le hinchaban las venas de la frente

y le temblaban las aletas de la nariz (8)». En una conferencia de Estado Mayor dijo: «Dejemos esto perfectamente claro. No nos queda nada. No tenemos armas milagrosas (9)». En otra ocasión, cuando estaba recibiendo un informe de un oficial de enlace del ejército sobre la ofensiva de las Ardenas, le soltó repentinamente a éste en presencia de su personal: «Ahí está usted sentado y parloteando sobre todo tipo de nimiedades mientras que alguien como yo se pregunta si ha llegado la hora de envenenar a su esposa e hijos (10)». Pero con Semmler y Fritzsche continuó hablando de su sueño de retirarse de la política después de la guerra y convertirse en escritor profesional. A Fritzsche le dijo: «Después de la guerra me iré a América. ¡Al menos allí sabrán apreciar a un genio de la propaganda y le pagarán de manera adecuada!(11)». Hasta el último minuto estuvo trabajando en las pruebas de imprenta de un libro que recogía algunos de sus artículos más recientes (12).

Goebbels hizo que sus diarios oficiales fueran microfilmados en caso de que los documentos mecanografiados originales fueran destruidos, como de hecho casi lo fueron en su totalidad. Esos microfilmes, que llevaron muchas semanas de trabajo, con turnos de técnicos fotografiando día y noche las interminables páginas escritas a mano y a máquina, fueron finalmente guardados por Neumann en una caja fuerte que probablemente, en opinión de Neumann, acabó en manos de los rusos. Eso significa que hay posibilidades de que el millón de palabras escritas y dictadas por Goebbels durante la mayor parte de su carrera hayan sido preservadas (13).

Como hipocondríaco que era, temía tener cáncer, cuando lo único malo que le pasaba eran sus úlceras duodenales. También era víctima de las supersticiones cuando estaba ansioso. «Goebbels es muy supersticioso», escribió Semmler. «Cuánto más oscura es la situación y más sombrío parezca el futuro, más evidente resulta». Goebbels afirmó ante Semmler que su madre tenía un sexto sentido hasta que un sacerdote jesuita la había «liberado de su obsesión». Semmler continúa:

> Goebbels también había tenido experiencias similares. Cuando era estudiante en Wurzburgo su abuela se le apareció una semana antes de su muerte. En otra ocasión vio a su hermano en la habitación, aunque en ese momento estaba prisionero en un campo francés (14).

Semmler en persona fue testigo de los miedos de Goebbels cuando tiró accidentalmente el retrato autografiado de Hitler que el ministro tenía en su escritorio. Un fragmento de cristal atravesó el ojo izquierdo del Führer. «Goebbels se pasó toda la tarde alterado por lo ocurrido». En 1944 llegó incluso a intentar rastrear la pista de una adivina que en 1923 pronosticó acertadamente la ascensión de Hitler al poder, para que profetizara el resultado de la guerra, pero sus agentes no consiguieron encontrarla después de veinte años.

Para entonces, Goebbels estaba arruinado como propagandista, pese a lo que pudiera ser como hombre de acción. Se convirtió en el profeta del desastre, haciendo un llamamiento al pueblo alemán para resistir hasta la muerte y destruir todo aquello que poseyeran que pudiera ser útil al enemigo que avanzaba. Sus intentos de usar la propaganda de atrocidades, respaldadas por fotos de mujeres y niños torturados por los rusos, sólo sirvió para crear un problema de refugiados. Las carreteras estaban bloqueadas por alemanes que preferían caer en manos de los Aliados en el oeste antes que en la de los rusos en el este. Una extraña nueva faceta del profundo radicalismo de Goebbels emergió del tumulto final de la prensa y la radio. La muerte sería el gran igualador mediante las bombas:

> Junto con los monumentos culturales también se reúnen ahí los últimos obstáculos a nuestra tarea revolucionaria. Ahora que todo está en ruinas, nos vemos obligados a reconstruir Europa. En el pasado, la propiedad privada nos condujo a un control por la burguesía. Ahora las bombas, en vez de matar a todos los europeos, sólo han derribado los muros de la prisión que los

> mantenía cautivos… Al tratar de destruir el futuro de Europa, el enemigo sólo ha tenido éxito en destrozar su pasado, todo lo viejo y anticuado ha desaparecido (15).

Para Goebbels, toda esa destrucción de los símbolos del pasado se convertía en el símbolo de un vago futuro en el que el fénix de una nueva Alemania emergería de las cenizas y los escombros para desafiar a los avariciosos capitalistas del oeste y a los bárbaros comunistas del este. «No les dejéis nada», insistía, «quemad los campos, destruid las fábricas y minad los transportes». No le importaba lo que le ocurriera a la gente. Lo único que le preocupaba era fundar la gran leyenda de Hitler y el movimiento nazi. Al final sólo pensaba en la posteridad, como ha señalado Fritzsche, que le conocía a fondo: «Miraba furtivamente con ambos ojos hacia la posteridad. Si se quiere entender lo que escribió hacia el final, hay que tener eso en mente (16)». A uno de sus hombres le dijo: «Sólo después de mi muerte creerá de verdad la gente en mí (17)».

Goebbels discutió con más de un miembro de su personal sus argumentos para adoptar la licencia poética a la hora de manipular las noticias. Nunca había dudado en tratar las noticias como un estimulante para el esfuerzo bélico alemán antes que como una presentación de los hechos como tales. Ahora, durante los últimos meses de la guerra, introdujo lo que Semmler, en una anotación de noviembre de 1944, llamó una nueva referencia en el vocabulario propagandístico, pretendidamente sólo para uso interno del ministerio. Se trataba de «verdad poética» como algo distinto a la «verdad concreta». Para poder ayudar al público, Goebbels afirmaba que ahora era necesario crear noticias imaginarias en las que los hechos mismos estuvieran incompletos. De ahí el flujo de historias de atrocidades cuando las noticias sobre atrocidades reales, que puede que hubieran ocurrido, resultaban un estímulo insuficiente; esos relatos ficticios de acciones de la prácticamente inexistente resistencia alemana pretendían inspirar un grado mayor de

heroísmo entre los civiles alemanes que esperaban abatidos a que su ciudad o pueblo fuera ocupado.

El movimiento nazi de resistencia alemana (la organización *Werwolf*, [Hombre Lobo] y que técnicamente estaba preparada para operar bajo la dirección de Himmler para ayudar al ejército alemán tras las líneas de las fuerzas Aliadas cuando hubieran entrado en Alemania) sólo era operativa en la radio, ya que Goebbels vio las posibilidades de la idea desde el punto de vista de la verdad poética antes de que hubiera disponible ninguna evidencia de verdad concreta. Las noticias de Radio Werwolf empezaron el 1 de abril; al pueblo alemán se le dijo que ellos también tenían un movimiento de resistencia y así, sin la autorización de Himmler, se reveló un secreto largamente guardado. Para entonces, a Goebbels no le preocupaba que no tuviera contacto con la ineficiente organización *Werwolf*; su cuartel general estaba en Flensburg, en la frontera danesa, cerca del centro final para el Alto Mando alemán, y un lugar admirable desde el que organizar una rendición una vez que Hitler quedara aislado en Berlín. Goebbels vertió sus últimos estimulantes verbales en nombre de la resistencia, añadiendo para rematar que la victoria era segura porque, tan pronto como los americanos y los ingleses se vieran las caras con los rusos, se declararían la guerra y Alemania ya no sería el objeto a destruir.

Nunca dejó de urgir a los alemanes para que emprendieran la autoinmolación final. El 30 de enero Hitler lo nombró Defensor de Berlín. Goebbels, un civil, se convirtió de hecho en el líder de la resistencia alemana armada, y su nombramiento reveló, para horror de los berlineses, que Hitler tenía intención de convertir la ciudad en campo de batalla. Goebbels se puso una gorra de oficial, pero no llevaba insignia de rango, y añadió conferencias militares a sus otros deberes en el ministerio. Era evidente que pensaba caer luchando. Mientras otros ministerios eran evacuados al sur o se preparaban para ser evacuados, Goebbels mantuvo a su personal trabajando a pleno rendimiento. El 4 y el 23 de febrero el edificio del ministerio

recibió grandes daños por bombardeo. Goebbels recolocó a su personal en el sótano y convirtió su residencia privada en un anexo del ministerio para alojar a sus funcionarios de mayor categoría.

En su estado de ánimo nihilista, Goebbels concibió en febrero su infame idea de repudiar la Convención de Ginebra. Eso horrorizó tanto al humanitario doctor Semmler que decidió actuar. Sin duda recordaba lo que Magda Goebbels le había contado el noviembre anterior:

> Frau Goebbels sabe mejor que yo que su marido es un genio que de vez en cuando se convierte en todo un Satán. Estábamos hablando sobre eso hoy con una taza de té y me pidió varias veces que hiciera lo que pudiera para modificar las decisiones tomadas con ánimo airado y temerario que mostraban el lado demoníaco de su naturaleza. Me dijo que a menudo les había pedido a otros miembros de su personal que hicieran lo mismo (18).

Goebbels se enfureció por la atroz destrucción de Dresde durante un único bombardeo a mediados de febrero, cuando cuatro quintas partes de la ciudad fueron destruidas y se estimó que murieron treinta mil personas. Semmler escribió:

> Por primera vez he visto a Goebbels perder el control, fue hace dos días, cuando le llegaron los lúgubres informes sobre el desastre de Dresde. Las lágrimas acudieron a sus ojos con dolor, rabia y conmoción. Veinte minutos después lo volví a ver. Seguía llorando y parecía un hombre roto. Pero entonces llegó un apasionado estallido de ira; se le hincharon las venas y se puso rojo como una langosta (19).

A consecuencia de esta ira, a Goebbels se le ocurrió proponerle a Hitler que rechazara la Convención de Ginebra para detener los bombardeos. Argumentó que había que fusilar a los aviadores

aliados que tenían prisioneros como represalia. Semmler hizo lo que pudo para oponerse a la idea. Cuando oyó que Hitler la había aprobado, tomó el único curso de acción que le quedaba abierto e insinuó a un periodista extranjero que podía hacer que las noticias llegaran a Londres, lo que iba ocurrir. Determinados portavoces oficiales británicos emitieron severas advertencias sobre represalias si los rumores de un repudio de la Convención estaban fundados, y eso a su vez condujo a que la Cancillería del Reich abandonara sus intenciones. Goebbels estaba furioso porque se hubiera filtrado la noticia pero jamás descubrió que la fuente de la filtración era el hombre que comía en su propia mesa.

Destrucción: ésa era la última obsesión del círculo interno que se reunía alrededor de Hitler. La destrucción de Alemania y sus recursos, del pueblo alemán que había preferido las comodidades burguesas a la gran revolución social que les había ofrecido el líder más poderoso que había conocido la nación desde los tiempos de Federico el Grande. Y finalmente la destrucción de ellos mismos mientras los viales de veneno pasaban de mano en mano como piedras preciosas. Hitler lo sabía y lo aprobaba, y él personalmente poseía suministros de veneno que daba a aquellos que consideraba seguidores leales y devotos, la bendición de la muerte otorgada por el Líder. Magda Goebbels fue una de las primeras en obtener su ración del profesor Morell, el desagradable e incompetente consejero médico de Hitler que había ayudado materialmente a reducir a Hitler a una ruina patológica con sus drogas experimentales, pero que sin embargo tenía la confianza del círculo interno del Führer; el mismo que Goebbels consultaba con frecuencia. Morell le dio lo que quería, una dosis suficiente para ella y sus seis hijos, algo que actuase con rapidez. Temerosa de enojar a su marido, se volvió hacia Semmler y sus colegas en busca de consuelo (20).

En estos días Magda suele venir a nuestra habitación por las noches y nos abre su corazón. La compadezco. Ve su futuro con bastante claridad. Admite que tiene miedo a la muerte, y sabe que ésta se acerca cada día que pasa. No le gusta hablar de esas cosas con su marido. Ya tiene suficiente con intentar mantenerse cuerdo. Hoy nos dijo que había conseguido alcanzar una cierta compostura sobre su final, pero que sigue sin soportar la idea de terminar con las vidas de sus hijos. «Cuando acuesto a mis hijos cada noche, a Heide de cuatro años, Hedda de cinco, Holly de siete, Helmuth de nueve, Hilde de diez y Helga de doce y pienso que dentro de unas pocas semanas tendré que matar a esas criaturas inocentes, casi me vuelvo loca de dolor. Siempre me pregunto cómo lo haré cuando llegue la hora de la verdad. Ya no puedo hablar de esto con mi marido. Jamás me perdonaría por debilitar su resistencia. Cree que no todo está perdido mientras pueda seguir luchando».

Unos pocos días antes su marido le había sugerido que debería trasladarse al oeste con los niños, a cualquier lugar donde pudieran encontrarse con los ingleses. «A ti no te harían nada», dijo. Magda Goebbels rechazó esa idea sin vacilar. «No me iré sin ti», afirmó (21).

Eso fue a finales de febrero. Unos días antes, el 10 de febrero, Magda le había escrito a su hijo mayor, Harald Quandt, que estaba prisionero de guerra en Inglaterra, con todo el consuelo que pudo reunir (22):

Mi querido hijo.

Hace casi cuatro semanas desde que te escribí por última vez, pero he pensado en ti todo el tiempo más que nunca, y me temía que pudieras estar preocupado por nosotros ya que las noticias, por supuesto, no son nada halagüeñas. Quiero tranquilizarte, pese

a todo, y contarte los últimos acontecimientos tan bien como me sea posible.

Lo primero de todo, todos estamos bien, en buena salud y de buen ánimo, y como en tiempos como éstos las familias deben estar juntas, nos hemos trasladado a Berlín y hemos cerrado la casa de Lanke.

Pese a los bombardeos, nuestra casa aquí sigue en pie y ninguno de nosotros, incluyendo a la abuela y otros miembros de la familia, pasamos necesidad. Los niños rebosan alegría y lo único que les importa es que ya no tienen que ir a la escuela. Gracias a Dios no se percatan de la gravedad de estos tiempos.

En cuanto a Papá y yo, tenemos mucha confianza y cumplimos lo mejor que podemos con nuestros deberes.

No tengo verdaderas noticias de ti desde noviembre, pero Padre dice que estás mejor. Por favor, escríbeme pronto sobre la naturaleza exacta de tus heridas. Quiero saber qué dientes has perdido y si el tiro en la cadera te impedirá caminar.

Te abrazo con todo mi amor y mis pensamientos están contigo todo el tiempo.

Tu madre.

En una de las últimas ocasiones que Magda fue a ver a su cuñada Maria, ya no parecía tener esperanza alguna de supervivencia, ni para ella ni para sus hijos. Maria le imploró que salvara al menos a su hija más pequeña y la dejara vivir con su propia familia. Pero Magda fue inflexible. «No voy a abandonar a Joseph ahora», dijo. «Debo morir con él y el Führer. Y, cuando muera, mis hijos también habrán de morir, todos ellos. No podría soportar dejar a uno de ellos con vida, ni siquiera contigo (23)».

Naumann ha revelado que él estaba entre los que intentaron persuadir a Magda para que se salvara ella y los niños. Con su casa en Berlín convertida en el cuartel general del ministerio, Goebbels la quería enviar con el resto de la familia a Schwanenwerder. Allí

Naumann hizo que una de las barcazas de carga que se usaban comúnmente en los lagos y canales cerca de Berlín fuera cargada con provisiones y amarrada cerca de la casa. Su plan era que ella se escondiera con los niños en uno de los refugios a orillas del lago hasta que hubieran pasado las peores semanas de la ocupación de Alemania y que entonces se entregara. Goebbels también quería que lo hiciera. Pero ella se negó. Su devoción por Hitler era absoluta. Sólo tenía que pensar en las indignidades a las que imaginaba que los invasores la someterían para saber qué debía hacer. A principios de abril regresó a Berlín y ocupó su lugar junto a su marido y su Führer.

Mientras tanto, el propio Goebbels, como Gauleiter y Defensor de Berlín, ordenó a la ciudad que se preparara para una lucha hasta el final. En los ministerios, incluyendo la Cancillería del Reich, el propio personal de Hitler estaba embalando lo esencial para continuar con las tareas de administración y subiéndolo a camiones para el largo viaje al sur. Goebbels observó la evacuación con un desprecio nacido de su fanatismo. Se dio cuenta de que ahora lo único que importaba era un final heroico, en el que la muerte se sintiera orgullosa de llevárselo a él y a su líder. Pero los testigos para ese noble final iban desapareciendo en trenes, coches y camiones. No dejaría libre a su personal. Debían trabajar hasta que ya no hubiera escritorios, máquinas de escribir o teléfonos con los que trabajar, y entonces, como el resto de los berlineses, era su deber apostarse en las barricadas contra las tropas rusas. Mientras que los miembros más jóvenes de su personal planeaban entre ellos cómo escapar (la mayoría pretendía ir hacia el oeste para encontrarse con los americanos e ingleses), Hitler y Goebbels planeaban la defensa de la ciudad, en la que se estaban construyendo apresuradamente defensas y refugios. Goebbels oyó con desprecio indisimulado sobre las banderas blancas con que los alemanes recibían a los aliados en el oeste. «Si una sola bandera blanca es ondeada en una calle de Berlín no vacilaré en hacer volar

toda la calle y sus habitantes», amenazó el 5 de abril. «Eso tiene todo el respaldo de la plena autoridad del Führer (24)». El personal del ministerio fue organizado en una unidad *Volkssturm* especial bajo Werner Neumann que se llamó el Batallón Wilhemplatz.

Durante el mes de abril, el círculo interno debatió qué era lo mejor que podía hacer el Führer. Según Naumann, Goebbels abogada por trasladar a Hitler al sur; Semmler, sin embargo, deja constancia de que prefería permanecer en Berlín y ser fiel a la palabra empeñada el 30 de enero de 1933, cuando había jurado que jamás dejaría la Cancillería del Reich, y que ningún poder terrenal le obligaría a abandonar su posición. Si había que crear una leyenda como último acto propagandístico de Goebbels, el Líder debía morir dentro de los límites del edificio que era símbolo de su autoridad. Hitler aparentemente se mostró de acuerdo en que debía aceptar su destino y resistió las fuertes presiones a su alrededor para que se trasladara al sur, aunque no sin reparos. En la conferencia de su cumpleaños que tuvo lugar en Berlín el 20 de abril demostró tener todavía dudas sobre si debería o no trasladarse al sur, a Berchtesgaden y los Alpes Bávaros. En este encuentro asignó al almirante general Doenitz el Mando Norte, con cuartel general en Ploen, en el estado de Schleswig-Holstein.

En la conferencia de cumpleaños los seis líderes restantes del movimiento nazi se reunieron alrededor de la mesa con sus jefes de servicio por última vez. Es difícil encontrar en toda la historia un grupo de hombres que se odiaran tanto y que desconfiaran más entre sí; pero sin embargo se mantenían juntos sometidos al aura de poder que emanaba de su demente Líder. Goebbels y Bormann, que se quedarían junto a Hitler hasta el final, estaban sentados junto a Speer, Himmler y Goering, que le traicionarían, y Ribbentrop, que le abandonaría. Entre ellos sólo Goebbels creía que Hitler debía sacrificarse sin titubear en la tradición de un dios. El resto, exceptuando posiblemente a Bormann, a juzgar por sus acciones al día siguiente, sólo deseaban un compromiso que terminara

prontamente con su guerra desesperada y salvar lo que quedaba del cuerpo roto de Alemania.

Goebbels jamás olvidó sus ambiciones. Hacía tiempo que había aprendido a no tener en cuenta a Goering y Ribbentrop; carecían de poder y eran simples molestias que no llegaban ya al estatus de enemigos. Goering se había vuelto tan inútil que Boldt lo describe mostrando ostensiblemente su aburrimiento durante una de las conferencias de medianoche en el búnker: «Pone los codos sobre la mesa y hunde su enorme cabeza entre los pliegues del cuero suave de su maletín de agregado», tapando así el mapa del Führer (25). Speer no tenía ambiciones de poder y Goebbels lo toleraba por su eficiencia ejecutiva. Pero había aprendido a desconfiar de Bormann y Himmler. Ambos tenían poder; Bormann porque se había convertido en el compañero más íntimo de Hitler y en su guardián. A Himmler porque como jefe de las SS sólo era el segundo después de Hitler en control de fuerzas y se había convertido en Ministro del Interior, un cargo que Goebbels había ansiado con todas sus fuerzas desde que Frick se había retirado de ese puesto en 1943. Goebbels tenía que llegar a un entendimiento con esos dos hombres. En febrero había logrado mantener una entrevista privada con Himmler en el sanatorio de Hohenlychen, a unos cuarenta kilómetros al norte de Berlín; parece probable que le planteara la propuesta de unir fuerzas para convencer a Hitler para que reformara su gabinete en la línea que Goebbels había comentado a su esposa en presencia de Semmler, con él como canciller, Himmler a cargo de las fuerzas armadas y Bormann como Ministro del Partido. Como no se volvió a oír nada más acerca de ese plan en particular, es de suponer que Himmler prefirió esperar al momento oportuno. La indecisión caracterizó a todas las acciones que Himmler emprendería, o no emprendería, durante sus últimos días de poder. Los comentarios de Semmler vuelven a ser reveladores:

> Es obvio que a Goebbels no le gusta Himmler, aunque en el trabajo consiguen llevarse bien. Goebbels, que en el fondo es un hombre de sentimientos refinados, no soporta a los «hombres antiestéticos». Y coloca a Himmler en esa categoría. La apariencia asiática de sus ojos, sus dedos rechonchos, sus uñas sucias, todo eso repugna a Goebbels. Pero el punto de vista extremadamente radical de Himmler y su uso de métodos brutales para conseguir lo que quiere lo hacen atractivo a ojos de Goebbels (26).

Posteriormente, según Schwerin von Krosigk, intrigaba para reemplazar a Ribbentrop como Ministro de Exteriores, aunque es difícil determinar qué poderes podía obtener ya en esos momentos.

Goebbels se convirtió en compañero constante de Hitler tanto como pudo, recuperando en algunos momentos la intimidad de los días felices de amistad, cuando el Führer era un visitante asiduo del piso de Magda en el año posterior a su matrimonio. El conde Schwerin von Krosigk, una de las figuras menores asociadas al último periodo de la vida de Hitler, pero que llevaba un diario muy útil, dejó escrito que Goebbels le había contado que estuvo consolando al Führer leyéndole pasajes del *Federico el Grande* de Carlyle (27). Se refirió al pasaje que había estado leyendo, en el que esa figura venerada de la historia alemana, que tanto Hitler como Goebbels tomaban como símbolo personal, se quedó sentado como Job mientras los mensajeros de la tripulación se sucedían para traer nuevas de desastre. Como Hitler, también tenía su ampolla de veneno. Y sin embargo Federico, en medio de la Guerra de los Siete Años en la que no era menos importante la hostilidad de Rusia, escribió al conde d'Argenson con palabras de tal elocuencia y noble valentía que la voz entrenada de Goebbels debió hacerlas resonar en los oídos de Hitler:

> La escuela de paciencia en la que ahora me encuentro es dura, larga y cruel, no, bárbara. No he podido escapar a mi suerte: todo

> lo que la previsión humana pudo sugerir ha sido empleado, y nada ha tenido éxito… Si no fuera por mis libros, creo que la hipocondría me habría encerrado en el manicomio a estas alturas. Estoy bien, querido marqués, vivimos en tiempos confusos y en situaciones desesperadas; tengo todas las características de un héroe de teatro: siempre en peligro, siempre a punto de perecer. Uno debe esperar que llegue la conclusión, y si al final la obra es feliz, olvidaremos todo el resto.

Como si la Providencia misma hubiera respondido al gran rey en su hora de necesidad, la zarina rusa murió repentinamente y su sucesor, Pedro, que era partidario de Federico, subió al trono. Goebbels contó cómo animó el espíritu de Hitler con el comentario de Carlyle, y cómo las lágrimas afluyeron a los ojos del Führer:

> Le prometimos a Federico una maravillosa estrella matutina; ¡y hela aquí!, aunque pasará mucho tiempo antes de que se atreva a considerarlo así. Sabe que Pedro, el sucesor, es en secreto su amigo y admirador. ¿Si Pedro se atreviera, en su nueva dignidad real y en sus condiciones y entornos caóticos, a declarar ese parecer? ¡Qué esperanzas para Federico a partir de ese entonces! Rusia podía ser considerada la mayor de las fuerzas contra las que tenía que contender; la mayor o al menos la más amenazadora, más devastadora e incendiaria; y si se retirara de pronto, ¡pensad en qué amanecer sería tras la más oscura de las noches!

Tras la lectura, se pidieron horóscopos, tanto para el Führer como para la República. Himmler tenía astrólogos en un departamento especial de investigación.[20] Ambos horóscopos vaticinaron una victoria en la segunda mitad de abril, tras terribles reveses. El entusiasmo fue intenso.

El nuevo día radiante llegó a Goebbels, si no a Hitler, el 12 de abril. Esa tarde había ido a visitar el cuartel general del Noveno Ejército en Küstrin donde, en el transcurso de un discurso a los oficiales del ejército, volvió a referirse a la historia de la salvación de Federico el Grande, sólo para que uno de los oficiales con gusto por la ironía le preguntara qué zarina moriría esta vez para salvar a Alemania. En medio de un bombardeo esa noche en Berlín llegaron noticias de la muerte de Roosevelt, y Semmler, junto con otros miembros del personal de Goebbels, lo recibió en los escalones del Ministerio y le contó la buena nueva en cuanto salió del coche. Semmler se percató de que Goebbels palidecía, la noticia debía parecerle bastante increíble. Ordenó que se sirviera champán en su estudio. Telefoneó inmediatamente a Hitler en la Cancillería, hablando en voz tensa y excitada, palabras que posteriormente serían recordadas por algunos de los presentes.

«Mi Führer», dijo. «Le felicito. Roosevelt ha muerto. El destino ha derribado a su mayor enemigo. Dios no nos ha abandonado. Es como la muerte de la princesa Isabel durante la Guerra de los Siete Años. Está escrito en las estrellas que la segunda mitad de abril será la hora señalada para nosotros. Estamos a 13 de abril. Es el momento crucial (28)».

Esos hombres víctimas de autoengaños empezaron a especular sobre el sucesor de Roosevelt. ¿Sería Truman? Si era así, sería más moderado. Cuando Goebbels hubo terminado de hablar con Hitler, llamó al Noveno Ejército para contarles la muerte de la zarina americana. No había clavo demasiado ardiente para no ser agarrado en abril de 1945, ningún paralelismo histórico demasiado alejado para los que creían en la Providencia. Tanto Hitler como Goebbels estaban en un estado de tal excitación que no descendió hasta el día siguiente. Los Aliados no cesaron sus hostilidades, y la guerra prosiguió sin Roosevelt. Hacia la noche, Goebbels estaba abatido. «Quizás el destino ha vuelto a ser cruel y nos ha dejado en ridículo», dijo.

Unos pocos días después, el 17 de abril, Goebbels mencionó una nueva película en color, *Kolberg*, que había sido estrenada recientemente. Es una anomalía en la actitud de Goebbels hacia la guerra total que la producción de películas de gran presupuesto como ésta se mantuviera pese a la desesperada situación en que Alemania se encontraba en esos momentos. Goebbels dijo:

> Caballeros, dentro de cien años harán otra magnífica película en color describiendo los terribles días que vivimos ahora. ¿No quieren tener un papel en esa película, ser devueltos a la vida dentro de cien años? Ahora todo el mundo tiene la oportunidad de elegir el papel que tendrá en la película dentro de cien años. Les puedo asegurar que será una película magnífica e inspiradora. Y por el bien de este proyecto merece la pena resistir. Resistamos ahora, de forma que dentro de cien años el público no nos abuchee y silbe cuando aparezcamos en pantalla (29).

Esa fue la última ocasión en que Semmler estuvo presente en una conferencia del ministerio para dejar constancia de lo que Goebbels había dicho. Se percató de cómo el ministro dejó la reunión de casi cincuenta hombres con la cara pálida y los ojos ardientes, y los presentes no sabían si reír o soltar tacos. El propio Semmler envió a su esposa e hijo al sur en un camión oficial, y le entregó a ella su diario para que se lo llevara.

Mientras tanto, tenía lugar otro éxodo familiar. La madre de Goebbels estaba en su piso de Berlín con su hija Maria y su yerno. Pospusieron su partida hasta el último momento, y entonces descubrieron que ya no había transporte. La anciana de setenta y cinco años caminó junto a su hija a través de la ciudad en llamas; Maria había colocado a su hija de tres meses en una carretilla y la empujaba sin descanso para ponerla a salvo. Su marido tenía quemaduras de gravedad en las manos y uno de sus brazos en

cabestrillo. Su huida terminó en Icking, un pueblecito cercano a Múnich (30).

El 19 de abril, víspera del cumpleaños de Hitler, Goebbels realizó su última alocución radiofónica importante. Intentó darle un tono esperanzador, poner fe en la fortuna, pero las palabras tenían un sonido de despedida, como si no pudiera evitar revelar en parte su propósito de morir junto al Führer:

> Puede que haya hablado en horas más o menos felices, pero nunca antes las cosas han estado tan al filo de la navaja como hoy. Nunca antes había tenido el pueblo alemán que defender su vida bajo peligros tan enormes y hacer que, mediante un último esfuerzo total, asegurar que el Reich no se desintegre.
>
> Este no es el momento de celebrar el cumpleaños del Führer con las palabras de costumbre y expresarle nuestros tradicionales buenos deseos. He compartido alegrías y pesares con el Führer, las victorias sin precedentes y los terribles reveses acaecidos desde 1939 hasta hoy, y sigo estando a su lado convencido de que el destino concederá tras la última prueba severa la corona de laurel a él y a su pueblo. Sólo puedo decir que estos tiempos, con toda su sombría y dolorosa majestad, han encontrado a su único representante de valía en el Führer. Solo a él hay que agradecer que Alemania siga viva, y que Occidente, con su cultura y civilización, no haya sido engullido completamente por el abismo que se abre ante nosotros…
>
> Dondequiera que aparecen nuestros enemigos traen consigo pobreza y dolor, caos y devastación, desempleo y hambre. Lo que quedó de aquella «libertad» tan grandilocuentemente proclamada no sería considerado digno de la humanidad en las partes más oscuras de África. Nosotros, por otro lado, tenemos un programa de restauración que ha demostrado su valía en nuestro país y todos los demás países europeos donde fue aplicado. Europa tuvo

la oportunidad de elegir entre dos bandos. Eligió el bando de la anarquía y ahora tiene que pagar por ello.

Hacia el 20 de abril, fecha del cumpleaños del Führer al que Goebbels asistió con los ministros de Hitler que quedaban, estaba claro que los rusos pronto rodearían Berlín y aquellos que deseaban ir al sur debían hacerlo ya, antes de que los caminos quedaran cerrados. Hitler se enfrentó a esos hombres ansiosos en el espacio cerrado de su búnker después de que acabaran las ceremonias de cumpleaños y los discursos; no dio ninguna indicación en la conferencia de si partiría hacia el sur o no. Uno a uno, los ministros, generales y miembros del personal dijeron adiós. Goering, el fracasado, no encontró amabilidad en esas últimas palabras con Hitler; abandonó el búnker tras una despedida formal y se dirigió al sur, a Obersalzberg. Himmler partió hacia el sanatorio de Hohenlychen en el sur y Ribbentrop también desapareció hacia el norte. Hitler no volvería a ver a ninguno de ellos.

Goebbels se mantuvo distante de esas despedidas. Para él y para su personal (aunque hubo deserciones entre los rangos inferiores) el trabajo seguía como de costumbre en un Berlín que ahora resonaba con los ecos de los cañones y las bombas. Speer había conseguido convencer a Goebbels de que permitiera al *Volkssturm* llevar a cabo su defensa final a las afueras de Berlín y salvar el área central de convertirse en un terrible campo de batalla. Goebbels también cedió ante Speer sobre la destrucción de los puentes de Berlín, que tenía intención de volar, cosa que hubiera paralizado los transportes vitales para la vida de la población. La misión de Speer ahora, tal y como la veía él, era preservar los recursos de Alemania frente a las órdenes de Hitler y Goebbels, una misión que compartía con Kauffmann, el Gauleiter de Hamburgo, con quien tenía un acuerdo con ese mismo propósito en esa área importante. Entre ambos hombres, el ministro y el Gauleiter, salvaron a Alemania de una destrucción considerable que junto con los bombardeos, sólo

hubieran conducido a la muerte de un gran número de personas a causa del hambre y la falta de recursos. Ése era el final que el Führer había ordenado para ellos.

Al día siguiente, el 21 de abril, Hitler ordenó un ataque contra los rusos que jamás tuvo lugar, y hacia la tarde del 22 de abril estaba fuera de sí por la falta de noticias sobre si se habían seguido sus órdenes y emprendido el ataque. El distrito gubernamental estaba en ruinas, y el personal que quedaba trabajaba en los innumerables búnkeres y sótanos bajo los ministerios y sus jardines. De pie frente a una ventana del Ministerio de Propaganda, acompañado sólo por Naumann, en uno de sus últimos días sobre la superficie de la tierra, Goebbels le dijo a su segundo:

> Recuerda mis palabras, Naumann, lo que estás viendo ocurrir aquí es un drama histórico de tal magnitud que no ha habido nada comparable en este siglo ni en ningún otro a menos que nos remontemos al Gólgota (31).

Los cañones respondieron a esta declaración resonante y wagneriana en la que el Calvario y el *Götterdammerung* se entremezclaban extrañamente en la angustiada imaginación de Goebbels.

Hitler, sin embargo, fue menos que un dios en su última gran reunión de Estado Mayor el 22 de abril. Sufrió un acceso de ira extrema y empezó a gritar a todo el mundo en un arrebato que duró hora tras hora, mientras los demás escuchaban conteniendo el aliento por fuera de la estrecha cámara de reuniones del búnker. Montó en cólera contra la villanía del mundo, la perversidad y cobardía de los hombres, la traición de aquéllos que habían desertado de su lado para que muriera entre las ruinas de Berlín. Los últimos vestigios de su monstruosa energía se vertieron en una lluvia de palabras que parecía que no se detendría jamás. Al final, tras tres horas de tormenta, la calma volvió a él y se recuperó. El

estallido era, sin duda, la admisión de su derrota, el rugido del gigante herido de muerte. Goebbels se libró del horror y la indignidad de la escena; todo lo que supo fue el resultado, un comunicado que Hitler ordenó emitir por radio por el que Berlín sería defendida hasta el fin y que el Führer permanecería en Berlín sin importar lo que ocurriera.

Cuando Hitler se hubo calmado, habló más esperanzadoramente a Keitel, antes de que él también se marchara, sobre la posibilidad de que el XII Ejército del general Winck, que luchaba en el Elba, acudiera en auxilio de las fuerzas en Berlín. Este ejército, que jamás llegó a Berlín ni tuvo oportunidad de hacerlo, se convertiría en la obsesión final de Hitler cuando se encerró lejos del ruido del exterior en lo más profundo de su búnker. Esa noche accedió a que Goebbels y su familia se le unieran en las estrechas celdas de su castillo de hormigón bajo la tierra estremecida.

---

19. Gerhart Hauptmann (1862-1946), poeta, dramaturgo y novelista alemán. En 1912 recibió el Premio Nobel de Literatura. *(N. del T.)*

20. Posiblemente una referencia de los autores a parte de la *Ahnenerbe*, la organización nazi para el estudio antropológico, histórico y místico de la raza aria. *(N. del T.)*

Capítulo Nueve

El Bunker

Goebbels, Magda y sus hijos dejaron su casa por el refugio del búnker poco después de las cinco de la tarde del 22 de abril. Era domingo. Viajaron en dos coches conducidos por Rach, el chófer de Goebbels, y Günther Schwaegermann, su ayudante. Semmler estuvo presente para despedirse antes de incorporarse a su unidad. Goebbels le dio las gracias y le dijo que cumpliera con su deber como soldado hacia su país. Semmler contempló los coches que se alejaban. Goebbels estaba calmado y formal, pero Magda y los niños lloraban amargamente (1).

Durante todo el día en que fue testigo del terrible estallido de desesperación de Hitler, Goebbels había trabajado tranquilamente, reuniéndose, dictando su diario, grabando un discurso para la radio en el que declaraba que Berlín era un objetivo militar. Durante la grabación se oyó el sonido de los obuses que caían y hubo una explosión tan cerca de la casa que tuvieron que interrumpir momentáneamente la grabación. Cuando pusieron la cinta, Goebbels hizo un comentario positivo acerca de lo realista de los efectos de sonido (2). Vio a su viejo amigo, el Dr. Winckler y le agradeció todo

lo que había hecho. «No volveremos a vernos», dijo (3). Fue menos revelador con su incansable taquígrafo, Otte; simplemente le dijo que estaría en el *Führerbunker* una semana o dos y que tan pronto como Wenck consiguiera romper el asedio de Berlín volvería a salir. Mientras tanto, Otte debía cuidar de sí mismo y mantenerse apartado de los combates. Goebbels tenía previsto trabajo para él en el futuro (4). De hecho, Goebbels, según Naumann, todavía creía que se podía lograr algún tipo de victoria política una vez que los Aliados occidentales se vieran frente a los rusos. Entonces, según creía Goebbels, Churchill y Truman verían la luz e invitarían a Hitler a convertirse en su aliado para oponerse a la invasión bolchevique de Europa.

Después del almuerzo durmió como de costumbre pese a los obuses, cosa que intranquilizó a Magda y al personal del ministerio. Por la tarde Goebbels hizo una asombrosa afirmación ante Fritzsche, que recordó e incluyó en su testimonio en Nuremberg. «En un análisis final, esto es lo que quería el pueblo alemán», dijo Goebbels. «La gran mayoría de los alemanes votaron a favor de salir de la Sociedad de Naciones, en otras palabras, votaron contra una política de apaciguamiento y por una política de valentía y honor. El pueblo alemán fue el que escogió la guerra». Frietzsche protestó diciendo que entonces la línea oficial del partido era que Alemania quería la paz, pero Goebbels se negó a escucharle (5).

El bombardeo de los cañones era ya incesante y la casa no era segura. La intención declarada de Goebbels era permanecer en Berlín con Hitler, y según se interrumpían los medios de comunicación normales, era natural que el círculo interno, reducido ahora solamente a Hitler, Bormann y Goebbels, tomara la decisión de resistir juntos en el *Führerbunker*. Pero la decisión de que Goebbels y su familia se retiraran al búnker se tomó repentinamente como consecuencia del avance de los rusos (6). Tan pronto como se marchó Goebbels, el personal del ministerio y de su casa se desintegró como la tripulación de un barco cuyo capitán les hubiera

abandonado antes del naufragio. La mayoría de ellos ya tenían hechas las maletas desde hacía tiempo para poder ponerse a salvo en el menor tiempo posible. Agradecieron la liberación de sus puestos pero temían que fuera ya demasiado tarde. Sólo los miembros del *Volkssturm* tenían órdenes de seguir de servicio. Mientras tanto, en el búnker, Goebbels declaraba a Hitler que estaba dispuesto a morir con él si era necesario, y Magda, pese a las protestas de Hitler, juró que haría lo mismo tras tomar la vida de sus hijos.

El búnker ha sido objeto de descripciones detalladas. De forma breve, consistía en dos grupos de habitaciones conectadas entre sí y construidas a dos niveles de profundidad. El primer grupo de doce habitaciones diminutas (cuatro de las cuales eran la cocina) flanqueaba un amplio pasillo o sala central donde normalmente tenían lugar las comidas. Al fondo del pasillo una escalera de caracol conducía a las habitaciones de Hitler, un grupo de dieciocho habitaciones apenas más grandes y dispuestas a ambos lados de un espacio central similar al de arriba y dividido en dos secciones, la más alejada de las cuales se usaba para reuniones. Boldt describe este pasillo-sala de reuniones como «de sólo diecisiete pies cuadrados; las paredes estaban pintadas de gris y sin imágenes. El mobiliario consiste en un banco marrón a lo largo de la pared, una enorme mesa para mapas y una silla de escritorio (7)». Aparte de estos pasillos, las habitaciones de los ocupantes eran como celdas apenas más grandes que los compartimentos de un vagón de tren. De esos habitáculos, seis estaban reservados para Hitler y Eva Braun, mientras que los otros cinco albergaban los lavabos, el generador y la centralita telefónica. Había tres entradas al búnker: la primera en la despensa del mayordomo de la Nueva Cancillería, la segunda en el jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras que la tercera, que estaba situada en el extremo más alejado de la sección inferior, conducía al jardín de la Cancillería. Esa última se pretendía que sólo fuera usada en caso de emergencia,

y por ahí fueron sacados los cuerpos de Adolf y Eva Hitler hacia su pira funeraria la tarde del 30 de abril.

Hitler, Eva Braun, Goebbels, su esposa y sus seis hijos eran los principales habitantes de este búnker doble. Magda y sus niños recibieron cuatro celdas en la primera sección de la estructura, y Goebbels tenía una habitación en la sección principal frente a la suite de Hitler al lado contrario del pasillo usado para conferencias. Los otros residentes eran el Dr. Ludwig Stumpfegger, el cirujano de Hitler que se había hecho cargo de la salud de Hitler después de que éste hubiera despedido al profesor Morell el 22 de abril, y Günther Schwaegermann, el ayudante de Goebbels. El resto eran el ayudante de Hitler, su ayuda de cámara, sus dos secretarios y su cocinero vegetariano. Bormann estaba refugiado en un búnker completamente separado, situado a poca distancia.

Uno de los oficiales que guardaban el búnker le contó a Boldt que la diminuta suite de habitaciones que usaba Goebbels estaba «lujosamente amueblada», aunque Naumann lo niega; Boldt también añadió que había entre seiscientas y setecientas personas en el área del *Führerbunker* entre hombres de las SS, guardias, ordenanzas, funcionarios, sirvientes y personal de cocina (8). Boldt en persona, que hizo varias visitas al búnker, comenta el alivio que sintió al volver al exterior, donde el aire era limpio y fresco. La atmósfera en el interior del búnker según Boldt era asfixiante. También comenta el curioso hecho de que hasta el matrimonio de Hitler con Eva Braun, «no conocía en absoluto la existencia de esa mujer, ni siquiera la había visto; y sin embargo había estado con nosotros en el refugio del Führer todo el tiempo (9)».

El búnker fue, por supuesto, escenario de constantes llegadas y partidas. Las horas convencionales del día y de la noche significaban bien poco en la luz artificial bajo tierra. Hitler dormía durante las primeras horas de la mañana. Se levantaba hacia mediodía y trabajaba y hablaba mientras en el exterior transcurría el resto del día y la noche. Según los rusos iban rodeando gradualmente la

ciudad, los combates en las calles empezaron durante esta última semana de abril y las comunicaciones con el exterior eran cada vez más peligrosas. Las avionetas que aterrizaban en la avenida Este-Oeste, que estaba relativamente cerca de la Cancillería, traían a los últimos visitantes, como Ritter von Greim y Speer.

Durante esos días, Goebbels se convirtió en la sombra de Hitler. Los hombres y mujeres que iban y venían no se interesaban por él, sino sólo por el Führer. Incluso Naumann, su segundo, respondía ahora directamente ante el Führer, ya que era necesaria su presencia en su calidad de comandante del batallón que guardaba el búnker. Pese a eso, Naumann se mantuvo tan en contacto con Goebbels y Magda como lo permitían el tiempo y los acontecimientos. Únicamente el asistente de Goebbels, Günther Schwaegermann, permaneció en el búnker sólo para cuidar de él.

Naumann ha revelado algo de la atmósfera en que vivían entonces Goebbels y su familia. Mientras Hitler mantenía la urgencia de la guerra que le rodeaba, Goebbels fue relevado de casi todos sus deberes. Su ministerio había desaparecido casi completamente y la defensa activa de Berlín estaba bajo la dirección, aunque no el control, de Hitler en persona. Goebbels pasó mucho tiempo con sus hijos, jugando con ellos, leyéndoles y consolándoles en esa vida artificial y dura. Magda estaba ocupada con la colada y ordenando las ropas, porque con las prisas de su partida hacia el búnker no se habían traído suficiente ropa. Creía que estarían prisioneros bajo tierra sólo durante un corto periodo. Sobrevivirían allí durante nueve días.

Boldt rinde homenaje al valor de Magda con estas palabras:

> Frau Goebbels mostró pocos indicios de temer a la muerte hasta el mismísimo final. Animada y elegante, brincaba subiendo las escaleras y siempre bajaba los escalones de dos en dos cuando descendía. Siempre amable, sonreía a la gente que se encontraba… Hacía gala de una admirable fortaleza mental, sin

> duda inspiraba por su fanática creencia religiosa en Hitler. No podemos estar seguros de cuánto en esos momentos seguía siendo sincero, pero lo que sí es cierto es que no sólo la movía una fuerte ambición política y social, sino que también era ciegamente devota del Führer (10).

Goebbels contempló las idas y venidas de hombres en servicio más activo que el suyo. Naumann dice que leía mucho y que continuó llevando su diario. Participó en las reuniones que convocaba Hitler, y compartió hasta cierto punto lo que le quedaba de vida privada a Hitler. Boldt describe a Goebbels en conferencia con Hitler en los siguientes términos:

> Este hombrecillo se ha… encogido y tiene un aspecto muy pálido y de mejillas hundidas. Muy rara vez hace preguntas; la mayor parte del tiempo se queda en silencio y sigue de cerca los informes en el mapa; sus rasgos y sus ojos, normalmente con un brillo fanático, revelan la tortura a la que le someten sus preocupaciones (11).

Naumann, sin embargo, mantiene que Goebbels hablaba abiertamente cuando quería.

Las esperanzas, la noche del 22 de abril, seguían centradas en el XII Ejército del general Wenck, que estaba al suroeste de Berlín en el Elba; Hitler envió a Keitel de improviso al cuartel general de Wenck con órdenes de avanzar inmediatamente en ayuda de Berlín. Hitler seguía negándose a trasladarse al sur, repitiéndoselo a Himmler, que le telefoneó anteriormente ese mismo día desde Hohenlychen. Fue su negativa, junto a su permiso para irse a todo el que quisiera hacerlo, lo que determinó la marcha de tantos miembros del círculo exterior de generales, asistentes y secretarios de Hitler.

El día siguiente, lunes 23 de abril, fue testigo de acontecimientos dramáticos. En el sur, Goering, inspirado por las noticias que le trajo

su enviado en Berlín, el general Koller, planeó hacerse con el liderazgo del partido y envió un telegrama a tal efecto a Hitler. En el norte, Himmler, flaqueando en el cumplimiento de su deber, mantuvo su primera entrevista con el conde suizo Bernadotte[21] con el propósito de acordar la rendición germana en esa área a los Aliados occidentales. En Berlín, Speer hizo su última visita a Hitler y confesó aquello que le pesaba en la conciencia, el no haber llevado a cabo las órdenes de Hitler para destruir los recursos de Alemania. Hitler, inusualmente tranquilo, le perdonó. Le explicó una vez más que estaba determinado a suicidarse de un disparo en el búnker cuando llegara el momento y hacer que incineraran su cuerpo de forma que no se convirtiera en un trofeo para los conquistadores. Goebbels continuó apoyándoles en esa decisión, y Speer también se mostró de acuerdo en que era la correcta. Sólo Bormann intentó que el Führer cambiara de parecer en el último momento. No buscaba una muerte de mártir y para entonces la única escapatoria de Berlín era por vía aérea sobrevolando los tanques y cañones rusos; había tropas rusas combatiendo por todo el perímetro de Berlín y salir por tierra hubiera significado tener que sortear las líneas rusas.

Pero si Hitler mantuvo la calma con Speer, se enfureció indeciblemente con el telegrama de Goering. A instancias de Bormann y Goebbels, destituyó a Goering de todos sus cargos y ordenó a los SS en Obersalzberg que lo arrestaran por alta traición. Boldt dice que Goebbels:

> […] hervía de furia y expresó sus sentimientos con un teatral estallido de palabras. Sus exageradas parrafadas sobre el honor, la fe, el deber, la sangre y todo lo demás no sirvieron para ocultar la envidia y celos que sentía por Goering, quien, según parecía, iba a conseguir salvar el cuello de la horca (12).

Aunque así fuera, Goebbels parecía comprometido con el destino de Hitler por propia voluntad. Goering, el segundo de Hitler y su

amigo de antaño, estaba perdido irrevocablemente.

En ese día trágico, Hitler también vio por última vez a Ribbentrop, quien se escabulló silenciosamente hacia el norte de Alemania, y también a sus fieles generales, Jodl y Keitel, a los que envió en diversas misiones. Speer también se marchó a primeras horas del martes 24 de abril, día en el que, según parece, poca cosa de importancia ocurrió en el búnker. Durante la noche del 25 al 26 de abril, Ritter von Greim y Hanna Reitsch, la piloto de pruebas que era una de las mujeres nazis más exaltadas, realizaron su arriesgado vuelo a Berlín a bajísima altura para cumplir con una orden de Hitler, que había decidido hacer de Von Greim el sucesor de Goering en la Luftwaffe. Greim fue herido en una pierna durante el vuelo y quedó confinado en el búnker junto con Hanna Reitsch hasta las primeras horas de la mañana del 29 de abril. La presencia de ese hombre herido y de aquella mujer discutidora obsesionada con heroicidades nazis sólo sirvió para aumentar la atmósfera ya de por sí neurótica que crecía día a día entre la extraña y antinatural colección de adultos y niños recluidos.

El viernes 27 de abril Hitler pudo encontrar al fin una víctima. Se descubrió que Hermann Fegelein, el representante de Himmler agregado al personal de Hitler y cuñado de Eva Braun había desaparecido. Simplemente se había ido a casa para planear su huida al sur. Hitler hizo que lo trajeran de vuelta a la fuerza, a través de las ruinas de Berlín y lo encerró bajo guardia. Según afirma Hanna Reitsch, esa noche, bajo el incesante y denso fuego de artillería en la superficie, Hitler convocó a sus leales seguidores y mantuvo con ellos una lúgubre discusión sobre los detalles de las muertes a los que todos los presentes debían someterse en el momento en que los rusos estuvieran a la entrada del búnker, según exigían el honor y los juramentos hechos a su Führer. Sin embargo Hitler insistía en su creencia en que el ejército de Wenck, del que en realidad quedaban unos restos derrotados en el Elba, avanzaba hacia Berlín. Pasó el 28 de abril enviando ansioso telegramas exigiendo

respuestas a preguntas imposibles de responder sobre el movimiento de esas tropas de rescate que nunca llegaron y que ni siquiera informaron de sus movimientos.

El 28 de abril, que era sábado, trajo más desasosiego al atribulado líder. Ese día descubrió la traición de Himmler, cuyas negociaciones sin entusiasmo con el conde Bernadotte se llevaban a cabo bajo el supuesto de que sin duda sería el sucesor elegido por Hitler. Desafortunadamente, noticias de esas conversaciones se filtraron a la prensa internacional. El informe fue presentado a Hitler, quien al verlo cayó en otro de sus ataques de rabia ciega, desmoralizadores para sus allegados y que revelaba la locura inherente a su naturaleza, reduciendo su rostro y su cuerpo a una monstruosidad temblorosa de ojos inyectados en sangre. Tales paroxismos de ferocidad humana son espantosos de contemplar en cualquier situación; revelan demasiado abiertamente las fuerzas primigenias que yacen en lo más profundo de la naturaleza humana. Pero en las circunstancias apuradas del búnker, donde nadie podía escapar al asalto salvaje de esa furia, no había nada que pudiera hacer uno más que quedarse, empalidecido y vulnerable, hasta que cesaran los gritos y se agotara la rabia y se restaurara algo de calma. Entonces Hitler se encerró con Goebbels y Bormann, y en esa sesión secreta, de la que no sobreviven notas, sin duda decidieron las acciones que debían ponerse en marcha durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Fegelein, el desafortunado representante de Himmler, fue interrogado y luego fusilado en el jardín; admitió que conocía las conversaciones provisionales de Himmler con Bernadotte. Entonces, contra toda expectativa, con los tanques rusos tan cerca como en la Postdamer Platz, un oficial de la Luftwaffe consiguió traer un avión de entrenamiento desde el campo de aviación de Rechlin y aterrizó en la avenida Este-Oeste. Había venido a llevarse al nuevo comandante de la Luftwaffe, Ritter von Greim, de vuelta a su cuartel general. Aunque tanto Von Greim (que estaba herido de gravedad y

llevaba bajo los cuidados de Stumpfegger desde que llegó al búnker) y su extraña compañera Hanna Reitsch querían morir con Hitler, consiguió persuadirles de que aprovecharan esa mínima oportunidad y se retiraran llevándose con ellos ciertas instrucciones escritas y cartas privadas de los sitiados habitantes del búnker. Entre esas estaba la última carta de Magda a su hijo mayor, Harald Quandt, que era prisionero de guerra. La carta se conserva. Está fechada el 28 de abril y su membrete dice «Escrito en el *Führerbunker* (13)»:

> Mi querido hijo,
>
> Hace ya seis días que estamos en el Führerbunker, todos nosotros, tu papá, tu hermano pequeño, tus cinco hermanas y yo, para darle a nuestra vida nacionalsocialista el único fin posible y honorable.
>
> No sé si esta carta te llegará, pero quizás exista el alma humana después de todo, y me permitirá hacerte llegar estos, mis últimos, saludos. Quiero que sepas que ha sido en contra de la voluntad de Papá que he decidido quedarme con él, y que incluso el domingo pasado el Führer seguía queriendo ayudarnos a salir de aquí. Pero sabes cómo es tu madre, tenemos la misma sangre, y para mí no hay más alternativa. Nuestras gloriosas ideas están llegando a su fin, y con ellas todo lo bello, admirable, noble y bueno que he conocido en mi vida. No merecerá la pena vivir en el mundo que vendrá después del Führer y el nacionalsocialismo, y es por eso que me he llevado a mis hijos conmigo. Son demasiado buenos para el tipo de vida que vendrá después de nosotros, y un Dios compasivo entenderá mis razones para querer salvarlos de ese tipo de vida…
>
> Los niños son maravillosos. Sin nadie para cuidar de ellos, se cuidan ellos solos en estas circunstancias más que primitivas. Aunque hayan tenido que dormir en el suelo, aunque no puedan lavarse o aunque no haya nada para comer, no se les oye una sola

palabra de queja y nunca lloran. El fuego de artillería sacude el búnker, y cuando eso ocurre los mayores cuidan de los pequeños; y por cierto, su presencia aquí es una bendición aunque sólo sea por el hecho de que de vez en cuando hacen sonreír al Führer.

La pasada noche, el Führer cogió su propia insignia del partido y me la puso. Me hizo muy feliz y orgullosa. Quiera Dios darme fuerzas para cumplir con mi último y más difícil deber. Solo hay una cosa que quiero en estos momentos, ser fiel al Führer hasta la muerte y terminar nuestras vidas con él. Y en cierta manera, es una bendición del destino que nunca nos atrevimos a esperar.

Querido hijo, ¡vive por Alemania!

Tu Madre

Naumann habló con Magda poco después de que Hitler le hubiera regalado su insignia del partido, que era de oro. Estaba henchida de felicidad; durante un momento, su mente quedó libre de las nubes de pesar que la cercanía de la muerte reunía sobre ella.

Goebbels también le escribió una última carta, en un estilo muy típico de él, a su hijastro:

Querido Harald,

Estamos encerrados en el búnker cerca de la Cancillería del Reich, luchando por nuestras vidas y nuestro honor. Sólo Dios sabe cómo terminará esta batalla, pero sí sé que, vivos o muertos, no saldremos del búnker a menos que podamos hacerlo de manera honorable. No creo que volvamos a vernos, y probablemente éstas serán las últimas palabras que recibirás de mí. Si sobrevives a esta guerra, espero que honres en todo momento a tu padre y a tu madre. No es necesario que permanezcamos con vida para influir en el futuro de nuestro pueblo. Probablemente serás el único superviviente que continúe la tradición de la familia. Hazlo de una manera que no nos hubiera avergonzado. Alemania sobrevivirá a esta guerra terrible,

pero sólo si hay ejemplos para guiarla a su resurrección. Y un ejemplo tal de lealtad es el que vamos a dar en el búnker.

Puedes estar orgulloso de tu madre, ayer el Führer le dio su insignia de oro del partido que ha llevado durante tantos años. Nadie se merece más ese regalo que ella.

En el futuro deberías tener un solo propósito: ser digno del sacrificio que estamos determinados a hacer. Sé que serás digno, pero no dejes que te extravíe el descontento que ahora se extenderá por el mundo. Un día las falsedades se derrumbarán bajo su propio peso y la verdad volverá a imperar. Vendrán otra vez tiempos en los que Alemania se enfrentará al mundo sin mancillar, tan inmaculada como siempre han sido nuestra fe y nuestro propósito.

Adiós, Harald, hijo mío. Queda en manos de Dios si no nos volvemos a ver. Si eso no ha de ocurrir, puedes estar orgulloso de pertenecer a una familia que, en estos días oscuros, estuvo al lado del Führer y permaneció leal a él hasta el último aliento, y fiel a su causa grandiosa y sagrada.

Mis mejores deseos desde el fondo de mi corazón,

Tu Padre

Von Greim y Reitsch salieron del búnker después de medianoche y hacia las primeras horas de la madrugada contemplaban desde el cielo el horno que era Berlín mientras su avión subía a altitudes para las que no había sido diseñado. Pero llegaron a Rechlin sanos y salvos, y luego fueron al cuartel general de Doenitz en Ploen.

El primer acto en el búnker el domingo 29 de abril fue el matrimonio de Hitler con Eva Braun. Según parece, tuvo lugar poco después de la marcha de Ritter von Greim. Fue una boda civil del tipo más sencillo y austero y fue oficiada por un completo desconocido, Walter Wagner, que era lo más cercano a un representante de las autoridades locales de la ciudad que pudieron encontrar; era uno de los inspectores de *Gau* de Goebbels y llegó

vestido con el uniforme del partido. Apiñados en una de las diminutas habitaciones en la suite privada de Hitler, el Führer y Eva Braun se casaron apresuradamente con las mínimas palabras posibles. Pese a todo, ambos declararon que eran de pura ascendencia aria. Los únicos testigos fueron Goebbels y Bormann, que firmaron el certificado de matrimonio. En el pasillo exterior se había congregado un pequeño grupo para felicitar a los novios, y cuando terminaron los apretones y besos de manos, Goebbels y su esposa fueron invitados a unirse a un grupo más selecto en la suite privada para beber champán e intentar desterrar durante un rato la sensación de fatalidad charlando sobre tiempos anteriores y más felices en los que Hitler fue testigo en la boda de Joseph y Magda. Pero para Hitler ese tipo de conversación pronto se volvió imposible, y volvió una vez más a su resentimiento por las traiciones recibidas y a su intención de quitarse la vida. Entonces dejó a sus invitados para dictar su última voluntad y testamento, en los que tenía poco que decir excepto lo que ya había sido dicho incontables veces en el pasado: la inocencia de Alemania, la villanía de la judería internacional y la necesidad de gran moral y de devoción en las fuerzas armadas, particularmente en el Alto Mando. Entonces destituyó formalmente a Goering y Himmler de sus cargos y del Partido Nacionalsocialista, y procedió a nombrar un nuevo jefe de Estado y un nuevo gabinete. El almirante Doenitz fue nombrado Presidente del Reich y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, pero aún así no se le permitía crear un gabinete por su cuenta. Hitler lo hizo por él. Entre los altos cargos creados, Goebbels fue nombrado Canciller del Reich y Bormann Canciller del Partido. La ambición de Goebbels al fin se haría realidad, pero precisamente al final de todo, bajo un nuevo Presidente. Ribbentrop, caído en desgracia debido a su ineficacia en el desempeño de su cargo y a su ausencia durante los últimos días, desapareció completamente de la distribución de poderes sobre el papel.

El testamento de Hitler es una solución interesante al problema puramente teórico del equilibrio de poder en Alemania. Allí, en el búnker bajo los fuegos de Berlín y con los tanques rusos acercándose más y más por las calles, Hitler, Bormann y Goebbels, los miembros supervivientes de la jerarquía de la Alemania nazi, debieron idear este plan en su reunión secreta para preservar una forma de estatus adecuada a sus vanidades. Con la guerra a punto de terminar, el Mando Supremo de Doenitz no tenía valor alguno y como presidente no sería más que una figura decorativa en la tradición del último año de Hindenburg en su cargo. El poder real estaría en manos de los dos cancilleres: el Canciller del Reich y el Canciller del Partido. Hubiera sido un compromiso sencillo y elegante, de no estar ya los enemigos dentro del cuerpo de Alemania. Pero los americanos y los rusos ya se habían encontrado en el Elba.

Un segundo documento, el testamento personal de Hitler, rinde un cálido homenaje a su esposa y a su personal; desposeído de propiedades, nombró a Bormann su albacea y hace referencia al suicidio que él y su esposa estaban a punto de cometer.

Cuando esos documentos fueron pasados a máquina por la secretaria de Hitler, *Frau* Junge (el testamento está fechado el 29 de abril a las 4 de la madrugada), Goebbels y Borman fueron invitados a actuar de testigos principales de la firma del documento por el Führer.

Mientras Hitler se retiraba a descansar, la necesidad de añadir unas palabras de su cosecha se adueñó de Goebbels, que ahora sabía que no escribiría jamás sus grandes ensayos históricos y que lo único que importaba era dejar detrás de sí las directivas adecuadas para la supervivencia del mito nazi. Se apartó de los demás y escribió lo que llamó un Apéndice al Testamento Político del Führer. Era una carta clara, breve y concisa a la nación alemana en la que declaraba las razones para su suicidio.

El Führer me ha ordenado, en caso de que se desmorone la defensa de la capital del Reich, abandonar Berlín y tomar parte del gobierno nombrado por él como miembro principal de éste.

Por primera vez en mi vida debo negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer. Mi esposa e hijos se unen a mí en esa negativa. En caso contrario (dejando a un lado que los sentimientos humanos y la lealtad nos prohíben abandonar al Füher en esta su hora de mayor necesidad), aparecería durante el resto de mi vida como un traidor sin honor y un canalla común, y perdería mi propio respeto junto con el de mis conciudadanos; respeto que necesitaré en cualquier intento posterior por moldear el futuro de la nación y el Estado alemanes.

En medio de la vorágine de traición que rodea al Führer en estos días, los más críticos de la guerra, debe haber al menos una persona que permanezca incondicionalmente a su lado hasta la muerte, aunque esto entre en conflicto con la orden formal y (en un sentido material) completamente justificable que ha dejado en su testamento político.

Al hacer esto, creo que presto el mejor servicio que puedo hacer por el futuro del pueblo alemán. En los tiempos difíciles venideros, los ejemplos serán más importantes que los hombres. Siempre habrá hombres que conduzcan a la nación hacia la libertad; pero la reconstrucción de nuestra vida nacional será imposible a menos que se desarrolle basándose en ejemplos claros y obvios.

Por esta razón, junto con mi esposa, y en nombre de mis hijos que son demasiado jóvenes para hablar por ellos mismos, pero que sin duda estarían de acuerdo con mi decisión si tuvieran la edad suficiente, expreso mi inalterable determinación de no abandonar la capital del Reich aunque caiga, sino que permaneceremos junto al Führer para poner fin a una vida que ya no tendrá ningún valor para mí si no puedo emplearla en ponerla al servicio del Führer y en vivirla a su lado (14).

Goebbels firmó esta declaración a las 5:30 de la mañana. Es un documento que se complace en la aceptación de la muerte y de manera consciente y deliberada se emplaza en la tradición grandilocuente de que lo más noble que puede hacer un hombre es dar su vida por un amigo. El que su mujer se ofreciera a morir con él es comprensible, ya que, amara o no a su marido, siempre estaba dispuesta a demostrar que no era menos devota a Hitler que él. Se convirtió en víctima voluntaria en la espiral de emociones violentas que se concentraban en el búnker. Lo que es menos comprensible es que con tantos parientes vivos (entre ellos la madre de Goebbels, su hermana casada y la madre de Magda) optaran por incluir en su suicidio a sus seis hijos.

Cuando ya era de día en el exterior, se dispuso que se despacharan tres copias del testamento de Hitler. Se instruyó a tres mensajeros especiales para que se infiltraran a través de las líneas rusas y pusieran los documentos a salvo. Esos mensajeros fueron el comandante Johannmeier, uno de los asistentes de Hitler, Wilhelm Zander, miembro del personal de Bormann y Heinz Lorenz, un funcionario de alta categoría del ministerio de Goebbels. Johannmeier tenía instrucciones de llevar el testamento de Hitler al mariscal de campo Schörner, el nuevo comandante general del ejército; Zander tenía que presentarse ante Doenitz con su juego de documentos, que también incluía el certificado de matrimonio de Hitler; mientras que a Lorenz se le dijo que también era responsable de llevar los documentos a Doenitz, pero que a continuación debían ser enviados a Múnich, como lugar de nacimiento del nazismo, para que fueran preservados como documentos históricos. Era natural en Goebbels el que quisiera agregar su propio añadido personal al testamento de Hitler en este tercer paquete. Su declaración había sido escrita para la historia. Cargados con sus valiosos mensajes, los tres hombres salieron juntos del búnker y escogieron su camino a través de la ciudad ocupada hasta que llegaron a la parte norte del Havel, que seguía defendida por un destacamento de las Juventudes

Hitlerianas. De allí se dirigieron al sur cruzando el río, pasando de camino cerca de la lujosa mansión de Goebbels en la isla de Schwanenwerder, ahora desierta y a la espera de la llegada de las fuerzas de ocupación.

En el búnker, Hitler pasó su último día en la tierra en una sucesión de reuniones durante el transcurso de las cuales se reveló que probablemente los rusos llegarían al búnker en cuarenta y ocho horas como mucho. Goebbels tomó parte en esos debates. En medio de la noche un último mensajero, el coronel Von Bülow, fue enviado con una última declaración: un adiós a las fuerzas armadas que habían sido abandonadas por sus comandantes. Por la tarde, Hitler hizo que su perro fuera envenenado. El domingo también trajo la oportuna noticia de la muerte de Mussolini y su amante y del bárbaro tratamiento que recibieron sus cuerpos a manos de la muchedumbre en Milán. La Providencia, que tan a menudo se había mostrado de parte de Hitler, le dio ese último mensaje particular como su último informe procedente de más allá del perímetro cada vez más reducido que sus soldados moribundos mantenían alrededor del sagrado búnker. El comentario que Goebbels le hizo a Naumann fue: «¡Esa es la prueba, si es que hacen falta pruebas, de que no debemos caer vivos en sus manos! Si hubiéramos capturado a Stalin o Churchill, el Führer los hubiera confinado honorablemente en algún castillo. ¿No somos nosotros, «los bárbaros», mejores personas después de todo?»

Aquella noche, durante la comida general en el pasadizo superior, al que asistieron un número muy menguado de altos cargos procedentes de otros búnkeres, se recibió el mensaje de que Hitler quería recibir en algún momento de la noche a las mujeres que quedaban en esa extraña comunidad para despedirse de ellas. En la cantina de la Cancillería, en el exterior, había empezado un baile, pero ni siquiera la triste noticia de los deseos del Führer consiguió detener el ruido jovial de unos hombres que no sabían si estarían vivos o muertos en veinticuatro horas. Hubo quienes dijeron que sus

espíritus se animaron cuando oyeron lo que sabían que era el preludio al suicidio de Hitler. El baile prosiguió incluso después de que aquellas mujeres más allegadas entre el personal de Hitler se hubieran presentado en el búnker formando según categoría y en silencio, mientras el Führer se movía entre ellas y, sin una sola palabra audible, se detenía delante de cada una de ellas y le estrechaba la mano. El ruido del baile en el exterior prosiguió hasta mucho después de la ceremonia, y los mensajes enviados para que se guardara silencio fueron ignorados.

El día llegó en el exterior, y los informes que llegaron al mediodía mostraban que el estrecho círculo de territorio controlado todavía por los alemanes se había reducido aún más. Los rusos estaban a poco más de un kilómetro de distancia al norte y al oeste. Hitler ordenó a todo el mundo que abandonara los búnkeres y la Cancillería exceptuando a los participantes designados para el ritual de su muerte. Después del almuerzo, se celebró otra ceremonia de apretones de manos en la que Eva Hitler también participó. Goebbels estrechó la mano de su Líder por última vez. Su esposa no estaba presente, ya se había despedido durante la noche y se había encerrado con sus hijos. Se había dado cuenta de que pronto tendría que despedirse de ellos, y la idea de poner fin a sus vidas se estaba convirtiendo en una realidad para ella ahora que la tarea de darles muerte se aproximaba de forma evidente. Incluso así, sin duda oyó la detonación a las tres y media, cuando Hitler se disparó en la boca. Yacía muerto en un sofá al lado de Eva, que se había envenenado. Recayó sobre Goebbels y Bormann el papel de dolientes principales del duelo mientras los hombres de las SS y el personal doméstico de Hitler llevaban los cuerpos a través de la salida más alejada hasta el jardín donde se completaría le ceremonia de incineración de los cuerpos. Los cañones rusos sonaron como salvas burlonas y los cuerpos empapados en gasolina fueron consumidos, lentamente y con alguna dificultad, por el fuego. Mientras las llamas rugían, Goebbels y los demás alzaron el brazo en el saludo al que el muerto

había dado su nombre. Entonces, aquellos que no se ocupaban de mantener el fuego volvieron en silencio al búnker. Los cuerpos ardieron durante dos horas, y al final fueron enterrados por la noche cerca del jardín.

Con la muerte de Hitler, la vida en el búnker entró en una fase completamente diferente. La todopoderosa personalidad del Führer ya no existía. Bormann, cuyo ascendiente personal había dependido solamente de Hitler, perdió al instante su autoridad frente a Goebbels, el nuevo Canciller del Reich. Goebbels vio que ahora todo el mundo, incluido Bormann, tenía intención de escapar (15). Bormann telegrafió a Doenitz para contarle que sería el sucesor de Hitler pero no reveló que el Führer había muerto; Doenitz dirigió su respuesta a Hitler, prometiendo lealtad incondicional.

La noche del 30 de abril Goebbels y Bormann convocaron una reunión en la que se decidió, en virtud de los puestos para los que habían sido nombrados por Hitler, que deberían ponerse en contacto con el mariscal Zhukov para acordar una tregua. Después de eso, en su opinión, sería cosa de Doenitz el hacerse cargo de las negociaciones. Cuando quedó claro que los rusos estaban preparados para recibir a un intermediario, el general Krebs, que había estado presente en la reunión, fue enviado para acordar el armisticio. La respuesta de Zhukov llegó al mediodía y fue decepcionante; no admitía privilegios como los que Bormann y Goebbels esperaban para ellos; sólo la rendición incondicional de todas las personas atrapadas en el búnker. Al instante se celebró otra reunión. Ninguno de los presentes estaba preparado para aceptar tales términos.

El ultimátum de Zhukov determinó las últimas acciones de Goebbels. Mientras los demás estaban planeando cómo lograr escapar, Goebbels dejó de lado la contemporización del telegrama de Bormann a Doenitz y envió al nuevo presidente (que todavía no había recibido una copia del testamento de Hitler) un telegrama completamente explícito:

ALMIRANTE DOENITZ

Más alto secreto-urgente-sólo oficialidad.

El Führer murió ayer a las 15:30 horas. Su testamento del 29 de abril le nombra Presidente del Reich, Ministro del Reich Goebbels como Canciller del Reich, Reichsleiter Bormann como Ministro del Partido, Ministro del Reich Seyss-Inquart como Ministro de Exteriores. Por orden del Führer, desde Berlín se le ha enviado el testamento a usted, al Mariscal de Campo Schörner y otra copia para ser preservada para su publicación. El Reichsleiter Bormann tiene intención de ir con usted el día de hoy e informarle de la situación. El momento y forma del anuncio a la prensa y a las tropas queda a su albedrío. Confirme recibo. — GOEBBELS (16).

Este mensaje fue enviado a las tres y cuarto de la tarde. Fue el último acto oficial de Goebbels. Entonces se reunió con su esposa e hijos para prepararse para el final.

Pasaron cinco horas antes de que Goebbels y Magda subieran los escalones hacia el jardín donde se enfrentaron a la muerte. Durante ese tiempo se despidieron de unas cuantas personas, entre ellos Naumann y Schwaegermann. Naumann, de hecho, se quedó parte del tiempo con ellos. Pero permanecieron como fantasmas en los confines del búnker mientras los asediados restos de la plana mayor y guardaespaldas de Hitler se preparaban para una salida en masa por la noche cuando la oscuridad los ocultara mientras se arrastraban por las calles ocupadas por los rusos hacia la mayor seguridad comparativa del sur y el oeste. Ya no reparaban en el hombre y la mujer con sus seis hijos que estaban a punto de compartir el ceremonial de muerte con el Führer.

Ahora nadie puede reconstruir sus pensamientos mientras se encerraban, separándose de aquellos que se preparaban para abandonarlos. Schwaegermann les dijo que la salida estaba planeada en grupos que dejarían el búnker a diferentes intervalos una vez que

hubiera caído la oscuridad. El grupo de Naumann, de hecho, tenía previsto salir a las diez y treinta. El general Weidling, el Comandante de Berlín, les había dado hasta la medianoche para que llevaran a cabo su huida; a esa hora se proponía rendir la capital a los rusos. Goebbels le dio entonces a Schwaegermann sus últimas instrucciones. Después de que Magda y él estuvieran muertos, sus cuerpos, como los de Hitler y Eva, debían ser incinerados con gasolina. Goebbels buscó algo que darle a Schwaegermann como regalo de despedida. No tenía nada excepto la fotografía de Hitler firmada por éste. Se la dio. Schwaegermann se marchó y envió a Rach, el chófer, para que reuniera toda la gasolina que pudiera.

Goebbels pasó el resto del tiempo que le quedaba escribiendo en su diario con el orgullo de un hombre que imaginaba que sus palabras eran historia. Le entregó media docena de páginas a Naumann, que las leyó atentamente. Pero tras la muerte de Goebbels decidió quemarlas pese a todo. El Canciller del Reich Joseph Goebbels no había escrito nada nuevo: se lamentaba de que la guerra total había empezado demasiado tarde y que el mundo occidental se comportaba con una falta de cordura increíble porque no se había unido en ese último momento para impedir la esclavitud de Europa a manos de los bolcheviques. Eso, decía, era lo que ocurriría ahora porque Churchill y Roosevelt habían saboteado a la única nación capaz de destruir la amenaza comunista: la Alemania del nacionalsocialismo.

Goebbels y Magda pospusieron sus suicidios hasta el último momento posible. Pero antes de terminar con sus propias vidas mientras todavía hubiera hombres para cremar sus cadáveres, tenían que matar a sus hijos. Magda les dio un narcótico con su cena y los acostó. Cuando al fin se hubieron dormido todos les administró el veneno con una cuchara uno a uno. Sólo cuando estuvieron muertos y a salvo fue cuando los padres abandonaron los tiernos cuerpos para que se enfriaran y poner en práctica su propia partida (17).

Eran cerca de las ocho y media cuando Naumann, Schwaegermann y Rach (el funcionario, el asistente y el chófer) se convirtieron en los testigos principales de lo que aconteció. Goebbels y Magda salieron de su habitación cogidos del brazo. Magda estaba mortalmente pálida y su marido tenía que sostenerla. Goebbels estaba calmado. Dijo unas pocas palabras de agradecimiento a Naumann por su amistad y lealtad y su discurso era claro y articulado. Incluso intentó bromear en ese momento diciendo que subían los escalones juntos para ahorrarles a sus amigos la tarea de subir los cuerpos por las escaleras que llevaban al jardín. Magda no pudo decir nada. Pero le ofreció su mano a Naumann, quien la besó en silencio. Goebbels no dijo nada más y les estrechó las manos; tras eso se puso los guantes con cuidado, ajustando los dedos en su lugar. Entonces él y Magda se volvieron muy lentamente y cogidos del brazo subieron las escaleras hasta desaparecer de la vista.

Naumann jamás volvió a verlos. Se quedó con los demás, paralizado por las emociones del momento, esperando al sonido de los disparos que señalarían las dos muertes. En su bolsillo tenía la cápsula de veneno que Hitler le había entregado y que todos llevaban encima durante esos días finales. Sabía que Magda pretendía tomar el veneno justo antes de que su marido le disparara. Y sabía que Goebbels mordería su propia cápsula en el mismo momento en que se disparaba a sí mismo.

Tras un tiempo de espera, llegaron los disparos, uno, dos. Naumann salió inmediatamente, ya que ahora sólo debía pensar en su propia huida. Schwaegermann acudió a cumplir con su promesa y roció los cuerpos con gasolina y se aseguró de su destrucción. Pero quedaba poco tiempo, y él también tenía el único pensamiento de escapar. Tan pronto como los cuerpos empezaron a arder con el fluido inflamado, los dejó en el jardín mientras las llamas se alzaban al cielo nocturno.

Eran entre las ocho y media y las nueve de la noche del 1 de mayo. Las órdenes decían que el búnker debía ser destruido. Se hizo un intento de hacerlo que casi le costó la vida a Schwaegermann debido a que la explosión trancó la puertas. El búnker parcialmente demolido que había contenido tanta agonía mental en sus celdas bajo la tierra quedó en silencio y vacío excepto por los cuerpos de los niños que yacían en sus camas y empezaban a ponerse rígidos. Mientras los últimos defensores del poder hitleriano se arrastraban y ocultaban para atravesar las líneas rusas (unos, como Naumann y Schwaegermann, para ponerse a salvo al final, otros, como Bormann, para morir), los cuerpos de Goebbels y Magda yacían juntos en el jardín. Las llamas los lamieron hasta que la humedad natural y la noche primaveral apagaron el fuego, dejando los cuerpos ennegrecidos pero sin consumir.

Al día siguiente llegaron nuevos visitantes, de ojos alerta y armas preparadas, que se movían cautamente de habitación en habitación en su primera inspección del búnker. No encontraron nada excepto muerte y escombros. Entonces subieron los escalones finales y emergieron en el jardín. A sus pies yacía el cuerpo de Goebbels; una mano ennegrecida y con aspecto de garra por el fuego, parecía tenderse hacia ellos. Su cabeza ampollada estaba echada hacia atrás, las ciegas cuencas de sus ojos fijas en un saludo. Los rusos dejaron los cuerpos sin enterrar hasta que fueron identificados, y Fritzsche, que acababa de ser tomado prisionero, fue llevado al búnker para que realizara la desagradable identificación. Pero no había dudas sobre a quiénes habían pertenecido en vida esos rostros carbonizados y boquiabiertos. Se tomó la última y horripilante fotografía que completaría el registro de la historia de Goebbels.

Así que manos enemigas se encargaron de los cuerpos de los padres y de los niños. El hombre que luchó por convertirse en dueño de nuestros pensamientos como se había adueñado de las mentes de millones de personas, fue enterrado con su mujer en la tierra conquistada de Berlín. No quedó registro del lugar. Probablemente

fue enterrado en el jardín donde él y Magda fueron encontrados y donde tantos otros fueron empujados con palas a tumbas anónimas. Sus maltrechos restos mortales desaparecieron como los de Hitler sin honores ni homenajes.

---

21. Folke Bernadotte (1895-1948), diplomático suizo recordado por su mediación para la liberación de más de 30.000 cautivos de campos de prisioneros alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Sería asesinado en Jerusalén mientras mediaba en la Guerra Árabe-Israelí de 1948. *(N. del T.)*

Notas

Capítulo Uno

Las fuentes para este capítulo son principalmente las entrevistas que mantuvo Heinrich Fraenkel (al que nos referiremos a partir de ahora con las iniciales H.F.) con la hermana de Goebbels, *Frau* Maria Kimmich, y con sus amigos de juventud Alma, Else (quienes pidieron que usáramos solamente sus nombres sin mencionar apellidos), el Dr. Fritz Prang y su madre, *Frau* Prang. Los documentos citados fueron amablemente cedidos con ese propósito por ellos y por la Sociedad Alberto Magno. La mayoría de las leyendas sobre la niñez, adolescencia y carrera temprana de Goebbels se originaron en las biografías oficiales del periodo nazi, especialmente en aquéllas escritas por Bade y Krause, leyendas que en muchos casos fueron repetidas por Riess, Ebermayer y otros que recogían en sus escritos la vida de Goebbels o la historia del movimiento nazi. Los hechos concernientes a la entrada de Goebbels en el Partido Nacionalsocialista han sido confirmados por el Dr. Prang, Karl Kaufmann, el Dr. Otto Strasser y el Dr. Helmuth

Elbrechter. Las citas de la novela corta de Goebbels, *Michael*, han sido traducidas de la edición original publicada por la Eher Verlag.

1. Maria Kimmich ha afirmado ante H.F. que su abuela materna nació el 18 de abril de 1869 en Uebach over Worms, un pueblo holandés (Worms no tiene nada que ver con la ciudad alemana en el Rhin, es el nombre de un riachuelo holandés a orillas del cual está situado Uebach). El apellido de soltera de su abuela era Coervers, que es holandés, y su ascendencia era enteramente holandesa. En 1932 Goebbels consideró que debía refutar ciertas alegaciones sobre que su abuela materna era judía mediante un panfleto publicado en Berlín por Viator: *Doktor Joseph Goebbels—wer ist das?* En ese panfleto el apellido de soltera de su abuela aparece con la grafía alemana de Coerdes y se ocultan sus orígenes holandeses. Su marido, el abuelo materno de Goebbels, Odenhausen, era un alemán que había emigrado a Holanda.

2. Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende* (DürerVerlag, Buenos Aires, 1950), Vol I, p.243.

3. Goebbels escribe su nombre como Josef; en sus años de madurez adoptaría la grafía más formal de Joseph.

4. Goebbels, tras una larga demora en el pago, intentó saldar esta deuda enviando a la Sociedad 10.000 marcos devaluados que en esos momentos sólo valían técnicamente 1,09 marcos. ¡La Sociedad generosamente anotó un ingreso de dos marcos y envió a los alguaciles! El caso se prolongó hasta 1931, cuando Joseph Goebbels ya era Diputado del Reichstag. Finalmente pagó la deuda más las costas legales en tres plazos que también se efectuaron con mucho retraso.

5. Esta carta fue publicada en el *Kirchenzeitung für das Bistum Aachen* el 27 de octubre de 1946.

6. Ver *Joseph Goebbels* de Curt Riess (Hollis and Carter, Londres, 1949), p. 16.

7. Ver *The Last Days of Hitler* de H.R. Trevor-Roper (Macmillan, Londres, 1947), p.18. [Edición española: *Los Últimos Días de Hitler*, Alba Ed., ISBN: 978-84-8428061-3].

8. Ver *Failure of a Mission* de sir Nevile Henderson (Hodder and Stoughton, Londres, 1940), p. 76.

9. Rudolf Ullstein dijo una vez bromeando en una conversación con H.F. que era una lástima que no hubieran aceptado *Michael* y quizás así hubieran desviado las energías de Goebbels hacia la literatura en vez de a la política.

10. Posteriormente Rathenau sería asesinado por los nazis, y Goebbels daría una fiesta para felicitar a los asesinos.

11. El guion de esta obra se conserva junto con los documentos privados de la familia en Bonn. En el momento de escribir este libro no se permitía el acceso a ese documento al estar pendiente de juicio.

12. El Dr. Klauck de la Sociedad Alberto Magno afirma que la relación amorosa de Goebbels con Anka empezó durante el verano de 1919 en Friburgo.

13. La Biblioteca Wiener en Londres guarda una lista de esos documentos.

14. Una copia de este documento estaba en posesión de la hermana de Goebbels, Frau Kimmich.

15. Esta historia se la contó Joachim von Ostau a H.F.

Capítulo Dos

La condición de Alemania tras la Primera Guerra Mundial y la historia del auge del movimiento nazi ha sido objeto de muchos libros de diferente valía, culminados con *Hitler: A Study in Tyranny*

del Dr. Alan Bullock (Odhams, 1952). Allí donde no están disponibles las fuentes originales y los hechos publicados difieren según los historiadores, normalmente hemos preferido los proporcionados por el Dr. Bullock y W.M. Knight-Patterson en *Germany from Defeat to Conquest, 1919-1933* (Allen and Unwin, 1945). El diario manuscrito del propio Goebbels del 3 de agosto de 1925 al 16 de octubre de 1926 está conservado en la Institución Hoover de la Universidad de Stanford, y fue consultado en formato de microfilme; consiste en unas 200 páginas escritas en una serie de libretas. Se comprobó los contenidos de este diario con algunas de las personas que aparecen mencionadas en él, y en gran detalle con Else, Kaufmann y Otto Strasser. Otras personas consultadas fueron Helmuth Elbrechter y Salomon von Pfeffer. Todos ellos estuvieron en contacto constante con Goebbels en esa época. Una copia del diario, fotocopiada, ha sido depositada en el Institut für Zeitgeschichte en Múnich.

1. Los hechos sobre esas dos conferencias, tan importantes en la historia de los principios del movimiento nazi, se publican aquí correctamente por vez primera. Los detalles están respaldados por Karl Kaufmann, Otto Strasser y Helmuth Elbrechter. Los tres estuvieron presentes personalmente en la conferencia de Hanover. Aunque ninguno de ellos estuvo presente en Bamberg, Kaufmann conocía los detalles de lo ocurrido. Otto Strasser ha confirmado recientemente que sus afirmaciones sobre la “traición” de Goebbels en Bamberg eran exageradas. Cuando H.F. enfrentó a Otto Strasser con las entradas diarias de Goebbels en su diario, admitió que en sus declaraciones previamente publicadas, (en las cuales han confiado todos los historiadores, incluyendo el Dr. Bullock), había reducido en el tiempo lo que en realidad fue un proceso gradual de separación entre Goebbels y los Strasser, y había hecho parecer como si esta brecha hubiera sido inmediatamente evidente en

Bamberg. Goebbels siguió en contacto con los Strassser durante un periodo de tiempo considerable después de la conferencia de Bamberg.

2. Según afirmó Von Pfeffer en conversación con H.F. Von Pfeffer pronto se convertiría en líder Supremo de las SA, aunque a continuación se pelearía con Hitler y caería en desgracia.

3. El Dr. Elbrechter, que cuando se escribió este libro era médico en ejercicio en Dusseldorf, ha corroborado, en conversación con H.F., que tenía en poca consideración a Goebbels en aquella época. Lo subestimó porque no soportaba sus modales altaneros y desdeñosos.

Capítulo Tres

Goebbels escribió su propia versión altamente tendenciosa de su primer año de trabajo como Gauleiter de Berlín en *Kampf um Berlin* (Eher Verlag, Múnich, 1934). Las citas que aparecen en este capítulo han sido tomadas de su libro y traducidas de la novena edición (1936). Se han comprobado los hechos con Otto Strasser, que tenía contacto frecuente con Geobbels ya que residía en Berlín. A continuación se dan las referencias a las páginas de *Kampf um Berlin* correspondientes a las citas numeradas que aparecen en nuestro texto:

1. p. 21; 6., p. 24; 7., p. 52; 8., p. 44; 9., p. 86; 10., p. 249; 12., p. 46; 13., p. 168; 14., p. 188; 15. p. 86.

El resto de las notas son:

2. Ver *Hitler's Table Talk* (Weidenfeld y Nicolson), p. 523

3. Ver *Mein Kampf* (Traducción publicada por Hurst y Blackett, 1939), pp. 158-163.

4. *Mein Kampf*, pp. 390-391.

5. *Mein Kampf*, p. 478.

11. Thonak se convertiría posteriormente en chófer de Goebbels.

16. Citado por Curt Riess en *Joseph Goebbels*, pp 70-71.

17. Ibíd., pp72-73.

18. 18. Ibíd., p. 74.

19. Berger en conversación con H.F.

20. La devoción de Magda por Hitler era universalmente conocida. Otto Dietrich hace referencia en particular a la amistad entre Hitler y la mujer de Goebbels en *The Hitler I Knew*; Rudolf Semmler hace lo mismo en *Goebbels: The Man Next to Hitler*: Wilfred von Oven en *Mit Goebbels bis zum Ende* y el propio Goebbels en *My Part in Germany's Fight*. Tanto el Dr. Naumann como Wedel consideran cierto que Magda estuvo alguna vez enamorada de Hitler, y así lo han expresado en conversaciones con H.F. Von Wedel fue uno de los asistentes de Goebbels desde 1934 a 1938 y el Dr. Naumann se convertiría en su segundo al mando en el Ministerio de Propaganda.

Capítulo Cuatro

El relato del propio Goebbels sobre el periodo final de la lucha de los nazis por hacerse con el poder aparece en su diario publicado *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei* (Eher, 1934). Las citas aquí y en el Capítulo Cinco están tomadas de la traducción inglesa del diario, publicada como *My part in Germany's Fight* (Paternoster Library, 1938; edición original de Hurst y Blackett, 1935). Las siguientes son las referencias a las páginas de la edición de Paternoster para las citas numeradas de nuestro texto que no tienen otra indicación (como fechas) de dónde pueden encontrarse en el diario:

2, p. 40; 3, pp. 20, 30, 130; 5, p. 51; 6, p. 165; 7, p. 182; 11, p. 220; 13, p. 201; 14, p. 214; 16, p. 267; 17, p. 106; 18, p. 97; 19, pp. 135 y 143; 20, p. 14; 21, p. 168; 22, p. 39; 23, p. 136; 24, p. 13; 25,

p. 152; 26, p. 103; 27, p. 80; 28, p. 105; 29, p. 131; 30, p. 11; 31, p. 87; 32, p. 65; 33, p. 16; 34, p. 34; 35, p. 11; 36, p. 138; 37, p. 12; 38, p. 138; 39, p. 32; 40, p. 189; 41, p. 179; 42, p. 114; 43, p. 62; 44, p. 101; 45, p. 44; 46, p. 101; 47, p. 214; 48, p. 23; 49, p. 248; 50, p. 222; 54, p. 226.

Las notas restantes son:

1. Joachim von Ostau le contó a H.F. cómo se convirtió en uno de los tres mensajeros de la derecha enviados a intentar persuadir tanto a Hitler como a Hindenburg de retirar sus candidaturas para la presidencia a favor del príncipe heredero Wilhelm. Hindenburg había dicho anteriormente que estaba dispuesto a retirarse si un príncipe Hohenzollern salía elegido jefe de Estado. Von Ostau dijo que Hitler parecía de acuerdo con la idea, pero que fue Goebbels quien le presionó vehementemente para que se negara a esas propuestas de retirada.

4. Dietrich, *The Hitler I Knew*, p. 204.

8. Von Papen afirmó en conversación con H.F. que su intento de expulsar a Hitler del poder jamás podría haber tenido éxito; Kaufmann, sin embargo, como muchos políticos de su época, creía que era factible en el momento.

9. Von Papen le contó a H.F. que su reunión con Hitler en la casa de Von Schroeder se llevó a cabo a petición de su amigo Von Schleicher. De hecho, hubo poco secretismo alrededor de la reunión, ya que Hitler iba acompañado de Hess y otros. Al llegar, Von Papen se sorprendió al verse fotografiado. Después de la reunión escribió un informe en su habitación del hotel Excelsior en Colonia y lo envió por correo inmediatamente a Von Schleicher. Al día siguiente, sin embargo, la prensa estallaba en titulares sobre la reunión secreta que acababa de tener lugar entre Von Papen y Hitler. El fotógrafo no era otro que el Dr. Elbrechter, que posteriormente admitiría a H.F. que Von Schleicher, con quien tenía una relación de amistad personal, le había pedido personalmente que hiciera la fotografía.

10. Para un relato completo de esas negociaciones intrincadas, ver el *Hitler* de Bullock, pp. 220-226.

12. Serge Chakotin, *The Rape of the Masses* (Routledge, Londres, 1940), p. 30.

15. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, p. 118.

51. Ver *Hitler was my Friend* de H. Hoffmann (Burke, Londres, 1955), pp. 71-72.

52. Ver *The Hitler I Knew* de Dietrich, p. 25.

53. En los Juicios de Nuremberg, Gisevius, entre otros testigos importantes, señaló a Goebbels como el principal instigador del incendio. Las evidencias que aparecieron en la investigación legal que se llevó a cabo en Londres en 1933 igualmente revelaron que Goering estaba implicado. Ahora parece haber pocas dudas de que en realidad varios de los jerarcas nazis estaban involucrados.

55. Hitler insistía en ese título torpe pese al consejo de Goebbels, que objetaba a la introducción de la palabra propaganda porque, según pensaba Goebbels, arruinaría su propósito. Goebbels hubiera preferido con mucho la palabra "*Kultur*".

Capítulo Cinco

Los tres primeros meses en el poder, de febrero a abril de 1933, son conmemorados por Goebbels en su *My Part in Germany's Fight* (Ver la nota introductoria del Capítulo Cuatro). El relato más detallado de la maquinaria administrativa construida por Goebbels aparece en *The Goebbels Experiment* de Derrick Sington y Arthur Weidenfeld (John Murray, Londres, 1942), con quienes estamos en deuda por muchos hechos. Otras fuentes aparecen indicadas en las notas siguientes:

1. *My Part in Germany's Fight*, p. 227.

2. Ibíd., p. 231

3. Ibíd., p. 228

4. Ibíd., p. 216.

5. Ibíd., p. 232.

6. Ibíd., p. 235.

7. Cuando Goebbels llegó por primera vez a su casa como ministro, *Frau* Prang recuerda que se dirigió a él como *Herr Reichsminister*, aunque como gran amigo de su hijo desde que eran muy jóvenes siempre lo había llamado por su nombre de pila. Inmediatamente, Goebbels le pidió que continuara llamándole Joseph y que usara el tratamiento íntimo "*Du*". Mientras recibía el aplauso de la muchedumbre reunida fuera de la casa, le susurró: "Mira esa chusma. Hace unos pocos meses me echaron a pedradas del pueblo".

8. *My Part in Germany's Fight*, p. 249.

9. Citado por H. L. Childs en *Propaganda and Dictatorship*

10. (Princeton University Press, 1936).

11. Citado en *The Goebbels Experiment*, p. 139.

12. *My Part in Germany's Fight*, p. 237. 12. Ibíd., p. 251.

13. ¡Esa misma noche en el Club de Artistas, Goebbels se jactó ante un círculo de directores de cine sobre como usó el sol como elemento propagandístico! Tanto Georg C. Klaren como Helmuth Käutner estuvieron presentes y le contaron a H.F. la historia.

14. Citado por Louis P. Lochner en su Introducción a *The Goebbels Diaries*, p. xxvi.

15. Ver *Hitler was my Friend* de Heinrich Hoffmann, p. 71.

16. Por ejemplo, en un momento determinado hubo tres departamentos encargados de las relaciones exteriores y no menos de dos servicios secretos separados. ¡Cada uno de ellos robaba los recursos de los demás, y Goebbels robaba los de todos!

17. Ver *Failure of a Mission* de Henderson, p. 29. Ese argumento volvería a repetirse en la película *Ohm Krüger*, cuyo guion estaba escrito en parte por Geobbels.

18. Otto Strasser ha señalado con particular énfasis la proximidad existente entre Goebbels y Röhm.

19. Por otro lado, Von Pfeffer declaró a H.F. que no cree que Goebbels estuviera implicado de ninguna manera en los asesinatos. El propietario y el maître aparentemente eran homosexuales y fueron asesinados automáticamente por su relación con Röhm.

20. Otto Dietrich, *The Hitler I Knew,* p. 29.

21. Ver *To the Bitter End*, de H.B. Gisevius (Houghton Mifflin, 1947), p. 160.

22. Citado por Bullock en su *Hitler*, p. 280.

23. Lang confirmó personalmente esos detalles a H.F. Las palabras citadas pueden encontrarse en *From Calligari to Hitler* de Kracauer, junto con la historia de *El Testamento del Dr. Mabuse*. Ver pp. 164 y 248-250.

24. Rudolf Ullstein confirmó los detalles en conversación con H.F.

25. Esas Divisiones aparecen desglosadas en *Propaganda and Dictatorship*, p. 19.

26. Ver Lochner en *The Goebbels Diaries*, p. xxxi. Según Otto Dietrich en *The Hitler I Knew* (p. 143) la crítica fue prohibida por Goebbels bajo mandato expreso de Hitler.

27. Ver *Propaganda and Dictatorship*, p. 23.

28. Citado en *Propaganda and Dictatorship*, p. 20.

29. Ver *Failure of a Mission*, p. 85

30. Ver *Hitler was my friend,* pp. 173 y 181.

31. Para una descripción más detallada de los principios de Goebbels sobre el cine, ver *Cinema Quarterly* (Edinburgo), verano de 1935., Vol.III, nº 4, pp. 213-214.

32. Detalles que le contaron Frau Gussy Jannings y el Dr. Max Winckler a H.F.

33. Ver *The Goebbels Experiment* de Sington y Weidenfeld, p. 80.

34. Ver *Germany Puts the Clock Back* de Edgard Mowrer (Penguin Books, Londres, 1937), p. 213.

35. Ver *Berlin Diary* de William l. Shirer (Knopf, Nueva York, 1941), p. 26.

36. Ver Louis Lochner en *The Goebbels Diaries*, p. xxxii.

37. Ver *Here Lies Goebbels* de Vernon McKenzie (Michael Joseph, Londres, 1940), p. 31.

38. *The von Hassel Diaries* (Doubleday and Co., Nueva York, 1947), p. 26.

39. Ver *Ambassador Dodd's Diary* (Gollancz, Londres, 1941), p. 102.

40. Ver *Failure of a Mission* de Henderson, p. 76.

41. Ver *Berlin Diary* de Shirer, p. 29.

42. Ver Lochner en *The Goebbels Diaries*, p. xxix.

43. Ibíd, p. xxv.

44. Ver *Here Lies Goebbels* de McKenzie, p. 96.

45. Esos datos aparecen en *Joseph Goebbels* de Riess, p. 149.

46. Ver *Here Lies Goebbels* de McKenzie, p. 72.

47. Ver *Ambassador Dodd's Diary* p. 142.

48. Ver *Berlin Diary* de Shirer, p. 44.

49. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, p. 148.

50. Esas cifras las proporciona McKenzie en *Here Lies Goebbels*. Ver página 98 y los capítulos siete y ocho.

51. Ver *Here Lies Goebbels* de McKenzie, pp. 233 y 235.

52. Ver las instrucciones de la Sociedad Fichte que aparecen en *The Goebbels Experiment*, p. 91.

53. Ver *Joseph Goebbels* de Riess, pp. 176-177.

54. Ver *Ambassador Dodd's Diary* p. 287.

55. Ver *The Goebbels Experiment*, p. 80.

56. Ver *The Hitler I Knew* de Dietrich, p. 116.

57. Ver *Here Lies Goebbels* de McKenzie, p. 95.

58. Por decir eso, Goebbels envió a Boemer a un campo de concentración, y al ser liberado lo destinó a un pelotón suicida,

donde murió. Semmler ha respaldado esto en conversación con H.F.

59. Dietrich en *The Hitler I Knew* (p. 41) afirma que Hitler ordenó a Goebbels que organizara el progromo.

60. Ver Lochner en *The Goebbels Diaries*, p. xxv.

61. Ver *Failure of a Mission* de Henderson, p. 172.

62. Citado por Riess en *Joseph Goebbels*, pp. 204-205.

63. Documentación de los Juicios de Nuremberg que se guardaba en la Biblioteca Wiener, Londres. Alpers era el equivalente a Presidente de la Comisión de Bosques.

64. Ver Lochner en *The Goebbels Diaries*, p. ix.

65. Ídem, p. xxviii.

66. Ídem, p. x.

67. La historia de los billetes la cuenta Von Oven. Ver *Mit Goebbels bis zum Ende*, Vol. I, p. 35.

68. Contado a H.F. por el Dr. Winckler.

69. Ver *Goebbels: The Man Next to Hitler* de Semmler (Westhouse, Londres, 1947), p. 21.

70. Ver *The Hitler I Knew* de Dietrich, p. 240.

71. Ver *The Von Hassel Diaries*, p. 4. Dietrich también comenta en *The Hitler I Knew* (pp. 237-238) que ese fue el único periodo en el que las relaciones entre Hitler y Goebbels eran malas. Las fuentes para los detalles de la relación amorosa de Goebbels son fáciles de conseguir. El asunto se volvió legendario, y muchas de las extravagantes historias relacionadas con el asunto pueden encontrarse en el libro *Evil Genius*. Nuestras fuentes principales son las revelaciones privadas del Dr. Naumann, Dieter von Wedel, Semmler, Gustav Fröhlich y la propia Lída Baarová.

72. *The Von Hassell Diaries*, p. 10.

73. El Dr. Naumann nos ha pedido que neguemos categóricamente que tuviera en ningún momento relaciones íntimas con Magda Goebbels. Determinados libros han afirmado tal cosa. La misma acusación se ha realizado contra Hanke, pero tanto Wedel

como Von Naumann son de la opinión que tal relación no existió, aunque Hanke ayudara a Magda a conseguir pruebas para su divorcio y estuviera dispuesto a poner en peligro su carrera al hacerlo. Hanke murió durante los últimos días de la guerra. Naumann está convencido de que no era el tipo de hombre que le resultara atractivo a Magda.

Nota Adicional:

Con frecuencia se ha aducido que Goebbels intentó exacerbar la disputa legal entre *A Nous la Liberté* y *Tiempos Modernos*, las películas de René Clair y Charles Chaplin. René Clair nos ha hecho la siguiente declaración de interés: *Hasta donde sé, nem Goebbels nem el gobemerno nazem emntervemnemeron en la querella entre* A Nous la Lemberté *y* Temempos Modernos. *Esa hemstorema parece haber semdo creada por abogados más emnteresados en sus memnutas que en la verdad.*

Es cierto que determinados periódicos de Nueva York fueron los primeros en comentar las similitudes entre ambas películas. A eso siguió la primera exhibición de la película de Chaplin en 1935, unos tres años después del estreno de A Nous La Liberté *en los Estados Unidos. El contencioso entre las dos compañías distribuidoras empezó inmediatamente, pero quedó interrumpido por la guerra. Siempre me he negado a verme involucrado en él, pero jamás tuve la más mínima razón para ver intenciones políticas en él. Debo añadir que se me dio a entender que la distribución de* A Nous la Liberté *en Alemania fue prohibida en cuanto los nazis llegaron al poder.*

El interés de Goebbels en este caso parecía ser su deseo de dañar la imagen de Chaplin.

Capítulo Seis

Las fuentes más íntimas sobre las opiniones y personalidad de Goebbels durante el principio y la mitad de la guerra son las secciones publicadas de su diario editado por Lochner en enero de 1942, y el diario personal de su asistente, Rudolf Semmler, que comienza en enero de 1941 y que luego sería publicado en inglés como *Goebbels: The Man Next to Hitler* (Westhouse, London, 1947). El Dr. Semmler (cuyo nombre de hecho debería escribirse Semler y no como aparece en este libro) también nos proporcionó muchísima información valiosa en conversaciones con H.F. *The Goebbels Experiment* (ver nota introductoria al Capítulo Cinco) nos proporcionó un análisis de lo más útil sobre la organización del ministerio de Goebbels en esa época.

Las siguientes son las referencias en el *Goebbels* de Semmler para las citas numeradas en nuestro texto que carecen de cualquier otra indicación (como fechas) sobre su ubicación:

22, pp. 13 y 15; 23, p. 17; 25, p. 18; 26, p. 29; 29, pp. 25-36; 30, pp. 40-41; 31, p. 20; 32, p. 49; 33, p. 31; 34, pp. 56-57; 35, p. 28; 36, p. 24.

Las siguientes son las referencias a páginas en *The Goebbels Diaries* de Lochner (Hamish Hamilton, Londres, 1948) para las citas numeradas en nuestro texto que carecen de cualquier otra indicación (como fechas) sobre su ubicación:

38, p. 90; 39, p. 91; 40, p. 115; 41, p. 84; 42, p. 27; 43, p. 87; 44, p. 93; 45, p. 94; 46, p. 148; 48, p. 31; 49, p. 22; 50, p. 50; 51, p. 86; 52, pp. 97-98; 53, p. 188; 54, p. 117; 55, p. 18; 56, p. 169; 57, p. 244, 58, p. 133; 59, p. 29; 60, p. 38; 61, p. 190; 62, p. 55; 63, p. 35; 64, p.51; 65, p. 17; 66, p. 37; 67, p. 229; 68, p. 55; 69, p. 43; 72, p. 170; 73, p. 142; 74, p. 165; 75, p. 151; 76, p. 159; 77, p. 190 (ver también *Goebbels* de Semmler, pp. 60-61).

Las notas restantes son

1. Ver *Hitler* de Bullock, pp. 520-521.

2. Ídem, p. 543.

3. Ver *Goebbels* de Semmler, p. 27.

4. Ver *Hitler* de Bullock, p. 617.

5. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, p. 216.

6. Ver *Berlin Diary* de Shirer, p. 182.

7. La forma de este "Servicio religioso" aparece *en The Goebbels Experiment*, p. 62.

8. Dietrich en *The Hitler I Knew* (p. 117) afirma que este título altisonante meramente encubría "publicidad" y "mantener informado a Hitler de asuntos periodísticos". Y añade: "En la esfera cultural, Goebbels y Rosenberg se peleaban incesantemente; en el arte, Goering y Goebbels eran rivales, en el control de los escritores alemanes, Goebbels, Rosenberg y Bouhler arremetían entre sí". ¡División y desgobierno!

9. Ver *Berlin Diary* de Shirer, p. 521.

10. Ver *The Goebbels Experiment*, p. 22.

11. Ídem, p. 117.

12. Ídem, p. 118.

13. Ver *Joseph Goebbels* de Riess, p. 222.

14. *Radio Goes to War* de C.J. Rollo (Faber and Faber, Londres, 1943), p. 51.

15. En su diario (Vol I, p. 230), Von Oven afirma que la señal de intervalo de radio sonaba demasiado lúgubre y que a fuerza de insistir en ensayo y error acabó componiendo él mismo una serie de notas más alegres: do, sol, mi, do.

16. Ver *The Goebbels Experiment*, p. 152.

17. Ídem, p. 170.

18. Ídem, p. 217.

19. Ídem, p. 36.

20. Ídem, p. 20.

21. Ver *Sight and Sound* (British Film Institute, Londres), Vol I. 10, nº 37, p. 5.

24. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, pp. 48-48.

27. En conversación con H.F., Semmler dijo de Goebbels: "No tenía corazón". Esa era, en su opinión, la raíz del fracaso de Goebbels como ser humano.

28. Fritzsche en conversación con H.F.

37. Frau Otte en conversación con H.F.

47. Ver *Hitler* de Bullock, pp. 617-618.

70. Hay más información sobre lord Haw-Haw en *Radio Goes to War* de C.J. Rollo, en el *Berlin Diary* de Shirer y en *The Trial of William Joyce* por J.W. Hall.

71. *Berlin Diary* de Shirer, p. 524.

Capítulo Siete

Las fuentes principales para este capítulo son el propio diario de Goebbels junto a Semmler y Oven.

Las siguientes son las referencias a páginas en *The Goebbels Diaries* de Lochner para las citas numeradas en nuestro texto que carecen de cualquier otra indicación (como fechas) sobre su ubicación:

2, p. 216; 3, p. 219; 4, p. 266; 5, p. 257; 6, p. 385; 7, p. 221; 8, p. 314; 9, p. 370; 10, p. 293; 11, p. 217; 12, p. 227; 14, p. 296; 16, p. 349; 17, p. 281; 18, pp. 276, 332, 385; 19, p. 96; 20, p. 197; 21, p. 200; 22, pp. 235-236; 24, p. 430; 25, pp. 435-436, 440-441; 26, p. 299; 27, p. 302; 28, p. 298; 29, pp. 386-387; 30, p. 298; 31, p. 300; 32, p. 214.

Las siguientes son las referencias en el *Goebbels* de Semmler para aquellas citas en nuestro texto que carecen de cualquier otra indicación (como fechas) sobre su ubicación:

39, p. 38; 41, p. 88; 42, p. 98; 43, pp. 87-88; 44, p. 107; 47, p. 103; 48, p. 128; 49, p. 127; 52, pp. 206-207; 53, pp. 146-147.

Las restantes notas son:

1. Ver *Hitler* de Bullock, pp. 642-643.

13. Ver Von Oven, Vol. I, p. 61.

15. Ídem, Vol II, p. 299.

23. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, pp. 302-303.

33. Ver Von Oven, Vol. I, p. 68.

34. Ver Von Oven, Vol. I, p. 17. La rutina diaria de la vida de Goebbels aparece descrita en el Volumen I, p. 43 y siguientes.

35. Goebbels era propenso a la hipocondría nerviosa. Semmler le contó a H.F que esta característica aumentaba cuando, cada seis meses, el cirujano ortopédico de Goebbels y su zapatero le visitaban para atenderle. Goebbels estaba más que dispuesto a mentir sobre su minusvalía, cuando soportaba mencionarla; decía, por ejemplo, que había sido atropellado cuando era niño.

36. Según le contó Frau Otte a H.F.

37. Semmler le contó a H.F. sobre un cierto accidente revelador en relación con esta rutina. Una mañana, Goebbels, que siempre estaba jugueteando con algo (nunca tenía las manos quietas, según Semmler), soltó por accidente el seguro de la puerta del coche, que se abrió mientras el automóvil viraba en una esquina. Goebbels cayó del coche y fue arrastrado unos pocos metros antes de que Rach pudiera frenar. Sufrió unas cuantas magulladuras, pero luego Semmler le oiría jactarse de su sangre fría durante el accidente.

38. En conversación con H.F., Semmler recordó como Goebbels solía permanecer deliberadamente al aire libre durante los bombardeos para mostrar valor.

40. Goebbels y sus asistentes solían citar con frecuencia esta exageración típica. Semmler le contó a H.F. que estuvo presente en el momento de ese discurso y luego fue a casa con Goebbels, que estaba bañado en sudor. Pero su único interés, como un actor, era

saber cómo había sido recibido su discurso. Semmler añadió que para todos sus grandes discursos siempre había decoración floral en el estrado para ocultar sus piernas. Era anormalmente sensible sobre su minusvalía en esas ocasiones.

46. Gutterer en conversación con H.F.

50. Los elementos principales del Complot de Julio están tomados de la versión de Bullock y Semmler, pero complementados con muchos detalles inéditos proporcionados por el Dr. Hagen. Hagen es relativamente desconocido, pero en su doble papel como asistente de Remer y amigo de Goebbels fue de hecho una persona realmente clave a la hora de salvar al régimen nazi el 20 de julio. Era un hombre que había recibido muchas heridas y que combinaba una gran erudición musical con una devoción extrema al militarismo; esa mezcolanza de académico y soldado que tan atractiva resulta a la imaginación alemana. Cuando H.F. lo conoció, surgió la pregunta de si le pesaba en la conciencia el haber prolongado la guerra y la consiguiente pérdida de vidas. Le aseguró a Fraenkel que para él el sagrado juramento de lealtad a Hitler era un compromiso absoluto. Para él, Hitler era, según lo expresó, el *Eidträger*, la persona reverenciada a la que se debía obediencia sin dudas ni preguntas. Pero, añadió, si la bomba de Stauffenberg hubiera matado a Hitler, su deber hubiera sido obedecer a los generales en la Bendlerstrasse. “Le hubiera disparado a Goebbels, aunque era mi amigo”, dijo.

51. Naumann le contó a H.F. que en esa ocasión se hablaba ante una asamblea importante en Hamburgo a petición de Kaufmann, el Gauleiter de la ciudad. Una llamada telefónica de Goebbels de la prioridad más absoluta le obligó a salir de la asamblea. Goebbels le dijo que subiera a un avión y que volviera a Berlín inmediatamente. “Ha habido un atentado contra el Führer”, dijo, “y no sabemos si estaremos vivos o muertos dentro de cinco minutos”. Naumann regresó en el único avión disponible: ¡un viejo aparato de entrenamiento a cargo de un joven piloto que jamás había volado en solitario antes!

Capítulo Ocho

La historia del periodo final de la vida de Hitler ha sido contada en detalle por el profesor Trevor-Roper en *Los últimos días de Hitler*. Otras fuentes para este capítulo incluyen el diario de Semmler, el relato de Gerhard Boldt sobre sus experiencias como miembro de la plana de Hitler en *In the Shelter with Hitler* (Citadel Press, Londres, 1948) y los testimonios privados que Naumann, Semmler, Hans Meyer y la secretaria de Hitler, Frau Christian, dieron a H.F.

Las siguientes son las referencias de páginas en el *Goebbels* de Semmler para las citas en nuestro texto que carecen de cualquier otra indicación (como fechas) sobre su ubicación:

2, p. 177; 4, p. 162; 6, pp. 174-175; 8, p. 159; 14, pp. 166-167; 18, p. 164; 19, p. 181; 21, p. 186; 24, p. 190; 26, p. 178; 29, p. 194.

Las restantes notas son:

1. Boldt, *In the Shelter With Hitler*, p. 5.

3. Ídem, p. 21.

5. Frau Kimmich en conversación con H.F.

7. Frau Kimmich en conversación con H.F.

9. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, p. 385.

10. Citado por Riess, p. 373.

11. Citado por Riess, p. 373.

12. Ver Riess, ídem, p. 398.

13. La historia del microfilm de los diarios de Goebbels le fue contada a H.F. por Naumann.

15. Citado por Trevor Roper en su libro *Los últimos días de Hitler*, p. 56.

16. Citado por Riess, p. 380.

17. Citado por Riess, p. 384.

20. Semmler en conversación con H.F. afirmó que Magda era una mujer muy solitaria, bien consciente de que su marido “no tenía

corazón”.

22. Biblioteca Documental Wiener.

23. Contado a H.F. por Maria Kimmich. Tanto Semmler como Naumann están de acuerdo con esta explicación de la decisión de Magda de morir con su familia. A Semmler le dijo: “Das kann ich Eminem Mann nicht antum”. (“No puedo hacerle eso a mi marido”).

25. Ver *In the Shelter with Hitler* de Boldt, p. 27.

27. Ver *Los últimos días de Hitler* de Trevor-Roper, pp. 106-109.

28. Ver Goebbels de Semmler, p. 192 y *Los últimos días de Hitler* de Trevor-Roper p. 110.

30. Contado por María Kimmich en conversación con H.F.

31. Contado por Naumann a H.F.

Capítulo Nueve

El profesor Trevor-Roper hace un registro detallado de lo que aconteció en los últimos días en el búnker en su libro *Los últimos días de Hitler* (ver nota introductoria al capítulo anterior). Naumann, que visitaba constantemente el búnker y que estuvo con Goebbels y Magda hasta sus muertes, nos contó en detalle los acontecimientos finales de la vida de Goebbels y su familia. Schwaegermann, con quien también estuvimos en contacto, se sintió incapaz de decir nada excepto que esos últimos momentos en el búnker eran tan dolorosos en sus recuerdos que jamás volvería a hablar de ellos con nadie. Frau Christian, una de las dos secretarias principales de Hitler en el búnker, también aportó alguna información.

1. Semmler en declaraciones a H.F.

2. Esa grabación aparece mencionada en el *Joseph Goebbels* de Riess, p. 422.

3. El Dr. Winckler en declaraciones a H.F.

4. Otte en declaraciones a H.F.

5. Citado por Riess en su *Joseph Goebbels*, p. 42.

6. Según Naumann en una conversación con H.F.

7. Boldt, *In the Shelter with Hitler*, p. 15

8. Ídem, p. 48.

9. Ídem, p. 63.

10. Ídem, p. 61.

11. Ídem, p. 51.

12. Ídem, p. 60.

13. Esas cartas aparecen en *Mit Goebbels bis zum Ende* de Von Oven, Vol. II, pp. 312-313.

14. Citado por Trevor-Roper en *Los últimos días de Hitler*, pp. 202-203.

15. Tanto Naumann como Frau Christian han negado terminantemente las acusaciones que con frecuencia se han hecho de que tan pronto como Hitler hubo muerto, el alivio que experimentaron todos los que estaban en el búnker condujo a borracheras y otros excesos. Naumann admite que los supervivientes en el *Führerbunker* encendieron cigarrillos, pero, dice, "casi con un sentimiento de estar cometiendo sacrilegio". Cualquier exceso que tuviera lugar, añade, estaría relegado a los búnkeres "soldateske" a una cierta distancia.

16. Este telegrama va firmado únicamente por Goebbels en la versión citada por Trevor-Roper en *Los últimos días de Hitler*, p. 229. En sus memorias recientes, el almirante general Doenitz describe el telegrama firmado por Bormann y Goebbels.

17. Los detalles de las muertes de los niños se cuentan entre los que Naumann considera ciertos. La familia Goebbels estaba sola cuando se administró el veneno.

Apéndice A

Principales acontecimientos en la vida de Goebbels

1897. Joseph Goebbels nace en Rheydt el 29 de octubre.
c. 1901. Es operado de poliomielitis.
c. 1906. Entra en el Gymnasium en Rheydt. En esa escuela comienza su amistad con Fritz Prang.
1914. Es rechazado para el servicio militar.
1917. Se matricula en la Universidad de Bonn. En septiembre pide asistencia económica a la Sociedad Alberto Magno para poder continuar sus estudios.
1918. Asiste a clases en la Universidad de Friburgo y luego en la de Wurzburgo. Amistad con Anka Stalhern.
1919. Regresa a la Universidad de Friburgo; posteriormente se traslada a la Universidad de Múnich.
1920. Se traslada por último a la Universidad de Heidelberg, donde estudia bajo el célebre profesor judío Gundolf. Auge de su amistad con Richard Flisges. Escribe una última voluntad y su testamento legando toda su «obra literaria» a su hermano Hans. (Hitler se convierte en líder del Partido Nacionalsocialista).
1921. Completa su tesis doctoral en Heidelberg. Entre otras cosas, escribe su novela *Michael,* que es rechazada por toda editorial a

la que se la envía.

1922. Termina su amistad con Anka y empieza su amistad con Else. Prang se une al Partido Nazi.

1923. Trabaja como oficinista de enero a septiembre en la sucursal de Colonia del Dresdener Bank, y posteriormente en la Bolsa de Valores de Colonia.

(Golpe fracasado de Hitler y sus socios en Múnich el 9 de noviembre).

1924. Intenta conseguir trabajo infructuosamente en el *Berliner Tageblatt* y en el teatro.

Se convierte en secretario de Franz Wiegershaus, Diputado del Reichstag por el *Völkische Freiheitspartei* y escribe para el periódico del partido, el *Völkische Freiheit*. Contacta con Karl Kaufmann, Gauleiter del Partido Nazi para el distrito de Renania-Ruhr y se ofrece a trabajar para él. Entra a formar parte del personal de la organización del Partido Nazi del Norte.

(Hitler cumple sentencia de prisión en la Fortaleza de Landsberg, de febrero a diciembre).

1925. La oficina de Kaufmann en Elberfeld se convierte en el cuartel general de Goebbels, y su influencia como orador del partido comienza a aumentar. Ayuda a editar un nuevo periódico, el *Nationalsozialistische Briefe* (publicado por primera vez en octubre). Kaufmann lo presenta formalmente a Hitler en Elberfeld a finales de año. Empieza a caer bajo el hechizo de Hitler.

(Se publica la primera parte del *Mein Kampf*; Hitler le regala a Goebbels un ejemplar firmado).

1926. 25 de enero. Asiste a la Conferencia de Hannover convocada por Gregor Strasser.

14 de febrero. Asiste a la Conferencia de Bamberg convocada por Hitler, pero no habla en ella. Comienzo de la ruptura con los Strasser y de la adhesión a la facción de Hitler en el Partido Nazi.

Abril. Comienza a aceptar invitaciones de Hitler para hablar con él en varias partes de Alemania, incluyendo Berlín.

Junio. Se propone a debate su nombramiento como Gauleiter de Berlín. Habla en el Congreso Anual del Partido en Weimar.

Julio. Con Hitler en Berchtesgaden.

Noviembre. Nombrado Gauleiter de Berlín y emprende la tarea de reformar la organización del partido.

1927. Julio. Se publica el primer ejemplar del periódico de Goebbels, *Der Angriff*.

1928. Mayo. Tras las elecciones al Reichstag es elegido para convertirse en uno de los doce diputados nazis.

Noviembre. Nombrado Director de Propaganda del Partido por Hitler.

1929. *Michael* es publicado por la Eher Verlag, la editorial nazi.

1930. Septiembre. Revuelta de los SA en Berlín; Hitler acude para restaurar el orden. Gran victoria nazi en las elec ciones al Reichstag; Goebbels es uno de los 107 diputados nazis.

1931. Febrero. Los diputados nazis abandonan el Reichstag; Goebbels pierde su inmunidad a procesos legales.

12 de diciembre. Goebbels se casa con Magda Quandt, divorciada de Günther Quandt, un empresario.

1932. Febrero. Goebbels es expulsado del Reichstag por causar desorden e insultar al Presidente.

Abril. Hitler no tiene éxito en la segunda elección sucesiva a Presidente; Goebbels a cargo de las campañas electorales, incluyendo las elecciones estatales y al Reichstag. Acusado de Alta Traición, pero escapa aceptando el mandato de la Dieta Prusiana.

Mayo. Toma parte en una batalla con los comunistas en la Dieta Prusiana.

Julio. Los nazis obtienen 230 escaños en las elecciones al Reichstag.

1 de septiembre. Nace su hija Helga.

Noviembre. Los nazis pierden 34 escaños en las segundas elecciones al Reichstag.

1933. 30 de enero. Hitler nombrado Canciller por el presidente Hindenburg.

Febrero. Supresión de 60 periódicos comunistas y 71 socialdemócratas.

27 de febrero. Incendio del Reichstag. Usado para imponer aún más represión contra los comunistas.

14 de marzo. Goebbels es nombrado Ministro de Propaganda e Información Pública. Toma el control de las emisoras de radio en Alemania para el partido.

1 de abril. Boicot organizado contra los judíos.

Abril. Prácticamente todos los periódicos menos los nazis son suprimidos.

1 de mayo. Día de Celebración Anual Nazi según idea de Goebbels.

2 de mayo. Supresión de los sindicatos.

10 de mayo. Quema de libros.

Septiembre. Se funda la Cámara de Cultura del Reich para controlar a todo aquel que participe en las artes.

Octubre. La Ley de Periodistas; todos los periodistas se convierten en funcionarios nacionales con licencia.

1934. Febrero. La Ley de Cinematografía del Reich dicta la creación de un Comité Censor para evaluar películas.

Abril. Hess crea un Comité Examinador para la Protección de la Literatura Nacionalsocialista.

13 de abril. Nace su hija Hilde.

29 de junio. Purga contra Röhm a instancias de Hitler.

2 de agosto. Muerte de Hindenburg. Hitler asume plenos poderes bajo el título de Führer y Canciller del Reich de Alemania.

Goebbels adquiere una propiedad en Schwanenwerder en el Wannsee.

1935. Enero. Orden prohibiendo a cualquiera relacionado con las artes salir de Alemania para cumplir con contratos en el extranjero sin permiso previo.

Abril. La Cámara de Literatura recibe poderes para redactar una lista negra de libros prohibidos.

21 de octubre. Nace su hijo Helmuth.

Durante este año Goebbels adquiere una magnífica villa para que sirva de club para los artistas alemanes en Berlín.

1936. Durante el otoño hace una visita oficial a Grecia.

29 de noviembre. Prohíbe todo tipo de crítica de las artes.

1937. Hitler instituye los Premios Nacionales de Alemania para la Ciencia, el Arte y la Literatura para reemplazar la aceptación alemana de cualquier Premio Nobel. Goebbels adquiere la UFA.

9 de febrero. Nace su hija Holde.

1938. Febrero. Como Ministro de Exteriores, Ribbentrop le arrebata a Goebbels la propaganda en el extranjero.

5 de mayo. Nace su hija Hedda.

Octubre. Acuerdo de Múnich. Goebbels inicia una campaña propagandística antibritánica de larga duración.

10 de noviembre. Pogromo antijudío incitado por Goebbels. Durante ese año pierde el favor de Hitler debido a su affaire con Lída Baarová.

Hitler impide que Magda pida el divorcio.

1939. 10 de abril. William Joyce (Lord Haw-Haw) comienza sus emisiones a Inglaterra desde Hamburgo.

Junio. Goebbels hace dos discursos incendiarios en Danzig.

Agosto. La campaña antipolaca de Goebbels llega a su apogeo. Pacto de no agresión con Rusia.

3 de septiembre. Inglaterra declara el estado de guerra con Alemania.

Durante este año adquiere la propiedad de Lanke en el Bogensee.

1940. Nace su hija Heide en octubre.

1941. 22 de junio. Alemania invade Rusia. Posteriormente, el memorando de Goebbels sobre política de ocupación en Rusia es dejado de lado.

1942. Febrero. Planea la revisión de los diccionarios alemanes para los territorios ocupados.

De febrero a marzo. Las entradas en el diario de Goebbels muestran su conocimiento y aprobación de la destrucción en masa de los judíos en Europa.

Marzo. Goebbels inicia su acercamiento a Goering para formar una alianza y recuperar influencia sobre Hitler.

30 de marzo. Hitler transfiere el cuidado de las áreas dañadas por bombardeos al ministerio de Goebbels. Durante este periodo, Goebbels presiona constantemente a Hitler para que le conceda mayores poderes sobre los asuntos internos de Alemania y que instituya una campaña para la guerra total.

26 de abril. Hitler, a instancias de Goebbels, obtiene del Reichstag plenos poderes para anular en la práctica cualquier ley en interés de la nación en una campaña contra la burocracia.

1 de mayo. Hitler aprueba la alocución radiofónica de Goebbels en la radio sobre el endurecimiento de las condiciones en Alemania.

Mayo. La RAF hace el primero del millar de ataques aéreos que llevaría a cabo contra Alemania.

Diciembre. Se frustra un atentado contra Goebbels.

1943. Enero. Hitler nombra un Comité Ejecutivo de tres personas para controlar Alemania. Este comité incluye a Bormann, pero deja fuera a Goebbels.

31 de enero. Goebbels pone a todos los periódicos de luto cuando los alemanes se rinden en Stalingrado.

13 de febrero. Grandioso discurso de Goebbels abogando por la guerra total en el Sportpalast de Berlín.

Marzo. Goebbels hace un segundo intento de formar una alianza con Goering.

Se construye un refugio antiaéreo privado en Berlín con un coste de 350.000 marcos.

10 de julio. Los Aliados desembarcan en Sicilia; caída de Mussolini.

Septiembre. Goebbels aconseja a Hitler considerar las ventajas de negociar un acuerdo de paz con Inglaterra o Rusia.

1944. 10 de junio. Tras la invasión de Normandía por los Aliados el 6 de junio, se lanza la primera bomba volante contra Inglaterra. Goebbels la bautiza como V-1.

Julio. Goebbels recibe mayores poderes en Alemania de manos de Hitler tras el atentado del 20 de julio contra el Führer. Nombrado Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total.

24 de agosto. Anuncia medidas para la guerra total y la movilización total.

1945. 12 de enero. Los rusos llegan al Oder y a Silesia. Hitler hace la primera visita social en cinco años a la casa de Goebbels.

30 de enero. Goebbels es nombrado Defensor de Berlín. Marzo. Los ingleses y americanos cruzan el Rin.

22 de abril. Goebbels se reúne con Hitler en el *Führerbunker* acompañado de su esposa e hijos.

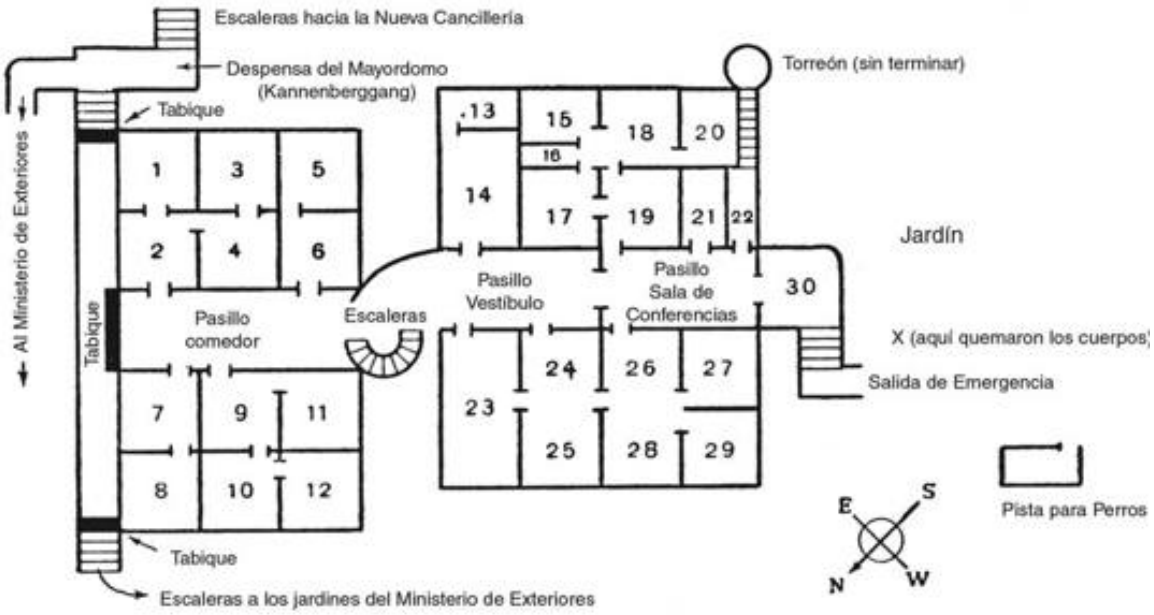
29 de abril. Hace de testigo en el matrimonio de Hitler y Eva Braun y también del testamento de Hitler, al que añade su propio apéndice.

30 de abril, alrededor de las 3:30 p.m. Hitler y Eva Braun se suicidan. Goebbels se convierte en Canciller del Reich de Alemania.

1 de mayo, alrededor de las 8:30 p.m. Tras el intento fallido de obtener condiciones especiales de los rusos, se suicida con su esposa e hijos.

Apéndice B

Plano del *Führerbunker*



Reproducido de Los *últimos días de Hitler* con el amable permiso de Hugh Trevor-Roper y los editores, los señores Macmillan and Co.

El boceto anterior fue preparado según las especificaciones del profesor Trevor-Roper antes de que el búnker fuera demolido finalmente por los rusos. No está dibujado a ninguna escala concreta. A juzgar por los recuerdos de aquellos que conocieron el búnker, parece que ninguna habitación sobrepasaba los dos metros y medio

por tres metros, aunque Boldt en su libro *In the Shelter with Hitler* hace referencia a dos habitaciones más grandes, una de 3 por 7 metros y otra de 5 metros cuadrados. Probablemente se refiera a los pasillos usados como comedor y sala de conferencias. Boldt dice que la profundidad del búnker era de 9 metros; se llegaba a él por un tramo de escaleras con 37 escalones, el tramo que interconectaba las secciones tenía doce escalones. Las habitaciones de la 15-20 eran la suite de Hitler y Eva Braun; las habitaciones 9-15 eran la suite para Goebbels y su familia. Las habitaciones tenían camas y armarios empotrados. La habitación 26 también estaba destinada a uso privado de Goebbels.

Agradecimientos

Quisiéramos dar las gracias a la Biblioteca Wiener de Londres y al Institut für Zeitgeschichte de Múnich por su ayuda constante y cortés. También nos gustaría reconocer la ayuda que recibimos de la Verlag Ullstein Bilderdienst, la Hulton Picture Gallery y el National Film Archive en Londres durante el periodo de recopilación de las imágenes que aparecen en esta obra.

También quisiéramos agradecer los permisos para citar las siguientes obras: *In the Shelter with Hitler*, por Gerhard Boldt, con permiso de los señores Gerald Duckworth and Co. Ltd.; *Failure of a Mission,* por sir Nevile Henderson, con permiso del señor Raymond Savage, albacea literario para la obra del difunto sir Nevile Henderson; *The Goebbels' Diaries*, traducidos por Louis P. Lochner, con permiso de Hamish Hamilton Ltd; *My Part in Germany's Fight,* por Joseph Goebbels (1935), con permiso de Hurst & Blackett; *The Hitler I Knew*, por Otto Dietrich, publicado por Methuen; *Hitler's Table Talk*, publicado por Weidenfeld & Nicolson; *Radio Goes to War*, por Charles J. Rollo, publicado por Faber & Faber. También debemos dar las gracias al Dr. Rudolf Semmler por concedernos su permiso para citar su libro *Goebbels the Man Next to Hitler*, al

profesor H. R. Trevor-Roper y a los editores McMillan & Co. por su cortesía al permitirnos reproducir el plano esquemático del Búnker que aparece en el libro *The Last Days of Hitler*, y a M. François Genoud por concedernos su permiso para citar extractos de la correspondencia privada de Goebbels, de su Diario de 1925-26 y también de su *Michael* y *Kampf um Berlin*, de su Última Voluntad y de diversas grabaciones de radio, discursos y artículos de Goebbels.

Roger ManvellHeinrich Fraenke

Document Outline

- Título
- Créditos
- Acerca de
- Introducción
- Capítulo Uno
- Capítulo Dos
- Capítulo Tres
- Capítulo Cuatro
- Capítulo Cinco
- Capítulo Seis
- Capítulo Siete
- Capítulo Ocho
- Capítulo Nueve
- Notas
- Apéndice A
- Apéndice B